EMMA CLINE

La invitada

Traducción de Inga Pellisa

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

EMMA CLINE

La invitada

Traducción de Inga Pellisa

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Para Hilary

1

Era agosto. El mar estaba templado, y más templado cada día.

Alex esperó a que terminara una racha de olas para meterse en el agua, y luego vadeó trabajosamente hasta que fue lo bastante hondo para zambullirse. Una tanda de brazadas enérgicas y ya estaba fuera, al otro lado del rompiente. La superficie se movía en calma.

Desde ahí la playa se veía inmaculada. La luz –la famosa luz– hacía que todo pareciese ambarino y apacible: el verde oscuro y europeo de los arbustos, los matojos de barrón susurrando al unísono. Los coches del aparcamiento. Hasta el enjambre de gaviotas saqueando una papelera.

En la arena, las toallas estaban ocupadas por plácidos bañistas. Un hombre con un bronceado como el cuero de una maleta cara soltó un bostezo; una madre joven contemplaba corretear a sus hijos, que iban y venían jugando con las olas.

¿Qué verían si miraban a Alex?

En el agua, era como los demás. No tenía nada de peculiar una chica nadando sola. No había manera de saber si aquel era o no su sitio.

La primera vez que Simon la llevó a la playa, él se descalzó en la entrada. Lo hacía todo el mundo, por lo visto: había pilas de zapatos y sandalias junto a la baranda baja de madera. «¿No se los llevan?», le preguntó Alex. Simon arqueó las cejas. ¿Quién se iba a llevar unos zapatos que no eran suyos?

Pero fue lo primero que pensó: lo fácil que sería llevarse cosas en aquel lugar. De todo tipo. Las bicis apoyadas en la cerca. Las bolsas descuidadas en las toallas. Los coches abiertos, porque nadie quería

ir con las llaves encima en la playa. Un sistema que solo se sostenía porque todos creían estar entre iguales.

Antes de salir hacia la playa, Alex se había tomado un calmante de los de Simon, sobras de una antigua operación, y había descendido ya sobre ella esa neblina mental característica, con el agua salada envolviéndola como segundo narcótico. El corazón le latía agradable, perceptiblemente en el pecho. ¿Por qué sería que bañarse en el mar lo hacía sentir a uno tan buen ser humano? Hizo el muerto, con el cuerpo meciéndose un poco en el vaivén, los ojos cerrados al sol.

Había una fiesta esa noche, la daba uno de los amigos de Simon. O

un colega de negocios: todos sus amigos eran colegas de negocios.

Hasta entonces, horas por llenar. Simon pasaría el resto del día trabajando, y Alex abandonada a su suerte, como siempre desde que habían llegado, hacía cerca de dos semanas. No le importaba. Había ido a la playa casi todos los días. Mientras, iba vaciando el alijo de calmantes de Simon a un ritmo sostenido pero indetectable, o eso

esperaba. E ignorando los mensajes cada vez más desquiciados de Dom, cosa bastante fácil. Dom no tenía ni idea de dónde estaba.

Había intentado bloquearlo en el móvil, pero él conseguía contactarla desde números nuevos. Alex se cambiaría el suyo en cuanto tuviera ocasión. Esa mañana le había pegado otro toque:

Alex

Alex

Dime algo

Pese a que los mensajes seguían haciéndole un nudo en el

estómago, solo tenía que apartar la vista del móvil y todo pasaba a

parecer controlable. Estaba en casa de Simon; las ventanas con vistas a puro verdor. Dom estaba en otra esfera, una que podía hacer como si ya no existiera del todo.

Alex abrió los ojos, todavía haciendo el muerto, y quedó

desorientada por el golpe de sol. Se puso recta mientras lanzaba una mirada a la orilla: estaba más lejos de lo que imaginaba. Mucho más lejos. ¿Cómo había sucedido? Intentó volver atrás, hacia la playa, pero no parecía moverse del sitio, el agua engullía sus brazadas.

Cogió aire, volvió a probar. Pateando las piernas con fuerza.

Batiendo los brazos. Era imposible calibrar si la orilla estaba ahora algo más cerca. Nuevo intento de volver atrás, otro esfuerzo en vano.

El sol siguió cayendo a plomo, la línea del horizonte titilaba: todo alrededor se mostraba absolutamente indiferente.

El fin, ahí estaba.

Era un castigo, no tenía duda.

Pero qué raro, sin embargo, lo rápido que se marchó el miedo. La atravesó sin más, apareció y casi al instante desapareció.

Otra cosa vino a ocupar su lugar, una especie de curiosidad reptiliana.

Tomó en cuenta la distancia, tomó en cuenta el ritmo de sus latidos, hizo un tranquilo balance de los elementos implicados. ¿Acaso no se le había dado siempre bien lo de ver las cosas con claridad?

Hora de cambiar de estrategia. Nadó paralela a la orilla. Su cuerpo asumió el mando, recordó cómo nadar. Alex no se permitió la más mínima vacilación. En cierto punto, el agua empezó a resistirse con menos ímpetu, y al momento Alex comenzó a avanzar, cada vez más cerca de la orilla, y al final lo bastante cerca como para hacer pie.

Estaba sin aliento, sí. Le dolían los brazos, el corazón le latía desacompasado. Se había alejado mucho playa abajo.

Pero bien, estaba bien.

El miedo había quedado olvidado.

Nadie en la orilla le hizo caso, ni se fijó en ella. Una pareja pasó por su lado, con la cabeza gacha, examinando la arena en busca de conchas. Un hombre con vadeadores montaba una caña de pescar.

Le llegaron flotando las risas de un grupo a la sombra de una carpa plegable. Desde luego que, si Alex hubiese corrido el más mínimo peligro real, alguien habría reaccionado, alguna de esas personas habría acudido a ayudarla.

El coche de Simon era divertido de conducir. Aterradoramente sensible, aterradoramente rápido. Alex no se había molestado en cambiarse, y la tapicería de cuero le coció los muslos. Incluso a buena velocidad, con las ventanillas bajadas, el aire era denso y tibio. ¿Qué problema debía resolver Alex en ese preciso momento?

Ninguno. Ninguna variable que calcular, el calmante seguía obrando sus efectos. En comparación con la ciudad, aquello era el paraíso.

La ciudad. No estaba en la ciudad, gracias a Dios.

Fue por Dom, claro, pero no solo por Dom. Incluso antes de Dom, la cosa ya se había estropeado. En marzo, Alex había cumplido los veintidós sin pena ni gloria. Tenía un orzuelo recurrente que le dejaba el párpado izquierdo fastidiosamente caído. El maquillaje que se aplicaba para taparlo no hacía más que empeorar las cosas: se reinfectaba a sí misma, y se había pasado meses con el orzuelo palpitando. Al final, le recetaron un antibiótico en un ambulatorio.

Todas las noches se retiraba los párpados y extendía un churrito de pomada justo en la cuenca. Le caían unas lágrimas involuntarias, solo del ojo izquierdo.

En el metro, o por la acera algodonosa de nieve reciente, había empezado a notar que los desconocidos la miraban raro. Se

quedaban observándola. Una mujer con abrigo de angora a cuadros la escudriñó con una atención perturbadora, la expresión contraída en lo que parecía una preocupación creciente. Un hombre, con las muñecas descoloridas por la presión de un montón de bolsas de plástico no le quitó el ojo de encima hasta que ella terminó por bajarse del vagón.

¿Qué veía la gente en su aura, qué hedor emanaba?

Puede que se lo estuviese imaginando. Puede que no.

Había llegado a la ciudad con veinte años. Aquellos tiempos en los que aún tenía la energía necesaria para usar un nombre falso y creía que gestos como ese tenían algún valor, que con ellos las cosas que estaba haciendo no sucedían en su vida real. Aquellos tiempos en los que hacía listas: los nombres de los sitios a los que iba con los hombres; los restaurantes que te cobraban por el pan y la

mantequilla; los restaurantes en los que te doblaban de nuevo la servilleta cuando ibas al baño; los restaurantes en los que solo servían filete, rosado pero insípido y gordo como un libro de tapa dura; brunches en hoteles de categoría media, con fresas aún verdes y zumo demasiado dulce, grumoso de pulpa. Pero el interés por las listas se le pasó rápido, o había algo ahí que empezó a deprimirla, así que lo dejó.

Ahora Alex ya no era bienvenida en el bar de ciertos hoteles, tenía que evitar ciertos restaurantes. El encanto que pudiera tener estaba perdiendo fuerza. No del todo, no por completo, pero sí lo bastante como para empezar a concebir esa posibilidad. Lo había visto en otras, en las chicas algo mayores que había ido conociendo desde su llegada. Desertaban a sus lugares de origen, probando a hacerse con una vida normal; eso o se las tragaba la tierra.

En abril: un gerente, en voz baja, había amenazado con avisar a la policía después de que Alex intentase cargar la cena a la cuenta de un antiguo cliente. Muchos de los habituales dejaron de llamar, por un motivo u otro: ultimátums arrancados de una terapia de pareja y esa nueva moda de la sinceridad radical, los primeros ramalazos de culpa por el nacimiento de un hijo o simple aburrimiento. Su flujo de caja cayó en picado. Se planteó un aumento de pecho. Cambió la redacción de su anuncio y pagó una tarifa exorbitante para que apareciese en la primera página de resultados. Bajó los precios, los volvió a bajar.

Seiscientas rosas, decían los anuncios. Seiscientos besos. Cosas de las que solo chicas muy jóvenes querrían seiscientas.

Alex se sometió a una serie de tratamientos láser: fogonazos de luz azul le bañaban la cara mientras ella miraba a través de unas gafas de protección tintadas como un sombrío astronauta. Y, entretanto, le encargó unas fotos nuevas a un chico nervioso, estudiante de arte, que le preguntó delicadamente si aceptaría un intercambio de servicios. Tenía un conejo que iba dando bandazos por el estudio improvisado, con los ojos de un rosa demoníaco.

Mayo: una de sus compañeras de piso se preguntó por qué volaba tan rápido el Rivotril. Desaparecieron una tarjeta regalo, una pulsera favorita. El consenso fue que Alex era quien había estropeado el aire acondicionado. ¿Había estropeado Alex el aire acondicionado? No lo recordaba, pero era posible. Las cosas que tocaba empezaban a parecer malditas.

Junio: la desesperación la llevó a relajar sus normas de filtrado habituales. Prescindió de referencias, prescindió de la

documentación con foto, y la timaron más de una vez. Un tipo le hizo pedir un taxi al aeropuerto JFK, prometiéndole que le devolvería el dinero en persona, y luego no le respondió más al teléfono; Alex en la acera, marcando y volviendo a marcar, con el viento arremetiendo

contra el vestido mientras los taxistas reducían la velocidad para mirar.

Y en julio, después de que los compañeros de piso le dieran dos semanas para pagar el alquiler atrasado si no quería que cambiasen la cerradura, Dom regresó a la ciudad.

Dom había estado casi un año fuera, un exilio autoimpuesto a raíz de cierto problema del que ella no quería saber demasiado. Mejor, con Dom, no saber nunca demasiado. Decía que lo habían detenido –

más de una vez–, pero parecía salvarse siempre de la cárcel, por alguna clase de inmunidad diplomática, alguna intercesión de funcionarios de alto rango en el último momento. ¿Pensaba que alguien se creía las cosas que contaba? Mentía más que ella, mentía sin razón. Alex se había prometido no volver a verlo. Pero entonces Dom le mandó un mensaje: alguien a quien de verdad le apetecía pasar tiempo con ella, puede que la única persona a la que le apetecía pasar tiempo con ella. No acababan de venirle a la memoria los motivos por los que le había tenido miedo alguna vez. Se lo pasaban bien, ¿o no? Y a Dom ella le gustaba, ¿o no?

Estaba viviendo en un apartamento que, según dijo, era de un amigo.

Bebieron ginger ale a temperatura ambiente. Dom se paseó por ahí descalzo, bajando todas las persianas. Había una hilera de tarrinas de nata montada cubiertas de pegatinas a lo largo de un alféizar, una bolsa de CVS Pharmacy llena de latas de soda vacías encima de la basura. No dejaba de revisar el móvil. Cuando llamaron al timbre del apartamento, e insistieron, lo ignoró entre risitas hasta que dejó de sonar. A las cuatro de la madrugada preparó una tortilla que no tocó

ninguno de los dos. Vieron un reality: las señoras mayores de la pantalla sentadas en el soleado patio al aire libre de un restaurante, sorbiendo violentamente de sus vasos de té helado. Tenían

conversaciones caldeadas, las caras revestidas de drama. «Yo nunca dije eso», gimoteó la mujer de pelo oscuro.

–¿Ya lo habías visto? –le preguntó Dom sin apartar la vista de la tele.

Tenía abrazado un pingüino de peluche, y no dejaba de toquetearle los brillantes ojos de botón.

La mujer de la pantalla se levantó y volcó la silla.

–Eres tóxica –dijo gritando–. Tóxica –repitió, con el dedo follándose el aire.

Se alejó con paso airado, dando resoplidos, y un cámara tuvo que retroceder fuera de plano cuando ella pasó disparada por su lado.

Vieron otro episodio, y luego otro. Dom se tumbó con la cabeza apoyada en la rodilla de Alex, chupándose la droga de los dedos.

Cuando le metió la mano por debajo de las bragas, ella no se apartó.

Siguieron mirando la tele. Las mujeres del programa no se

soportaban, se odiaban entre ellas, así no tenían que odiar a sus maridos. Solo sus perritos, parpadeando sentados en sus faldas, parecían reales; eran las almas de las mujeres, decidió Alex, almas diminutas que las seguían trotando de la correa.

¿Cuánto tiempo se había quedado allí con Dom? Por lo menos dos días.

¿Y cuánto había tardado Dom en darse cuenta, cuando ella se marchó?

Ni un segundo.

La llamó cuatro veces seguidas. Él nunca llamaba, solo escribía. De modo que Alex comprendió al instante que había cometido un error.

Empezó a acribillarla a mensajes.

Alex

Estas d coña o q Q cojones

Quieres hacer

el puto favor

d cogerlo

Alex andaba por la décima hora de una agradable y nebulosa sesión de benzos cuando la llamó, con una compresa templada enfriándose sobre los últimos coletazos de un orzuelo y la comida para llevar apestando el cuarto pero afortunadamente fuera de la vista. Los mensajes de texto de Dom le habían parecido graciosos.

Pero entonces, al día siguiente, Dom le dejó un mensaje en el contestador, casi llorando, y había sido majo con ella. Casi un amigo, a su manera demente.

Terminó mandándole un mensaje:

Ahora no puedo hablar. ***Xo n unos días***, ***ok***?

Dio por hecho, al principio, que acabaría apareciendo una solución.

Siempre aparecía una. Así que siguió dándole largas. Y Dom insistía casi a diario.

Alex?

La cosa fue a más. Dom otra vez con llamadas. Dom dejando

mensajes en el contestador. Haciéndose el despreocupado, hasta el

guasón, como si no fuese más que un simple malentendido. Y luego oscilando bruscamente hacia la agresividad, la voz saltándole a un registro espeluznante de psicópata, y Alex sinceramente asustada.

Recordó aquella vez, el año anterior, o puede que antes, cuando Dom no se había marchado aún de la ciudad. Se despertó y él la tenía agarrada de la garganta. Alex clavó los ojos en los suyos; Dom siguió apretando. No apartó la vista hasta que él apretó tanto que se le cerraron los ojos y sintió que se le iban hacia atrás.

Podía cambiar de número de teléfono, pero ¿y los anuncios que ya tenía pagados, anuncios vinculados a su número de siempre? Se dijo que Dom acabaría por cansarse. Necesitaría sangre fresca.

Pero entonces, al salir de casa una mañana, vio a Dom al otro lado de la calle. Dom paseándose por la acera, con las manos en los bolsillos. Era Dom, no había otra. O igual no. ¿Sería una

coincidencia? No le había dado la dirección nueva. Se puso paranoica

de golpe. El orzuelo asomaba otra vez. Sus compañeros de piso ni la saludaban en las zonas comunes. Habían cambiado la contraseña del wifi. Habían sacado toda la medicación del armarito del baño, hasta el ibuprofeno.

Alex tenía la desconcertante sensación de ser contagiosa.

Aquella noche hubo cero movimiento, ningún cliente.

Tal vez Alex despedía un aire de crispación, de desesperación; la gente se daba cuenta cuando andabas necesitado, tenía un olfato animal para el fracaso. Alex no dejaba de revisar los mensajes, a ver si picaba alguien, pero Dom aparecía una y otra vez en la pantalla, ofreciéndose a mandarle un coche, intentando quedar con ella en una estación de metro cerca del parque. Alex puso el móvil boca abajo.

Iba por la segunda agua de Seltz en vaso de cóctel –era mejor no beber, solo aparentarlo– cuando un hombre se sentó a la barra a unos taburetes de ella. Un hombre con camisa de vestir blanca y una buena mata de pelo. Lo normal habría sido que Alex lo fichara al instante como civil, alguien cuya concepción de sí mismo no contemplaría participar en determinadas componendas. Esa clase de hombres era un desperdicio de energía. Pero igual había sido un error centrarse en gratificaciones más inmediatas, porque ¿adónde la había llevado eso? Había subestimado la protección que podría prestarle un civil. Algo más permanente. Notó la adrenalina corriéndole por el cuerpo: ese era un hombre que podía darle la vuelta al asunto.

¿Quién inició la conversación, él o ella? En cualquier caso, por invitación del hombre, Alex se sentó en el taburete de al lado. El reloj de su muñeca destelló cuando se guardó el móvil en el bolsillo con gesto deliberado; Alex tenía toda su atención.

–Me llamo Simon –dijo el hombre.

Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Ahí estaba la respuesta, la salida de emergencia que siempre había sospechado que acabaría presentándose.

Alex pulsó todas las teclas correctas, como si hubiera estado entrenando para ese preciso momento, y puede que así fuera. Dejó que Simon la invitara a una copa de verdad. Se tapó la boca al reír, como si fuera especialmente tímida. Vio que él tomaba nota del gesto, igual que tomaba nota de las dos modestas copas de vino blanco que pidió, con la servilleta extendida con remilgo sobre la falda. La conversación

fluía. A Simon debía de parecerle una chica normal. Una chica joven y normal, disfrutando de la vida en la ciudad.

Pero sin pasarse; declinó una tercera copa de vino, y aceptó a cambio un café de sobremesa.

Todo salió bien. Simon le pidió una cita. Una cita como es debido. Y

luego otra. Alex dejó de quedar con otros hombres. Evitaba ciertos detonantes, ciertos rincones de la ciudad. No invitaba nunca a Simon a su apartamento. Dejó de responder llamadas a las tantas de la noche. Reprimió el impulso de coger cosas de Simon: los gemelos de perla, el dinero en efectivo que guardaba en descuidados fajos en el cajón de la mesilla.

¿Cuándo se estropearon las cosas? ¿Unas semanas después?

Agosto estaba a la vuelta de la esquina, y Alex seguía evitando a Dom y tratando de averiguar con quién podría quedarse si –

¿cuándo?– sus compañeros la echaban del piso. Le desaparecieron las llaves del bolso, ¿o se las reapropiaron sus compañeros? Se pasó la noche entera esperando en la escalera de entrada hasta que el más majo regresó al fin del turno de noche. Su cara se

ensombreció al verla, como la de todo el mundo últimamente, daba la impresión. Al menos la dejó subir a darse una ducha, pero sin alargarse demasiado.

Y entonces apareció Simon al rescate.

Tenía una casa en el este. Le encantaría que fuera en agosto con él.

Se podía quedar todo el mes. Montaba siempre una fiesta el Día del Trabajo; se lo pasaría bien.

Alex abandonó el piso compartido sin pagar el alquiler atrasado, pero dejó como pago parcial casi toda su ropa vieja y todos los muebles de aglomerado barato. Alex ignoró las llamadas y mensajes de sus excompañeros y bloqueó el número de Dom. Lo acabaría superando, en algún momento. Nadie de lo que empezaba ya a considerar su antigua vida sabía nada de Simon ni sabía dónde se había metido Alex. Ninguna de las personas a las que, en la forma que fuese, grave o difusa, había perjudicado.

Se esfumó; fue fácil.

El resto del verano lo pasaría allí, con Simon, y en septiembre, estaba su piso en la ciudad. Salió el tema de mudarse con él.

Siempre que Simon aludía a algún posible futuro, Alex bajaba la vista; su desesperación resultaría demasiado evidente si no. Él seguía creyendo que tenía su apartamento, y era importante que así fuera. Mantener esa fachada de independencia, dejar que sintiera que él marcaba el rumbo. En ese punto, moderarse era lo mejor.

Simon.

Era una persona amable, en general.

Le había enseñado a Alex unas fotos de joven en el móvil, atractivo, con una expresión de avidez en el rostro. Ahora tenía cincuenta y tantos, pero estaba en buena forma, y la mata de pelo seguía ahí.

Era por todo ese halibut que atiborraba el congelador, esos lomos blancos que pasaba por la plancha con tanto limón que Alex notaba como le vibraba la boca. Tenía un entrenador personal que lo conectaba a unos electrodos que le tensaban los músculos a base de descargas, le recomendaba baños de hielo y carnes orgánicas, todos los aditamentos novedosos de los profesionalmente sanos.

Simon llevaba esa disciplina tan psicótica porque parecía creer que hasta el más mínimo lapsus de vigilancia desembocaría en

catástrofe. Y seguramente tenía razón. Alguna que otra vez bajaba la guardia: Simon se llevó un tarro de mantequilla de cacahuete al sofá y se puso a comer con escrupuloso esmero hasta que lo dejó vacío, y la cuchara, limpia a lametones de su lengua sorprendentemente rosa. Contempló con aire triste el fondo del tarro rebañado, como si fuera una visión ofensiva.

Simon tenía una hija que no vivía con él, y una exesposa en la otra punta del país, pero no había ningún rencor, que Alex percibiera.

Salía siempre de la habitación para hablar con su hija por teléfono.

Caroline tenía el pelo oscuro y lustroso de los ricos, ese diseño de cejas, esas prendas de tejidos «solo limpieza en seco». Una de esas

hijas de familia rica que despertaban compasión porque, al final, podían comprarlo todo menos la belleza. Alex solo la había visto en foto: una chica flaca, abrazándose siempre los codos; una chica que parecía ceñuda hasta cuando sonreía. Ansiaba convertirse en cantante.

Alex preveía sufrimiento en el futuro de la hija, pero puede que fuera solo proyección.

La casa de Simon en el este quedaba bastante cerca de la costa. El techo del salón medía seis metros de alto, atravesado de vigas. El suelo, de hormigón pulido. Unos cuadros enormes que delataban, a fuerza de mera superficie cuadrada, su elevado valor. La

especialidad de Simon era el mercado secundario, y Alex adoptaba una expresión concentrada cuando Simon le enseñaba una galería de imágenes JPEG o cuando iban a cenar a casa de algún

coleccionista. A veces intentaba adivinar el precio de las cosas o lo que diría Simon cuando estuviesen a solas. Pero nunca acertaba: había demasiadas variables desconocidas. Podía ser que una obra similar hubiese tenido una pésima actuación en la subasta

vespertina. Podía ser que el artista hubiese empleado materiales propensos al deterioro, por lo que la pieza era demasiado volátil para que la cubriera el seguro. Si algo había sido en su día propiedad de la persona equivocada –un coleccionista nuevo rico con poca idea, ejecutivos de tecnológicas envueltos en una investigación federal–, tal vez estuviese mancillado de algún modo. La tasación se basaba en un entramado de factores en constante fluctuación. A veces la obra era una simple noción de la obra, y solo existía en forma de imagen que rebotaba de aquí para allá por email, una pieza que los coleccionistas habían comprado antes de verla en persona.

Ese juego de convencer a la gente de cuánto valían las cosas... En eso, Simon y ella no eran tan distintos.

Las semanas anteriores habían transcurrido agradablemente. Fue fácil insertarse en la vida de Simon ahí: sus texturas y costumbres

formaban un tejido tan sólido que Alex solo tuvo que dejarse llevar.

Iban a cenar a las casas de sus amigos, y los asistentes les escribían con antelación preguntando por posibles restricciones dietéticas.

Ninguna, respondía siempre Alex alegremente. Esa era la clave de Alex: no oponer la menor clase de resistencia. Por las tardes asistían a recepciones al aire libre, entre zumbidos y bichos, y Alex se quedaba ahí de pie mientras Simon charlaba y bebía vino blanco.

Sus amigos la miraban con sonrisas imprecisas; tal vez daban por hecho que se conocían de antes, o confundían a Alex con otra de las

mujeres jóvenes con las que salía Simon. «Un gusto verte», decían siempre, esa frase segura que permitía torcer en una dirección u otra. «¿Lo estás pasando bien?», tal vez le preguntara alguien, dirigiéndole por fin una pregunta a Alex, y ella asentía, aunque para entonces al otro ya se le habían ido los ojos de nuevo a Simon. A veces eran condescendientes, esos amigos de Simon, pero ella ya estaba más que acostumbrada a la desaprobación de los

desconocidos. Había estado muchas veces sentada en público frente a hombres que le doblaban la edad, hombres con la calva al aire, sudorosa. Tenía el presentimiento de que la mirarían, y sabía cómo blindarse ante esas miradas.

Pero lo de ahora era distinto. Lo de Simon. Se acercaba a él y Simon seguía hablando, pero apoyaba la mano en la curva de su espalda.

En el coche, a la vuelta, le hablaba de sus amigos. De su vida privada, sus problemas ocultos. Y Alex le hacía preguntas y lo espoleaba, y él le lanzaba una sonrisa fugaz, con el alborozo, de pronto, de un niño.

Era algo real, lo de Simon y ella. O podía serlo.

Durante el día, Alex veía la televisión en la galería acristalada, leía revistas en la bañera hasta que se enfriaba el agua. Iba sola a la playa, o nadaba en la piscina de Simon. Los lunes, miércoles y viernes, venía una mujer a limpiar y hacer la colada. Alex se pasaba horas escapando de habitación en habitación de la silenciosa y diligente Patricia, que reaccionaba ante la presencia de Alex con la

misma expresión imperturbable con que reaccionaba ante cualquier otro desorden.

No era difícil. No había nada difícil.

De vez en cuando, Alex se tomaba un calmante de los de Simon para hilvanar las horas sueltas, pero no compartía esa información con él. Se estaba portando mejor que nunca. Si usaba un vaso, lo enjuagaba al momento y lo metía en el lavavajillas. Limpiaba el cerco de la mesa. No tiraba toallas húmedas sobre la cama, ni dejaba destapado el tubo de pasta de dientes. Controlaba el número de pastillas que le había gorroneado para que Simon no lo detectara.

Procuraba hacerle arrumacos a Chivas, el perro de Simon, al que este besaba en el morro.

Cuando Simon le mandaba un mensaje diciendo que ya casi había

terminado de trabajar, Alex se refrescaba la cara y se cepillaba los dientes. Se ponía una camiseta cara que le había regalado él y se sentaba por ahí, esperando, como si el final de cada día fuese una primera cita.

¿Había tenido que esperarla alguna vez él, había aguardado su llegada?

No. Pero ¿qué más daba?

Eran concesiones sin importancia, teniendo en cuenta lo que proporcionaban a cambio.

Por supuesto, no le había contado nada de Dom a Simon. No le había contado nada de un montón de cosas. Había aprendido muy pronto que era necesario guardar cierta distancia. Sostener algunas mentiras. Fue fácil, y con el tiempo más aún. ¿No era mejor darle a la gente lo que quería, además? Conversaciones ejecutadas como una transacción fluida; un intercambio desenvuelto sin la intromisión de la

realidad. Casi todo el mundo prefería el relato. Alex había aprendido a suministrarlo, a atraer a las personas con una visión de sí mismas reconocible, pero con diez grados más de intensidad, amplificada hasta convertirla en algo mejor. A aludir a sus propios deseos como si fuesen deseos compartidos. En algún rincón en lo más profundo de sus cerebros, las sinapsis arrancaban y partían traqueteando en la dirección que Alex les marcara. La gente se sentía aliviada, agradecida de encajar en algo mayor, más sencillo.

Y estaba bien lo de ser otra. Creer, aunque solo fuera medio segundo, que el relato era distinto. Alex había imaginado la clase de persona que le gustaría a Simon, y esa fue la persona que le dijo que era. El odioso historial de Alex eliminado, hasta que comenzó a parecer, a parecerle incluso a ella, que nada de aquello había sucedido.

Simon creía que Alex se había licenciado el año anterior y que acababa de llegar a la ciudad. Creía que la madre de Alex era profesora de arte y que su padre entrenaba al equipo de fútbol americano de un instituto. Creía que Alex había crecido en mitad del campo. Le preguntó, una vez, por qué no tenía contacto con su familia; ella le respondió que sus padres estaban enfadados porque ya nunca iba a misa. «Pobrecita pecadora», dijo Simon, aunque parecía sinceramente conmovido ante la idea de que Alex estuviese sola en el mundo. Lo que tampoco era mentira. Simon la consideraba una persona real, o lo bastante real para sus propósitos. Alex mencionó la

posibilidad de un posgrado, y eso pareció ablandarlo, implicar una vida modesta de superación personal. Ambiciosa en el sentido más leve del término.

Quedaban todavía desperdicios en la carretera que volvía de la playa, restos de una tormenta de verano, pero la mayoría de las ramas más grandes ya las habían recogido. La tenue luz del sol, iluminando con un brillo azucarado las casas de tablillas de cedro, borró todo recuerdo.

Á

Todas las carreteras secundarias eran iguales. Árboles entrelazando las copas en lo alto, algún camino de entrada abriendo un hueco cada tanto. Carreteras bordeadas de la misma espesura veraniega, un follaje tan tupido que no se veía nada al otro lado. Las casas quedaban escondidas tras los setos y las verjas y no ofrecían ningún punto de referencia con el que guiarse.

Alex tenía la cabeza en otra parte, así que no terminó de procesar conscientemente la calle por la que había torcido. Un movimiento repentino entre los árboles le hizo volver la vista. Un ciervo, tal vez.

Había muchos por ahí, no dejaban de cruzar disparados las

carreteras.

El sonido de una bocina reclamó su atención. Venía un coche en dirección a ella. El conductor volvió a darle a la bocina, con más agresividad. Era una calle de un solo sentido, comprendió Alex.

Demasiado tarde. Intentó meterse marcha atrás en un camino de entrada para dar la vuelta. Debió de calcular mal la distancia: el ruido la sobresaltó, hasta que entendió que provenía de su propio coche.

O, mejor dicho, del coche de Simon. El parachoques trasero hizo contacto audible.

El otro conductor no se paró, no redujo la velocidad siquiera.

Quizá si no hubiese ido tan aturdida –la corriente de resaca, Dom, el velo del calmante– no habría pasado. Empezó a ensayar lo que le diría a Simon, a calcular exactamente cómo de infantil debería mostrarse para sortear su ira.

Alex dejó el motor encendido mientras salía a examinar los daños.

Había chocado contra un muro de contención de piedra; una de las luces traseras rojo cereza de Simon se había partido y le faltaba un pedazo nada desdeñable. Lo encontró en el suelo, convertido en una dispersión de plástico rojo. Unos quinientos pavos cambiarla, tal vez, podría ser peor. Aunque nunca se sabía, con estos coches de lujo, con sus mecánicos particulares, sus recambios especiales... La

pintura de importación. Al menos el parachoques solo estaba un poco abollado. Miró alrededor, como si pudiera llegar ayuda de algún punto, alguien que apareciera y se hiciera cargo de la situación.

A Simon le sentaría mal: su coche querido. Eso le iba a quitar puntos a Alex.

El resto del coche se veía bien, pero puso la vista un poco borrosa mientras lo inspeccionaba: mejor, con miras a la confesión, que ignorase el alcance completo de los daños. En todo caso, no parecían graves.

Tan pronto entró en casa de Simon, la humedad desapareció; el aire acondicionado precipitó la tarde a una leve irrealidad. El día se esfumó.

El despacho de Simon estaba en un edificio independiente dentro de la finca; Alex alcanzaba a ver el ventilador del techo girando al otro lado de la ventana, lo que quería decir que Simon estaba dentro, trabajando. Bien. No quería verlo todavía. Estaba demasiado alterada.

No pienses en el coche, no pienses en Dom, no le pongas nombre a este miedo nuevo.

Un chapuzón, decidió.

La puerta de mosquitera del patio estaba fabricada de tal modo que era imposible dar un portazo; se cerró a su espalda en silenciosa cámara lenta.

La asistente de Simon, Lori, estaba sentada en una mesa al lado de la piscina con dos móviles delante. Vivía a una hora de camino, en un pueblo más barato, y se levantaba antes de que saliera el sol para venir a casa de Simon. Llevaba una rosa tatuada en el antebrazo

izquierdo, y vivía con una novia que a veces la traía en coche, pero nunca se bajaba. Entre otras funciones, Lori debía ocuparse de Chivas, el perro de Simon. Estaba siempre intentando enseñarle a llevar una mochilita de montaña en la que guardar una botella de agua para

cuando salían de paseo. A la vuelta, se pasaba una hora sentada en el suelo con las piernas cruzadas y los ojos entornados, examinando el pelo de Chivas en busca de garrapatas con una atención inquebrantable que bordeaba lo erótico.

«Es la peor temporada de la que hay noticia», había mencionado Lori, numerosas veces. «Está lleno de garrapatas. Los ciervos van plagados.»

Chivas, ahora, estaba ladrándole sin parar a un hombre de uniforme agachado en la hierba, revisando la barbacoa de gas de cara a la fiesta del Día del Trabajo. Cuando el perro se le subió a la espalda, el técnico miró a Lori en busca de ayuda. Lori no abrió la boca.

Alex vio en el césped unos cuantos agujeros que había dejado Chivas persiguiendo tuzas. Simon se enfadaría, pese a que adoraba al perro; pese a esos ojos azules y llorosos, pese a esos pelos descoloridos que le moteaban el hocico.

Alex extendió la toalla grande de playa sobre una de las sillas metálicas y la arrastró hacia el sol para que se secara. Sentía que se movía a velocidad normal, que hacía cosas normales.

–¿Qué tal la playa? –preguntó Lori, sin levantar apenas la vista.

Había habido otras antes, Alex lo sabía, otras mujeres jóvenes con bolsas de fin de semana y cuerpos esperanzados, cuidadosos, otras mujeres que entraban con parsimonia en la cocina a las diez de la mañana para tomar un café que alguien había dejado preparado para ellas, sacándose las bragas de algodón del culo y buscando a Simon. Chicas delgadas en camisola que comían yogur de pie. Pero Alex había durado más que ellas, había entrado en otra esfera, una más permanente. Ellas eran fantasmas; Alex era real. Alex vivía ahí;

su ropa estaba en el armario. Lo que quedaba de verano, al menos.

Ya no era vulnerable a la opinión de Lori.

–Muy bien. –Alex se obligó a sonreír, se obligó a cruzar una mirada con Lori. Era difícil adivinar exactamente cuánta antipatía le tenía Lori–. El agua estaba perfecta.

Antes de meterse en la piscina, hizo estiramientos, tanto rato que sintió que Lori la observaba. ¿Notaba acaso que algo no iba bien?

Se sumergió en el agua.

La piscina era estrecha pero con la longitud perfecta para echar unos largos, que Simon ejecutaba a diario con una concentración maniaca. Le había contado a Alex que hacía tanto ejercicio porque, en sus tiempos de estudiante en una escuela de negocios europea, había engordado de tanto comer hamburguesas: era lo único que sabía pedir. Desde entonces, estaba obsesionado con no volver jamás a estar gordo; a las seis de la mañana en pie para entrenar en una máquina en la que subía el equivalente a ochenta tramos de escalera, y luego a la piscina, en la que nadaba febrilmente hasta que salía el sol.

Y aun con todos esos largos matutinos, era un nadador pésimo, y su brazada habitual estaba demasiado arraigada como para mejorar jamás.

–Podrías probar así –le dijo Alex, el primer día en la casa, y le enseñó a Simon un estilo que reduciría la tensión en su delicada espalda–. Así se alivia la presión.

Simon corrigió sus brazadas unos cuantos largos, domeñando aquel esfuerzo desbocado, pero enseguida recayó en sus hábitos.

–Lo estás haciendo otra vez –dijo Alex, y se acercó a él por el agua–.

Déjame que te enseñe.

–Da igual –respondió él, con voz cortante, y le apartó la mano.

Ella se obligó a reír un poco. Se sentó en los escalones de la piscina.

Simon volvió a sus largos; el agua se agitaba a su paso. Cuánta energía desperdiciada. Le dijo algo que ella fingió no oír. Alex ahuecó las manos y recogió las hojas que había flotando, las flores rotas en la superficie del agua. Formó una pila húmeda en el hormigón que rodeaba la piscina y la ordenó distraídamente. Otro dato para archivar: no corregir a Simon. Alex sacó una abeja de la piscina pinzándole el ala con los dedos y la añadió a la pila de cosas muertas.

¿Quién la recogería? Alguien. Ella no.

Tras unos largos rápidos, Alex hizo el muerto en el agua. Se oía el corazón latiéndole en los oídos. Inhaló contando hasta cuatro, aguantó el aire hasta cuatro y exhaló hasta cuatro. Arriba, el cielo despejado, de un azul que parecía tensado por los bordes. El aeropuerto quedaba al otro lado de la autopista; un avión pequeño cruzó trazando un arco por su campo visual, ralentizando para tomar tierra.

Alex había ido en helicóptero una vez; con Simon, de camino ahí. El ruido era ensordecedor, un ruido como de película bélica, y fue rara la mezcla de aquel estruendo dándole un vuelco al corazón y la sensación irreal de alzarse directa al cielo. Despegaron de noche, justo antes de que empezara el horario de restricción nocturna del aeropuerto. El helicóptero daba la impresión de volar increíblemente bajo, tanto que pudo ver, por entre los pliegues oscuros de los árboles, las piscinas iluminadas que salpicaban el paisaje, remansos de azul y verde flotando en la negrura. Ella no dejó de prepararse

para un accidente, como si ese exceso tan flagrante mereciera un pronto castigo.

Un sonido amortiguado, un mal presentimiento: Alex abrió los ojos y vio una figura oscura de pie en el borde de la piscina. Era Lori, con los brazos en jarras.

–¿Cómo? –preguntó Alex.

–He dicho: ¿necesitas algo antes de que me vaya?

El dormitorio de Simon estaba en la parte trasera de la casa, al fondo de un largo pasillo. Estaba tranquilo, con las cortinas echadas para que no entraran la luz y el calor. Las sábanas tensadísimas. Una limpieza abrumadora, rayando lo perverso. Deseaba lanzarse sobre aquellas sábanas perfectas y tersas, pero no lo hizo. Las sábanas perfectas, las habitaciones frescas; parecían tonterías, de una en una, pero todas juntas formaban un convincente sucedáneo de vida.

Una en la que el sufrimiento parecía no tener cabida, donde la noción de dolor o de desgracia se desdibujaba y parecía menos probable.

¿Quién podía cuestionar eso, ese deseo de protección? No había ningún problema irresoluble. ¿Cómo sería que esa trayectoria siguiera ascendiendo? La suerte acumulándose y acumulándose, el mundo abriéndose de pronto en todas direcciones, como una de esas cajas japonesas: desplegando los costados y revelando que no quedaban más límites.

Hasta el asunto ese con Dom parecía abordable. Como si pudiese arreglarlo.

¿De qué manera? No lo sabía exactamente.

Procuró calmarse haciendo inventario del cuarto, mirando los árboles mecerse tras las cortinas. Fingió no ver las notificaciones del buzón de

voz en la pantalla. Jugó a un juego en el móvil que consistía en

recoger diamantes antes de que una tortuga negra se los comiera.

Continuó jugando hasta que la tortuga terminó por comérselos todos.

HAS PERDIDO, dijo la pantalla, con las palabras vibrando, y Alex soltó el móvil en la cama.

Esa parte, la de arreglarse, era reconfortante. Emprender acciones concretas, ejecutar una serie familiar de pasos. Le había acabado cogiendo mucha práctica, con los años, a esa ceremonia de

preparación.

Esa noche se tomó su tiempo, creó un trance. El baño se llenó de vaho, los rollos de papel higiénico se arrugaron con la humedad. Con todo aquel esmero, la tarde parecía quedar más y más lejos. Se miró tanto rato en el espejo que su cara se volvió abstracta también, luz y sombra nada más.

Con los dedos, se aplicó la base en la frente, bajo los ojos y en la línea de la mandíbula. Toques rápidos con una esponja húmeda para extenderla toda y hacer desaparecer los defectos. Luego tenía que devolverse a la vida: colorete y un iluminador nacarado en el arco de la ceja. Oscureció las cejas con pinceladas cortas; más realistas, las pinceladas cortas. Cruzó una mirada consigo misma en el espejo mientras accionaba sin hacer ruido el rizador de pestañas.

Trece, catorce, quince veces.

Como tantas otras chicas, Alex había descubierto rápidamente que no era lo bastante guapa para trabajar de modelo. Las afortunadas se daban cuenta más pronto que tarde. Aunque sí era lo bastante alta y lo bastante delgada como para que la gente diese por hecho que era más guapa de lo que era. Buen truco.

El pelo fino y castaño cortado a la altura de los hombros. Los dedos cortos y las uñas mugrientas: ¿cómo podía una chica de este siglo

ensuciarse así las uñas? Añadir a la lista: Llevar las uñas limpias.

Aliento siempre fresco.

No dejar pasta de dientes en el lavamanos.

Se afeitó las axilas, deslizando en forma de cruz la cuchilla. Y luego

otra pasada, con una mueca al sentir que raspaba la piel. Quedó lisa, al terminar; le ardían un poco las rozaduras. Tenía el pelo casi sucio, un día más y tendría que lavárselo, pero por esa noche estaba bien, cepillado hacia atrás. A Simon no le gustaba que le cayera delante de los ojos; se echó una pizca de aceite para dejarlo suave, para dejarlo todo en su sitio.

–Aquí está –dijo Simon, entrando en el dormitorio. Verlo era como un bálsamo: ahí estaba, la vida de Alex. Tal como la había dejado.

Cuando Simon volvía de trabajar parecía siempre un poco

descolocado. Se dio unos golpecitos en el bolsillo de la camisa, buscando distraído el móvil.

–Caray.

Simon la miró de arriba abajo como hacía siempre: el gesto tan exagerado que era casi bufonesco, un lobo de dibujos animados vestido con traje.

–Es un vestido increíble –dijo–. Tienes muy buen gusto.

Simon le había regalado ese vestido.

La mayoría de la ropa que tenía Alex ahora se la había regalado Simon. Los nombres de las marcas eran como palabras del

vocabulario de una lengua extranjera. Las cosas viejas las había

dejado en el apartamento; era basura, casi todo. No valían ni para revenderlas: vestidos con manchas de desodorante, los tacones de ante a los que les había cambiado un sinfín de veces la suela.

Sospechaba que Simon estaba intentando que aparentara más de veintidós, con esas prendas que escogía para ella en colores oscuros. Las camisas de lino, los pantalones, las faldas con el bajo por la rodilla. Seguían siendo entalladas, desde luego, seguían marcándole la cintura y los pechos. Solo era una forma más indirecta de alcanzar el mismo fin, más aceptable porque era menos obvia.

Los pendientes que llevaba también eran un regalo: Simon se los había entregado en una caja dentro de una bolsa de tela dentro de otra bolsa, y el acto de abrir tantas capas hizo que el proceso acabase teniendo una duración grotesca. Que tal vez fuera la intención. No dijo gracias, se lo habían enseñado las otras chicas. No hay que decir

gracias, hay que sonreír y coger lo que te dan, como si fuese algo que ya te pertenecía de antes.

«Qué bonitos», había dicho Alex, sosteniendo los pendientes. «Me encantan.» Y lo curioso era que de verdad le gustaban, esas gotas de plata. Eran unos pendientes que podría haber escogido ella misma. De vez en cuando creía que Simon y ella estaban realmente algo así como enamorados.

«¿No te guardas la caja?», le había preguntado Simon, y Alex asintió y se enmendó de inmediato, dobló la bolsa en un pliegue perfecto, la alisó y enrolló de nuevo la cinta blanca.

Simon se sentó en la cama. Alex se acercó, y la mano se le fue automáticamente a la nuca. Lo masajeó con firmeza, y luego le rascó el pelo. Suavemente. Muy suavemente.

–No pares –dijo Simon.

Esos momentos eran bonitos; Alex le daba algo tangible, así, deslizando las uñas por la base del cabello. Simon apoyó la cabeza en su falda como un niño, con los ojos cerrados. Alex lo examinó desde arriba. Era bastante atractivo. Estaba intentando beber más agua, y había empezado a echar sobrecitos de suplemento de hongos en polvo en la botella de acero inoxidable. Alex había probado un sorbo: le daba al agua un sabor cenagoso y caro.

–Hueles bien. –Simon seguía con los ojos cerrados.

–Me he dado una ducha.

–¿Has ido a la playa?

–Sí.

Alex aplicó más presión con la yema de los dedos, ahuyentó de sus pensamientos lo que había ocurrido después de la playa. Fuera lo de haberse cargado el coche, los cientos o puede que miles de dólares de molestias que Alex había ocasionado. La grabación comenzaría en el aparcamiento de la playa, la vuelta a casa sin contratiempos, y la cinta terminaría con Alex aparcando el coche. Podría contarle a Simon lo de la corriente de resaca. Ese momento en el que creyó estar en peligro. Le podría contar lo de Dom. Pero no lo hizo.

–Las olas eran un poco altas –dijo Alex–. Pero bien.

–Mhm. –Simon se quedó un rato callado mientras Alex le masajeaba el cuello–. Igual tendrías que ponerte el vestido azul, mejor –dijo–.

Esta noche. A pie de mar hace fresco.

–Claro –respondió Alex, con voz suave.

Silencio.

Normal, se dijo, todo era normal. Le preocupaba que Simon

percibiera su inquietud. Pero imposible, desde luego. Tenía los ojos

cerrados. Alex dejó descansar la mano en su entrepierna, sin dejar de observarlo. Los labios de Simon se despegaron al instante; los párpados se le relajaron, pesados. Abrió los ojos un momento para mirar a Alex, luego los volvió a cerrar. Separó las piernas y la cogió por la muñeca para bajarla al suelo. Con qué facilidad fluían estas cosas.

Alex se arrodilló junto a la cama. Simon se había tumbado de espaldas. Le desabrochó los pantalones, con expresión tranquila.

Tardó un poco en ponérsele dura del todo; la mente de Alex iba divagando y volviendo. Sus pensamientos no dejaban de saltar por el cuarto. Las ramas del árbol que se vislumbraban por la ventana. El cuadro sobre la cabecera de la cama, una reciente adquisición. ¿Qué había pasado con el de antes? Simon se aburría enseguida de las cosas. Alex tendría que retocarse el maquillaje después, pero sin que pareciese que le importaba. Notó como Simon se tensaba entre sus dedos. Levantó la vista y lo miró, como parecían preferir todos, directamente a los ojos. Seguramente se había manchado el vestido, daba igual. Simon quería que se pusiera el azul.

Había mucho tráfico, incluso para ser lunes, y la autopista principal iba a tope en ambos sentidos. Simon soltó un suspiro y se puso a toquetear el dial de la radio. Cuando llegó al final, comenzó de nuevo. A Alex le temblaba la rodilla, tenía los nervios de punta. Se obligó a parar.

Todo iba bien, se dijo.

Simon no había visto el golpe del parachoques. O –eso sería mejor–

sí lo había visto y no lo había mencionado. ¿Podía ser?

–Es lunes, ¿de dónde sale toda esta gente? –farfulló Simon–. Dios.

Un constante arrancar y frenar, el aire olía a tubo de escape. Simon intentaba ver una y otra vez qué había más allá de los coches que

tenía delante, como si pudiera encontrar una vía alternativa invisible a los ojos del resto. Y tal vez lo consiguiera, con todas aquellas carreteras secundarias y la gente zigzagueando, ávida de unos minutos extra ni que fuera.

–Estás muy callada –dijo, sin mirarla.

Alex se encogió de hombros.

–Cansada, solo.

Intentó apaciguar sus pensamientos, acompasarlos a la lentitud del tráfico. Era relajante, incluso, tratar de rendirse a la acción de fuerzas mayores, ese ruido de fondo mental que permitía el tráfico: no había nada en su mano que pudiese mejorar la situación, ninguna

perspectiva que considerar, ningún movimiento con el que avanzar.

Se alisó el vestido sobre los muslos.

Llevaba el bolso en el regazo, una piel suave del color del tabaco.

Otro regalo de Simon; venía con su propia funda de tela y un paño especial para pulir los herrajes. Los bolsos, le habían enseñado las otras chicas, eran lo único que valía la pena revender. Ningún otro hombre le había regalado nunca cosas buenas: lencería plasticosa de colores chillones, unos pantalones cortos de raso claro, medias baratas que apestaban a productos químicos. Extraían alguna clase de placer castigador del hecho de negarle el acceso a objetos con un valor real. Alex cuidaba el bolso con sumo esmero, atenta a cualquier marca. La primera vez que detectó una imperfección, un rasguño imperceptible con la uña, sintió auténtica pena.

El móvil estaba dentro, y si se movía en el asiento podría echar un vistazo a la pantalla sin que Simon se diera cuenta. Pero ¿para qué quería mirarlo? Solo podía ser Dom, escribiéndole de nuevo con exhortaciones a Coger. El. Puto. Teléfono. Además, a Simon no le gustaba que Alex se pusiera a mirar el móvil cuando estaban juntos.

Nunca lo había dicho con esas palabras, pero Alex sentía su mirada,

como tomaba notas desaprobatorias para sí. Ni un fallo, se dijo Alex.

No tocó el móvil.

La fiesta era en casa de una mujer llamada Helen. Su primer marido se había ahogado, le contó Simon por el camino. Buceando, o algo así, no se acordaba. Un accidente estrambótico de esos que tenían los ricos; había demasiadas personas manteniéndolos en demasiada buena forma como para que murieran por causas naturales. La vida ya no era peligrosa: las bombonas de oxígeno, los análisis hormonales y las jeringas cargadas de vitamina B conjuraban las causas mortales de antes.

El tráfico estaba prácticamente paralizado.

Simon apagó la radio. La música no parecía reportarle ningún placer, y a Alex le gustaba que no intentase aparentar otra cosa. Con hombres más jóvenes todo tenía que significar algo, tenían que convertir cada elección y preferencia en un referendo sobre su personalidad. La ponían nerviosa esos hombres más de su edad con los que había salido. La posibilidad de quedar expuesta era demasiado alta. Mucho mejor contar con la distancia amortiguadora de una generación completamente distinta; los hombres más

maduros no tenían ningún contexto sobre Alex, y no podían, ni de lejos, componer involuntariamente una semblanza de su verdadero yo.

Apoyó la mano en la rodilla de Simon. Por la ventanilla se veían pasar casas y escaparates, y luego un tramo de tierra despejada.

Una nueva promoción inmobiliaria, para quienquiera que estuviese conforme con vivir pegado a la autopista y con todo ese ruido. A todo se acostumbraba uno, esa era la clave.

–Ah, joder –dijo Simon–. Bueno, he aquí el problema.

El tráfico serpenteó para esquivar el lugar del accidente. Había un descapotable blanco hecho un higo a un lado y, detrás, un SUV

atravesado en el carril. En el arcén, dos coches de policía aparcados, con las luces encendidas, pero sin sirenas.

No había víctimas a la vista, ningún herido, solo un poli con chaleco naranja que hacía avanzar el tráfico.

Simon soltó un silbido y redujo la velocidad para echar un vistazo.

–Es esa curva a la izquierda –dijo–. Es lo peor.

–Igual están todos bien. –La voz de Alex sonó estridente; intentó suavizarla.

–Lo dudo. –Simon puso un gesto sombrío, negando con la cabeza, pero Alex detectó un punto de excitación–. De ahí no sale nadie vivo.

Aunque era consciente de que iban en el coche de Simon, y aunque era consciente de que esa tarde solo había tenido un toque, un toque sin importancia, Alex tuvo de pronto la sensación, por algún motivo, de que ella iba dentro de aquel coche blanco. De que había muerto, allí en la carretera. Era una idea tonta, pero no se la podía quitar de encima. Igual se estaba volviendo loca. Y, al mismo tiempo, sabía que jamás se volvería loca, lo cual era peor. Casi sentía celos de alguna gente que había conocido en la ciudad y que había petado por completo, perdida en otra dimensión. Era un alivio tener la opción de largarse totalmente de la realidad.

Simon cruzó la carretera principal y se metió en otra más pequeña, y luego en otra. Las casas se alzaban cada vez más lejos, hasta que prácticamente todo quedó oculto tras un muro o un seto. Alex notó el olor del océano acercándose.

–¿Sabes? –dijo Simon, señalando al otro lado de la ventanilla–.

Antes todo esto eran campos de patatas. Cuesta de imaginar, ¿eh?

No era la primera vez que se lo decía. Parecía reportarle placer, imaginar el proceso por el que algo sin valor se convertía en algo

valioso. Pero no era tan difícil imaginárselo; solo había que quitar las casas, esos cubos enormes con la bandera estadounidense

ondeando en la entrada, y eran todo tierras, verdes y doradas, y no tan distintas, a su manera, del lugar del que venía Alex.

2

Se detuvieron frente a una verja de metal flanqueada por una valla alta de madera, y una voz habló entrecortada por el interfono. Simon tuvo que repetir su nombre dos veces para que la verja se abriera, y pasaron al camino de gravilla clara. Justo después, había un semicírculo de coches aparcado delante del edificio principal. Alex alcanzó a ver una cancha de tenis y una piscina detrás de una verja más pequeña.

Puso una cara tranquila e inexpresiva, pese a que la evidente cercanía del mar le dio un escalofrío. Deslizó la lengua por los incisivos de arriba, en busca de cualquier residuo perdido.

Simon apagó el motor.

–¿Vamos?

La puerta de la casa se abrió, y un carlino fue trotando hacia ellos.

Un hombre con polo y pantalones negros lo siguió, pero el carlino llegó primero y se abalanzó ruidosamente sobre los tobillos de Alex.

–Bienvenidos –dijo el hombre–. Adelante.

Dentro, había velas titilando en unos grandes portavelas en forma de tulipa. Aun así, el recibidor se sumía en una oscuridad que desorientaba cuando se accedía desde el sol. Alex se volvió para asegurarse de que Simon iba detrás.

–Recto y arriba –dijo Simon, con un eco extraño en la voz, mientras las pezuñas del carlino repiqueteaban en el mármol.

La gran sala que conducía al patio parecía medio invadida de bruma, la humedad de la niebla que había atravesado las ventanas. Más allá del patio, se abría la extensión del océano. El sol no tardaría en ponerse, la luz flaqueaba ya.

La puerta estaba abierta. Allí, enmarcada en el umbral, esperaba Helen.

Iba toda vestida de negro, un vestido de tirantes con una especie de capa cayendo por la espalda. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño apretado en la nuca. ¿Qué edad tenía? Alex no sabía decirlo: su piel se había sometido a una microabrasión profesional para darle la apariencia de una anodina treintañera. Los ojos le bailotearon y luego terminaron por centrarse en Simon y Alex.

–Simon –dijo Helen, dando un paso hacia él y desplegando los brazos–. No sabía si vendrías.

Se besaron en ambas mejillas. Helen se volvió hacia Alex.

–¿Y a quién tenemos aquí?

Alex adoptó una pose alegre, una alegría de joven exploradora.

¿Quién se iba a sentir amenazada por una joven exploradora?

Respetuosa, pulcra y pulida, esa era la cara que había aprendido a ponerles a las mujeres mayores que ella. Aun así, Helen le echó una mirada de arriba abajo, demorándose en cada zona destacable. Alex la observó mientras ella incorporaba la información del vestido, del bolso, regalo de Simon. Seguramente alguien como Helen sabía con exactitud cuánto había costado cada artículo.

–Muchas gracias por invitarme –dijo.

Mejor, siempre, evitar cualquier elogio a la casa, no delatar una falta de familiaridad con esa clase de lugares.

–Ah, por supuesto –respondió Helen, con la atención ya decayendo.

Tenía un aire excéntrico, pero igual solo era el efecto de la capa que le caía por la espalda y se retorcía con la brisa. Alex dejó que Simon la tomara del brazo, dejó que la llevara hacia las mesas instaladas en la terraza.

Los invitados estaban contemplando el océano o acurrucados bajo una carpa de tela, sujetando las copas llenas entre ambas manos.

Alex los recorrió con la vista, siempre alerta. Pero tras una ojeada rápida comprobó que no había nadie que le sonara, ningún hombre que la mirase con una pregunta inquieta en la cara.

La mayoría de las mujeres iban con vestidos rectos que dejaban al aire sus piernas esbeltas. ¿Cuántas unidades de energía, cuántas horas de ejercicio requerían esas piernas? Llevaban las muñecas cargadas de pulseras de oro, del mismo tamaño excesivo que sus pendientes. Las mujeres tenían un toque divertido, aniñado –pasitos cortos y sonrisa tímida, la cola de caballo recogida en un lazo de raso–, pese a que la mayoría seguramente pasaban de los sesenta, mujeres criadas en una época en la que el infantilismo era un talante femenino vitalicio.

En la terraza, dos hombres canosos con mono y botas de goma habían instalado una barra de marisco crudo y despachaban ostras de roca con pericia y sendos cuchillos afilados. Alex ya los tenía vistos de más de una fiesta a la que había acudido con Simon las últimas semanas, atendiendo su manto de hielo triturado, sirviendo ostras en sus cuenquitos de agua de mar. El anfitrión no olvidaba nunca señalar su entrecana presencia, recalcar que todo lo habían recogido ese mismo día. Alex sentía una especie de camaradería hacia esos hombres: presentes ahí, como ella, para actuar.

Helen no apartaba la vista del vestido de Alex. Le preguntó si era de cierto diseñador.

–No –respondió Alex. Sí lo era.

Algo chirrió en el tono de Alex, lo bastante como para que Helen frunciera un poco el ceño. Con suerte, Simon no se habría dado cuenta. Se refrenó, forzó una sonrisa.

Alex creyó por un momento que el hombre que les trajo una copa de vino a cada uno era el mismo que les había recibido en la puerta, pero solo era alguien con un polo negro igual.

–Bonitas vistas –dijo Alex, y lo eran.

Desde donde estaban ellos, no se veía la arena. Solo agua, plana y plateada, que parecía extenderse desde el borde de la terraza hasta la línea del horizonte, de un rosa encendido. ¿Cómo sería vivir ahí, ocupar todos los días esa belleza sin cortapisas? ¿Se acostumbraría uno a la impresión del océano? La envidia actuó como adrenalina en el cuerpo de Alex, una ráfaga rauda y vivificante le subió a la cabeza.

Era mejor, a veces, no descubrir que ciertas cosas existían.

–Vamos a ver la puesta de sol –dijo Helen, y cogió a Simon del brazo. No acabó de incluir a Alex en la invitación, pero ella los siguió de todos modos.

Se apostaron al borde de la terraza, en lo alto de los escalones de madera que bajaban al mar. La arena estaba teñida de violeta por las últimas luces del día. Más allá, en la playa, un perro correteaba en silencio, cruzando de aquí para allá la lengua de las olas.

Helen inspeccionó su franja de playa. Algo la hizo envararse, soltar una ofendida exhalación.

–Vaya, fíjate –dijo–. Espero que estén a gusto.

Alex siguió la mirada de Helen hasta un par de sillas de playa colocadas bajo una amplia sombrilla. Distinguió una pareja sentada,

charlando. Iban en tejanos, uno de ellos con camisa a cuadros; claramente no eran invitados de Helen, nadie que ella conociera.

–Tendría que bajarles un vaso de limonada –dijo Helen. Su risa sobresaltó a Alex–. La gente debe de sentirse tan afortunada, cuando

se encuentra esas sillas vacías. ¡Esperándolos a ellos!

Helen se volvió para llamar a alguien. Cuando se acercó un empleado, le murmuró las instrucciones apuntando con los dedos hacia las sillas de playa.

Siguieron los tres con la vista al hombre de uniforme mientras cruzaba la arena. Cuando se inclinó a hablar con ellos, la pareja estalló en carcajadas, para nada humillada. Se tomaron su tiempo para levantarse. Exagerando la salida. El hombre de uniforme montó guardia mientras los intrusos se alejaban por la playa, y cuando quedó satisfecho, se puso a desmontar la sombrilla y a plegar eficientemente las sillas.

El sol se había puesto, y el personal se afanó por ajustarlo todo a la recién llegada oscuridad. Encendieron las luces del exterior y prendieron las velas de citronela. El nombre de Alex estaba garabateado en la tarjeta de una de las mesas, un añadido de última hora, claramente. Simon se sentaba en otra mesa. Saludó a Alex con una exageración cómica. Ella le mandó un beso. A su izquierda se sentó un austriaco. Tenía la frente lisa como un huevo. Su familia era dueña de una cadena de grandes almacenes con locales por toda Austria, unos almacenes que tenían cien años. Siempre pasaba ahí el mes de agosto.

–Como aquí en ninguna parte –dijo–. Y todos nuestros amigos vienen también.

–Es bonito –respondió Alex, sin mucho entusiasmo.

–Sí lo es. –El hombre suspiró–. Precioso.

Todo el mundo coincidió en que era precioso. ¿Cuántas veces se podía repetir ese parecer? Era el consenso de cortesía al que volver, el remate de cualquier conversación, un eslogan que los unía a todos en una suerte compartida. ¿Cómo no iba a estar de acuerdo alguien?

Aquel lugar era tan bonito que la gente no necesitaba hacer nada. Y

nadie lo hacía, a juzgar por la conversación en la mesa. Nadie daba la impresión de ocuparse más que en las formas previstas:

practicando su revés, cocinando al aire libre, dando un paseo antes de que apretara el calor.

La otra única conversación con la que uno podía contar, además del

tiempo o de las oscilaciones en la temperatura del agua, era la de en qué momento exactamente tenía pensado irse cada cual de ese lugar precioso, y de qué modo exacto tenía pensado evitar el tráfico.

Alex llevaba oyendo a la gente aludir a su marcha, analizando en detalle la logística precisa de su partida, desde el mismo momento en que había llegado.

Cuando sirvieron el primer plato, el austriaco les estaba contando a los comensales un crimen terrible cometido en Múnich, algo que había sucedido ese verano. Una mujer había matado a cinco bebés.

–¿Suyos? –preguntó Helen, que revoloteaba de mesa en mesa, dejándose caer en la conversación. Parecía considerarse la anfitriona de un gran salón.

–Sí, eso creo. Y otra hija, se ve, encontró a los bebés en el congelador.

–¿Cinco?

El austriaco asintió.

–Ese congelador debía de ser muy grande –dijo Helen–. ¿De qué marca era?

El austriaco no lo sabía.

–Qué espanto –dijo Helen, alzando la voz–, ¿verdad? No se ve nada parecido en la naturaleza. Una madre matando a sus propios hijos.

Esa mujer, la semana pasada en Los Ángeles, que dejó a su hijo recién nacido para ir a pegarle tiros a la gente. Es algo sin precedentes. Los científicos están perplejos.

Alex apenas escuchaba. Naturaleza, ciencia, moralidad; parecía buena opción para esa gente una noche de lunes de agosto. Hizo un desganado intento con la crema verde que tenía delante, en un cuenco bajo de porcelana.

El segundo marido de Helen estaba en la mesa contigua. Simon le había señalado quién era antes de la cena. Mucho más joven que ella, treinta y cinco o así; la persona más joven que había ahí aparte de Alex. ¿Cómo habrían llegado a conocerse siquiera, Helen y él?

Alex se imaginó una de esas pseudofundaciones, una pseudojunta de la que tal vez el hombre formase parte como consultor. Llevaba el pelo

largo; un acierto dejárselo así, un estilo que enfatizaba su juventud. Sumado al traje y a la camisa blanca, con el cuello desabrochado, era una presencia atractiva. Alex lo observó mientras hablaba con la mujer de su derecha y le cogía la mano para inspeccionarla y luego la sostenía junto a la suya para comparar; alguna broma, la mujer a todas luces halagada por la atención.

Una empleada apareció al lado de Alex para servirle más agua.

Cuando se echó atrás para que la mujer rellenara el vaso, la cara le quedó de pronto tan cerca que cruzaron una mirada fortuita. Alex bajó la vista rápidamente al plato, por educación.

Cuando iban por la mitad del bacalao negro, un chico bajó al trote por los escalones de la casa con brincos grandes y juveniles. Tenía el pelo húmedo y oscuro, la cremallera de la sudadera subida. Fue

directo a Helen y se encorvó para besarla en la mejilla. Le robó un pedazo de pescado del plato con los dedos.

–Dios –dijo Helen, al tiempo que le soltaba un cachete, pero sonrió de oreja a oreja al resto de la mesa–. Mi hijo –anunció–, Theo.

El chico sonrió. Sus rasgos eran amorfos y adolescentes. Alex no sabía decir si terminaría siendo guapo. Pero tenía el don de parecer educadísimo hasta masticando con la boca abierta.

–¿Qué planes tenemos? –preguntó Helen, dándole unos

apretoncitos en la mano.

–Fogata –respondió el chico–. Poca gente. Vendremos a saludar, no te preocupes.

Mientras tomaban el siguiente plato, Alex fue viendo como llegaban los amigos de Theo: chicos en bermudas y sudadera, una chica con unos tejanos cortados que le llegaban hasta la raja del culo. Otro muchacho, limpio, rubio angelical, con los pantalones del chándal caídos por las caderas. Los adolescentes se apiñaron en el patio, bebiendo cerveza. Dejaron las botellas vacías por ahí para que los camareros las recogieran calladamente.

Más tarde, cuando Alex volvió a mirar, vio que la chica les estaba haciendo fotos con el móvil a los chicos, todos ellos con un completo dominio del lenguaje de la pose. Solo hubo un segundo en el que se atisbara el destello de los aparatos que llevaba el rubio angelical en

los dientes de abajo; había aprendido a esconderlos, imaginó Alex, a sonreír con la boca cerrada.

Cuando se volvió de nuevo hacia la mesa, el austriaco la miraba expectante.

–Mhm –le dispensó Alex, un parche bastante neutral, y pareció perfectamente aceptable. Era increíble lo poco que tenías que dar, en realidad. La gente solo quería oír su propia voz, y tus respuestas eran las comas que salpicaban su monólogo.

¿Sabía Alex, le preguntó el austriaco, que, en ciertos países insulares, las mujeres vestían con ropas que denotaban su jerarquía, y que los hombres podían tener varias esposas? ¿No le parecía a Alex una maravilla ese nivel de claridad, esa posibilidad de satisfacer los deseos sin avergonzarse?

–Este país –dijo el austriaco, golpeteando la mesa con los nudillos–

está muy asentado en la vergüenza.

¿No creía?

Alex asintió. Se notaba aturullada, incapaz de ejercer el control habitual. Se obligó a dejar de pensar. Buscó a Simon con la vista.

Cuando la saludó con la mano, Alex besó el aire en dirección a él con una sonrisa.

A medida que avanzaba la noche, Alex fue viendo al joven marido de Helen con distintas mujeres de más edad, siempre tocándolas de algún modo inocuo, la deriva de los dedos yendo a descansar en el brazo bronceado, huesudo, de alguna mujer, o la mano

demorándose en la curva de la espalda. Se le daba bien, y era divertido observarlo, ver si era capaz de sostenerlo. ¿Dónde estaba Simon? En la otra punta de la terraza, charlando con una mole chamuscada de hombre, un general retirado, con los brazos

cruzados y un jersey atado a los hombros.

La inquietud de Alex estaba tomando forma, un deseo de que la noche se perfilase en acción. El austriaco estaba entreteniendo ahora a la mesa con lo fantásticos que eran los desayunos de Helen.

Había empezado a enumerar los alimentos que había disponibles en

sus famosos desayunos, los cereales y los zumos. Alex solo cayó en la cuenta de que estaba sonriendo cuando empezaron a dolerle las mejillas. Helen no dejaba de hablar de una app en la que había invertido. La app, de ser cierto lo que contaba, estaba perfeccionando una tecnología capaz de diagnosticar enfermedades por medio de un analizador de aliento conectado al móvil. Helen recalcó ciertas expresiones: SDK, granularidad diaria. Alguien debía de haberle enseñado lo que significaban esos términos.

–Nuestro arte necesita más tecnología, y nuestra tecnología necesita más arte –se lamentaba Helen, con la mirada perdida a media distancia.

Alex apuró la copa de vino, y luego la copa de agua. El océano parecía en calma, de un negro más oscuro que el del cielo. Un acceso de ansiedad le humedeció las palmas de las manos. Le pareció de pronto muy inverosímil que las cosas pudiesen quedar ocultas, que lograra pasar de un mundo a otro.

La visión de Simon al otro extremo del patio debería haber resultado más tranquilizadora. Alex se excusó y se puso de pie.

–Enseguida vuelvo –dijo, aunque nadie la estaba escuchando.

Los empleados andaban ajetreados, entrando y saliendo de la cocina y del patio. El resto de la casa estaba tranquilo. Había croquis enmarcados por todo el pasillo, proyectos de algo: los vestigios, seguramente, de alguien importante. A la gente como Helen le encantaba mostrar esos artefactos de creatividad, como si eso la convirtiera en parte del proceso.

Alex continuó por el pasillo, abrió la puerta de un cuarto vacío. Las paredes estaban forradas de estanterías. Una lámpara proyectaba un círculo de luz en un sillón de piel. Había una flor blanca en un jarrón, y un leño de Duraflame en la chimenea inmaculada. Era un no-cuarto, muerto y sin uso.

Las cosas de las estanterías eran feas: un pisapapeles cutre de latón, una bola de madera de teca decorada que olía a ámbar. Se detuvo a examinar una pieza pequeña de piedra tallada y lisa. Era de un negro mate, con alguna que otra burbuja, unas vetas de verde y azul, y el peso era agradable, mayor de lo que esperaba. Tal vez pretendiera ser un animal, había unos bultitos que podrían ser patas.

Se le cerraron los dedos en torno a ella.

–¿La puedo ayudar? –preguntó una voz.

Era un hombre con un polo negro. Uno de los empleados.

–Estoy buscando el cuarto de baño. –Alex se dio la vuelta con soltura, al tiempo que dejaba caer la piedra en el bolso–. ¿Podría decirme por dónde es?

No había ningún armarito que inspeccionar, ninguna pastilla que rapiñar: era un baño de invitados. Un pintalabios en un estante alto; de Helen, claramente, reservado ahí para retoques en las fiestas.

Alex estuvo a punto de cogerlo, pero era solo un taquito de burdeos.

No demasiado favorecedor. Una vela dibujaba sombras saltarinas en el rodapié. Alex tenía la frente brillante. Sudando, estaba sudando.

Se secó el brillo con papel higiénico. Nada entre los dientes. Estaba tensa, y la sensación de urgencia crecía sin nada que le parase los pies.

Se sentó en la tapa del inodoro, se quitó los zapatos y pegó las plantas de los pies al suelo fresco de mármol. Jugueteó distraída con el animalillo de piedra. Igual era valioso. Igual no valía nada.

Era inevitable, después de unas cuantas copas: cogió el móvil y abrió los mensajes.

Dom. Le respondería.

Iba bebida, sí, pero culpó también a la casa; algunos lugares te hacían sentir que todos los problemas tenían solución. Como si pudiera desactivar ese asunto de Dom. ¿Por qué no iba a poder?

Hablaría con Simon. Esa misma noche. Le expondría la situación de forma sumamente censurada. Él estaría de buen humor, achispado y generoso. Más tarde se acostarían. Aunque, en su experiencia, los hombres no se ponían más magnánimos después del sexo; se

retraían, se encerraban en sí mismos. Así que mejor hablar con Simon en el camino de vuelta. Con la mano apoyada en su rodilla. Le diría que Dom era un ex. Soltaría alguna lagrimilla, estaría tan borracha que le saldrían fácilmente; ya entonces, solo de imaginar esa futura conversación, se le pusieron los ojos llorosos. Igual le tenía más miedo a Dom del que creía.

¿Cómo podía darle la vuelta para convertirlo en una historia

aceptable?

Ya lo pensaría en el coche. Y Simon sabría exactamente qué hacer.

Exactamente cómo resolver el problema.

Escribió el mensaje para Dom.

Perdona t llamo mñn. Prometido. Todo irá bien

Apareció una barra azul, su mensaje viajando lentamente por los aires hacia el móvil de Dom, pero no llegó a cargarse, y apareció un mensaje rojo de alerta.

Mensaje no entregado.

Sin conexión.

Tampoco en el pasillo de Helen había cobertura. Ni en el enorme salón. Uno de los empleados vio a Alex apuntando el móvil de aquí para allá.

–Hay más cobertura en la playa.

Alex bajó hasta la arena oscura. Había una fogata encendida en la orilla, fuera del campo de visión desde la casa, y más grande de lo que esperaba. Y un jeep aparcado justo en la playa. Al otro lado del cabrilleo del fuego, Alex vio a los chicos de antes, Theo y los demás.

El grupo se había triplicado. Sonaba música del móvil de alguno de ellos, amplificada por un cuenco vacío de metal. Las chicas estaban sentadas, tiritando, en los regazos de los chicos, con los hombros envueltos en toallas de playa. El fuego iba cogiendo fuerza, el tamaño era casi aterrador, pero ¿qué se iba a quemar, ahí en la arena?

Alex siguió caminando, con el móvil en alto frente a ella. Cuando aparecieron fugazmente unas pocas barras de cobertura, se agachó, intentando actualizar la pantalla de mensajes, pero entonces la oscuridad circundante se enfocó y vio a una pareja retorciéndose en una toalla. Tardó un momento en reconocer al muchacho de antes, el amigo guapo y rubio de Theo, con la mano metida en los vaqueros desabrochados de una chica, bregando frenéticamente. No

repararon en ella.

–Dios –dijo la chica, con la voz ebria y pastosa–, haz lo que quieras.

Alex puso una mueca.

El móvil emitió un sonidito; el mensaje se había enviado.

Casi al instante, aparecieron tres puntos. Dom estaba escribiendo.

dices q m vas a llamar y nunca lo haces dicen q stas n el este

¿Cómo podía haber averiguado Dom dónde estaba? Alex repasó las posibilidades. ¿Estaba enterado alguno de sus compañeros de piso?

¿Se lo había contado ella misma a alguien? Aquello no cuadraba.

Tuvo el desagradable presentimiento de que Dom no desistiría jamás. Que nunca podría escapar de él, no del todo.

Escribió un mensaje.

Podemos hablar mñn

La respuesta de Dom fue inmediata.

Ahora. Llámame.

Se quedó mirando la pantalla. Otro mensaje de Dom.

Alex?

El móvil empezó a sonar; la pantalla parpadeaba.

Lo apagó.

Cuando regresó a la fiesta, ya habían recogido los platos de la cena, y las mesas estaban abarrotadas de tablas de quesos y bandejas plateadas con galletas de aspecto reseco.

¿Se daba cuenta todo el mundo de lo nerviosa que estaba?

Sin embargo, nadie le prestó atención. Estaban picoteando queso, o apiñados en torno a las estufas de exterior. La fiesta se había desinflado un poco. Manchas de sudor a la vista. Las coletas de algunas mujeres estaban perdiendo fuelle. A Simon y el general retirado se les había unido la esposa de este, una mujer robusta con un vestido demasiado formal, el bajo rozaba el suelo. Simon cruzó una mirada con Alex y abrió mucho los ojos con intención. Alex sabía que eso significaba que Simon quería que se acercara. Por lo general, habría ido de inmediato a su lado; una obediencia alegre y sin trabas.

Esa noche, Alex le devolvió la sonrisa, pero no fue con él.

Un atisbo de descontento atravesó la expresión de Simon.

Tensa. Alex estaba tensa, y no quería ver a Simon cuando se exaltaba así, cuando no estaba a su nivel. Tomando malas

decisiones. Dom sabía dónde estaba. Todo ese asunto sería muy complicado. Hablaría con Simon más tarde. De camino a casa. Se acabó el postergarlo, le contaría todo a Simon, o una versión de todo.

Buscarían juntos la solución.

Mientras no estaba, alguien le había rellenado la copa de vino. Alex llamó con señas a un camarero y pidió un vodka tónica en su lugar.

Helen estaba acariciando a su carlino con los dedos en garra, aparentemente ajena a la presencia de su marido, en el otro extremo de la terraza con una mujer nueva.

Alex iba ya lo bastante borracha para dejarse caer en la órbita del marido.

–Qué tal –dijo Alex, alzando la copa.

La mujer con la que estaba hablando pareció molesta ante la intromisión de Alex.

–Voy a buscar el jersey –dijo, ignorándola–. Vuelvo enseguida.

–Te estaré esperando aquí mismo –respondió el marido de Helen.

Hablaba con acento, pero parecía impostado, algo que requería esfuerzo. Alex todavía no lo había visto interactuar con Helen.

–Tienes mucha paciencia –dijo Alex, cuando la mujer se marchó–.

Cumpliendo con tu servicio público.

Cruzaron una mirada, y ahí estaba, una levísima fluctuación de energía, de reconocimiento. La cara del marido se recalibró, se desprendió de una capa de falsedad.

–Me llamo Alex –dijo–. Tú eres el marido de Helen, ¿verdad?

–Victor. ¿Conoces a Helen?

–Mi novio. Simon. –Dio un sorbo de su copa–. Está siendo una fiesta divertida.

–Sí.

–Helen parece estupenda –dijo Alex, con voz anodina.

–Es una mujer interesante –respondió Victor. Estaba siendo precavido.

Alex admiró su dedicación. ¿Qué haría falta para que Victor se viniese abajo, para que se saliera del personaje?

–¿Lleváis mucho tiempo casados?

–Cinco años.

Alex arqueó las cejas, pero no dijo nada. Al menos Simon era una persona real. Qué fácil, convencerse de que era agradable, deseable. No se podía imaginar que alguien escogiese a Helen. Y no era algo temporal; Victor se había comprometido por completo, había hecho de eso su vida o, como mínimo, había decidido llamar vida a lo que tenía.

–¿Pasáis aquí todo el verano?

–Sí, nos quedan unos días –dijo Victor–. Hasta el Día del Trabajo.

–Nosotros también. Simon monta una fiesta. Por el Día del Trabajo.

–Ajá.

Alex señaló hacia el océano.

–¿Así que por las mañanas te despiertas y te tiras al mar? Es lo que yo haría.

–A veces. Helen prefiere la piscina.

Victor parecía estar divirtiéndose con Alex, aunque con cierto recelo.

Ella intentó sostenerle la mirada, no soltarla. No tenía muy claro qué era lo que estaba haciendo exactamente. A qué estaban jugando.

–¿La puedo ver?

–¿La piscina? –Victor se encogió de hombros–. Supongo.

Al salir de la casa, de la fiesta, el aire pareció más puro, de inmediato, como si se hubiesen liberado de repente. El camino estaba iluminado por unos focos empotrados en el suelo, y la luz recortaba los contornos de las hojas como las siluetas de un papel pintado. La verja de la piscina estaba atascada. Victor tuvo que dar un tirón para abrirla.

–Tú primero.

La piscina era un pozo nítido de luz, más grande que la de Simon, rodeada por un patio de ladrillos. Alex imaginó lo agradable que sería nadar a lo largo, unas cuantas brazadas lentas. Se quitó los zapatos y acarició el agua con el pie. Estaba más caliente que el aire.

Victor se quedó quieto detrás de ella, vacilante, pero cuando Alex se sentó y metió las piernas en el agua, se instaló a su lado.

–Hoy he estado a punto de ahogarme –se sorprendió diciendo Alex–.

En la playa.

–Madre mía. –Su preocupación pareció sincera.

–No sé. Soy bastante buena nadadora. Igual era una corriente de resaca.

–Esas cosas dan miedo –dijo él–. No son ninguna broma.

El silencio entre ellos no resultaba incómodo.

Alex se alisó el vestido:

–Me lo ha regalado Simon –dijo–. Este vestido.

–Es bonito.

Ella se encogió de hombros.

–Un poco serio, ¿no? Le gusta todo un poco serio.

Sacó el móvil del bolso. Seguía apagado.

–La cobertura no es muy buena –dijo Victor–. Es lo único que tiene este sitio.

–¿Así es como consigue que no te escapes? ¿Tus llamadas pidiendo ayuda no llegan a ninguna parte?

–Eh, oye –respondió Victor. Sonrió, pero Alex se dio cuenta de que hablar de esa forma lo ponía nervioso.

–Perdona.

No había que presionar demasiado, Alex lo sabía; no se podían decir ciertas cosas en voz alta.

–Es estupenda –dijo Victor–. Una mujer estupenda.

Alex estaba borracha. Se notaba una sonrisa desquiciada en la cara.

Aferró el móvil y movió los pies por el agua.

–Qué pena no llevar bañador –dijo–. El agua está perfecta.

–Ah, métete.

–No creo que sea ese tipo de fiesta, la verdad. –Dio otro trago–. ¿O

es que os bañáis todos juntos después de los postres y soy yo la que no ha pillado el rollo?

–Te aseguro que no está tan mal –dijo Victor–. Helen.

–Yo no he dicho eso.

Era peligroso hablar de esa manera; la información a plena luz, ponerles nombres a las cosas.

–Tú primero –dijo Alex–. Es tu casa, ¿no?

–Ah, sí –respondió él–. Todo esto. Hasta donde alcanza la vista.

–¿Dónde vivías antes?

–En Londres. Luego en Bruselas. Ahora, aquí. –No apartó la mirada.

Alex tuvo la estúpida idea de que Victor podría ayudarla de algún modo. Con lo de Dom. Si le explicaba la situación. Victor y ella no

eran tan distintos. Daba la impresión de que sabría entender, quizás, la facilidad con la que se complicaban las cosas.

Le sonrió. Reconocía esa excitación. La ansiedad vertiginosa de observarte a ti misma, esperando a ver qué será lo próximo que hagas.

–Yo me meto si tú te metes –dijo.

Las malas ideas tenían su propia lógica implacable, un impulso turbador, pero también correcto.

–¿Y si alguien te empujara? –dijo él–. ¿Entonces qué?

–Tú no harías eso.

Chas, una pregunta en el aire esperando respuesta.

Alex no estaba muy segura de que Victor fuese a empujarla hasta que en efecto la empujó: se abalanzó sobre ella, envolviéndola en un abrazo de oso. Se tambalearon juntos un segundo, y entonces él volcó su peso sobre la otra pierna y cayeron ambos al agua. Alex sacó la cabeza riendo. La copa se había caído con ella a la piscina; la rodaja de lima se alejó flotando, el vaso se hundió hasta el fondo a cámara lenta.

El móvil, tenía el móvil en la mano, y seguía ahí, chorreando.

–Mierda –dijo, pero Victor también se estaba riendo, tirándose de la camisa empapada.

Se acercó a Alex por el agua, con los rasgos rielando a las luces de la piscina. No se tocaron, pero estaban muy cerca. El vestido de Alex pesaba y flotaba al mismo tiempo. Se miraron a los ojos, y Victor dio la impresión de sentir lo mismo que sentía ella: que aquello era lo correcto, la situación correcta, los dos metidos en esa piscina. Alex

batió las piernas para mantenerse a flote. No había pasado nada, todavía, pero estaba ahí entre los dos.

–Alex.

La voz venía del otro lado de la verja.

Ahí, iluminado por esa luz extraña, estaba Simon, con las manos en los bolsillos. Los miró fijamente, sin sonreír.

Ja ja, pensó Alex. Ese hombre es mi novio, pensó. Su hija no canta bien. No puedo volver a la ciudad porque he hecho tonterías.

–¿Quieres salir de ahí, Alex?

Victor había dejado de reír, había dejado de sonreír, pero Alex no era capaz de parar. Sabía que estaba empeorando las cosas, riendo de esa manera, pero aun así, se quedó flotando un segundo de más, esperó un segundo de más antes de nadar a duras penas hasta los escalones,

antes de impulsarse afuera.

3

La mañana siguiente Alex se sentía más o menos como siempre.

Las cortinas estaban echadas, pero el sol brillaba detrás de ellas. Así que ya era tarde. Una jaqueca iba asomando y escondiendo la cabeza, pero no terminaba de manifestarse. Se deslizó al lado más fresco de la cama: vacío. Así que Simon estaba trabajando, o pedaleando en el gimnasio, delante de una de esas pelis que veía en porciones de treinta minutos subido a la elíptica. Ni con el ejercicio bastaba, había que sacarle partido a cada momento, exprimirlo un poco más.

El cuerpo de Alex contenía pistas de la noche anterior. Un olor desagradable, sudor en los pliegues de las rodillas, en las axilas.

Notaba las sábanas rancias. El recuerdo emergió: había estado nadando, o se había metido en la piscina, al menos.

Simon se había molestado. Alex recordó esa parte, le vino un fogonazo del camino de vuelta en coche: el calefactor del coche apuntando a todo trapo al vestido empapado, Alex sentada encima de la chaqueta de Simon para no mojar la tapicería.

¿Se habría enfadado de verdad?

Había muchas maneras de mantenerse en la ignorancia, de no pensar demasiado en cosas que uno no quería confirmar.

Alex se sentó y buscó a tientas el teléfono. Cuando lo encendió, aparecieron los iconos, pero al momento la pantalla se puso gris.

Mierda, el teléfono se había caído al agua. ¿Estaba roto? Probó a encenderlo de nuevo y todo parecía en orden. Le temblaron las manos. Solo un poco.

No se molestó en revisar los mensajes, en ver si había llegado más veneno durante la noche. ¿Cómo se había enterado exactamente Dom de que estaba en el este?

Malo, malo; tenía que hablar con Simon. Había llegado el momento.

Se cepilló los dientes, y luego dejó correr el agua para que saliera caliente y mojarse la cara. Empezó a encontrarse mejor. A parecer más despierta. Procedió con la rutina paso a paso, iluminó los ojos, se dio

color en las mejillas. La tarea le pareció virtuosa. Y si no se paraba a pensar en ello, las náuseas daban la impresión de esfumarse. Alex estaba bien. Todo iba bien. Anoche había sido una tonta, una imprudente, pero no había hecho nada con Victor. El móvil no se había estropeado. Hablaría con Simon. Él sabría qué hacer con Dom.

No se había cargado nada. La mala suerte no la había llegado a tocar, solo había pasado tan cerca como para hacerle sentir el aire frío de un desenlace distinto corriendo por su lado.

La casa estaba en silencio. Lori había pasado por la cocina, seguramente; alguien había dejado café en la cafetera de émbolo y una taza vacía en la encimera. El café seguía templado. La leche de cáñamo de la nevera dejó grumos flotando en la superficie del café.

Intentó sacarlos con el dedo. Tampoco había nadie en el jardín.

Volvió a abrir la nevera: ahí estaban el zumo, las mermeladas. Un pan sano que al tostarlo quedaba denso y con sabor a frutos secos.

Un aspecto y un olor demasiado intensos. Cerró la puerta. Mejor saltarse el desayuno.

El patio estaba vacío. La piscina estaba vacía. Simon debía de estar trabajando.

Después de hablar, Alex podría ir a la playa, coger una de las bicicletas del garaje. Simon andaba siempre dándole la lata para que cogiera una, como si fuera responsabilidad de Alex disfrutar de las cosas para que él no tuviera que hacerlo. También podría darse un baño ahí. La piscina estaba especialmente bonita, un rectángulo de azul, el cielo reflejado en la superficie.

Alex se puso un bañador entero. Uno que a Simon le gustaba.

Inspeccionó un pelo encarnado en el pliegue del muslo, un bulto que se puso más feo al toquetearlo. Se obligó a dejar de hurgar con la uña, pero el daño ya estaba hecho.

Simon tenía la puerta del despacho cerrada. Alex llamó, y luego abrió un poco.

–¿Hola?

Simon levantó la vista hacia ella, y luego volvió a mirar el ordenador.

–¿Todo bien? –preguntó, con los ojos en la pantalla.

–Solo quería saludar.

Algo en el tono de la voz de Simon la llevó a pensar que debería haberse puesto ropa de verdad. Zapatos, al menos. Fingió

interesarse por los libros de los estantes. Todavía estaba a tiempo de volverse a la casa, pensó, esperar a que pasara.

–¿Hay algo que quieras contarme? –preguntó Simon, mirándola al fin.

¿Cómo podía haber descubierto lo de Dom? No, no tenía lógica.

¿Habría averiguado Dom de alguna manera que Alex estaba ahí?

–He visto el coche esta mañana –siguió diciendo Simon.

Alex sonrió, sin querer, una sonrisa de puro alivio. Simon se dio cuenta antes de que pudiese rectificar. Pareció indignarle visiblemente.

–El parachoques –dijo–, la luz trasera.

–¿A qué te refieres?

No hubo respuesta; Alex perseveró.

–¿Alguien le dio un golpe anoche?

–Alex. –Simon soltó un suspiro–. Lori dijo que ya estaba así ayer por la tarde; vio los desperfectos.

–No me di cuenta –dijo Alex–. Lo siento.

Simon sonrió mirando la esquina del techo.

–Vale. No te diste cuenta.

Alex siguió la mirada de Simon, la forma en que no acababa de cruzarse con la suya. Ahí fue cuando se empezó a preocupar. Hora de marcharse.

–Solo he venido a saludar –dijo Alex–. Perdón por molestarte.

Dio media vuelta. Estaba casi a salvo, casi en la puerta.

–¿Algún plan importante para hoy?

–Ah, nada –respondió ella, volviéndose–. Puede que ir a la playa.

Depende.

–Estaba pensando... –dijo Simon– que podrías volverte a la ciudad.

Sale un tren en hora y media. O más tarde, si prefieres.

–¿Cómo? –Alex soltó una risita.

–Yo tengo trabajo, y a lo mejor Caroline quiere venir unos días. –

Simon señaló con un gesto el escritorio, la forma invisible de sus obligaciones.

–Puedo cuidar de mí misma –dijo Alex–. No necesito nada, en realidad. Si Caroline y tú queréis pasar tiempo juntos.

Era casi exaltación, esa urgencia que se había impuesto, esa sensación agitada de que debía remediar lo que había fallado. Lo que estaba fallando. Simon no la miraba. Tenía el borde del bañador metido en el culo y quería ponérselo bien, pero se contuvo.

Siguió forzando una sonrisa.

–O podría quedarme en otra parte unos días –dijo Alex–, estoy segura de que hay algún sitio, y dejaros un poco de espacio...

–No me parece que tenga mucho sentido.

–O puedes presentarme a Caroline. Me gustaría.

Simon retiró la silla del escritorio.

–No es buen momento, Alex.

Alex se imaginaba cómo la debía de ver Simon desde ahí detrás.

Una chica flaca, descalza, con un bañador caro que le había comprado él. Otro problema que solucionar.

–¿Estás enfadado conmigo?

Era una malísima pregunta, lo supo tan pronto la pronunció, una pregunta que contenía siempre su propia respuesta. Alex

comprendió que Simon ya no estaba ahí, que ya no sentía ninguna

implicación en el drama que Alex pudiera estar montando. Se había apagado el interruptor. Eso fue lo peor: ver con qué rapidez se retiraba Simon, cómo tomaba el control un ademán profesional.

–Hablemos dentro de una semana o así, dentro de unos días –dijo.

Como si nunca nadie hubiese estado más cansado que él. Intentaba apaciguar a Alex, manejarla como manejaba a sus clientes.

–Pero tengo el móvil estropeado –dijo Alex. Se dio cuenta de lo mísero que sonaba eso. Le parecía una injusticia, una injusticia criminal, lo cruel que estaba siendo Simon.

–Lo metiste en el agua.

–Me empujó él. Sabes que me empujó él.

Simon se pellizcó el puente de la nariz. Alex sintió cuán pocos minutos que les quedaban, cuán repentinamente que se acercaba todo a su fin. Le daba vueltas la cabeza. Pensó en la cama de la que se había levantado esa mañana; se había acostumbrado a la

realidad de esa cama. Y ahora se estaba desintegrando.

–No tengo dónde quedarme –dijo.

–Eso no puede ser verdad. ¿Y tu piso?

Alex miró a Simon, haciendo un esfuerzo mental por coger impulso de algún modo, pero no había donde agarrarse. La situación no dejaba ningún espacio a la ira de Alex, ni a esa súbita desolación que la invadía.

–Por favor. –Alex agachó la cabeza.

–¿Quieres dinero? –preguntó Simon–. ¿Me estás pidiendo dinero?

–No –respondió ella, con las mejillas ardiendo.

Los cálculos eran demasiado desalentadores; por supuesto que necesitaba dinero.

–No es así como quería que fuesen las cosas –dijo Simon. Echó un vistazo a la pantalla del ordenador, intentando que no se notase–.

Lori te puede llevar a la estación. Ella te comprará el billete.

Simon cogió el móvil y empezó a mover los pulgares con afán, pero Alex sabía perfectamente que estaba mirando la nada. ¿Podía quedarse ahí plantada hasta que cambiase de idea? ¿Recurrir al hecho bruto de su presencia para esperar a que pasara? Mientras no saliera de ahí, ¿podía coger todo otro rumbo?

Simon levantó la vista hacia ella, pero tenía una expresión interrogante, como si un desconocido hubiese entrado

distraídamente en el despacho. Entonces su mirada se aplacó; solo un poco, pero lo bastante para que Alex se diese cuenta.

–Te llamaré en algún momento –le ofreció Simon–. Tal vez cuando se marche Caroline.

Alex recogió su ropa mientras la asistenta rondaba por la puerta del cuarto, la nerviosa centinela. ¿La habría mandado Lori? ¿Qué se suponía que debía impedirle la mujer? ¿Que robase algo? Alex guardó la ropa que Simon le había regalado en su bolsa de fin de semana, una tote extragrande. Los vestidos, con sus colores apagados; los pantalones, con ese tufillo a oficina. Alex se planteó dejar todo lo que Simon le había comprado –tirar toda la ropa amontonada sobre la cama–, pero solo de imaginar el gesto supo que sería incapaz. Podía vender una parte, si no le quedaba más remedio. Había sido una tontería quitarle las etiquetas. Creer que aquello tendría alguna clase de permanencia.

Alex lo plegó todo con cuidado antes de meterlo en la bolsa. Detectó unas manchas que no había visto en una blusa de seda, un halo de sudor en las axilas. Cuántas cosas bonitas había estropeado.

En el baño, recogió las botellas, las cremas. Había pastillas en el armarito: las pastillas para dormir de Simon, los calmantes. Se agenció unos cuentos somníferos y los añadió al resto de los

calmantes. No había ningún motivo, ya, para no llevarse toda la provisión. Antes de guardar el frasco, se tomó un calmante con un puñado de agua del grifo. Se lo había ganado.

Dio la impresión, por un segundo, de que Alex amaba a Simon, de que ese abismo al que se asomaba era la perspectiva de una vida por delante sin esa persona, esa persona a la que Alex amaba. El mundo de Simon se cerraría herméticamente, las habitaciones de su casa olvidarían su presencia. Ella había estado a gusto ahí. Se había sentido protegida. Aun así, incluso mientras se le humedecían los ojos, seguía habiendo un pero, una noción de sí misma, un asterisco junto a

cualquier sentimiento sincero. Tendría que buscar un sitio donde quedarse. Tendría que ahuyentar a Dom. Los horrores de esas tareas prosaicas empezaron a cernirse sobre ella. La vida languidecía rapidísimo ante esa logística aburrida; qué tonta había sido al pensar que podía relajarse.

Encontró un billete de cincuenta en el bolsillo de unos pantalones de Simon, unos que había dejado en el cesto de la ropa sucia, y luego cogió y volvió a dejar dos veces uno de sus relojes, que finalmente se metió en el bolso. El bolso que le había comprado Simon.

Hacía un día radiante y el cielo estaba despejado. Lori llevaba las gafas de sol, unas gafas baratas de gasolinera con unos espejos azules por cristales. La estaba esperando junto al coche.

–¿Lista?

El coche de Simon ya no estaba.

–¿Adónde ha ido? –preguntó Alex.

–No estoy segura.

En lugar de meterse en el coche de Lori, Alex se desvió en dirección al despacho.

–No –gritó Lori a su espalda. Pero ¿qué iba a hacer Lori? No la iba a retener por la fuerza.

Cuando abrió la puerta, se encontró el despacho vacío.

–Ya te lo he dicho –soltó Lori detrás de ella.

Alex no sabía qué esperaba: una última oportunidad, una posibilidad de recurrir la decisión. Siempre se le ocurría algo.

Lori no esperó a que la siguiera de vuelta al coche, pero, por supuesto, fue lo que Alex hizo.

Al otro lado de la estación de listones blancos y del ancho andén de hormigón, una hilera de árboles temblaban mecidos por la brisa, una ondulación verde. Un verde más vivo que el verde. Parecía todo demasiado intenso. Solo hacían falta unas cuantas horas, un único transbordo, para que Alex estuviese de vuelta en la ciudad. Y una membrana se extendería sobre este verano y lo sellaría. Pasaría a ser algo que había sucedido, algo que había terminado. Una vida que

había llegado a rozar con los dedos. Alex había sabido exactamente la suerte que tenía; no había sido ese el problema.

Lori estuvo muy habladora de camino a la estación, casi maniaca, con un tono chismoso y animado. Debía de ser una situación habitual para ella. Tal vez ocurría de manera periódica, que hubiese que hacer desaparecer a alguna mujer joven, a alguna chica, mientras Simon se escondía descaradamente y delegaba en Lori para que le sacara las castañas del fuego.

Eras la excepción, hasta que dejabas de serlo.

Lori tenía el coche patas arriba: café agriándose en vasos de papel, un parasol de aluminio para el parabrisas plegado en el asiento de atrás, encima de un saco de dormir. La cabina olía igual que el perro de Simon. La resaca de Alex había cristalizado y se había apropiado de su sistema nervioso.

–Puede que se esté bien –iba diciendo Lori–, en la ciudad.

Alex no respondió, siguió mirando por la ventanilla mientras Lori conducía, avanzando por un sinfín de caminos a la sombra hasta que se acercaron a la estación, al pueblo. Había restaurantes a los que había ido con Simon, carreteras que llevaban a las casas de sus amigos. Nada de eso estaba ya a su alcance.

–Ya sabes –siguió diciendo Lori–. Las ciudades se quedan desiertas.

En agosto. Puede estar genial.

Al ver que Alex no respondía, Lori se volvió hacia ella.

–Es un tío complicado –dijo–. No es por ti.

Alex no sabía por qué de repente Lori era amable con ella, como disculpándose, incluso.

–No pasa nada –dijo Alex.

–Es como un niño, para ser sinceros. Totalmente incapaz de estar en el mundo real. Un inútil. Si no fuera por mí, seguramente se moriría de hambre.

Alex examinó su cara. Lori odiaba a Simon, siempre lo había odiado; ahora saltaba a la vista. Qué raro que no se hubiese dado cuenta antes.

Dejó que Lori pagara el billete. Se quedó el recibo, para Simon, supuso

Alex, para justificar sus gastos. O tal vez tenía que enseñárselo como prueba de que Alex se había marchado.

–¿Ya está todo? –preguntó Lori, cuando Alex estuvo ahí plantada con su única bolsa. No era una pregunta.

4

Alex se sentó en el andén. En un banco cercano, dos tíos con unos chinos cortos y descoloridos y gorra de béisbol estaban de charla, con las rodillas bien separadas. Cada uno llevaba una botella de agua de plástico gigante, y solo se interrumpían para dar tragos exageradísimos. Hablaban, ahora, de un eclipse ese verano, un eclipse parcial. De cómo empezaría a oscilar la luna. No ya mismo, al parecer, pero pronto. Como la luna empezara a menearse ahí arriba en el cielo, íbamos a estar todos bien jodidos. La perspectiva daba la impresión de entusiasmarlos. Cuando repararon en Alex, solo sirvió para que subieran la voz.

Cuanto más subían la voz, más sentía Alex el pulso de la migraña, atravesando la bruma del calmante. A veces, la aversión a los desconocidos podía llegar a superarte. Si esos chicos

desapareciesen fulminados, ¿los echaría de menos el mundo?

Aunque, ¿quién echaría de menos a Alex?

Hojeó una revista gratuita de una pila en el andén. Entrevistas con hosteleros locales y con gurús del ejercicio de sonrisa anfetamínica, una lista veraniega de detalles para anfitriones que incluía un montón de vidrio soplado. Un rosé de edición limitada producido por una supermodelo ahora cincuentona. La revista era casi todo anuncios.

Cuando se fijó mejor en las entrevistas, vio que eran anuncios también. Había una página entera ocupada con la foto de perfil de un fornido agente inmobiliario, con traje y sin corbata, sonriendo incómodamente.

Alex tenía mal aliento, y se le acumulaba el sudor a lo largo del nacimiento del pelo. Llevaba una manzana en la bolsa, una manzana verde, y una bolsa de almendras especiadas. Una barrita de

proteínas aplastada. El aire parecía extraordinariamente pesado.

Otro castigo. Las cosas iban saltando entre lo real y lo irreal.

Revisó el móvil. Los nombres se deslizaron por la pantalla: gente que había conocido, hombres de los que no había llegado a saber el apellido.

Chris Fiesta

No responder

Ben amigo gramercy Calle 86

Un listado de personas a las que había olvidado o alejado de algún modo.

¿Cuántos meses de alquiler les debía Alex a sus antiguos

compañeros de piso? Daba igual, por lo visto Dom estaba al tanto de que vivía en ese apartamento. No era bienvenida en el Mercer, no era bienvenida en el Mark. No se le ocurría nadie a quien llamar, nadie a quien exponerle su caso.

Empezó a escribirle un mensaje a Simon.

Podemos hablar?

Miró el cursor parpadeante, y luego borró el mensaje. El tren llegaba en media hora.

Alex llamó a Will. Seguía en la ciudad. O eso creía; llevaba un año sin hablar con él. Puede que más. Pero habían sido amigos, ¿o no?

Alex se había disculpado, estaba bastante segura.

–Hola –dijo Will, después del segundo tono.

Alex se colocó en la zona del andén a la sombra.

–Soy Alex.

Él exhaló y soltó una cortante risotada. No hizo ni una pausa antes de arremeter de cabeza:

–No me vuelvas a llamar –dijo–, en serio.

Alex lo oyó murmurar algo a quienquiera que estuviese con él, prosiguiendo con alguna conversación, y luego, sin ceremonias, colgó.

Probó con Jon.

–Hey. –La línea chisporroteó un poco. Alex dio unos pasos al sol–.

Soy yo.

–¿Qué hay? –La voz de Jon sonó inexpresiva. Era una de las últimas personas con las que se había estado viendo antes de conocer a Simon, un semihabitual.

–Nada –respondió ella riendo–. ¿Estás en casa?

–Es martes. Estoy trabajando.

–Ah. –Se hizo un largo silencio–. Soy Alex.

–Sí, ya lo sé.

Poco prometedor.

–En fin. Estaba pensando en volver a la ciudad.

Jon había soltado el teléfono o algo, se oyó una ráfaga de ruido por el altavoz.

–¿Hola? –dijo Alex.

–No sabía que no estabas –respondió Jon.

Hablaba con voz inexpresiva, apagada; no enfadado, solo

desinteresado, profundamente desinteresado.

–Ya. Bueno –dijo ella, reduciendo el paso a tramos más y más cortos–, no estaba, pero ahora, pues, estaré.

–Muy bien.

Se imaginaba la cara que estaba poniendo Jon, ahí arriba, en el aire recirculado de su despacho. Alex había cargado una cuantiosa factura de hotel en su tarjeta, recordaba vagamente; se había quedado una noche extra y había dejado que el personal la llamase señora Anderson, o cualquiera que fuese su apellido. A él no le hizo ninguna gracia. Alex procuró que los detalles siguiesen borrosos.

–Estaba pensando… –dijo– que igual podría quedarme un tiempo contigo.

Solo había ido una vez a su apartamento, un estudio blanco alquiler

en Tribeca. Tenía empapadores de pis para el perro en un rincón y una barra de dominadas en la puerta del dormitorio.

–Ehm. –La línea se quedó en silencio–. No sé si es buena idea.

–Solo una semana. Unos días. –Silencio–. Lo pasamos bien juntos –

dijo Alex, ajustando la voz a un registro más dulce–, ¿verdad que sí?

Jon soltó un gruñidito de falso pesar.

–Alex. Es que... no es buena idea.

El móvil de Alex se apagó antes de que pudiera responder. Lo encendió de nuevo. Cuando resucitó, había una barra de estática en medio de la pantalla. Lo desconectó.

No es buena idea.

Era la segunda vez en un día que alguien le decía eso.

Le echó un ojo al móvil, por reflejo, aunque sabía que estaba apagado. ¿A quién más podía llamar?

El reloj de la estación decía que eran casi las doce. Alex notó que empezaban a arderle los brazos, el primer hormigueo de quemadura solar. Se puso a la sombra.

¿Habrían informado ya a Simon de su partida?

Simon.

Estaba enfadado con ella, sí. Justo en ese momento. Pero conocía a Simon. Su lado solitario, codicioso, temeroso de no hacerse con las cosas que quería; comenzaría a echarla de menos. Muy pronto.

¿No había dicho que la llamaría, además? ¿No había evitado expresamente cerrar la puerta del todo? Era demasiado listo para decir cosas por decir.

Reprodujo su última conversación entornando la mente. Y luego otra vez.

Se fue haciendo más clara. La situación. Cómo llevarla paso a paso.

Él le enviaría un mensaje, Simon. Pidiéndole que esperase, que le dejara unos días.

¿Cómo no se había dado cuenta? Una pausa, no era más que eso.

Fácil. Alex se quedaría por allí cerca hasta el Día del Trabajo. Justo hasta la fiesta del Día del Trabajo de Simon.

Simon estaría algo borracho en la fiesta. Esperando a Alex, puede que incluso un poco preocupado por si no aparecía. Preocupado de que no hubiese pillado la señal, de que no hubiese entendido su invitación.

Entonces Alex entraría. Caminaría directa hacia Simon. Se

disculparía, lo apaciguaría. ¿Y luego qué? Luego Simon la aceptaría de nuevo, porque esa era toda la jugada que él había dispuesto, los dos acertando el objetivo, y todo se arreglaría.

Era evidente, ahora que lo pensaba. Menos evidente: cómo matar los seis días siguientes.

Había algo así como cuatrocientos pavos en la cuenta de Alex.

Puede que un poco más. No la había mirado en ese tiempo fuera, porque no le había hecho falta; Simon se había ocupado de todo.

No era suficiente, por más que quisiera. Podía conseguir habitación en un hotel por ahí una sola noche. Tal vez. Pero ni siquiera había hoteles cerca, solo antiguos hostales victorianos llenos de los parientes más detestados de la gente o de europeos lechosos. Si miraba a su alrededor, el lugar le parecía más que nunca una sucesión de casas, o más bien, una sucesión de verjas. Buen truco, si lo pensabas. Que todo fuese privado, que todo quedase oculto.

Para dejarte fuera mejor si no pintabas nada allí. Era insoportable, indignante, la cantidad de casas de esas que estaban vacías.

El tren que venía de la ciudad se detuvo en el andén, y las puertas se abrieron. La gente salió en desbandada: una mujer con un bebé anudado al pecho, una pareja armada con raquetas de tenis,

adolescentes malhumorados que miraban alrededor, buscando a los asistentes que habrían mandado a recogerlos. Cada cual camino de alguien o de algo, de algún destino final que aguardaba su llegada.

Los últimos pasajeros salieron en tropel del vagón,

desparramándose en el andén entre risas y chillidos. Era un grupo de unos diez o doce, todos de veintipocos, vestidos para cierto tipo de

ocio. Hablaban demasiado alto, escenificando el hecho de estar de vacaciones, con botellas de alcohol asomando de las totes. Ese año, las mujeres tenían que comprarse todas cestitos de mimbre, como si fueran Jane Birkin. Alex examinó a una chica con cestito de mimbre.

El desafortunado efecto era hacerte notar que la persona que lo llevaba no era Jane Birkin. La chica iba con un vestido largo y de flores que parecía recién estrenado, y que habría comprado expresamente para el viaje.

Iban a compartir casa, imaginó Alex, quince o veinte personas apiñadas en una endeble casa de promotora de nueva construcción, con botellas de tequila que habrían comprado baratas en la ciudad y transportado envueltas en toallas de playa. Se marcharían el lunes por la noche, con la idea de haber rozado algo, de haber tenido alguna clase de experiencia exclusiva. La verdad era que ese mundo que imaginaban jamás los incluiría.

Los dos tíos que estaban esperando en el andén se levantaron para sumarse al grupo. Iban estrechando manos aquí y allá,

presentándose entre ellos; por lo que, dedujo Alex, nadie se conocía demasiado bien. Un chico le dio unas palmadas a otro en la espalda mientras comparaban algo en sus pantallas.

Cuando una de las chicas miró a Alex, ella se enderezó levemente, por reflejo.

–Hey –dijo la chica, con la voz alzándose en una interrogación.

–Hey –respondió Alex, saludando con la mano–. Hola.

La chica sonrió automáticamente; las chicas eran siempre tan amables, tan dispuestas a hacer sentir cómodos a los demás.

Alex se puso de pie cuando se le acercó.

–¿Qué tal el viaje? –preguntó.

–Ah –dijo la chica–, bien. Pero un poco tercermundista..., todo el mundo, en plan, dando empujones. –Llevaba unos pendientes de perlita, un jersey Patagonia color claro. Una falda de estampado tropical con las piernas blancas al aire–. Qué calor hoy, ¿eh? Pero el tren lleva el aire acondicionado tan fuerte que estaba, como, helado.

Alex se rió, pero tenía los ojos clavados en la chica y en la gente que

había detrás al mismo tiempo. Inclinó el cuerpo hacia ella.

–Yo soy Alex. Creo que ya nos hemos visto, diría. ¿Verdad?

–Sí, total –respondió la chica, parpadeando muy rápido–. Hola. Lynn.

–Eso, Lynn –dijo Alex–. Ya me acuerdo. –Estaban pasando cosas, cogiendo impulso–. ¿Qué plan hay?

–Ehm, me parece que Brian iba a pedir un coche. –Se encogió de hombros–. O igual tenemos que hacer varios viajes, depende.

Uno de los tíos que había estado esperando en el andén se acercó a ellas.

–Vamos a coger un taxi y listo –dijo–. Cuesta un ojo de la cara, pero estoy gastando tiempo de vacaciones aquí sentado.

–¿Voy yo? ¿Contigo? –preguntó la chica–. ¿Le manda alguien un mensaje a Brian?

–Mejor que vayamos ya –respondió Alex–. Le escribimos desde el taxi.

El tío miró a Alex, y hubo apenas un titubeo de confusión, un ligero descoloque.

–Sí, sí –dijo. Vale.

Y, al momento, Alex estaba encajonándose en el asiento trasero de un taxi miniván. El conductor parecía harto del grupo ya desde el mismo momento en que se subieron, y Alex también. Las voces eran demasiado altas, las bromas, masticadas, extraídas de alguna serie o película. Aun así, sonreía. Importante sonreír. Todo iría bien. No había sitio en la miniván; Alex tuvo que sentarse en las piernas de uno de los tíos.

–¿Cómoda? –le preguntó.

¿Le estaba clavando la entrepierna en el culo? Alex siguió sonriendo.

Alex estaba intentando dar con un vaso limpio, pero no había ninguno en los armarios de la cocina. Solo un paquete de vasos rojos de plástico y unas cuantas tazas de café usadas en el fregadero.

Cuando abrió el lavavajillas, lo encontró húmedo y repulsivo, olía a cerveza. Tampoco ningún vaso. La música retumbaba desde el jardín trasero y espantaba cualquier intento de pensar con claridad.

Costaba imaginar que esa gente pudiera soportarlo, y mucho menos los vecinos.

Una chica entró por la puerta principal, tirando de una enorme maleta con ruedas.

–¿Dónde dejo mis cosas?

Alex fue incapaz de oír lo que quiera que hubiese dicho la chica por encima de la música. Le señaló la escalera:

–Prueba en el primer cuarto de arriba.

La casa era nueva, con columnas falsas de yeso, un salón de doble altura con muebles macizos de madera y fundas de cojín que se podían meter en la lavadora. Olía a ambientador y a patatas de bolsa compradas a granel. La encimera estaba llena de botellas de alcohol tamaño industrial, y el mármol, barnizado de salpicones. Ya le había echado un vistazo a la piscina. Se veía un poco gris. De rato en rato, el limpiador mecánico se movía a sacudidas por el fondo; una colchoneta a medio hinchar flotaba en la superficie del agua. Había botellas de cerveza esparcidas por todas las mesas, y también asomando de una bolsa de basura negra tirada en la hierba.

Alex se puso un biquini en el baño. Un biquini era la opción correcta para ese lugar, para esa gente. El baño daba asco: un secador de pelo enchufado, una toalla con chorretones de autobronceador hecha una pelota en el suelo. La taza del váter veteada de manchas.

Tiró de la cadena con el pie, calzado con sandalia.

Escondió su bolsa en el armario. Encontró una habitación con cuatro colchones individuales pelados y un futón, y dejó un jersey encima de este para adjudicárselo.

Llenó un vaso de plástico de agua del grifo, se lo bebió entero y luego le echó un chorrito de vodka. Se peinó el pelo atrás con los dedos, se pasó la lengua por los dientes de arriba. Preparó una segunda copa, esta con mucho más alcohol y un poco de zumo de arándanos a temperatura ambiente, y se llevó los dos vasos al jardín.

Estudió el panorama: un grupo jugando a beer pong y derramando cerveza al césped lleno de calvas. Un público de chicas en segunda fila, con sandalias de cuña y la parte de arriba del biquini, aferrándose ansiosas los codos, la expresión paralizada en un

fingido interés. La escena parecía sacada de una película porno de segunda: nadie del todo guapo, pero entregados a la acción.

–Ten –dijo Alex, y le tendió la copa más cargada a un tío echado en una tumbona, que tenía pinta de ser el que estaba al cargo. ¿Era Brian?

Se quedó sorprendido, Alex lo notó; intentó distinguir su cara, al otro lado de las gafas de sol.

–Gracias –respondió.

No era demasiado atractivo; les imponía cierto contorno a sus rasgos por medio de un agresivo vello facial.

Alex inclinó el vaso para brindar con un choque hueco de plástico barato.

–Salud.

Se lo bebió de un trago, y él siguió el ejemplo.

–Ha sido buena idea –dijo Alex–. Salir de la ciudad.

–¿Verdad? –respondió el hombre, tomando nota de su sonrisa cómoda, de su biquini. Alex sintió como se relajaba, como pasaba de una ligera confusión a una afabilidad desconcertada, a una disposición a aceptar la idea de que tal vez se conocieran de alguna parte. Siempre era así: Alex plantándose lo bastante cerca para que la gente le prestara atención, se pusiera tensa. Era fácil convertir esa tensión en adrenalina, interés, benevolencia.

Al llegar la tarde, Alex iba ya lo suficiente borracha como para estar algo así como divirtiéndose. O no divirtiéndose, exactamente; era solo que las escenas se le mezclaban y no le preocupaba perder el hilo.

¿A quién le importaba Lori, lo que le contara o dejara de contarle a Simon? El chucho de Simon, plagado de garrapatas. La vida de Alex con Simon parecía estar a millones de kilómetros de distancia, ser parte de una historia en la que ya no estaba involucrada, no en ese preciso momento, y cuando intentaba evocar la cara de Simon, solo aparecían imágenes intrusivas: la vena magenta que le cruzaba la polla de punta a punta. Cómo le gustaba que le metieran el dedo en el culo. Sus orgasmos, que siempre habían sonado lastimeros, de un modo alarmante.

Alex no sabía qué hora era. La música, altísima, interminable. ¿Se podía vivir así para siempre, en un universo alternativo gobernado por la inmediatez? El grupo parecía haber atravesado ya muchos incidentes, muchos dramas. De camino a por más hielo, Alex le dio consejos a una chica que lloraba en el baño; hasta su llanto tenía un aire de alegría forzada, pese a que la chica estaba tirada junto al lavamanos, en una postura que acentuaba una ligera papada.

Llevaba una diminuta E de plata colgando de una cadena al cuello, y no dejaba de acariciar la letra mientras lloraba.

Por lo que Alex pudo deducir, la chica tenía un tema de ahora lo dejo, ahora vuelvo con uno de los tíos de la casa, y él le había pegado un corte cuando la chica había intentado darle un beso delante de sus amigos. A veces, Alex se sentía afortunada de estar exenta de esos jaleos cotidianos. Sus asuntos, al menos, tenían alguna intención de satisfacer las necesidades de ambas personas, ofrecían un atajo por el que saltarse todos esos problemas pantanosos. ¿Quién querría ser esa chica del baño, llorando por un tío rubicundo que la escondía en público?

A la chica se le salía todo el rato el pecho derecho del biquini. Alex tiró de la tela para colocárselo bien.

Le llevó un vaso de agua. La chica se quedó mirando fijamente el vaso.

–Venga –dijo Alex–, bebe. Bébetelo todo.

La chica derramó la mitad del contenido del vaso en su pecho. Se examinó a sí misma con ligera sorpresa.

–Joder. –Se secó con un puño desganado.

Alex le recogió el pelo detrás de las orejas.

–Ya está –dijo Alex–, no pasa nada.

Cuando la chica se calmó, Alex le pidió prestado el móvil.

Ella asintió, afligida, y deslizó el teléfono por el suelo hacia Alex.

Revisó el correo: sin noticias de Simon. ¿Por qué iba a haberlas?

Bueno, el reloj. Se había llevado el reloj de Simon. Feo, se dijo, muy feo, pero en ese momento no se lo pareció. Solo curioso, de un modo distante. ¿Se enfadaría Simon? Le llevaría el reloj a la fiesta.

Seguramente ni se habría dado cuenta.

Abrió una ventana de correo nuevo, pero sentía la presencia de la chica cerca y no sabía qué escribir ni a quién. Cerró la sesión y borró el historial. Mientras frotaba la espalda agitada de la chica, se le pasó por la cabeza quedarse con el móvil. Usarlo hasta que encontrara la manera de arreglar el suyo. La chica hipó; Alex le dio unas palmaditas más suaves. Le dejó el móvil al lado. Mejor refrenarse hasta que llevase una noche entera allí.

Alex debía de haberse bañado –le costaba creer que se hubiese metido en aquella piscina sucia, el agua sería mitad cerveza, a esas alturas–, pero ¿cómo, si no se había mojado el pelo? Olía a cloro.

Llevaba el bañador húmedo. Tendría que ponerse unas bragas secas, evitar infecciones, pero era mucho esfuerzo. El tío sentado a

su lado –¿era este Brian?estaba intentando enseñarle una foto de un ciervo que había visto en el jardín.

–Están siempre como tan tranquilos en el jardín –dijo–. No parece ni que tengan miedo.

Es verdad, pensó Alex distraídamente, había muchos ciervos por allí.

A veces veía algunos de refilón dando brincos al otro lado del jardín trasero de Simon; el perro se volvía loco, trotando tras ellos. A saber cómo entraban aquellos ciervos, con aquella tapia rodeando el lugar.

Pero entraban.

¿Qué estaría haciendo Simon en ese momento? Terminar el trabajo, quedar para cenar. Ultimar la logística de la fiesta. Llamar a su exmujer, o a alguna chica nueva. Era de los que siempre tienen a alguien en reserva, de los que no soportan un hueco, un instante en el que puedan quedarse solos consigo mismos. Y tal vez saldría con otra chica, para echar la noche, pero solo serviría para recordarle a Alex. Para que la extrañase todavía más. Se alegraría de verla en la fiesta. Simon no tenía por qué enterarse de cómo había pasado ella esos días. Le daría vergüenza ajena: Alex con ese tío, con esas bermudas por la rodilla, la nariz quemada. La curva blanda de la tripa, como si estuviese practicando para la mediana edad.

–La verdad es que por un momento me ha dado un ataque –dijo el tío, desplazándose por las fotos–, cuando he visto ese puto animal salvaje ahí plantado.

Alex apenas prestaba atención al desfile de fotos. El tío fue avanzando por un montón de imágenes de un ciervo ruano hasta que se pasó de largo y, de repente, una polla, como un dedazo borroso, ocupó la mitad del plano.

–Mierda –dijo–, perdón.

Miró de reojo a Alex, con aire de disculpa, y se guardó el móvil torpemente en el bolsillo. Ella parpadeó con indolencia. Se recostó

en la tumbona. El sol era agradable. El tío siguió hablando, pero Alex no le escuchaba; seguramente no sabía decir si, al otro lado de las gafas, tenía los ojos abiertos o cerrados.

Cuando se despertó, el cielo estaba oscuro, el jardín, iluminado por los focos. Estaba congelada, todavía en biquini, con una toalla sobre las piernas. Había alguna gente arremolinada en torno a la mesa de ping-pong, y bolsas de hielo abiertas a lo bruto y derritiéndose en el suelo. Sonaba música, pero a un volumen más bajo. Alex oyó pero no alcanzó a ver a alguien vomitando más allá, junto a la valla. El móvil seguía sin funcionar. Pero no lo soltó, lo aferró entre los dedos.

El reloj digital de la cocina marcaba la una de la madrugada. El futón que Alex se había adjudicado arriba lo habían invadido dos chicas, despatarradas bajo un saco de dormir abierto. El resto de las camas estaban ocupadas.

Abrió otra puerta del pasillo. La luz del techo estaba encendida, y un tío dormía bocabajo en un sofá cama. Los zapatos estaban por ahí tirados, y el colchón tapado solo a medias con una sábana. Roncaba.

Era mejor que nada.

Alex apagó la luz. Se tumbó en el lado del colchón donde quedaba más espacio. El hombre se agitó y alargó una mano hacia ella. Le dejó hacer contacto con su hombro y después le dio una palmadita en la mano y se puso fuera de su alcance.

Durmió bastante bien, aunque se despertó en mitad de la noche cuando alguien abrió la puerta y encendió la luz.

–Ay, joder, tío, perdón. –Y luego risas, la luz apagándose, la puerta cerrándose. Más risas. Risas desagradables. A Alex le dio igual. No volvería a ver a esa gente en la vida.

Por la mañana, cuando el hombre descubrió a Alex, y luego que ella

tenía su billetero abierto en las manos, puso unos ojos como platos y al momento su mirada se endureció, por lo que Alex supo que solo podía hacer una cosa.

–¿Qué cojones? –El hombre agarró el billetero–. ¿Tú quién eres?

–Ay, madre. –Alex se obligó a reír, se llevó una mano temblorosa al cuello–. Qué vergüenza. Solo estaba, bueno, confirmando cómo te llamabas.

El hombre se incorporó, sin dejar de mirarla, aunque los ojos se le fueron fugazmente a los pechos de Alex, enfundados en el biquini.

Ella volvió a reír y le rozó la rodilla con los dedos.

–Anoche..., lo siento, íbamos los dos bastante borrachos.

El tío se rascó la cabeza, parpadeó. Alex notó su inquietud, pero se acercó.

–Fue divertido, aun así –dijo, sonriendo, y lo miró bajando la vista.

–¿Sí? –Fue apareciendo una sonrisa de satisfacción a medida que descargaba esa información nueva, complacido con esa visión de su yo pasado.

–Muy divertido –dijo Alex, con voz susurrante, y a veces era así de fácil; levantó la barbilla y ya se estaban besando, la mano de él buscando toscamente el pecho.

La reacción de Alex conectó rápidamente: los brazos rodeándole el cuello, la cabeza inclinándose solícitamente a un lado. Era automático, el murmullo de placer que había soltado tantas veces antes, que volvería a soltar tantas otras.

–Joder –dijo él, mientras se le ponía dura. Embobado por la visión de su mano sobre el cuerpo de ella.

Tenía la cara aceitosa, unos puntos negros como granos de pimienta.

Tan fácil como emitir los sonidos adecuados, colocar el cuerpo.

Cuando él se metió su pezón en la boca, aquello la hizo aterrizar de golpe en el momento; de pronto su cuerpo estaba allí, el cerebro se vio obligado a admitir lo que estaba sucediendo. Un rubor irradió de pies a cabeza, y ¿luego qué? Luego nada.

Podías llevar a cabo un filtro constante de lo que fuera que estuvieses sintiendo, incorporar los hechos y hacerlos a un lado.

Había una estática que te llevaba de un momento al siguiente, y a otro después, hasta que los momentos pasaban, se convertían en otra cosa.

Y, la verdad, era agradable, sentir una mano extraña. Esa parte nunca le había molestado.

Más tarde, cuando Alex entró en la cocina, vio las cajas de pizza arrasadas, una garrafa de leche transpirando en la encimera. Le entró de pronto muchísima sed.

Una rubia con un pareo de flores estaba haciendo una consulta entre las chicas del sofá sobre la manera correcta de preparar white russians.

–Buenos días –dijo Alex, y se obligó a sonreír, pero nadie, ni la rubia ni las chicas del sofá, le devolvió la sonrisa. Una de ellas, de hecho, frunció el ceño.

La cafetera estaba vacía, llena de escamas de cal. Alex localizó un paquete de café de la marca blanca de Costco, abrió el grifo y se puso a frotar las paredes de la jarra con una bola de papel de cocina.

Había en la sala una energía rara. Una especie de estática en el aire.

Cuando Alex levantó la vista, las chicas del sofá estaban

cuchicheando.

–Ya le vale –murmuró una de ellas, echándole una mirada a Alex.

–¿Perdón?

–Nada –respondió con voz cantarina y una sonrisa desabrida, pero a otra chica le tembló la cara, y Alex vio que era la chica del lavabo.

–Te has enrollado con Matt –recitó con tono monocorde la rubia, que ahora andaba echando leche en un vaso de plástico y mezclándola con el dedo.

El tío del sofá cama, dedujo Alex.

–Es mi novio –dijo la chica temblorosa.

–No lo sabía –respondió Alex, tratando de hablar con la solemnidad

apropiada.

La chica parecía al borde de las lágrimas; su amiga le frotaba la espalda en círculos firmes que parecían remover su indignación.

–¿Cómo has dicho que te llamas? –preguntó la amiga.

–Alex. –Siguió limpiando la cafetera, con el papel de cocina desintegrándose, como si esa tarea ayudase, como si fuese a evitar lo que venía a continuación.

–¿Y a quién conocías? Porque ninguna de nosotras –la chica hizo un gesto alrededor– se acuerda de ti.

–A Brian –dijo Alex–. Me invitó él.

–¿Brian? –La chica del sofá negó con la cabeza–. Vale, muy bien, Brian. ¿Y el apellido de Brian?

Alex estuvo un rato caminando bajo el sol. En algunos tramos, donde las ramas de los árboles se entrecruzaban en lo alto, la carretera quedaba a la sombra. Aun así, la humedad le hacía sudar. Tenía la frente empapada, y el cuello también. Se levantó el bajo de la camisa y trató de convocar una brisa. Las sandalias le rozaban. De vez en cuando, tenía que parar y agacharse para deslizar el dedo entre la piel y las tiras de las sandalias. Su bolsa de fin de semana era lo bastante pequeña para pasar por una bolsa de playa, y no una que contenía todas sus pertenencias, y eso era importante. Era importante no parecer desesperada, no llamar la atención. Era una chica andando por el arcén, y, mientras no se alejase de esas calles tranquilas, nada tan inusual.

Sabía por dónde quedaba el mar, sabía que se estaba acercando cuando cruzó la autopista, disparada por delante de un camión de reparto. Había un tráfico tremendo, la gente que se volvía a la ciudad. Pero ¿era miércoles o jueves? Miércoles. No sería muy difícil que alguien la llevase a la ciudad; plantarse de cara al sol hasta que le llorasen los ojos y parara un coche. Explicar que se había peleado con su novio, que la había dejado tirada en el arcén.

Pero ¿para qué? La fiesta de Simon era dentro de menos de una semana. Y en la ciudad no había nada. Jon había vuelto con su mujer, o eso deducía por el tono de su voz. En su antiguo

apartamento no era bienvenida. La ciudad era una sucesión de gente que conocía a Alex desde hacía demasiado tiempo. Y Dom estaba allí.

Alex comenzó a repasar la situación, y el panorama final no era ningún lugar en el que le interesara estar.

¿Cuánto tiempo había estado con Dom? ¿En aquel apartamento extraño? Como mínimo dos días. Igual más.

Ahora le parecía una estupidez. Y evidente lo que iba a pasar, cómo iba a reaccionar Dom. Pero en aquel momento no lo era tanto.

El último día, Alex se despertó por la tarde con la garganta ardiéndole. El apartamento estaba vacío. Ni rastro de Dom. Se había ido, a ocuparse de alguno de esos recados misteriosos en los que consistía su vida.

Le vino un recuerdo difuso de la noche anterior, de Dom tirando de la sábana, ella intentando taparse sin éxito con la mano. Pero tenía la cualidad entrecortada de un sueño; tal vez solo era eso.

Examinó el orzuelo en el espejo del baño: no se veía casi. Un toquecito de rosa.

Había un revoltijo de toallitas ensangrentadas en la papelera de madera. La imagen resultaba alarmante, a primera vista, pero no eran más que los restos de uno de los frecuentes sangrados nasales de Dom. Se dio una ducha corta, hirviendo. La robusta presión del agua le recordó que, en las duchas, se suponía que el agua debía salir con fuerza.

Tuvo que buscar la ropa interior: las bragas de algodón habían terminado enroscadas no sabía cómo debajo de la cama. Debía de tener unas limpias en el bolso, si es que conseguía encontrar el bolso.

En la nevera lo único que había era un frasco turbio de pepinillos y un queso hecho una piedra y envuelto en un sinfín de capas de papel film. Una caja de supositorios hormonales sin abrir y caducada.

Burritos vegetarianos en el congelador. Tampoco tenía hambre. La comida parecía solo un concepto.

Alex localizó al fin el bolso, ese saquito de ante con cierre de cordón y sus herrajes dorados. Una imitación bastante buena, pese a que el oro brillaba demasiado. Bebió un vaso de agua del grifo y empezó a pasearse ociosamente por las habitaciones.

Fue culpa de Dom por dejarla sola. En ese apartamento. Se había vuelto relajado. Descuidado.

Y algunas cosas seguían igual: Dom usaba los mismos escondites.

¿No se lo debía, acaso?

Alex lo cogió todo. El dinero en metálico también.

Y ya no quedaba nada. El dinero se había empleado en saldar varias deudas y ganar algo de tiempo. Menos tiempo del que esperaba, eso sí, teniendo en cuenta aquella impresionante cantidad de efectivo, una cantidad que daba la impresión de poder cambiarte la vida. Solo había hecho minimísima mella, al final.

Tampoco quedaban drogas. Eso había sido casi inmediato.

Alex dio por hecho que el robo pasaría inadvertido, o más bien que Dom se daría cuenta, pero que, de algún modo distorsionado, no le importaría. Que se lo tomaría como una pérdida prevista, un gasto de estructura.

O tal vez sabía, en algún rincón de sí misma, que se lo estaba cargando todo, lo feas que se pondrían las cosas, y lo había hecho de todos modos.

El móvil de Alex no daba señales de vida. Era un rectángulo inerte, inservible, y aun así reconfortante para la palma de su mano, fino como un devocionario.

Siguió caminando por la autopista.

No sabía a qué distancia quedaba la casa de Simon, pero se hacía una idea de la dirección. Se imaginó apareciendo ahí de improviso, abriendo la puerta que daba a la finca tapiada. Pero todavía era muy pronto. Lori se haría cargo de la situación. Llamaría a alguna otra

persona si era necesario, si Alex resultaba ser demasiado difícil de manejar. Era un gusto imaginarse dándole problemas a Lori, imaginarse obligándola a mostrar su repugnancia a las claras. Simon no se metería; la gente como Simon detestaba tener que decir las cosas en voz alta, prefería venenos más sutiles.

Desde luego que Alex no haría eso. Desde luego que se controlaría.

Además, Simon no estaba realmente enfadado con ella, solo

disgustado, y ese disgusto se disiparía pronto. La fiesta era el objetivo correcto, el contexto correcto en el que reaparecer en la órbita de

Simon; solo tenía que mantenerse ocupada hasta

entonces. Esperar.

Cinco días más.

Cuando llegó a la playa, una que no conocía, el sol pegaba demasiado fuerte como para estar mucho rato al aire libre. Se puso el bañador en un baño estrechísimo. Los suelos de cemento estaban llenos de arena y el agua encharcada se acumulaba en las esquinas.

Estuvo un rato sentada en un banco a la sombra. Unos coches se iban, otros llegaban. Siguió con la mirada la caminata hasta la arena de un padre cargado de sillas plegables, sombrillas, un saco con juguetes de playa, toda la aparatosa utilería de la diversión familiar.

Unos adolescentes llegaron con un chirrido de frenos en un jeep blanco; su perro iba saltándoles a las piernas mientras trajinaban una nevera hasta la playa. Tres veces Alex se acercó a paso lento hasta los coches que la gente acababa de dejar vacíos para ver si se habían olvidado de cerrar. Uno de los coches estaba abierto, pero no encontró nada dentro: tiquets, una barra de protector solar, un par de bermudas cortas secándose en el salpicadero. Seis dólares

arrugados en la consola central que Alex se guardó. Patético.

Al cabo de un rato, el sol ya no caía a plomo y Alex se pudo sentar en la arena con la bolsa al lado y tratar de parecer satisfecha con su

única compañía, relajada por el sonido de las olas y el aire vibrando de iones cargados, y hasta se bañó, sabiendo que no le pasaría nada a la bolsa.

Un chillido estridente, un chapoteo. Buscó el origen, un grupo de chicos armando jaleo entre las olas. Uno de ellos se iluminó con una súbita sonrisa. Le sonreía a ella; su pelo era un casquete de rizos rubios. Alex le sonrió también. ¿Era una vía, una posibilidad útil? ¿Un chico universitario? Estuvo un rato flotando, fingiendo estar sumida en sus pensamientos. Al mismo tiempo, le iba siguiendo la pista al chico rubio por el rabillo del ojo, alerta ante cualquier oportunidad, pero cuando volvió por fin a la arena fue para unirse a una facción de adultos encorvados sobre sus gordos libros de bolsillo.

Alex se sentó con su bolsa y dejó que el sol le secara el cuerpo.

Ojalá tuviese una toalla. Tenía los cristales de las gafas de sol sucios,

pero no le impedían examinar el panorama: mujeres con leggins caminando a marcha rápida por la orilla; niños de caderas delgadas y camisetas de protección solar lanzándose a la carrera contra las olas y soltando chillidos de placer cuando estas los derribaban. El grupo de adultos mantenía una conversación a cámara lenta. El chico rubio tenía los ojos cerrados, como si estuviese absorbiendo el sol. Cuando el aire empezó a apagarse, los adultos hicieron amagos de marcharse. Comenzaron a plegar las sillas y a sacudir las toallas, apuraron las botellas de agua y se recogieron el pelo mojado.

Alex se quedó dormida, un momento, pero cuando despertó parecía otro día: el sol bajo, la playa vaciándose. Los adultos ya no estaban, pero los adolescentes se habían quedado allí. Se pusieron

sudaderas de capucha. Lanzaron un balón de fútbol fluorescente de aquí para allá con un vigor pasmoso. Se les sumaron unos cuantos adolescentes más, todo chicos. Apareció una bolsa de la compra de papel con cervezas que descargaron de inmediato a una nevera, y

luego los chicos montaron una especie de juego de palas que requería una red en miniatura.

¿Cuánto tiempo podría seguir ahí tumbada sin parecer fuera de lugar?

Uno de los chicos había reparado en Alex, llegaba hacia ella cierta intensidad que aparentó no percibir. No era el rubio, sino otro, con el pecho cóncavo.

Empezó a incorporarse, a revolver en la bolsa, cuando vio que el chico se acercaba. Se detuvo a una distancia ansiosa.

–¿Quieres una cerveza? –ofreció.

Alex decidió dejarse las gafas de sol puestas. Tomarse un momento antes de responder. La lentitud funcionaba igual de bien.

–¿Perdón?

El chico tenía carilla de rata, chupada.

–Digo que si quieres una cerveza –dijo– porque, bueno, tenemos.

Desprendía más confianza en sí mismo de la que debería con una cara como esa.

Alex examinó al chico.

A veces, lo mejor era decir que sí, ver hasta dónde podía llevar algo.

Igual era buena decisión o mala decisión, no había forma de saberlo todavía.

–Claro –respondió Alex–. Vale.

–Guay –dijo el chico, delatando solo la más levísima sorpresa–.

Mola.

El chico cararrata le abrió una cerveza a Alex con un esfuerzo excesivamente exagerado, como si hiciese falta una fuerza enorme.

–Salud –dijo, tendiéndole la botella. Seguía bastante fría.

Unos cuantos chicos se reunieron en torno a una parrilla diminuta.

Uno de ellos abrió con los dientes un paquete de salchichas de frankfurt y luego arremetió contra el envase con una navajita. Lo estrujó para sacar las salchichas, y los tubos húmedos fueron desplomándose uno tras otro en la rejilla. Alex se sentó en una toalla libre. El chico de la toalla de al lado se encogió, y daba la impresión de evitar mirarla por educación. Era el chico que estaba jugando antes en las olas, con el pelo rubio ya casi seco.

–Me suenas de algo –dijo Alex, una tontería, aunque el caso era que sí que le sonaba, de un lugar completamente distinto: la cara limpia, el pelo rizado como el de un querubín de San Valentín. Esos pantalones de chándal que llevaba arremangados por las

pantorrillas.

–¿Ah, sí? –Tenía la mandíbula algo floja, hinchada, y los párpados a media asta. ¿Colocado? ¿Cansado por el sol?

–No sé –respondió Alex–. Creo que sí.

El chico le sonrió, una sonrisa tímida que dejó a la vista los aparatos de los dientes de abajo, y entonces cayó en la cuenta.

–Ah, claro –dijo Alex–. Aquella fiesta.

–¿Eh?

–Helen. No recuerdo el apellido. En aquella casa grande, al lado de la playa.

–¿La señora R.? –El chico frunció el ceño con un aire lento y afable–.

¿Conoces a Theo?

Alex despachó el tema con la mano.

–Nada, déjalo, es solo que me parecía haberte visto.

¿Se estaba ruborizando el chico? Dio un trago de cerveza y luego tiró distraído de los cordones de la capucha. Tenía la boca rosada, infantil, y eso la tornaba en cierto modo sexual.

–No tienes edad de beber –dijo Alex–. ¿verdad?

El rubor se acentuó.

–Tengo diecinueve.

Alex le habría echado menos. Dio un sorbo.

–¿Cuántos años crees que tengo yo?

–No sé. –El chico se rió–. ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco?

Por un momento, Alex se planteó mentir. Pero la cara del chico era demasiado dulce.

–Veintidós –respondió. Alex estaba cavando un hoyo en la arena con una mano, enterrando los dedos en el frescor de más abajo–. Qué vieja, ¿eh?

–Ná –dijo el chico, como si la pregunta fuera en serio–. Eso no es vieja.

–Hey. –El chico cararrata le dio una palmada en la espalda–. ¿Nos das las llaves? Nos hemos dejado el vaper en tu coche.

El chico le lanzó una llave a su amigo.

–Gracias, tío. –El amigo movió las cejas como si Alex no lo estuviese viendo.

Se quedaron los dos mirándolo mientras giraba hacia el

aparcamiento y abría la puerta de un Range Rover de líneas cuadradas.

–¿Ese es tu coche?

–El de mi padre.

El chico parecía solo un poco avergonzado. Se mordió el labio inferior. Tenía los labios agrietados y rosados. Cuando Alex se recostó en la toalla, él le lanzó una mirada a su cuerpo y luego clavó los ojos furiosamente al frente. ¿Por qué a Alex le pareció un punto tierno?

–Me llamo Alex, por cierto.

–Jack.

–Jack, ¿eh? –Ambos sonrieron.

–¿Dónde te alojas?

–Cruzando la autopista.

Él asintió.

–Guay.

Alex echó las últimas gotas de cerveza a la arena.

–¿Quieres otra?

Había tres salchichas requemadas en un plato de papel y un rollo de papel de cocina al lado. Dio un mordisco al frankfurt; sabía a carbón, por dentro seguía frío.

Alex volvió junto al chico con una lata de cerveza barata.

–Es la última. Podemos compartir.

Se sentó un poco más cerca de Jack que antes. Él se puso derecho al instante.

–Aún queda alguna salchicha –dijo Alex.

–Soy vegetariano. Prácticamente.

–¿Sí?

–Estoy probando. Leí un libro... –Se volvió a comprobar si lo estaba escuchando. Alex asintió–. Ehm, Siddhartha. ¿Lo has leído?

Ella se encogió de hombros de un modo que podía significar sí, podía

significar no.

–Va, básicamente, como de Buda. Buda no era vegetariano, porque se suponía que tenías que aceptar cualquier cosa que te dieran de comer. Porque iban mendigando, ¿no?

Se volvió de nuevo a comprobar.

–Pero me hizo pensar, en plan, cómo causar menos daño. –El chico pareció de pronto avergonzado–. Es una chorrada, no sé.

–Suena bien.

–Sí. Está muy bien. En realidad.

–¿Dónde te alojas tú? –preguntó Alex–. Aquí.

–En casa de mi padre. –Dio un sorbo de cerveza como si fuese la hora del té–. O sea, mi padre tiene casa aquí.

–Entonces ¿estás con tu padre? –Alex tenía sus esperanzas puestas en una casa libre de padres.

–Sí –respondió Jack–. Con mi padre y mi madrastra. ¿Ves? La casa está justo ahí. En el estanque. Este año está todo verde.

Siguió la dirección de su dedo, que señalaba a una hilera de árboles y los tejados desdibujados de las casas.

–Esa que parece un granero, ¿la ves?

Un aguilón gris se alzaba a lo lejos por encima del resto. Era evidente que el chico tenía todo lo que necesitaba.

Sonó una notificación en su móvil. La atendió de inmediato. En la pantalla de inicio, había una pila de mensajes por los que se deslizó con destreza.

–Mierda –dijo–. Me tengo que ir.

–¿Te vas ya? –Alex se sorprendió al detectar su propia desilusión.

– Sí, joder, lo siento, mi hermana acaba de llegar. Es, o sea, la única noche que estamos todos.

–Qué pena.

Él también parecía triste por tener que irse, volvió a morderse el labio inferior.

Alex le tendió la lata.

–¿Te la quieres terminar tú?

–Quédatela.

–¿Estarás un tiempo por aquí? Igual te podría dar mi número. Y me escribes, ya sabes, si hay algo divertido.

É

Él parpadeó, asimilando.

–Sí –respondió–, sí, pues claro. Ten, mete tu número –dijo, pasándole el móvil–. Te llamo y así tú tienes el mío.

El fondo de pantalla era un mandala pixelado. Alex tecleó su número, el número de ese móvil que apenas funcionaba.

Jack pulsó el botón. Alex oyó como la llamada iba directa al buzón de voz, el buzón de voz que nunca se había molestado en cambiar, por lo que dijo: Este es el buzón de voz de..., y luego silencio, una unidad de vacío. Y, después: Por favor, deje su mensaje después de oír la señal.

–Hey –respondió el chico al teléfono–. Soy yo, Jack. Estoy sentado a tu lado ahora mismo. Y ya... –dijo, mirándola fugazmente a la cara–, ya tienes mi número.

Cuando empezó a oscurecer, Alex supo que tenía que alejarse del aparcamiento, seguir caminando. A lo largo de las dunas había casas con las luces encendidas, pero estaban apartadas unas de otras y apartadas del mar. La arena seguía templada por el último suspiro de calor almacenado. Siguió caminando hasta que la playa quedó desierta. A su izquierda, el océano. A su derecha, las dunas, las hierbas ondulantes, las pasarelas de madera que conducían a las casas. Una de esas casas sería la de Jack, la familia sentada en torno a una cena de ensalada de pesto, salmón y maíz de uno de los puestos agrícolas. El padre, la madrastra y los dos hijos. Supuso que la hermana de Jack sería mayor que él, de su edad.

Bueno, pensó, vale. Vale.

Hizo una respiración cuadrada, como le había enseñado el tío aquel;

era coach empresarial, respondía angustiadas llamadas de trabajo mientras Alex desconectaba entre las sábanas, viendo la CNN sin volumen y tratando de ignorar las sobras repugnantes que pudiera haber en la bandeja del servicio de habitaciones. El tipo tenía

narcolepsia, le habían recetado una medicación que, según decía, era la que usaban los pilotos de combate y los terroristas de Estado Islámico. Creía en el trabajo de respiración. Escuchaba resúmenes de libros de autoayuda famosos mientras hacía ejercicio con unas cuerdas enormes. Su hijo había muerto tras una lesión jugando en el equipo de fútbol del instituto –«mi chico», lo llamó, sonriendo mientras le enseñaba fotos a Alex. Y ella lloró; en el momento, sintió un cariño auténtico por aquel hombre. Él apoyó el puño en su plexo solar y le dijo que inhalara profundamente.

«Inhala en cuatro, retén en cuatro, exhala en cuatro. Y aguanta.»

Hizo otra respiración, y luego otra. ¿Mejor? Tal vez.

Cuando oscureció del todo, Alex se había alejado tanto del aparcamiento que no quedaba nadie fuera, nadie en ninguna

dirección. Dejó atrás el esqueleto blanco de una torre de socorrista.

Un envoltorio metalizado de caramelo se deslizó chascando por el suelo.

Qué raro era el océano de noche, extrañamente plácido, con las olas desplegándose en educadas apostillas sobre la arena. Las casas se veían extrañas también, alzándose de las dunas con los ojos inexpresivos de sus ventanas, el tamaño demasiado inverosímil, como en un plató insonorizado. La bruma flotando en el aire, aquella calidez poco natural, la luna sobre la arena clara. Tendría sentido que nada fuese real.

Eso que parecía tan plácido, la extensión negra del océano, de cerca resultaba aterrador. Sería fácil perderse. Un paso adentro. Otro.

Sencillo, la respuesta a todas las preguntas.

¿Se estaba asustando a sí misma? Solo un poco. Se sentó en un pedazo de madera de deriva al pie de una duna. Bien. No era para tanto, no era tan terrible. Quizá fuese hasta aburrido, estar sentada ahí, pasando las horas, y aburrido equivalía a manejable, pero por debajo de ese pensamiento había otro pensamiento, la conciencia de

que fuera lo que fuese eso, lo que fuera que estuviese haciendo, era provisional. No podía seguir así eternamente. Solo hasta... ¿cuándo?

Quedaban cinco días para la fiesta del Día del Trabajo. ¿O cuatro?

No, cinco días.

En un punto lejano del horizonte, vio un destello. ¿Un barco guardacostas, un faro? ¿Fuegos artificiales? Pero no, ahí estaba, de nuevo: un relámpago cayendo en brillante silencio. Una tormenta en mitad del océano. Una tormenta que, al menos, no era ahí.

Pese a que estaba nublado, Alex no creía que fuese capaz de dormir. En parte, por hambre. Había comido un puñado de nachos de los chicos, y el perrito caliente. Alex apoyó la espalda en la duna con las manos en las axilas, una costumbre tranquilizadora de su infancia, acariciando el cerco de vello incipiente. Sacó un jersey de la bolsa. Buscó a tientas hasta que dio con unos vaqueros. La arena fue inevitable al ponérselos, rascando contra los muslos, detrás de las rodillas.

No se podía dormir. El móvil no aguantaba encendido lo suficiente ni para ver qué hora era. Seguramente, solo medianoche, o más temprano aún. Igual no estaba mal que el móvil no funcionase. Mejor no saber con exactitud cuántas horas le quedaban por delante.

Quizá quedarse ahí fuese una estupidez. ¿De verdad podía ser mucho peor en la ciudad? La ciudad; le vino una visión inmediata de la infelicidad que habría allí, esperándola. Dom aporreando la puerta, negándose a marcharse. (¿Qué puerta? ¿Dónde tenía pensado

quedarse, exactamente?) Era demasiado dramático, Dom no hacía esas cosas... Bueno, en realidad sí que las hacía, las había hecho.

Cuando la agarró de la garganta. Aquella vez que le cogió el móvil del bolso y la hizo arrastrarse por el suelo para recuperarlo.

¿Qué haría ahora, ahora que estaba enfadado de verdad? Se lo preguntaba, pero sabía que en el fondo no hacía falta preguntárselo.

La fiesta quedaba solo a unos días. No era más que un plazo de espera para que Simon se calmara, una pausa. Y luego todo volvería a ser como antes.

Alex encontró el frasco de píldoras en el monedero y se echó unas cuentas en la palma de la mano. Si se las acercaba a la cara, sabría identificar cuáles eran calmantes, cuáles eran para dormir. Se tragó una de las de dormir sin agua.

Unas semanas atrás, Simon y ella tomaron zolpidem y habían aguantado despiertos. Fue idea de él, que había sabido de las posibilidades de su uso recreativo y como potenciador sexual gracias a la cobertura periodística del escándalo por las infidelidades de un golfista. Simon se quedó dormido enseguida, pero solo después de echarse a llorar: una estampa inédita, aterradora, Simon

restregándose los ojos llenos de lágrimas; Simon diciendo, arrastrando las palabras, lo orgulloso que estaba de su hija.

«Es una chica estupenda –decía–. En serio. Caroline lo ha tenido muy difícil.»

Le preocupaba que Alex lo estuviese grabando de algún modo.

«No grabes –lloriqueaba–, no grabes esto.»

Eso era lo último que había dicho antes de que se le cerraran los ojos y se le hundiera la cabeza en la almohada. Le cambiaron los rasgos mientras Alex lo observaba, su cara se fragmentó.

Muchos hombres habían tenido miedo de que Alex los grabara, de que les tendiera alguna clase de trampa. A ella no se le había pasado nunca por la cabeza; ya parecía bastante una trampa, así las cosas. ¿Y para qué iba a querer pruebas, además, para qué iba a

querer verse a sí misma, ver cómo se movía su cuerpo, cómo se le iba la voz a un tono antinatural y remoto?

Alex se hizo un ovillo en torno a la bolsa, esperando a sentir cansancio. Los relámpagos, donde quiera que fuesen, habían parado. El mar se veía en calma, difuminado por la bruma. Era bonito de noche, decidió, y seguramente demasiada poca gente lo veía así, la playa indiferente libre de humanos. Tan solo era eso, un filo inhóspito.

Cuando aparecieron los faros, estaban tan lejos que, en un primer momento, creyó que eran un par de linternas. Se incorporó. ¿Era una visión provocada por el somnífero, una interferencia óptica? Pero no, las luces se acercaron, y luego la silueta rotunda de un coche, con los faros abriendo dos columnas en la bruma. Un coche, avanzando lentamente por la arena, avanzando hacia ella. La píldora hacía efecto, desde luego. Tenía el cerebro espeso, cada pensamiento acompañado de su propia aura de aturdimiento. El coche,

comprendió, venía a por ella. Venía a llevársela. Estaba

completamente claro, la había encontrado, Dom. Parecía muy evidente y muy acertado. Pues claro que tenía que suceder así.

Se quedó un rato demasiado largo ahí sentada, paralizada, viendo cómo se acercaban las luces. Y luego se ordenó a sí misma, con mucha calma, ponerse de pie.

La arena ondulada la pilló por sorpresa. Se echó la bolsa al hombro y cruzó trastabillando el rasposo matorral de hierbas altas, subió por la duna y pasó al otro lado. Se tumbó, con la espalda pegada al suelo, a saber si lo más mínimamente escondida, y se quedó quieta ahí, respirando agitada, con una mano en la bolsa, la otra mano en el corazón. Las luces bañaron la duna, su cuerpo, brillantes como la luz del sol, y luego desaparecieron.

No quería quedarse en la playa después de eso. Caminar se le hizo más difícil que antes, los zapatos se le hundían en la arena. Cuando las casas empezaron a alejarse de la costa, separadas, ahora, por bosquecillos de arbustos, fue más fácil saber qué hacer. Encontró una brecha entre las dunas y siguió un camino durante un rato, una serie de tablones dispuestos en el suelo como vías de tren. Tenía arena por todas partes, arena en los zapatos, arena atrapada en las perneras de los vaqueros. Cuando hubo bastantes árboles, salió del camino y buscó un claro. La bolsa servía bien de almohada, y extendió uno de sus vestidos en el suelo, aplastando las hierbas de la duna. Intentó apisonarla un poco más. ¿No era ahí donde se suponía que se escondían todas las garrapatas, entre las hierbas?

Mejor no imaginar qué clase de gránulos oscuros podrían dar con ella esa noche, colarse en su torrente sanguíneo e inyectarle bacterias directamente al cerebro.

Una chica que había conocido el primer año en la ciudad –en los tiempos en que tenía realmente trabajo, en los que trabajaba

realmente en un restaurante– le contó que, siempre que tenía miedo, se convencía a sí misma de que estaba en una película, pasara lo que pasase. Y ¿qué más daba lo que pasara en una película? Era todo diversión, ¿o no?

La chica había dejado de pasarse por los sitios de costumbre, por las fiestas, daba la impresión de haber desaparecido, aunque la gente decía que se había vuelto a casa. Era altísima, llevaba unas curiosas gafas de sol redondas que le daban un aire anticuado, y un vello suave y moreno le oscurecía los antebrazos. Le contó la historia de un día que un tío con el que estaba saliendo se cabreó con ella, el tío pegándole gritos en un restaurante caro con ella ahí sentada, aguantando, dejando que la machacara, hasta que al final la chica cogió la copa de vino llena y la tiró al suelo del restaurante.

Ahora Alex era incapaz de recordar su nombre.

Echó una mirada entornada al cielo, que los árboles tapaban casi por completo, aunque las nubes habían despejado. Se obligó a cerrar los ojos. Se dio cuenta de que seguía aguzando el oído, atenta a cualquier perturbación. Pero estaba todo en silencio, hasta el océano quedaba demasiado lejos para hacerse notar.

5

A juzgar por el sol, era casi mediodía.

Alex se había levantado temprano: un ruido tremendo la había despertado de un susto, con el pánico invadiendo su organismo. Se llevó una mano a la cara frenéticamente, y la otra la alargó para proteger... ¿a quién?

Tardó otro segundo en comprender que el ruido era solo un ciervo, una repentina aparición animalesca irrumpiendo entre los árboles. El ciervo no pareció reparar en Alex, le dio igual esa chica sentada sola en el suelo.

Ahora Alex iba caminando por el arcén de una autopista, solo hasta que viese alguna calle conocida, aunque notó que algunos

conductores estiraban el cuello para mirarla, porque todo aquello era demasiado llamativo, demasiado inusual. No se veía a nadie más andando, en la autopista no, al menos. Solo algún que otro ciclista le pasaba por al lado, hombres enfundados en licra de colorines que pedaleaban en bicis reclinadas con concentración inexorable.

Alex siguió caminando, la temperatura era bastante agradable, al menos de momento, y entonces lo oyó. Alguien llamándola por su nombre.

–¿Alex?

La voz venía de algún punto a su espalda. Se le aceleró el pulso...

¿Dom? ¿Simon? Se obligó a seguir adelante, a no girarse.

–¡Alex, eo!

Un coche blanco redujo la velocidad en el carril contiguo y se detuvo en el arcén delante de ella, con las luces de emergencia

parpadeando.

Y luego un hombre bajó del coche saludándola con la mano. Alex no reconocía el coche, pero cuando se acercó, sí reconoció al hombre: había olvidado cómo se llamaba, pero no su cara. Era el asistente de George. George era uno de los amigos coleccionistas de Simon.

Habían ido los dos a cenar a su casa la primera semana ahí, una cena interminable en la que nadie pareció divertirse, hasta justo el último minuto, cuando todo el mundo se deshizo en exclamaciones sobre lo divertida que había sido la velada, tan divertida que tenían que repetir muy pronto.

–Iba en el otro sentido y me ha parecido que eras tú –estaba diciendo el hombre–, así que he dado la vuelta. ¿Todo bien?

Era joven, treintañero, y atractivo de un modo aburrido, profesional; llevaba camisa de vestir y unos chinos.

–Nicholas –dijo el hombre, llevándose la mano al pecho–. Trabajo para George.

–Ah, claro –respondió Alex–, claro. –Lo saludó con la mano–. Yo... –

se detuvo, considerando la situación– he ido en bicicleta a la playa y... –soltó una risita– supongo que alguien se la ha llevado. –Se recolocó la bolsa en el hombro–. Y mi móvil no funciona.

–No veas, ¿en serio? –dijo Nicholas, y se pasó las manos por el pelo; su disgusto, sincero–. Increíble.

Ella se encogió de hombros.

Nicholas era todo amabilidad. Era su trabajo, suponía. Cuando Simon y ella fueron a casa de George a cenar, fue Nicholas quien le preguntó si tenía alguna restricción dietética. Cuando Alex salió a buscar el baño, Nicholas la condujo hasta la puerta. Y Nicholas fue la

persona que aguantó, estoicamente, mientras George y Simon departían sobre lo difícil que era encontrar un chef y empalmaban sin transición alguna con la reciente denuncia de violación contra un jugador de baloncesto que no les acababa de cuadrar, y ¿qué esperaba la chica que pasara, dijo George, si invitaba a un hombre a su camerino? Alex estuvo observando a Nicholas: no reaccionó.

Como Alex, se había transformado en vapor, para que las cosas pasaran mejor a través de él.

Después de la cena, Nicholas había traído una bandeja con galletas calientes a la mesa.

–No debería comer esto –dijo George, mientras se terminaba la tercera galleta.

Fue una de esas pocas noches en las que Simon decidió beber, beber de verdad. Sin que Alex se diera cuenta, Simon había llegado casi a perder el conocimiento. Al final de la noche, Nicholas los había llevado a casa en el coche de Simon, y a él se le cerraban los ojos, desplomado encima de Alex en el asiento de atrás. No se había parado a pensar qué habría hecho Nicholas después de dejarlos y de aparcar el coche en el camino de entrada, no se había planteado cómo habría vuelto Nicholas a casa.

–¿Y Simon? –preguntó Nicholas.

–Ha ido unos días a la ciudad –respondió ella–. Solo por reuniones.

Así que estoy sola en casa.

Su voz sonó bastante relajada, despreocupada, y no pareció que Nicholas encontrara nada raro en todo eso.

–Deja que te lleve a casa –dijo Nicholas–. ¿O quieres dar una vuelta en el coche a ver si encuentras la bici? Igual la han dejado tirada por ahí.

–Igual sí.

Alex hizo visera con la mano. A su lado, el tráfico pasaba disparado: coche caro, coche caro, coche caro, camión de jardinería. Coche caro.

–¿Sabes? Creo que me ha dado demasiado el sol –dijo Alex–. Estoy un poco mareada.

–¿Por qué no te pasas por casa un momento? Solo tengo que dejar unas cosas. Podemos cargar el móvil, darte algo de comer.

Ella echó un vistazo a la autopista, un vistazo a la bolsa.

–¿Dónde está George?

–Vuelve el sábado –respondió Nicholas–. Lo estoy poniendo todo en orden, ya sabes. Llenando las neveras, hinchando las ruedas de las bicis.

Sonrió a Alex, Nicholas, su trabajo, encargarse de las cosas.

Era agradable estar dentro de un coche, moverse a esa velocidad.

Llevaban las ventanillas bajadas. Alex vio una camisa blanca de repuesto colgando de la percha del asiento trasero, un pack de botellas de agua. Una raqueta de tenis recién encordada. Nicholas iba escuchando una emisora de antiguos éxitos, alegres temas de la Motown.

–¿Puedo coger un agua?

–Desde luego. Coge dos.

La botella estaba tibia de ir en el coche; se la bebió entera.

–¿Mucho calor ahí fuera?

–Ah –respondió ella–, aún se podía aguantar.

–Menos mal que te he encontrado. ¿Quieres llamar a Simon con mi móvil?

–No pasa nada. Igual dentro de un rato.

–Claro, claro.

Era su trabajo, por supuesto, ser así de agradable. Era parte de su trabajo, incluso, parecer uno de ellos, y no un empleado; vestirse como ese yerno tan majo de alguien que, casualmente, anticipaba todas tus necesidades y las satisfacía con discreción. Tal vez la falta de uniforme hacía que la gente se sintiera más cómoda con la idea de que otra persona estuviese incrustada de un modo tan profundo en sus

vidas, como si Nicholas solo rondase por ahí porque les caía bien, porque disfrutaban de su compañía.

Cuando Simon y ella fueron a cenar, ya estaba oscuro, pero ahora, de día, vio que la casa de George era mucho más grande que la de Simon, y la finca, varios órdenes de magnitud más extensa. Había un estanque en el que no había reparado la otra vez, a todas luces artificial, con un muelle de madera y lirios bordeando la orilla. El césped totalmente uniforme, la hierba lisa e invariable.

–Descargo la compra y ya está –dijo Nicholas al tiempo que aparcaba en la entrada adoquinada de un garaje más pequeño.

–¿Te ayudo a llevar algo?

–De ninguna de las maneras –respondió Nicholas, con los brazos cargados de bolsas. Si alguna pesaba demasiado, no dio la menor muestra.

Lo siguió hasta el vestíbulo y dejó la bolsa junto a la puerta, y luego continuó hasta el salón. Obras de arte en todas las paredes, vibrando con densos colores. Un gato persa cruzó presuntuosamente por delante, hizo una pausa altanera y se encaramó de un salto a una mesita de cristal. El sofá era una trama ondulante de tapicería,

naranjas y amarillos, una pieza italiana de los sesenta que recordaba vagamente a un mar de senos. La distancia entre mueble y mueble en el salón era descomunal. Al otro lado de las ventanas, todo era de una tonalidad variable de verde.

–Voy a ir al baño –dijo Alex, colgándose la bolsa al hombro.

–Al fondo del pasillo –dijo Nicholas–. ¿Recuerdas dónde estaba?

En el baño, Alex se refrescó la cara con agua, se enjuagó la boca. Le había salido un reguero de espinillas siguiendo el nacimiento del pelo; resistió el impulso de toqueteárselas. Se le veían las cejas demasiado finas, las mejillas un pelín quemadas, los labios secos y pelados. Intentó arreglarlo todo lo más rápido posible: rellenó las cejas, se dio unos toquecitos de corrector en las ojeras, en los pliegues de la nariz. Empapó un trozo de papel higiénico con jabón de manos y se frotó las axilas. No estaba mal, y hasta el pelo, con las raíces rasposas de arena, tenía mejor pinta después de trenzárselo.

Recogió la arena esparcida por el lavamanos y la tiró al suelo. Secó el exceso de pintalabios con más papel higiénico y echó al váter todo el

revoltijo. Una inspección de las uñas. Arañó la pastilla de jabón y luego las pasó por debajo del agua, lo más caliente que pudo soportar.

Listo. Inmaculadas.

Alex no había estado antes en la cocina: a diferencia del resto de la casa, no parecía que la hubiesen renovado. Seguía teniendo los sencillos armarios de madera de los cincuenta, pintados de amarillo claro. Un papel de flores con diminutos capullos de rosas rosadas marchando en apretadas filas diagonales. Había, en un escritorio, un teléfono fijo y un panel de monitores; las pantallas mostraban una cuadrícula de imágenes de seguridad en blanco y negro. Un

pequeño interfono de plástico con un botón, la apertura del garaje, pensó Alex, pero luego leyó el letrero. PÁNICO.

Nicholas abrió el frigorífico y empezó a sacar packs de seis de Pellegrino de las bolsas blancas de la compra, y luego una botella de plástico tras otra de zumo de naranja y de pomelo. Lo colocó todo en las baldas en ángulo recto.

–Tardo solo un momento –dijo–. ¿Te puedo ofrecer algo de beber o prepararte un tentempié?

Alex se sentó en un taburete junto a la encimera.

–Bueno, me encantaría tomar algo, si no es molestia.

–Por supuesto que no. –Cerró el frigorífico y dobló las bolsas vacías en tres precisos pliegues–. El chef no vendrá hasta el viernes, pero

¿qué te apetece?

–No quiero darte ningún trabajo.

–Por favor –repuso Nicholas–, es un placer. Lo cierto es que me gusta cocinar, me relaja. Y apenas tengo oportunidad de hacerlo.

Increíble cómo te hacía casi creer todo lo que decía; podía aprender de él.

Abrió de nuevo el frigorífico, echó un vistazo.

–¿Qué tal si salteo un filete de salmón con algo de verdura? –La miró–. Te gusta el pescado, ¿verdad? ¿O una ensalada rápida?

–Bueno, pinta todo increíble. Lo que sea más fácil.

–Ve, siéntate fuera, yo te lo llevo.

–No, dios, por favor. ¿No puedo ayudar?

–Ya me encargo. Disfruta del sol.

–De verdad –dijo Alex–. Prefiero quedarme aquí contigo.

–Como quieras.

Nicholas cogió una sartén y retiró un filete de pescado rosa brillante del papel encerado. Parecía airoso, relajado, aunque seguramente querría que Alex lo dejase cocinar solo. Tal vez fuese más fácil para todo el mundo cuando se marcaban los límites de un modo más claro, pero no cabía duda de que otra gente habría actuado así con Nicholas, intentando demostrar los distintos que eran, lo cómodos que estaban confraternizando con los empleados. Ella lo había experimentado en versión propia: esos hombres que le hacían preguntas sin fin sobre ella, con la expresión dispuesta en una afectada empatía, esperando con excitación mal disimulada que les trajera algún trauma reprimido. Esos hombres que insistían en que ella se corriera primero, como si fuera la prueba de su bondad esencial. No era nada malo, solo irritante. Porque, de hecho, exigía más energía por parte de Alex, exigía exprimir más emoción falsa para ir a la par.

Alex se bebió de un trago el vaso de agua que le sirvió Nicholas; el impacto grato del hielo le hizo darse cuenta de lo sedienta que estaba todavía.

La cena con George había sido desagradable, ahí en ese comedor con suelos de mármol negro y sillas lacadas en negro. Estaba probando con un chef nuevo. La voz de George –gorjeante,

aflautada– era exasperante, y qué pronto, además, que se lo veía aburrido, claramente aburrido. Terminaban todos atacados,

conscientes de la necesidad de atizar su atención.

Su esposa era extremadamente delgada, una modelo que había decidido, después, hacerse pintora. A juzgar por la conversación en la mesa, ser pintora parecía consistir básicamente en estudiar propiedades inmobiliarias; la esposa andaba a la búsqueda

constante de un estudio más pintoresco. Llevaba un jersey granate con los puños verde lima, y debajo una camisa blanca y almidonada, pintalabios rojo, el bolso en la silla a su lado en todo momento, los

dientes sellados en una sonrisa afilada. Mientras que a todos los demás les habían servido un bol de sorbete, a la esposa le llevaron, sin hacer ningún comentario, un bol de arándanos. Se los comió de uno en uno. A lo largo de toda la cena, apenas le había dirigido la palabra a Alex; su energía, débil, nerviosa, iba destinada a su marido. George tampoco había hablado demasiado con ella. Alex era una especie de mueble social inerte; solo se requería su presencia, con el tamaño y la forma habitual de una mujer joven. Todo lo que fuese más allá de estar ahí sentada en su silla y asentir con la cabeza era una distracción. De vez en cuando, Simon le ponía la mano en la nuca, o le daba unas palmaditas en el hombro.

En el transcurso de la cena, Alex se fue induciendo a un estado de trance, el sopor era casi una droga, algo que podías abrazar, de lo que podías atiborrarte. Simon le contó que la esposa de George exigía que este jamás estuviese a solas con otra mujer. Como si se fuesen a abalanzar sobre el cuerpecillo de George, ciegas de pasión.

Pero mejor creer que tu vida era valiosa, que estaba amenazada, que lo contrario.

–¿Seguro que no tienes hambre? –preguntó Alex–. Esto está que te mueres.

–Ya he comido –respondió Nicholas.

A saber si era verdad. Puede que Nicholas tuviese que aparentar que no tenía necesidades, ningún apetito humano.

Se habría sentido más cohibida, normalmente, comiendo de esa manera delante de él, pero estaba demasiado hambrienta para preocuparse. Y el salmón estaba bueno, y la ensalada también, empapada en aceite y jugo de limón. Cada vez que bebía del vaso

de agua, él se lo rellenaba de un decantador, casi sin que se diese cuenta. El móvil se estaba cargando en la encimera, donde lo había dejado enchufado Nicholas.

–Bueno, y ¿cómo conociste a George? –preguntó Alex.

Nicholas había sido actor, le contó, o lo había intentado. Había hecho algunas cosas, había estado incluso una buena temporada en una telenovela, que la verdad es que no era un mal trabajo. En serio. Se aprendía mucho. Te enseñaban a ser profesional. Presentarte a tu hora, mantenerte en forma. Aprenderte el guión. Nada de aquello, el éxito, duró como había esperado. Conoció a George en una fiesta;

Nicholas estaba trabajando en el servicio de catering y George le dijo que se fuese con él. Nicholas le contó también que tenía una hija que vivía en la Costa Oeste.

–O en el oeste, al menos. En Reno. No exactamente en la costa.

–¿En serio? –Alex se llevó la servilleta de lino a la boca mientras terminaba de masticar–. No parece que tengas edad de ser padre aún.

–Tiene cinco años. Bella.

–¿Me enseñas una foto?

Nicholas cogió el móvil y le mostró la pantalla de inicio a Alex; vio la foto de una niña rubia con una mariposa pintada en la mejilla. La niña parecía crispada y nerviosa, la sonrisa tensa. ¿Quién cuidaba de ella, cómo era su vida?

–Es preciosa –dijo Alex.

–Gracias –respondió Nicholas, echando un vistazo a la pantalla antes de guardarse el móvil–. Sí, no es fácil verla tan de vez en cuando, pero este es un trabajo increíble. Y voy de visita siempre que puedo.

–Y ¿duermes aquí, en la casa? –Desde luego, había espacio de sobra.

–Cuando estamos aquí, y no en la ciudad, sí. Hay un apartamento para los empleados –dijo–. Al otro lado del garaje.

–Tiene que ser muy raro. Este trabajo.

Nicholas se encogió de hombros.

–Ah, claro, o sea, todos los trabajos son un poco raros.

Ahí estaba, la afamada discreción.

–Sí, pero este es bastante de locos, ¿no? –Señaló levantando las cejas a la cocina, el jardín, afuera, de un verde tan intenso que parecía resonar.

–Desde luego, yo no me crié así –dijo él.

–Yo tampoco.

Se hizo un silencio; ninguno de los dos ahondó más. Alex dejó el plato limpio, rebañó con el dedo el poso de aceite y se lo llevó a la boca.

–Qué bueno –dijo–. Gracias. –Se levantó para llevar el plato al fregadero.

–Yo me encargo –dijo Nicholas, obsequioso, como si llevar su plato le reportase el mayor de los placeres, y solo después de que insistiera un par de veces más Alex se lo entregó.

–¿Cómo va el móvil? –preguntó–. Avísame cuando quieras volver, yo te llevo encantado. O puedo pedir un coche, también, si lo prefieres.

Alex intentó encender el teléfono. No hacía ya ni el más mínimo amago. La pantalla estaba negra e inerte, un vacío de pura

indiferencia. Se le disparó el pulso, pero mantuvo una expresión alegre.

–Lo siento, creo que mi móvil ha muerto por completo –dijo–. No sé qué le ha pasado.

–Le puedo echar un ojo.

–Claro, o sea, si quieres probar. Adelante.

Nicholas usó otro cargador, y luego otro enchufe. Desapareció un rato. Mientras, Alex estuvo acariciando al gato, con el pelo del mismo tono pelirrojo que el de George. El animal parecía ligeramente irritado por su atención.

Nicholas volvió, alzando el móvil con aire de disculpa.

–He pensado que igual funcionaba si lo conectaba a un ordenador.

–¿Nada?

–Se ha encendido un segundo, me ha parecido. Y luego nada. Hay un sitio en la ciudad en el que a lo mejor podrían arreglarlo. Si quieres pasamos de camino a casa de Simon. ¿Estás lista?

Alex lo miró con una sonrisa, y luego bajó la vista a sus manos.

–George no vuelve hasta dentro de unos días, ¿verdad?

–El sábado –respondió Nicholas–. A primera hora.

–¿Te importaría…? –dijo Alex–. O sea, ¿sería absolutamente horroroso que me quedara aquí un poco más? Soy una cría. No soporto esa casa cuando no hay nadie. Paso un miedo tremendo, es un poco patético.

Nicholas se quedó obviamente descolocado, pero se le daba bien esconder su sorpresa. Sin duda, se las habría visto con cosas

peores.

–Bueno, sí... –Se frotó la nuca–. Aún me queda un poco por hacer.

–Pero yo no te estorbaría, ¿verdad que no? –dijo Alex–. Si me quedo por aquí y leo o algo. Y me puedes echar cuando quieras, de verdad.

Se obligó a agachar la cabeza, y contó unos segundos antes de levantar la vista de nuevo hacia él. Le sostuvo la mirada.

–Me sabe fatal pedirte esto –dijo–. Me da muchísima vergüenza.

Y ahí estaba, un atisbo de respuesta, un vistazo apenas perceptible a sus pechos.

–Claro. Deja solo que le mande un mensaje al señor H. para comentárselo, seguro que no habrá ningún problema.

Alex le rozó el brazo.

–Nicholas, oye, ¿te importaría no decirle a George que estoy aquí?

No quiero que se entere Simon. –Dejó que le temblase levemente la boca y luego se mordió el labio inferior–. Si te soy sincera, estamos medio peleados, y sé que se pondría furioso si supiera que he venido a casa de su amigo. Que te estoy molestando. Puede llegar a ser muy cruel.

Lo dijo casi en un susurro, una reacia confesión, y Nicholas incorporó la información con el ceño fruncido. Alex se acarició los brazos mientras le sonreía, una sonrisa osada.

–De verdad que lo siento –dijo–. Espero que esto no te ponga en un compromiso.

–No –respondió él–, no. –Exhaló–. O sea, estoy seguro de que no pasa nada por que te quedes. ¿No? No tiene nada de malo.

–Gracias –dijo Alex, y se puso de puntillas para darle un abrazo.

Le llegó un olorcillo acre de sus propias axilas, pero esperó que él no lo notara. Nicholas le dio unas palmaditas en el hombro sin dejar de guardar una distancia protocolaria.

–No hay de qué. Encantado de ayudar.

Alex se sentó a la sombra con las piernas metidas en el jacuzzi. La luz del sol deformaba la superficie de la piscina. Estaba leyendo unas memorias que había encontrado en la librería del salón, un volumen viejo, de tapa dura, con las páginas amarillas como la mantequilla y tan quebradizas que podría atravesarlas fácilmente con la uña.

Había gente en la finca, oyó a alguien manejando un soplador de hojas, luego el ruido de un cortacésped. De rato en rato, un hombre en manga larga y gorra de béisbol cruzaba por la piscina con un cubo de basura lleno de hierbajos. Cuando Alex lo saludó con la barbilla, con la mano, el hombre se limitó a mirar al suelo. Cuánto esfuerzo y ruido hacía falta para cultivar ese paisaje, un paisaje pensado para invocar paz y tranquilidad. Esa apariencia de calma precisaba de una campaña constante de intervenciones violentas.

–¿Quieres una toalla? –le ofreció Nicholas, que pasó por su lado camino del garaje–. ¿Protector solar?

–No te preocupes por mí, por favor –respondió ella–. No quiero molestarte lo más mínimo.

Nicholas le enseñó cómo abrir con una llave escondida junto a la verja una pequeña zona de bar: juguetes de piscina colgando de la pared, un minifregadero y una neverita. No debía dudar, dijo Nicholas, en servirse lo que le apeteciese.

Toda esa abundancia era embriagadora en sí. Se puso el biquini rosa, que olía todavía a cloro. Cogió una Corona y tres botellines de agua de la nevera y luego dedicó diez abismados minutos a untarse

el cuerpo entero con protector solar de un tubo color ámbar, un protector con un aroma boscoso y caro. Sintió una vaga excitación: la piel deslizándose bajo sus manos, la conciencia renovada del biquini presionando entre las piernas. Se guardó el protector solar en la bolsa. Un regalo de cortesía, le vendría bien. Como sus nuevas gafas de sol: las había encontrado en un cuenco que había en la mesa del salón cuando entró a hacer pis, unas gafas grandes de carey cuyos cristales verdes enfocaban el mundo con un nivel de detalle asombrosamente preciso.

Cuatro días para el Día del Trabajo. Parecía mucho tiempo. El suficiente para no darle demasiadas vueltas a lo que podría pasar exactamente entre ahora y entonces.

La piel le relucía al sol, todavía tenía las manos pringosas de protector, y cuando sumergió las piernas en el jacuzzi, vio una película de aceite que empezaba a extenderse, un arco iris que irradiaba de sus piernas; estaba ensuciando el agua, había arena salpicando los peldaños, pero ¿y qué? Alguien vendría a limpiarlo otra vez todo.

–Siéntate conmigo –dijo Alex, cuando Nicholas volvió a pasar por allí–. ¿Quieres?

Iba un poco borracha con una sola cerveza. Se tragó un eructo. Se levantó las gafas hacia la frente.

–¿Cómo está? –preguntó él–. ¿Quieres que active los chorros?

Difícil detectar si estaba molesto o no, por tener que atender las necesidades de esa persona que no lo tenía contratado.

–Ven a sentarte conmigo –dijo Alex–, por favor. –Dio unas

palmaditas a una piedra templada a su lado–. Me siento sola.

–Aún me quedan cosas por hacer –respondió Nicholas, ladeando la cabeza.

Se había quedado dormida. Por un segundo, al despertar, se quedó desorientada. Luego todo volvió a enfocarse. La hilera de hamacas a lo largo de la piscina, la ráfaga de amarillo de una escultura en el césped. El aire olía a hierba cortada, pero el camión de los jardineros ya no estaba, y el día, otro día, casi había terminado.

Inspeccionó su escote, presionó la piel para ver si se volvía blanca.

Pero no, había conseguido no quemarse, no sabía cómo. Una suerte.

¿Verdad que era una chica afortunada? Tan solo el regusto del pescado en la boca, el deje harinoso de la cerveza, otra botella a medias en la mesa, a su lado. La cogió y estaba tibia.

El libro estaba abierto de par en par en el suelo; había leído casi veinte páginas, pero no terminaba de recordar de qué iba. Las memorias de una mujer a la que su madre había querido demasiado.

A la que sus hermanos habían querido todavía más. Un problema de exceso emocional, de gota psicológica.

Cuando se puso de pie, le subió toda la sangre a la cabeza. Entró en la

piscina sujetándose el pelo por encima de los hombros con la mano para no mojárselo. El agua era sedosa, olía a minerales, climatizada a una temperatura amniótica. Se soltó el pelo. Cogió aire y se zambulló. Un largo relajado. Salió de nuevo a la superficie en la otra punta. Ahí, al otro extremo, de donde acababa de venir, estaba Nicholas, con la camisa blanca brillando en la penumbra. La mano alzada en un saludo. Alex nadó hacia él y salió de la piscina, se escurrió el pelo.

–¿Está buena? –preguntó Nicholas.

–Perfecta.

Alex le sonrió mientras cogía una toalla de la tumbona. Se envolvió en ella y la sujetó justo por debajo del top del biquini para realzar los pechos. Se secó la nariz con el antebrazo.

–Es agua salada, ¿verdad?

–Ajá.

–¿Te bañas alguna vez?

–¿En esta piscina? –Nicholas hizo una mueca–. No.

–¿Ni cuando no están?

Él se encogió de hombros.

–Puede que una vez o dos.

Reconocer siquiera esta pequeña transgresión parecía un paso, aunque Alex sospechaba que no era cierto. Se frotó enérgicamente cada pierna con la toalla y luego empezó a recogerse el pelo mojado en una trenza que le caía por el hombro.

–¿Me enseñas dónde vives?

–No es muy grande.

¿Sentía vergüenza? O solo impaciencia. No, decidió, era curiosidad.

–Pero sí –dijo Nicholas–, te lo enseño, si de verdad quieres verlo.

–Sí. Sí que quiero.

El apartamento de empleados era un cubo con suelos de baldosa gris, pero al menos el aire acondicionado era potente, los cuartos estaban casi

demasiado fríos para resultar cómodos. La mayoría del mobiliario era blanco y plástico. Había una televisión vieja instalada en la pared, un sofá de cuero negro. Unos cuantos números de la revista Surfer en la mesa de centro. Todo muy ordenado.

–¿Vives todo el año aquí?

–Solo cuando está el señor H. El resto del tiempo lo pasamos en la ciudad.

«Lo pasamos», como si él y sus jefes fuesen una unidad.

Alex se sentó en el sofá. Se había puesto unos shorts cortados, pero seguía llevando la parte de arriba del biquini y una camisa Oxford que se dejó desabrochada. Si te quedabas callada el rato suficiente, si dejabas que el silencio se asentara de verdad, la gente acostumbraba a sentirse demasiado incómoda para ordenar sus pensamientos. Para convertir esos pensamientos en una pregunta como, por ejemplo, ¿por qué seguía ahí Alex?

–¿Quieres una copa o algo? –ofreció Nicholas.

Alex se animó.

–¿Qué tienes?

–Puedo preparar literalmente lo que quieras. Hice un curso profesional de coctelería.

–¿En serio?

–Y tanto –respondió–. Soy una autoridad. La academia de hostelería y tres semestres en el Actors Studio. Bueno, ¿qué tomas?

–Lo dejo a tu elección.

Nicholas decidió preparar un cóctel de tequila que llevaba plantas aromáticas; la llevó afuera para enseñarle el huerto. Era

competencia de un maestro horticultor, le dijo. Había tomates entre las vides húmedas y espinosas, un parterre de albahaca que le daba al aire un aroma denso y herboso. Vio calabacines a la sombra de

sus grandes hojas, y Nicholas se agachó como si fuese a recoger uno, pero no lo hizo, se limitó a descansar la mano en la piel rugosa.

Había una colmena al fondo.

–Hay gallinas también –dijo Nicholas–. ¿Las quieres ver?

Esa oferta, supuso Alex, resultaría atrayente para la gente de ciudad.

Nicholas quiso preparar después un cóctel distinto, algo que llevaba una capa de ron arriba y que requería que agitase psicóticamente una coctelera por encima de la cabeza como si fuese una

taladradora. Sirvió la bebida en dos copas desde una altura desmesurada. Al poco, se habían tomado ya dos cada uno.

¿De dónde salió la coca?

De algún punto del inmaculado apartamento de empleados, una coca que Nicholas dividió en montoncitos, unos tiros blancos y limosos que esnifaron con la llave del garaje. No era muy buena, a Alex empezó a gotearle la garganta al momento, pero, lo que era más importante: parecía haber una cantidad tremenda. Se le cayó un poco por la pechera cuando se acercó la llave a la nariz, pero no le importó, no en ese momento. Tenían más, si querían. ¿O no? Se le empezó a acelerar el corazón, pero estaba tranquila, imaginando una línea perlada de posibilidades que se extendía sin fin. Siempre conseguía lo que necesitaba. ¿Acaso no estaba cuidando de sí misma? ¿Acaso no había logrado librarse de volver a la ciudad, no estaba dando pasos allí?

Debía de ser tarde. El cielo estaba totalmente negro. Se había dado una ducha rápida en el baño de Nicholas. Aún tenía el pelo húmedo, pero al menos estaba limpio, resbaladizo. El aire acondicionado emitía un zumbido industrial y constante que terminó por convertirse en ruido blanco. Puso el móvil a cargar en el enchufe de la pared, y

eso le pareció ya en sí una mejora, como depositar la entrada para una futura promesa de conexión. Cuando se encendió la pantalla, no clicó en el nombre de Dom (veinte mensajes no leídos), pero vio dos mensajes de texto de un número que no conocía: un emoji de un delfín, y otro que decía Q HACES ESTA NOCHE. Tardó un momento en comprender que debían de ser del chico de la playa. Jack. El chico de los aparatos en los dientes. El móvil se apagó antes de que pudiera responderle. Tampoco sabía si quería, no conseguía traer a la mente más que sus rizos rubios, el chico señalando a la casa, grande, alejada. ¿Qué libro había leído? Siddhartha. Eso.

Nicholas intentó poner música desde el móvil, pero acabó por desistir.

–El wifi aquí va fatal –dijo–. Básicamente inexistente.

Se arrodilló en la alfombra sosteniendo un CD en el aire, apoyado delicadamente en las yemas de los dedos, y lo introdujo en el viejo armatoste del equipo de música.

–Un reproductor de CD –dijo Alex–. ¿Cómo cojones tienes un reproductor de CD?

–Un clásico –dijo él–. ¿Conoces esta canción?

A Nicholas no pareció importarle que Alex no respondiera.

Fue a gatas hasta la mesa de centro y preparó unas rayas en la cubierta de la revista Surfer. Se arrodillaron uno a cada lado, sin mirarse del todo, como tiende a no mirarse del todo la gente cuando se está metiendo droga.

–¿Tú primero? –dijo Nicholas.

Después, un poco mareada, Alex recostó la cabeza en el sofá. Aún después de la ducha, seguía oliendo a protector solar caro.

¿Se habría hecho muy tarde? Tenía una imagen confusa de los detalles de la conversación, de cómo habían ido a parar

exactamente a ese último tema: por lo visto, muchos años atrás, una gran productora estuvo a punto de coger a Nicholas para una peli.

No de protagonista, pero, dijo él, igualmente. Por cómo lo contó, daba la sensación de que le habían prometido un papel. Un papel de esos que te cambian la vida.

–Es solo que… –estaba diciendo Nicholas– lo habría hecho bien. De verdad.

–Estoy segura –respondió Alex–. Estoy segura de que habrías estado genial.

–Fue de tan poco, joder. Solo quedamos yo y, en plan, dos tíos más.

¡Dos tíos!

–Habrías estado increíble –dijo Alex. ¿Estaba hablando demasiado alto?–. Cojonudo. Cero dudas. –Mientras lo decía, pareció verdad.

Sentía sincero afecto por Nicholas. Se merecía cosas buenas.

Se habían terminado las copas, vacías salvo por unas hojas de menta

retorcidas; debería probar a beber algo de agua. Los dos deberían beber agua, a Nicholas se le habían puesto las mejillas un poco rojas. Lo pensó, otra vez, que tendría que levantarse y beber agua. No se movió. Ahora Nicholas estaba hablando de George.

Supuso que debía de haberle preguntado ella.

–Se ha portado bien conmigo –dijo–. Es buen tío. –Alex hizo una mueca, seguramente, porque Nicholas puso de pronto voz chillona–.

¡Lo digo en serio! Es genial.

Alex se quedó mirando al techo con el corazón aporreándole de tal manera que notaba los latidos. No era desagradable. Se apoyó la mano en el pecho.

–Si tú lo dices.

–Hay mucha gente que no. Pero él es ordenado, limpio, y tiene buen corazón, así que, bueno, está bastante bien. Visto lo visto. No es mala persona.

–¿Cómo lo ha hecho para ganar todo este dinero? ¿Y cuánto tiene, por cierto?

Nicholas alineó las rayas en la mesa, se inclinó para meterse otro tirito. Esnifó con fuerza, se incorporó.

–La verdad –dijo–, ni idea.

–¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Más?

Nicholas se encogió de hombros.

–Joder. –Alex se hundió más hondo en el sofá.

–Familia de dinero. Ahora tiene una fundación.

–No tiene ningún sentido.

–No sé. Le gusta el arte. ¿Y tú qué llevas ahí dentro? –Dio un toquecito a la bolsa de Alex con la punta del zapato.

–Nada –respondió ella–, ropa, solo. –Tiró de la bolsa para colocársela delante.

Le pareció curiosa, de pronto, esa bolsa que iba arrastrando de aquí

para allá, esa bolsa con todas sus posesiones. Sacó un jersey rosa.

–Toca, mira qué suave.

–¿Ropa? ¿Por qué vas con una bolsa de ropa? Raro –murmuró, en tono tranquilo–, muy raro.

Nicholas apoyó la cabeza en los brazos cruzados.

Estaban los dos un poco atolondrados, un poco sudados.

–¿Y esto qué? –Alex le tendió la piedra de ónix de casa de Helen. La notó fría en la palma de la mano–. ¿Te gusta?

Nicholas abrió un ojo para examinar la piedra, y luego se sentó recto y la cogió.

–Cómo pesa –dijo–. Me gusta lo pesada que es.

Alex la cogió de nuevo, la envolvió en el jersey. Enterró el fardo en el fondo de la bolsa.

–¿Qué es? –preguntó Nicholas–. ¿Es caro?

Ella no respondió, pero a Nicholas no pareció molestarle. No parecía que nada pudiese molestarlos, una plácida calma se fue

aposentando en la habitación.

–¿Cómo conociste a Simon? –preguntó Nicholas, tras otro silencio.

–En una fiesta. Teníamos conocidos comunes.

¿Le creyó? Nicholas hizo amago de decir algo.

–¿Qué? –preguntó Alex.

–No sé. ¿Te gusta? Es mucho más mayor. Tú tienes ¿qué,

veinticinco?

–Veintidós.

–Ajá. ¡Una cría! ¿No prefieres estar con alguien de tu edad?

Alex se encogió de hombros.

–Lo quiero –dijo, mirando a Nicholas a la cara.

Alex quería algo de postre, así fue como terminaron en el edificio principal; Nicholas desactivando el sistema de seguridad, Alex detrás. No podía parar de reír.

–Shhh –dijo él, pero iba riendo también.

Era como una parodia de una película de ladrones: Nicholas con el dedo en los labios, la insistencia exagerada, caricaturesca, con la que le pedía que no hiciese ruido. ¿Quién los iba a oír? Podían gritar si querían, Alex podría chillar a pleno pulmón, y no pasaría nada.

Incluso a media luz, los rasgos de Nicholas eran claramente atractivos. Habría sido buen actor, decidió Alex. Las luces del salón estaban apagadas; se cogió de la camisa de Nicholas, que la guió por la oscuridad hasta la cocina. Iba descalza. No recordaba cuándo ni dónde se había quitado los zapatos.

–Hostia –soltó, dando un respingo. Algo cálido y vivo le había rozado la pierna.

–Es la gata –dijo Nicholas–. Tranqui, Maria –la calmó con voz dulce–, no te me pongas nerviosa. Tendría que darle de comer, de hecho. –

Encendió las luces de la cocina–. Ahí hay gelato –dijo, apuntando con la barbilla al congelador. –Se agachó junto a la gata, que tenía los ojos casi ocultos por el pelo–. ¿Tienes hambre, Maria? ¿Estás muerta de hambre?

Alex abrió la puerta del congelador: había una botella de vodka, seis tarrinas grandes de gelato verde claro y diez cajas de perfume sin abrir.

–¿Qué es todo esto? –Examinó el reverso de una de las cajas envueltas en celofán.

–Son de Greta –dijo Nicholas–. La esposa. –Estaba llenando un cuenquito plateado mientras la gata se le enroscaba en los tobillos–.

Tiene miedo de que dejen de fabricarlo.

–Ya. –Alex cogió una tarrina de gelato–. ¿No los detestas? O sea, me lo puedes decir. A mí no me importa. Ni siquiera los conozco.

–Ya te lo he dicho. Me caen bien.

–No me puedo creer que alguien se folle a George. ¿Quién querría

follarse a George? –No podía dejar de reír–. A ver, en serio.

–No le va mal.

–Anda ya.

–No es broma. –Nicholas mencionó el nombre de una actriz

conocida, célebremente guapa, célebremente menuda.

–No –respondió Alex–. ¿De verdad?

–Sí, sí –dijo Nicholas. Se quedaron de pie al lado de la encimera, comiéndose el gelato a cucharadas por turnos–. Tiene la enfermedad de Lyme.

–¿No era un bulo?

El gelato sabía a albahaca. Dejó que se le deshiciera en la lengua y le pasó la cuchara a Nicholas.

–Tuvo que marcharse de la ciudad –explicó él–, mudarse a un sitio sin materiales aislantes ni torres de telefonía cercanas. Lo tiene en el cerebro, ¿sabes?, es ahí adonde va. –Dejó la cuchara limpia.

El primer interruptor que pulsó Alex en el salón controlaba los focos; solo eran visibles las obras de arte, flotando en recuadros de luz

dorada en la estancia oscura.

–Volvamos para allá –dijo Nicholas. Estaba tumbado bocarriba en el suelo del salón, acariciando a la gata, que no dejaba de pasearse por su tripa, amasándole la camisa con las patas.

–Quiero ver todo esto primero –respondió Alex. Tenía la tarrina de gelato, a medias, en la mano; no encontraba la tapa.

Algunas de las piezas no sabía qué eran. Una foto de actores antiguos, salpicada de pintura. ¿Una foto fija de alguna peli de vampiros? Una pintura de trazos rasposos sobre un panel de arcilla amarillo fluorescente. Pero otras sí. Había una obra moderna, brutal y de colores primarios, el típico cartel de museo, solo que, sorprendentemente, era la de verdad.

–¿Va en serio? –dijo Alex, y se detuvo delante del cuadro.

–¿Qué quieres decir? –Nicholas seguía en el suelo, masajeándole las

orejas a la gata con los dedos.

–No sé. –Se acercó al lienzo–. ¿Cómo es que no está protegido con un cristal o algo?

–Tienen todo el control de temperatura ese –dijo Nicholas–. En plan, control de humedad. Las ventanas son tintadas. Con protección ultravioleta. Y hay un generador por si se va la luz.

–Cuando entras aquí, ¿no piensas nunca en todas estas cosas, en cuánto tiempo atrás las hicieron? No sé –Alex dejó la tarrina en una mesita y se lamió los chorretones de gelato de los dedos–. Se ven las pinceladas. ¿No te pone los pelos de punta?

Nicholas se levantó. Encendió otra luz.

–Tampoco es que pase tanto tiempo aquí. –Se colocó a su lado–. Y

no son tan antiguas. Lo antiguo de verdad lo tienen en la ciudad.

–Esta es una locura. ¡No me jodas! ¿Cómo puede ser que esté aquí y no en un museo?

Entornó los ojos y tiró a Nicholas de la mano para acercarlo también al cuadro.

–¿Qué nos parece? ¿Es bueno o malo?

–Pues, bueno, ¿no? –Se estaba poniendo ligeramente nervioso, daba la impresión. Alex le notó la mano sudada. Nicholas se soltó y se secó la palma en los pantalones.

–Noto como el efecto de una droga –dijo ella–. O sea, por el simple valor de tasación, por contacto.

De cerca, el cuadro era solo colores. Azul, como el cielo, como las líneas pintadas en el fondo de la piscina.

–¿Lo puedo tocar? –preguntó Alex.

No miró a Nicholas, pero oía su respiración.

–¿Cómo? –Rió; una risa algo rezagada–. ¿Tocarlo?

–O sea, un segundo nada más. Ni un segundo.

Nicholas no la detuvo. Alex llevó la yema del índice a un trazo de azul

y luego la apartó como si quemara.

–Vale. Bueno. Ya lo he hecho.

Nicholas se rió, pero se estaba agachando para coger a la gata en brazos y no se volvió a mirarla.

¿Y por qué volvió a hacerlo, por qué obedeció al impulso de alargar de nuevo la mano, de dejar reposar los dedos?

–Eh –exclamó Nicholas, con la voz de pronto cortante, y tal vez fue esa brusquedad lo que la sobresaltó, lo que le hizo dar un bote. No había sido a propósito, eso seguro. Un pequeño temblor, un pequeño desliz de la uña, pero ahí estaba: un arañazo. Un rayajo en el lienzo.

Lo miró fijamente. Miró fijamente su mano.

Había hecho algo que no había manera de deshacer. Y aunque lo que había, más que nada, era conmoción, remordimiento, ¿no se agitaba alguna otra cosa por ahí debajo, algo como cierto placer?

Como aquella vez que uno de los hombres le había pegado una bofetada y ella sonrió, sin saber qué más hacer. Le pegó una bofetada y ella se quedó sonriendo como una idiota. Pareció ser una sorpresa para ambos.

Evitó tenazmente mirar a Nicholas, que se acercó sujetando a la gata con firmeza entre los brazos.

Los ojos se le fueron directos al arañazo.

Alex quería que se enfadara más de lo que se enfadó. Pero Nicholas parecía más bien a punto de llorar. Daba la extraña impresión de ser un niño, un niñito asustado, y eso era peor que la furia. Examinó unos segundos el cuadro. Tan pronto dejó a la gata en el suelo, esta salió disparada y desapareció en la oscuridad que quedaba más allá de la puerta.

–No pasa nada –dijo Alex. Quiso cogerle la mano, pero descubrió que no era capaz–. No pasa nada, ¿vale?

Nicholas tenía los ojos cerrados. La ignoró.

–No se ve –insistió ella–. No se nota nada. ¿Lo podemos arreglar?

Una sugerencia absurda; no había manera posible de que pudieran arreglar aquello.

Alex se sentó a su lado. Los dos callados. Nicholas abrió al fin los ojos. Se levantó de golpe y caminó con paso airado hacia la cocina.

Solo se detuvo a recoger la tarrina de helado abierta de la mesita en la que Alex la había dejado olvidada. Saltaba a la vista, incluso desde el sofá, que el envase había dejado un cerco de condensación en la madera.

–Deja que lo limpie yo –dijo Alex, levantándose de un salto–. Por favor.

–Tú sal de aquí, ¿vale? –respondió Nicholas, sin mirarla en ningún momento directamente–. Yo me ocupo de esto. Tú espérame allí.

Cuando Nicholas volvió al apartamento, Alex estaba sentada, con pose remilgada, a la mesa de la cocina. Como si una buena postura pudiese mejorar de algún modo la situación.

–Lo siento –dijo.

Él no respondió. Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago.

Parecía total y absolutamente sobrio.

–Te pido un coche –dijo–. Lo tienes todo, ¿verdad?

–¿No me puedo quedar solo esta noche, por favor? ¿Por favor?

Los rasgos de Nicholas se endurecieron. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo.

Alex se puso de pie, lo agarró del brazo.

–Por favor. Simon no está en casa. No quiero dormir sola.

–Será más fácil pedir un coche.

Nicholas le dejó a Alex una camiseta suya y unos bóxers. Llevaban un estampado de tablas de surf, curiosamente juvenil. Se tumbó en la cama a su lado. Él se había acostado con una camiseta blanca y unos pantalones de pijama largos y grises, de espaldas a Alex.

Examinó un momento su silueta a oscuras. Seguía despierto. No era mala persona. Tenía una hija a la que quería. Alex le había traído problemas. Él no había mostrado más que amabilidad.

Alex se deslizó para acurrucarse pegada a su espalda; su aliento en la

nuca de Nicholas. Él no se movió. Apretó los pechos contra él, alargó la mano hacia su pubis.

–Eh –susurró–, oye...

Él dio un respingo.

–Dios.

Alex había empezado a sacarse la camiseta por la cabeza, pero Nicholas la sujetó por la muñeca con lo que pareció una fuerza excesiva. Vio el blanco de sus ojos en la oscuridad.

–Mira... –dijo él–. Mira, este rollo que te traes conmigo no funciona.

–¿Cómo?

–¿Te crees que no es evidente, lo que hay? ¿Te crees que no me doy cuenta?

Alex sintió que se le nublaba la cara.

–¿Por qué eres así? –preguntó él. Y se lo estaba preguntando de verdad. Esperando alguna explicación, alguna ecuación lógica; le había pasado X cosa, algo horrible, y por eso ahora su vida era Y, pues claro que se entendía. Pero ¿qué le iba a explicar? No había ningún motivo, ninguna cosa horrible. Había sido todo normal y corriente.

Al ver que no respondía, Nicholas negó con la cabeza. Repugnancia.

–Voy a dormir al sofá.

–Lo siento –dijo Alex–. Ya te dejo en paz. ¿Vale? Lo siento.

Él se apartó todo lo que pudo al borde del colchón.

¿Era vergüenza, ese nudo de miedo, ese martilleo en la cabeza? Los pensamientos estaban demasiado expuestos, la habitación carecía de toda atenuación. Las cosas demasiado tal cual eran. Se habían pasado con la coca; sentía el corazón débil y frágil, los ojos doloridos en las cuencas. Ojalá tuviese un calmante. Quería levantarse a buscar uno en la bolsa, pero no quería hacer ningún ruido y recordarle a Nicholas su presencia. Se olía a sí misma, el olor de su sudor.

Alargó la mano hacia Nicholas, se detuvo vacilante junto al hombro.

No lo tocó.

–Por favor, no se lo digas a nadie –susurró a oscuras.

Él ya estaba dormido, o fingió estarlo.

Por la mañana, Nicholas solo le dirigió la palabra para anunciarle que un coche llegaría en –consultó el móvilocho minutos para llevarla a casa de Simon. Alex preparó café en la máquina del apartamento vacío. Luego se sentó a esperar en una de las sillas Adirondack cubiertas de rocío que había junto al estanque y estuvo mirando como las algas flotaban hacia los nenúfares mientras se le empapaba el culo. El móvil seguía sin responder: iba demasiado pasada, la noche anterior, para procurar siquiera dejarlo enchufado.

Idiota.

Las algas se apelotonaban en la superficie, se disgregaban. Era trabajo de alguien, seguro, retirar la capa de algas, aunque el estanque en realidad no tuviese ninguna función. Cuando llegó el coche, un SUV negro esperando con el motor en marcha en la entrada, Alex se volvió a mirar la puerta de la casa. Puede que Nicholas saliera a despedirse. A concederle una absolución de última hora.

No salió.

El chófer amplió el mapa de la zona en la pantalla del móvil.

–¿Vamos para Daniels Hole Road?

Se imaginó que el chófer la llevaba hasta casa de Simon. Alex bajando del coche con su bolsa, Alex abriendo la verja y entrando.

Por supuesto, no lo haría. Por supuesto, no se desviaría del plan.

Pero, así y todo, era agradable sentir que aún podía introducirse en la vida de Simon. En cualquier momento. No estaba tan lejos.

–Puede coger ese camino, pero me bajaré antes de llegar.

–¿Tiene alguna dirección que pueda poner?

¿Cuál era el plan, exactamente? Lo sabría cuando lo tuviese delante.

El paso siguiente. Hizo un gesto indefinido.

–Yo le aviso de cuándo parar.

–Como quiera.

Enchufó el móvil en el cargador del asiento trasero.

Tres días. Solo quedaba eso por superar.

Alex vio pasar las carreteras con sus gafas de sol. ¿Serían de la mujer de George? Todo parecía mucho más soportable con ese tinte verde. Más como un videojuego o algo. Un mundo contiguo al mundo

real. Al otro lado de la ventanilla, un avión pequeño fue descendiendo hasta desaparecer. El coche pasó junto a la nitidez de un campo de golf con un par de golfistas circulando, un carrito solitario remontando una pendiente despejadísima. El golf era de las únicas cosas que Simon se dignaba a ver en televisión, el golf y el tenis.

Alex no lo había visto nunca con él. Nunca había fingido siquiera interés. Bien pensado, podría haber sido más complaciente. Más atenta. Había empezado a creer que aquello no era un intercambio.

Después de apenas diez minutos de trayecto llegaron a la calle principal, cerca del centro del pueblo. Alex se inclinó hacia adelante.

–Perdón –dijo–. ¿Podría dejarme aquí?

–¿Aquí? –respondió el chófer–. ¿Aquí mismo?

–Sí, perfecto, aquí en el bordillo va bien. Gracias.

6

El pueblo no era gran cosa: unas cuantas tiendas de ropa, el supermercado pijo y el otro, un cine minúsculo. Una iglesia reconvertida en agencia inmobiliaria, un solo cruce atestado de coches. Las mujeres que veía pasar por las aceras parecían madres e hijas. La mayoría vestían igual: pantalones tobilleros blancos, sandalias caras, pendientes de perla. Tenían siempre buen cutis, aunque no fueran atractivas. Vestidas para evocar las esposas que ya eran o en las que se convertirían algún día, futuros tótems domésticos.

En las mesas redondas de la terraza de una cafetería, había hombres con polo y gorra de béisbol sentados con versiones más jóvenes de sí mismos, todos mirando el móvil, repantingados en el asiento y con pantalones cortos. Ninguno hablaba, pero, aun así, estaban unidos por cierto afecto primitivo, claramente eran familia.

Consideró sentarse en la terraza de un restaurante. Tenía el toldo desplegado, la mayoría de las mesas vacías. Todavía era pronto, ese

respiro antes de que empezara realmente el almuerzo. Sin saber muy bien cuál era el plan, le sonrió a un hombre mayor que estaba solo en una de las mesas de fuera, con un repliegue de piel apilada en la base del cuello. Echó un vistazo a Alex, luego apartó la vista.

No volvió a mirar más. Puede que hasta él la viera demasiado desesperada.

Alex recorrió otra manzana, después cruzó la calle y regresó manzana arriba. Se metió por un callejón: nada salvo unos cuantos cubos de basura que conducían a un aparcamiento contiguo a la avenida principal. Ahí estaba el supermercado no pijo, y detrás el

verdor de un parquecito descuidado, con una glorieta y unos bancos a la sombra de los chopos.

El supermercado estaba muy concurrido, y solo había una caja abierta. Los pasillos llenos de vecinos, gente con la que no se había cruzado en ninguna otra parte. Eran, dio por hecho, residentes permanentes, personas que aparentaban la edad que tenían.

Ciudadanos del mundo real.

Alex compró barritas de proteínas, una bolsa de nectarinas. Galletas saladas y un tarro de mantequilla de cacahuete. Unos palitos de pollo en bandeja de plástico. Una caja de parches para ampollas, toallitas desmaquillantes. Una barra diminuta de desodorante de viaje. Los productos más pequeños los metió en la bolsa, con expresión tranquila. Que no te pillaran dependía en gran parte de una resuelta normalidad de cara a fuera. El resto de las cosas sí que las pagaría; otro método útil, comprar al menos algún que otro producto.

Legitimar la operación.

Alex pasó la tarjeta de débito por la caja. ¿Estaba tardando más de la cuenta en responder? Tenía suficiente dinero, estaba segura. Aun así, parecía factible que la transacción no se completara. Que Dom se hubiese colado de algún modo en su cuenta y la hubiera vaciado.

El cajero había dicho algo, algo que Alex no había oído, y la miraba fijamente, esperando respuesta, con los dedos en posición sobre la caja. Por un instante, dio por hecho que le habían bloqueado la tarjeta, que se había metido en problemas. O que el cajero había recibido algún aviso de que Alex llevaba cosas en la bolsa que no tenía pensado pagar.

–¿Cuenta cliente? –dijo el cajero–. Solo necesito el número de teléfono.

–Ah, no. No tengo.

–Si alguien de su familia tiene cuenta cliente, puede usar su número sin problema.

Alex negó con la cabeza y el hombre le sonrió, con aire cómplice.

–¿Sabes qué? Usa la mía –dijo, y pasó una tarjeta plastificada por el lector–. Y no se lo diremos a nadie, ¿a que no?

Su cordialidad la descolocó, igual creía que se conocían. Pero Alex era una desconocida, y sintió el impulso de asegurarse de que el hombre lo entendía, dejar claro que no merecía su amabilidad.

Alex buscó el banco con más sombra del parquecito. Los palitos de pollo estaban tibios y salados. Tenían un regusto desagradable. Se planteó inducirse el vómito, practicar una maniobra rápida y repugnante en la papelera más cercana. No consiguió reunir la energía necesaria. Las nectarinas estaban verdes. Un desperdicio.

Cuántas horas por delante.

Recogió sus cosas y se marchó del parque. Pasó junto a un

cementerio plagado de lápidas y pedestales, inclinados unos contra otros como dientes torcidos. La imagen la inquietó, esa presencia abrupta de la muerte rodeada por una valla blanca, la idea infantil de una valla. El sol se había escondido detrás de las nubes. En lo alto, una avioneta paseaba una lona publicitaria. Dio la vuelta y regresó resoplando por donde había venido, por lo que la lona ahora iba azotando detrás, del revés, el mensaje indescifrable. Lo que fuese que intentaban vender.

–Ojo a la izquierda –avisó alguien, el tintineo de un timbre, de modo que Alex reculó hacia el césped.

Un hombre y una mujer –seguramente no mucho mayores que ella–

la adelantaron pedaleando en sendas bicicletas playeras verde

menta, con las toallas enrolladas en los cestos de mimbre. ¿Qué clase de día les esperaba? Alguna manera despreocupada de echar la tarde. ¿Qué problemas podían tener?

Alex debía de darles esa impresión a los demás, aquellas tardes que había derrochado en la playa. Comiéndose una bolsa de cerezas que Lori había puesto en hielo. Peinándose el pelo mojado con los dedos, dándose un último baño antes de volver a casa de Simon.

Echaba de menos esa versión de sí misma.

Alex sabía que debía quedarse en el pueblo, encontrar un sitio en el que le repararan el móvil. Mandarle un mensaje al chico de la playa.

Jack.

En cambio, se descubrió caminando en la dirección de la pareja en bicicleta, se descubrió contemplándolos, pedaleando juntos, contemplando cómo se dejaban llevar y desaparecían de la vista.

Unas cuantas manzanas más con la bolsa rebotándole contra el costado y la tira de la sandalia prendiéndole una ampolla nueva y empezó a arrepentirse de no haberse quedado en el pueblo. Pero entonces las casas comenzaron a retirarse, y eso significaba que estaba cerca.

La playa pública estaba abarrotada, aun estando nublado. Las gafas de sol le otorgaban a todo el mundo una cara similar, una mirada a lo Isla de Pascua. Pamelas y camisas informales. Solo los niños se movían a una velocidad que no fuera una parsimoniosa languidez.

El aparcamiento estaba lleno, con una fila de coches avanzando despacio, esperando sitio. Gente aguardando su turno de diversión.

Alex se cruzó en el camino de un coche. El conductor no debió de verla; el coche dio un tumbo adelante y estuvo a punto de golpearla.

Lanzó una mirada de odio al parabrisas. Estaba tintado, no había donde descargar su rabia.

Alex tenía la morbosa sensación de ser un fantasma. Deambulando por la tierra de los vivos. Pero era un pensamiento tonto, tontísimo.

Cuando el día era así de caluroso, caluroso y gris, la ansiedad salía a flor de piel, nada más.

Llevaba la braguita del biquini debajo de la ropa, y el top se lo puso en la cabina del baño. Cuando abrió, había una madre en el lavamanos, bregando por bajar un pañal de baño mojado por las piernas regordetas de un bebé. La mujer hizo un mohín.

–Perdón –dijo, y se apartó del lavamanos.

–Tranquila. –Alex sonrió a la mujer. Sonrió al bebé.

Estaba intentando ser buena, comprendió. Como si contara para algo que le sonriera o no a una madre agobiada. Como si pudiera ayudar de alguna manera a que las cosas con Simon fuesen bien, un desagravio cósmico. ¿Le contaría algo Nicholas a George? ¿O a Simon? Pero ¿cómo iba a explicar Nicholas que la hubiese dejado quedarse, que la hubiese dejado suelta en casa de su jefe? Igual no decía nada.

Necesitaba sentarse en alguna parte y pensar qué hacer. Encontró un pedacito de arena disponible y se tumbó con la cabeza apoyada en la bolsa. Tenía todavía el libro que había cogido en casa de George, y lo sostuvo en alto para no deslumbrarse.

Leyó el mismo párrafo tres veces. Le soltó un manotazo a un mosquito que tenía en la tripa, pasó la página. La hija había intentado suicidarse la noche antes de que su madre se casara por segunda vez. La hija había recibido demasiado amor, ese era el quid de las memorias; tanto amor la había incapacitado, y ahora tenía que enmendarlo recibiendo aún más. A Alex la incomodaba, que alguien reclamara amor de un modo tan explícito, mostrando todas sus cartas. Como si fuera tan fácil, como si el amor fuese algo que uno merecía, y no algo que debía ganarse con esfuerzo.

Ú

Útil, en todo caso, tener algo que leer, una tarea obvia, visible que le daba legitimidad, que hacía que su presencia en un lugar no resultara tan extraña. Soltó el libro cuando su móvil se encendió, por un instante, y cobró vida el tiempo suficiente para vislumbrar la pantalla de inicio. Luego se apagó. Mejor eso que nada. Daba por hecho que habría algún enchufe cerca de los servicios. Pero no.

Un sitio en el que enchufar el móvil: eso era una tarea, un objetivo, sumamente razonable, y estaba bien, decidió, no pensar más allá, no todavía.

A la izquierda de la playa principal, más playa, más multitudes. A la derecha, una extensión abierta. Alex fue a la derecha. Algo más lejos, había un edificio de ladrillo con una terraza también de ladrillo bordeando la arena y parasoles de un azul vivo colocados en cuidadosas hileras. Cuando se acercó, vio un socorrista privado, con una ropa distinta a la del socorrista público, que vigilaba un recuadro

de mar delimitado con boyas. Era raro ver ladrillo ahí en la playa, ese edificio achaparrado de ladrillo con su amplia terraza. No encajaba, demasiado pulido y anticuado para el paisaje.

Debía de ser el club. Un sitio en el que nunca había estado, del que solo había oído hablar. El club de la playa era para lo peorcito, decía Simon, un lugar en el que todas sus nocivas alianzas de raza y de clase podían blanquearse por medio de la nostalgia. Tumbaban a la mayor parte de los solicitantes. Alex cayó en la cuenta, recordando el desdén de Simon, de que seguramente lo habían rechazado.

Alex se quedó a un lado. Al cabo de un rato, ya sabía decir cuándo alguien que pasaba subiría los escalones del club y cuándo no.

El club tenía una pinta desangelada, casi militar, pero tanto daba. No importaba lo que hubiese detrás del cordón, en realidad, solo importaba que hubiese un cordón. La gente de la terraza necesitaba

a la gente que pasaba por delante, igual que la gente que pasaba por delante necesitaba a la gente de la terraza.

El único drama tuvo lugar cuando una forastera se paró a descansar a la sombra de un parasol y se sentó en una de las tumbonas. La mujer miró alrededor, con la cara despejada como un plato, intentando comprender dónde estaba exactamente. No había

pasado ni un minuto cuando un hombre enfundado en un polo se acercó y se agachó para decirle algo a la mujer. Alex siguió la escena, vio cómo se corregía el error. Como aquella pareja en la fiesta de Helen, expulsada de una esfera que no era la suya, solo que esta mujer se deshizo en disculpas, presta a participar en su propio desalojo. El hombre, imaginaba Alex, era una versión algo más sutil de un gorila que filtraba la información social disponible y decidía quién era un intruso y quién no.

La gente de la terraza estaba sentada en mesas con copas en la mano, a la sombra de los parasoles azules. Un montón de hombres entrados en años, con la piel quemada del mismo color oxidado que sus holgadísimas bermudas. Las mujeres llevaban blusa con cuello, sin remeter, y chinos cortos impecables. Los grupos sociales se dividían por género. Salvo por las gafas de sol polarizadas, podría haber sido una estampa de sesenta años atrás: los hombres

reunidos en el consejo supremo, bebiendo reposadamente su

alcohol marrón; las mujeres y los niños en mesas aparte, comiendo

palitos de pollo con las manos saladas de mar.

Podía abordar a uno de los hombres. Acercarse a alguna mesa donde hubiese solo unos cuantos, encorvados sobre sus cócteles aguados, un público manejable. Facilísimo. Solo había que menear los dedos, hablar con voz solo un poquito demasiado pausada, y se aturullaban intentando entender lo que estaba ocurriendo. Cualquier anomalía en el orden habitual de las cosas, en el guión social previsto, ponía a la gente nerviosa, la desconcertaba. Hasta un roce de pasada en el codo, el más levísimo apretón en un brazo, era capaz de cortocircuitar cualquier cautela. De pronto volvían a ser

sugestionables, deseosos de hacer pie en cualquier historia que les ofrecieras.

A los hombres, además, resultó que no les molestaba que se les acercara una mujer joven; no en general, al menos. No daban de inmediato por hecho que sus intenciones tal vez fueran turbias. Su vanidad daba cabida a la posibilidad de que se hubiese sentido impelida por la mera atracción de su persona. Pero no era del todo sensato intentarlo ahí. El ambiente era demasiado doméstico, desprendía la proximidad de la familia y demás conceptos morales rotundos. Tenía un efecto inhibidor: las esposas cerca, los hijos.

Alex solo necesitaba que la vieran con alguien que ya contara con aprobación, ese sería indicador suficiente.

Las niñeras quizás fuese la opción correcta, mujeres con camiseta de protección solar y gafas de sol baratas, arrodilladas en la arena con palas de juguete para ayudar a los niños a cavar hoyos. Tenían cuerpos prácticos, cuerpos que no reflejaban las huellas de un exceso de tiempo y dinero. Los pequeños llevaban la clásica raya marinera y bermudas salmón. Las niñeras, camisetas de un colorido cegador, con el logo de algún restaurante de Saint Martin o Mustique, y bolsas de plástico de Citarella con envases de zanahorias baby blandengues que les dispensaban a los niños a su cargo.

Ellos estaban en su propio mundo, trastabillando por la orilla, y solo volvían con las niñeras para someterse a una nueva aplicación de protector solar. Se parecían demasiado a Alex. Tolerados pero no necesarios, no poderosos.

Había una niña pequeña cargando arena en un cubo, la cara seria, concentrada en la tarea. Pasó lo bastante cerca para que Alex alcanzara a tocarla; alargó la mano para rozarle apenas el hombro.

Antes de que pudiese decir nada, la niña la miró con ojos alarmados.

Corrió de vuelta a la toalla, donde había una mujer tumbada. Una madre, vio Alex, no una niñera, y eso no funcionaría. Esperaba que la niña le dijese algo a su madre, que señalara a Alex, pero se limitó a volcar los contenidos del cubo y a aplanar la arena con palmaditas.

Otro niño se separó del grupo, un grupo evidentemente a cargo de una niñera, una mujer con pantalones largos y un gorro de ala ancha que andaba sacudiendo la arena de una flotilla de toallas. El niño se lanzó hacia las olas y luego estuvo corriendo en círculos mareantes hasta que se desplomó teatralmente de espaldas. ¿Qué edad

tendría, seis años? Era difícil calcular la edad de los niños.

Pareció notar que Alex lo observaba. El niño se sentó y echó un vistazo en su dirección. Ella sonrió y le hizo un gesto para que se acercase. Insistió, más apremiante, y el niño fue haciendo el cangrejo casi todo el camino antes de ponerse de pie. Cuando llegó a su lado, no dijo nada. Solo resollaba, con el pecho desnudo y agitado.

–Hola –dijo Alex–, hola. ¿Te lo estás pasando bien?

Sonrió, con dulzura, como si estuviesen compartiendo un chiste.

–No te conozco –respondió él.

–Claro que sí. Soy Alex.

El niño entornó los ojos. Echó un vistazo por encima del hombro.

Alex siguió su mirada, hacia la niñera del gorro, con dos niñas chillando y tirándole de los pantalones. Alex la saludó con la mano para que el niño pudiera ver cómo lo hacía, aunque la niñera no.

–Adivina qué –dijo Alex.

El niño cruzó los brazos.

–¿Quieres hacer una cosa divertida?

Pareció dispuesto a darle la oportunidad de impresionarlo.

–¿Y si subimos ahí y tomamos algo? Seguro que tienen postres, ¿a que sí?

–El azúcar no hace crecer los huesos.

–No –dijo Alex–. Eso no.

El niño estaba visiblemente aburrido.

–Bueno, vale. Me llamo Alex. ¿Dónde están tus padres?

Él señaló en una dirección inconcreta a lo lejos.

–¿En casa? –preguntó Alex.

Asintió. Eso era buena señal.

–Me juego algo a que hay piscina.

Asintió otra vez.

–Vale –dijo Alex–, enséñame la piscina.

Ahora la niñera sí los estaba mirando, desde un punto algo más allá, y Alex vio como sus ojos se posaban sobre el niño y luego sobre ella, de modo que volvió a saludar con la mano, con más convicción, y luego movió los labios sin sentido, pero dando la impresión, esperaba, de estar transmitiendo algún mensaje. Señaló al niño, y luego al club. Le revolvió el pelo; él se relajó automáticamente, y Alex sintió hasta cierto punto que el gesto, mientras lo hacía, era sincero.

La niñera venía hacia ellos. No era lo ideal pero bien. Bien.

–Esto no va a quedar así –dijo, pero le estaba hablando al niño–. Se acabó bañarse sin protector. Ven acá.

Él alzó la cara, los ojos cerrados. La niñera aplicó una capa de protector solar de un tubo, enjugó el exceso entre las palmas. Era expeditiva pero tranquila, el intercambio careció de cualquier drama.

–¿Te estás divirtiendo, Calvin? ¿Te estás portando bien? –La niñera se volvió hacia Alex–. Lo siento, tendría que haberlo vigilado.

¿Acaso pensaba que Alex creía que había eludido sus

responsabilidades? Alex respondió con una amplia sonrisa.

–Ah, descuide, no pasa nada.

–¿Quieres venir a jugar? –le dijo la niñera al pequeño–. ¿Dejamos descansar a tu amiga?

El niño se encogió de hombros.

–Vamos a la piscina.

La niñera miró de nuevo a Alex.

–Si a usted le parece bien, evidentemente –dijo ella–. Me llamo Alex, soy amiga de la familia.

La mujer examinó ahora al niño.

–Hacía tiempo que no veía a Calvin –siguió diciendo Alex. Sonrió–.

Se ha puesto muy grande. ¿Verdad que sí?

Alex le tendió la mano al niño. Esperó, podía salir bien o mal. Pero él la tomó de la mano. Un apretón. Una vez, dos.

Aquello pareció aplacar a la niñera, aunque seguía vacilante. Alex no dejó de sonreír. La mujer echó un vistazo al resto de las criaturas a su cargo, cuya pelea de broma tenía pinta de estar a punto de

convertirse en una pelea de verdad; una de las niñas soltó un chillido desgarrador que le crispó la cara. Se volvió a Alex.

–Vale –dijo, al cabo de un segundo–. Yo subo enseguida. Pórtate bien, Calvin.

–Nos portaremos bien –respondió Alex por los dos, con voz

cantarina.

Pasaron junto al hombre que vigilaba el perímetro, al que Alex no miró siquiera, y siguieron para arriba, por los anchos peldaños, y por debajo de los parasoles, hasta llegar a la terraza del club. El niño no le había hecho ni falta.

Él desvió la vista a lo lejos.

–Puedo comer helado, me dejan.

Alex tenía pensado deshacerse del crío, pero parecía dócil, satisfecho, curioso por ver qué pasaba después. Eso le abría las puertas a un tipo de día distinto. Podía comprarle un helado, al menos.

Había un hombre revoloteando por la ventana abierta del bar; el calor emanaba en olas visibles de la parrilla que tenía a su espalda.

Estaba sudando, una mosca le rondaba la frente. Hasta la mosca volaba lentamente.

–Helado –anunció el niño–. Vainilla.

–Buena elección –dijo Alex–. Helado de vainilla.

El hombre asintió. Le traían sin cuidados los particulares de Alex y el niño, pero dispuso sus rasgos en una sonrisa.

Detrás de Alex estaba la piscina, más pequeña de lo que esperaba, con corcheras flotando. Una mujer en bañador azul marino y el pelo fino recogido en una gorra de béisbol vadeaba de aquí para allá con un niño pequeño. Había también un adolescente sentado con los pies en remojo y una hamburguesa a medio comer en un plato. No levantó la vista cuando una chica de uniforme, seguramente de su edad, se agachó a recogerlo y lo depositó en su bandeja.

–¿Cuánto es? –preguntó Alex, abriendo la bolsa.

–No aceptamos efectivo –respondió el hombre, como si fuera evidente–. ¿Número?

–¿Cómo? Estoy de visita, no sé cómo funciona.

–¿Apellido? Es para el recibo.

–¿Apellido, Calvin? –preguntó Alex con un codacito.

–Spencer –respondió él al fin.

–Spencer. –Alex sonrió dulcemente.

Al hombre le dio igual. Rebuscó entre las hojas de un portapapeles.

Tomó nota.

–Vale. Un helado. Número 223.

–¿Tengo que firmar algo?

–Nop.

–Ahora que lo pienso –dijo Alex–, yo también tomaré un helado. Y

una hamburguesa. Y una cerveza.

El hombre le había señalado el comedor en el que Alex encontraría un enchufe. En la sala no había prácticamente nadie a esa hora, el bufet ya estaba cerrado. Había terminado el almuerzo, y las mesas estaban sin limpiar: platos sucios en bandejas, servilletas de poliéster manchadas. La hamburguesa estaba buena. El helado, no.

Sabía al envase ceroso del que lo habían servido. Aun así, Alex se lo terminó mientras el niño enroscaba la lengua en torno al suyo con una concentración inquebrantable.

Alex dio un sorbo de cerveza del vaso de plástico. Solo algún que otro empleado salía y entraba del comedor. Mujeres cincuentonas con manchas de sol, un hombre de pelo blanco con caquis y

cinturón, un adolescente con una exuberante barba de acné.

Encendió el móvil. Tal vez hubiese un breve lapso de funcionalidad, suficiente para leer los mensajes de texto. Puede que Simon le hubiese escrito. Aunque conocía a Simon, no daría él el primer paso.

Dependía de Alex desbloquear las cosas.

Si había más señales de Dom –y sin duda, las habríase limitaría a seguir ignorándolo. Ya se las vería con él cuando lo arreglara con Simon. En la fiesta. Quedaban todavía unos días. Si pensaba cuántos, el pánico empezaba a crecer. Mejor que se centrara en tratar de imaginar cómo sería la tarde. Qué haría esa noche.

Restringir el rango.

El niño seguía afanado con el helado. Cuando vio que Alex lo miraba, se detuvo.

–¿Eres una adulta buena? –preguntó. ¿Lo era? Tampoco parecía demasiado preocupado.

–Ni siquiera soy una adulta. –Soltó el móvil–. ¿Qué tal el helado?

Él se encogió de hombros. Una parte se le había derretido mano abajo y se le había secado en la piel, que tenía un aire extraño y artificial.

–Tengo pis –anunció.

Una notificación en el móvil. Alex tenía mensajes nuevos, estaba claro, pero no se cargaban lo bastante rápido para leerlos antes de que el móvil se volviese a apagar.

–Ve al lavabo –dijo Alex–, yo te espero aquí.

Aunque, pensó, aquel era un buen lugar para tomar caminos

distintos. El niño podría volverse con la niñera. Ella podría dedicarse al problema del móvil. Al problema de matar-otro-día.

–¿Me acompañas? –El niño se estaba frotando la entrepierna con una mano, y con la otra sostenía en alto los últimos restos de helado–. ¿Por favor?

El baño de mujeres estaba bien surtido: una botella de enjuague bucal en la encimera, tampones, un bote de bastoncillos de algodón.

Alex echó enjuague en un vasito de papel, se lo llevó a la boca y escupió en el lavamanos. La lengua le zumbó con el mentol. No había nadie en las cabinas, pero alguien se había dejado una bolsa de tela debajo del lavamanos. Alex la abrió con la punta del pie.

Atisbó un jersey de rayas, tres tubos del mismo bálsamo labial incoloro.

El niño ya había terminado. Se quedó parado, expectante, junto al lavamanos.

–¿No tendría que lavarme las manos?

–Claro.

Alex le dio unos empujoncitos a la bolsa. Intentando descubrir si había una cartera dentro. Había algo pesado, al menos. Se agachó para hurgar en el fondo de la bolsa. Una pinza billetera: un carnet,

una tarjeta de crédito, una tarjeta regalo navideña para gastar en Sacks y un surtido de billetes de cincuenta y de veinte plegados que parecían casi recién planchados. Un grueso pasador plateado.

La tarjeta de crédito le iría bien, pensó Alex, siempre que no necesitase ningún PIN ni ningún código postal, pero ¿cuánto tardaría la dueña en darse cuenta? Alex quería quedarse la billetera entera, pero era bueno mostrar moderación. Siempre. ¿No era lo que le habían enseñado las otras chicas? No llevarse nunca tanto como para no poder volver a llamar al tío jamás, no desplumarlo hasta tal punto que cortara la relación por lo sano. La mayoría de la gente, por lo visto, no tenía ningún problema en que se la pegasen si era en pequeñas dosis. De hecho, parecían dar por sentada cierta cuota de

engaño, contaban con un margen razonable de manipulación en sus relaciones.

–Quiero bañarme –dijo el niño–. Te echo una carrera.

Alex había cogido ya dos de cincuenta y el pasador y se los había guardado en el bolsillo, pero antes de que tuviese tiempo de decidir si llevarse o no la tarjeta, la puerta comenzó a abrirse. Alex se enderezó. Dejó la bolsa donde la había encontrado de una patadita.

Cuando la mujer entró, Alex se estaba lavando las manos y

secándoselas diligentemente con papel.

La mujer: rubia, ojos azules, los dientes blancos, pero no del todo rectos. Una camiseta de rugby combinada con unos piratas anchos de algodón.

Los ojos se le fueron directos a la bolsa.

–Menos mal.

Mientras ella se inclinaba a recogerla, Alex hizo salir con prisas al niño. Pero no hacía falta correr; a la mujer ni siquiera se le ocurrió revisar que el contenido de la bolsa estuviese intacto. La burbuja de

seguridad se daba absolutamente por sentada. La mujer sonrió a Alex en el espejo. Alex le devolvió la sonrisa.

No se había llevado la tarjeta de crédito, no se había llevado la billetera, y ¿quién iba a echar en falta ese billete de cincuenta, o ese mísero pasador plateado en mitad de aquella abundancia? El universo la había protegido. O el niño, de algún modo. No había motivo para inquietarse; el miedo había transmutado, como solía pasar, en excitación, el recuerdo se disolvía siempre hasta que no era más que la noción del miedo, y ¿desde cuándo la noción del miedo era un factor disuasorio convincente?

El baño resultó vigorizante. Agua clorada: nada de piscinas saladas aquí. Alex sumergió la cabeza y la sacó chorreando. Se enjugó la nariz, se enjugó la boca. El niño se agarró al borde y se puso a patear con frenesí.

–Mírame –dijo–. ¿Me estás mirando?

Otra cerveza, que le pidió a un camarero, llegó en un vaso de plástico.

Alex apoyó los codos en el bordillo. En el lado hondo, un par de chulitos universitarios examinaban a la gente con mirada reptiliana.

El sol salió de detrás de las nubes. No hacía mal día, dentro del agua, con el peso extraño del niño agarrándosele al cuello antes de lanzarlo de un lado de la piscina al otro.

–Yo soy un bebé –dijo Calvin–. Y tú eres la mamá. Y me llevas lejos.

–Una excursión. Suena bien. ¿Adónde vamos?

–Tú lo sabes. Yo no. Eres la mamá.

–¿Vamos por debajo del agua?

El chico pareció asustado y entusiasmado a partes iguales.

–Si te agarras bien, te llevo yo, ¿vale? Y subimos enseguida.

Él cogió aire, se tapó la nariz. La resistencia de su peso resultaba agradable, el pelo le ondeaba en el agua, un reguero de burbujas se le escapaba de la boca. Era divertido, pensó Alex, se estaban divirtiendo, pero entonces el niño tensó los brazos. Alex nadó de vuelta a la superficie. Al salir, el pequeño engulló una bocanada de aire.

–¿Te ha dado miedo? –preguntó Alex–. Te tenía cogido, no pasaba nada.

Él sonrió, pero parpadeaba demasiado rápido.

–Vale –anunció Alex–. Toca un descanso. –Aupó al niño al bordillo de la piscina–. Eso –dijo, y le estrechó la rodilla mojada–. Tú te sientas aquí y lo ves todo. Eres el vigilante.

Él se tomó la tarea con ilusión, pero se aburrió enseguida: ¿qué peligro había que vigilar? Al poco, estaba otra vez en el agua, olvidándose de tener miedo. Andaba demasiado ocupado salpicando alrededor para reparar en la niñera, que pasó a echarle un vistazo.

Pero Alex sí que la vio, la saludó con la mano, intentó responder a la expresión interrogante de la mujer con una sonrisa tranquilizadora.

Iba todo bien, esa era la clave del mensaje que Alex trató de transmitir, y la mujer se relajó y volvió a la playa, con las otras dos niñas a su cargo tirando de ella.

Alex se escurrió el agua del pelo. Apuró la cerveza del vaso de plástico

y batió las piernas distraídamente mientras contemplaba el feliz chapoteo del niño. El móvil se estaba cargando en otra parte. Su bolsa no corría ningún riesgo, no tenía nada de qué preocuparse en ese preciso momento. Cuando el móvil funcionara, le enviaría un

mensaje a Jack, el chico de la playa. Era la opción con más sentido.

Pero sería mejor esperar a que fuese más tarde, sobre todo si pretendía hacerse con un sitio donde dormir. Quemar todas las horas posibles aquí.

Otra cerveza, pensó, por qué no, aquel día lo patrocinaba la generosidad del 223, la familia Spencer financiaba ese agradable mareo, el sano tribalismo del lugar era reconfortante en sí.

El niño atrapó un churro de piscina que pasó flotando por su lado.

–Es mío –gritó otro niño pequeño, y nadó salpicando hacia ellos con manguitos y gafas y la mujer del bañador azul marino detrás. Su madre, supuso Alex, pero entonces le vio la cara: era de su edad, pero tenía una expresión grave y contraída.

–Lo puedes compartir –dijo la chica.

Alex le dio un toquecito a Calvin.

–Devuélvele el churro.

Calvin se limitó a entornar los ojos. El otro niño salpicó enfadado.

–Es mío.

Alex le arrancó el juguete a Calvin con suavidad y se lo devolvió al otro niño.

–Perdón –dijo.

–No pasa nada –respondió la chica–, tendría que compartir. Luca, sé amable.

Los niños se lanzaron una mirada recelosa.

–Son amigos del colegio –explicó la chica–. Luca –dijo, señalando con la barbilla al otro niño–. Mi hermano.

–Hola, Luca –saludó Alex. Luca era inescrutable tras las gafas.

–Luca tiene que llevar manguitos porque aún es pequeño –dijo Calvin–. Pero yo me he metido en lo hondo. Y he tocado el suelo.

–¿Te parece si compartes el churro con Calvin? –preguntó la chica.

La sugerencia no pareció gustar a su hermano.

–Perdón –dijo ella–. Me llamo Margaret.

–Caroline –respondió Alex. Sin pensar. El nombre de la hija de Simon. Le sorprendió recordarlo, le sorprendió haberse molestado en mentir.

–¿Dónde está Rose? –preguntó Margaret.

No la madre del niño, sino la niñera, dedujo Alex rápidamente; el nombre sonaba al reemplazo estadounidense de algún nombre

extranjero.

–Ah, en la playa –respondió Alex sonriendo–. Yo solo estoy de visita.

–Genial –dijo Margaret–. Conozco a los Spencer. Le hacía de canguro a Calvin, de hecho. ¿Verdad?

–El azúcar se come los huesos –respondió Calvin, alegremente.

Los niños se pusieron a jugar juntos donde no cubría. Margaret se sentó en el borde de la piscina con el móvil. Alex se planteó pedírselo un momento –para revisar el buzón de voz, el correo–, pero la chica se veía bastante atacada.

Margaret se había recogido el pelo detrás de las orejas, y eso la hacía parecer sosa y expuesta. Alex tuvo que contenerse para no alargar la mano y soltárselo.

–Me gusta tu bañador –dijo Alex.

–Gracias –respondió Margaret con timidez. Echó un vistazo a la cerveza de Alex.

–¿Te apetece una?

–Ah, no. Tranquila.

–Te pido una. Yo invito.

Qué fácil ser magnánima, otra ronda a cuenta de la 223.

–¿Has vuelto a por más? –El hombre le guiñó el ojo mientras llenaba otro vaso de plástico, pero era teatro, un flirteo fingido sin ningún sentimiento real detrás. Alex había trabajado lo bastante en hostelería para estar familiarizada con ese tipo de conversación.

–Qué calor hace ahí fuera –siguió diciendo–. Las nubes se van a evaporar más pronto que tarde. –¿Cuántas veces habría dicho esa frase hoy? Le pasó el vaso–. Dos veintitrés –dijo, antes de que ella pudiera pronunciar palabra.

–Exacto.

Quiso dejar propina, pero no era posible. Improcedente, quizás, reconocer que no era el simple orden natural de las cosas que alguien te sirviera.

Alex volvió a la piscina.

–Salud –dijo, tendiéndole la cerveza a Margaret.

–Gracias –respondió ella. Miraron a los niños, chapoteando–. ¿De qué conoces a los Spencer?

–Son amigos de mis padres.

–Mhm.

Había aparecido un leve sarpullido por la clavícula de la chica, su piel clara se estaba poniendo colorada. Se llevó los dedos hacia la erupción, con las uñas aleteando cerca pero esforzándose, vio Alex, por no establecer contacto real.

–¿Dónde te quedas? –pregunto Margaret.

–En casa de los Spencer, básicamente –respondió Alex, y fingió estar absorta en terminarse la cerveza. Hizo un gesto, señalando, no tenía ni idea de en qué dirección.

Los dos niños estaban tumbados de espaldas en las baldosas tibias por el sol, charlando entre ellos con semblante adulto. Las gafas de sol de Alex, o de la mujer de George, dotaban a la escena de una cohesión agradable, benévola. Los chulitos universitarios se habían metido en la piscina, uno subido a hombros del otro, agitando los brazos, y armaban tal escándalo que era imposible ignorarlos. Ni siquiera eso la molestó. Estaba bien: el runrún de los parroquianos, el calor. La timidez de Margaret era entrañable, a su manera; esa forma de

parpadear mientras esperaba a que Alex guiara la

conversación. Ahora estaba explicando algo de la universidad, de las prácticas que comenzaría la semana siguiente, y Alex iba asintiendo, aunque pensar en el futuro implicaba pensar en todos los días que tenían que pasar aún hasta la fiesta de Simon.

–Voy al baño –dijo Alex–. ¿Puedes vigilar a Calvin?

Un rápido rodeo para buscar un calmante en la bolsa, como una recompensa, la guinda de una placentera tarde. Alex se impidió pensar en las pocas pastillas que le quedaban. A la vuelta, se topó con el camarero, que salía en ese momento por una puerta lateral.

–Eh, 223 –dijo, señalándola–. ¿Necesitas una recarga?

Lo examinó con más atención. Tenía unos cuarenta años, las orejas quemadas por el sol, los ojos arrugados de un modo amistoso; un veterano, dedujo, un camarero de carrera. ¿A qué se dedicaría en temporada baja?

–Puede –dijo Alex–. ¿Pero no estás en un descanso?

El hombre consultó su reloj.

–Once minutos más.

–Qué emoción.

–Ah, sí –respondió él riendo.

Siempre interesante, ese momento de posibilidad. Alex le sonrió sin apartar la vista. A menudo, no hacía falta más.

–¿Fumas? –El camarero le enseñó un vapeador haciéndolo girar entre los dedos.

–Probaré un poco –dijo Alex.

Alex cruzó detrás de él por una puerta doble. Daban a una callejuela trasera. Contenedores, pilas de cartón apiladas ordenadamente y atadas con cordel. El olor a basura fresca flotaba en el ambiente, sin diluir por el aire del océano.

El hombre echó un vistazo alrededor.

–Mejor vamos a mi coche. Si no te importa.

El coche era un compacto pequeño con la tapicería vieja y

aterciopelada, y un casete del que colgaba un adaptador USB. Había un traje de neopreno vuelto del revés y doblado en gruesos pliegues en el asiento de atrás.

–Perdón –dijo el hombre, despejando el asiento del copiloto.

Despachó en un visto y no visto una montaña de botellas de agua vacías que lanzó al asiento trasero.

En el retrovisor, un prisma se sacudía y giraba colgando de un trozo de sedal.

El hombre le pasó el vapeador. Cuando Alex inhaló, la punta se iluminó de verde.

–Gracias.

–De nada –respondió él, y dio otra calada. Se lo ofreció de nuevo y luego se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

–¿Vives aquí?

–Aquí mismo no. Como a cuarenta minutos al oeste. Treinta, si no hay tráfico.

–Ajá. Yo tampoco soy de aquí.

Ninguno de los dos dio más datos sobre su lugar de origen, parecía lo correcto.

–Así que eres invitada de los Spencer –dijo él, llenando el silencio–.

Buena gente.

–La verdad es que no los conozco –respondió Alex, aunque no había planeado hacerlo.

El hombre le lanzó una mirada curiosa.

–No, ¿eh?

¿Era atractivo? Bastante. Alex se recolocó en el asiento. Se humedeció los labios. A él nada de esto le pasó desapercibido. La

miró entretenido. Como alguien viendo una película que ya había

visto.

Alex se acercó, inclinándose por encima de la consola central. ¿Qué estaba haciendo? No pretendía besarlo, pero no se dio cuenta hasta que él intentó besarla a ella. Enterró la cara en su cuello para esquivarlo. El dedo que deslizó dentro de ella, apartando a un lado el biquini, le resultó agradable, inesperado y agradable.

–Estás toda mojada –dijo el hombre.

Alex se movió al ritmo de su mano. La boca no le olía mal, pero estaba demasiado cerca de emanar algo, un elemento humano

abrumador. Tenía un lunar globuloso en la clavícula, los ojos legañosos. Vio, de cerca, que era mayor de lo que pensaba. De la edad de Simon.

¿Y si te pasabas décadas así? ¿Sirviendo a esa gente? Era

demasiado angustiante para pararse a pensarlo.

Alex se detuvo. El momento, fuera lo que fuera, había terminado. Le apartó la mano, con delicadeza. Se colocó bien el biquini.

Tendría que volver con el niño. Además, ya sabía lo que venía después. Y el hombre daba la impresión de saberlo también. Así que casi daba igual pasar por ello o no.

–¿Estás bien? –preguntó él.

Alex se encogió de hombros. Cuando cruzó las piernas, golpeó con las rodillas el salpicadero y la guantera se abrió sola.

–Joder –dijo él, en tono apacible. Alargó la mano para cerrarla, de un golpe–. Este coche se cae a trozos.

–Está bien.

El hombre se echó a reír.

–No. Definitivamente no. –Ladeó la cabeza–. Un momento. ¿Te doy pena?

–No. ¿Por qué me ibas a dar pena?

–Tienes una cara, ahora mismo. –Sonrió. No era una sonrisa exactamente amable–. A mí me gusta mi vida, ¿sabes?

–Yo no he dicho que no te guste tu vida. –Aunque lo más seguro es que lo hubiese pensado, que hubiese mostrado alguna expresión fugaz de lástima.

–Supongo que tus amigos te esperan –dijo. Tuvo la amabilidad de dispensarle una excusa.

Alex debió de poner una mueca.

–¿No son tus amigos?

–Yo no... conozco a esta gente.

Él pareció encontrarlo gracioso, rió entre toses.

–Ya –respondió–. Yo tampoco tengo ni puta idea de quién es esta gente.

Margaret y su hermano estaban justo donde los había dejado, pero no veía al niño por ninguna parte.

El primer pensamiento de Alex fue funesto: el niño en el fondo de la piscina. Se le agarrotó el pecho. Rastreó frenéticamente el agua, era una tragedia predestinada. Pues claro que terminaría mal, pues claro que habría un castigo.

Pero al cabo de unos segundos, Alex vio al niño. No podía apartar los ojos de él. El alivio que sentía era casi demente. Ahí estaba, perfectamente.

La niñera lo llevaba a rastras detrás. Calvin se retorcía, intentando zafarse de sus garras, pero la niñera siguió arreándolo al frente con paso firme.

Había salido bien, ¿no? Al niño no le había sucedido nada malo.

Había vuelto a las manos de su legítima cuidadora, restituido a su legítimo lugar, y ¿qué había hecho Alex que fuese tan malo? Darle helado, bucear al fondo de la piscina con él agarrado al cuello; aquella tarde sería un pequeño bachecito en los días de placer ininterrumpido que le aguardaban por delante.

Alex fue a buscar el móvil y el cargador al comedor todavía desierto.

Sus latidos eran algo erráticos, como si ya hubiese pasado lo peor. El camarero estaba bajando una rejilla de metal sobre la ventana de la parrilla. Desde este ángulo, a la luz implacable del sol, no le pareció

atractivo en absoluto.

Quería marcharse de allí. Pero ¿adónde, exactamente, iba a ir?

Por la ventana, vio pasar a Margaret, su perfil haciendo visos a través del cristal envejecido.

7

Tan pronto llegaron al camino de entrada de la casa de Margaret, una mujer, vestida con una camiseta impoluta, caquis y zapatillas de lona blanca, corrió a recibirlas. Intentó coger la bolsa de Alex.

–Ah, no hace falta, gracias –dijo ella.

–Karen –intervino Margaret, con un deje de irritación–, no necesitamos nada.

Karen era la asistenta, supuso Alex, o la gobernanta, o lo que quiera que la llamasen mientras no fuese «criada».

–¿Luca está con la señora E.? –preguntó Karen, y Margaret asintió y dijo algo de que no se encontraba bien y se había marchado antes.

–Tu hermana está en la sala de cine.

Siguieron a la mujer hasta la entrada lateral de una casa baja de madera, con postigos negros enmarcando todas las ventanas y una piscina perfectamente inserta en el césped.

–Compartimos donante –explicó Margaret, despreocupada–, así que es mi hermana de verdad. Son mellizos, Luca y ella.

La niña estaba viendo Buscando a Nemo en una sala revestida de madera, con todas las persianas bajadas. Iba en bañador, y tenía las manos entrelazadas solemnemente sobre el pecho.

–Dile hola a tu hermana –dijo Karen, de pie en la puerta.

La niña no respondió. Enfrente de ella, en una bandeja, había un cuenco de macarrones con queso y un plato de rodajas de aguacate

oxidándose a toda velocidad.

Margaret y Karen se quedaron ahí plantadas un momento, mirando la pantalla. Alex se fijó en la niña del sofá, que se estaba hurgando la nariz alelada. Sacó el dedo, escudriñó los hallazgos y luego, después

de echarle un rápido vistazo a Karen, se lo limpió en el respaldo del sofá, a escondidas.

El dormitorio de Karen tenía una moqueta lila, las cortinas también lilas, a juego con la estructura tapizada de la cama. Las lamparitas eran dos tallas más grandes de lo que deberían, pero ese daba la impresión de ser el gusto imperante en lámparas en la casa: lámparas gigantes, en toda superficie plana, junto con cuadernos de notas y cajas de minilápices y pañuelos en dispensadores de mimbre.

–¿Este es tu cuarto?

Intentó ver a Margaret como una persona joven. Pese a que

seguramente Margaret era una de esas chicas que nunca habían parecido jóvenes. Había una mariposa troquelada en la pared y unos cuantos libros en un estante, una colección de reproducciones de primeras ediciones, todavía retractiladas.

Alex hojeó un ejemplar de Matar a un ruiseñor.

–Es como una suscripción –explicó Margaret–. Regalo de Navidad.

Alex se sentó en la cama, con el móvil cargándose en la mesilla, y Margaret en el escritorio, cuya superficie estaba repleta de maquillaje en organizadores de metacrilato. Unos golpecitos vacilantes en el marco de la puerta: Karen asomó la cabeza, con la hermana

acurrucada junto a sus piernas.

–¿Chicas? ¿Os queréis venir? –preguntó–. Vamos al club de tenis.

Llevaba una cruz plateada colgando a la vista del cuello.

–Ná. –Margaret apenas le prestó atención.

–Es el torneo –dijo Karen. Apoyó las manos en los hombros de la pequeña. El protector solar le perfilaba las fosas nasales. La niña tenía los mismos rasgos alicaídos que Margaret, que Luca. Frunció el ceño cuando oyó mencionar el tenis.

–Vamos a ganar, ¿eh? –Karen le estrechó los hombros.

–¿Has visto mi camisa azul? –preguntó Margaret, levantando al fin la vista–. La de botones.

–Está tendida en la lavandería. Puedo plancharla esta noche.

Margaret puso los ojos en blanco.

–Ni siquiera estaba sucia –dijo entre dientes.

Karen siguió sonriendo, como si no la hubiese oído.

–Nos vamos. Deséale buena suerte a tu hermana.

–Adiós. –Margaret estaba mirando el móvil.

–Buena suerte –le deseó Alex a la niña. No reaccionó. ¿Por qué debería? Alex era una desconocida.

–Bueno –dijo Margaret, cuando se oyó el ruido del coche en la gravilla de fuera–. ¿Qué quieres hacer?

Un lapso, un hueco en el que pararse a considerar sus deudas pendientes. Que no se detenga, que el día siga borroso. Se encogió de hombros.

–No sé –dijo Alex–. ¿Quieres beber un poco de vino?

Margaret abrió la nevera. Estaba llena de latas pequeñas de Coca-Cola, mantequilla de cacahuete Jiffy y botellas de vino blanco. Alex se metió en la despensa. Había paquetes de dulces sin abrir, restos de alguna cesta de regalo. Uno de ellos, un cubo transparente con rosas de caramelo. Como caramelos de limón, pero de color rosa, con pétalos, blanquecinas de azúcar. Se echó una en la palma de la mano, y luego se la metió en la boca, la chupó, se la pasó de una mejilla a la otra. ¿Qué las hacía tan apetecibles? Eran delicadísimas, muy de niña, pero algo grotescas, también, como tumores malignos.

Alex agitó la caja.

–¿Me lo puedo llevar arriba?

–Sí –dijo Margaret, con un par de vasos para vino en la mano y una botella de blanco ya abierta chapaleando en el hueco del brazo.

Cuando volvían hacia la escalera, pasaron por delante de un cuarto pequeño con una cama individual y una cómoda.

–¿Qué es esto?

–El cuarto de Karen.

Las únicas pertenencias a la vista eran un cepillo para el pelo y un

neceser cuidadosamente alineados sobre la cómoda.

–Vamos –dijo Margaret–, esto es muy aburrido.

El vino tenía un barco de vela en la etiqueta. Margaret llenó los vasos casi hasta arriba. Estaba tan frío que no sabía a nada.

–Oye –dijo Alex–, ¿qué pasa con Karen?

–¿Con Karen? No sé. Es, en plan, nuestra niñera. Desde, como, toda la vida.

–¿Y vive con vosotros?

–Sí. Mi madre la ayudó, como, a conseguir el permiso de residencia y eso.

Se la notaba ya a la defensiva. Mejor dejar el tema. Alex siguió bebiendo vino.

–Perdón –dijo Margaret–, te parezco, no sé, una niñata. Por lo de la camisa. Lo sé, he quedado como una auténtica niñata, pero, o sea, le dije, si no está en el cesto, por favor, no lo laves. Y a veces me encoge las cosas, en plan, mis cosas favoritas.

Alex se encogió de hombros.

–Queremos a Karen –dijo Margaret, diplomáticamente. Y luego, cuando empezó a parecer más borracha, se repitió para sí

«queremos muchísimo a Karen».

–Claro que sí –respondió Alex. Claro que queremos a Karen, pronunció para sus adentros, pero no lo dijo en voz alta.

Hicieron falta otros tres intentos de encender el móvil de Alex hasta que aguantó encendido lo suficiente para anotar en un trozo de papel el número del chico. El número de Jack. Ninguna noticia de Simon, por supuesto, ni tampoco de Dom, lo cual era más sorprendente.

–¿Me dejas el móvil? –pidió Alex–. Es solo para mandarle un mensaje a este tío, el mío se apaga todo el rato.

El fondo de pantalla del móvil de Margaret era un paisaje tropical, unas palmeras curvadas frente a un atardecer rosa sorbete.

Alex redactó un mensaje.

Eh soy Alex de la playa. Móvil muerto prdon, te escribo con el de

una amiga.

Qué haces hoy?

–¿Es mono? –preguntó Margaret desde la cama. Se había puesto un jersey lila–. El chico.

A veces, Margaret hablaba como si estuviese recitando un guión, las frases tenían un timbre falso.

–Sí –respondió Alex–. Bastante mono.

–Cuéntame cosas.

–Lo conocí en la playa. No sé. Es rubio.

–¡Rubio! –Margaret casi hizo palmas–. ¡Qué mono! Me encanta.

Sonó una notificación en el móvil. Un mensaje de Jack.

No mucho quieres quedar?

Margaret la miraba fijamente, con la cabeza ladeada. La expresión de su cara, ahora borrosa por el vino, inquietó de pronto a Alex.

Margaret le recordaba a las chicas de aquel primer restaurante en el que había trabajado; había un aire ansioso y asustadizo en su cara, una incomodidad evidente que evocaba dolorosamente la

adolescencia.

Alex tecleó una respuesta.

Vale o igual antes?

Sería más fácil si Alex tuviese algo que hacer con las manos.

Cualquier cosa, con tal de que Margaret y ella no estuviesen simplemente ahí sentadas.

–Déjame que te pinte los ojos –propuso Alex.

–¿Ahora? –Margaret se ruborizó.

–Sí, ¿por qué no?

Todo el maquillaje que había en el tocador de Margaret era caro. Y

parecía intacto.

–Ven, siéntate. –Alex acercó la silla a la ventana, a la luz.

A las dos les olía el aliento a vino, pese a que Alex tenía en la boca uno de esos caramelos con sabor a rosa. Margaret probó uno también, lo hizo rodar audiblemente contra los dientes.

–Puaj. –Margaret lo escupió en la mano. Desplegó los dedos sobre la papelera, para que el caramelo cayese dentro, y se limpió la palma de la mano en el vestido–. Sabe a perfume.

–Colores neutrales, ¿vale? –dijo Alex–. En plan, grises, y este color está bien, ¿no?, este tono como peltre. Cierra los ojos.

Bajo la piel fina de los párpados cerrados de Margaret, Alex vio las serpientes diminutas de venas azules, la leve contracción animal de sus globos oculares.

Primero, Alex aplicó base de maquillaje en los párpados. Luego, un toque de una sombra clara y brillante. El truco era aplicarla también bajo las pestañas inferiores, para resaltar el ojo entero. La de vídeos que había visto Alex en internet, aprendiendo a hacer esto, la de horas que había dedicado a analizar a las otras chicas; las chicas con las que compartió aquel apartamento horrendo, chicas que preparaban tortitas a las tantas de la noche y lloraban por madres que estaban lejos, chicas que hacían una pausa en el maquillaje para darle una delicada calada al porro que esperaba en el cenicero.

Se sentaban junto a las ventanas para tener mejor cobertura. Se ponían sudaderas con capucha encima de vestidos ceñidos y no tenían una sola maleta. Alex se daba cuenta de que algunas de las chicas que rondaban por allí eran muy jóvenes. Pero también ella. A veces era cuestión de pocos años. No había manera de saberlo con seguridad. Alex no hacía preguntas; preparaba café suficiente para las demás y se encerraba en su cuarto. Cuando oía a alguna llorando al teléfono, Alex tenía el detalle, o eso le parecía en aquel entonces, de dejarla en paz.

Alex usó un pincel distinto para extender una sombra color asfalto a lo largo de la línea de las pestañas.

Margaret parecía especialmente vulnerable, así colocada. Los ojos cerrados, la cabeza atrás. Como si estuviese dispuesta a dejar que Alex le hiciera lo que quisiera.

Una foto enmarcada contemplaba a Alex desde el escritorio: Margaret, los mellizos y su madre subidos a un pedazo de madera de deriva. Iban todos descalzos, sus sonrisas despedían un airecillo a alegría corporativa.

–¿Y tú? –preguntó Alex–. ¿Tienes novio?

–No. He tenido algunos, pero no, o sea, no ahora mismo.

Alex cogió la brocha más grande y la ahuecó contra la palma de la mano.

–¿Puedes hacer así, como si dieses un beso?

Margaret obedecía con esmero cualquier instrucción; frunció los labios, las mejillas se hundieron. Aunque Alex ya había terminado de maquillarle los ojos, ella los dejó cerrados.

Margaret, veía Alex claramente, no era una chica feliz.

–Perfecto –dijo, y extendió los polvos bronceadores, siguiendo los pómulos hasta el nacimiento del pelo.

–¿Me puedo ver? –preguntó Margaret, parpadeando.

–Acabo de empezar.

–Déjame mirar, solo un segundo. Quiero ver.

Ignorando el espejo del tocador, Margaret se enfocó a sí misma en la cámara del móvil. Su cara osciló en la pantalla.

–Guay –dijo, volviéndose a izquierda y derecha–. Está muy bien.

Mira, espera.

Margaret apretó un botón y su piel mejoró al instante, como si estuviese iluminada desde dentro; un resplandor sobrenatural emanaba del blanco de sus ojos, de pronto blanquísimos.

–Ponte conmigo –dijo Margaret– para la foto.

Alex dudó.

–Venga –insistió Margaret.

–Odio las fotos.

–Tienes que hacértela, en serio. Solo una.

Alex no quería sentir lástima de Margaret ni tampoco hacer ningún balance de la necesidad que reflejaba su cara. Se inclinó y pegó su mejilla a la de Margaret. En la pantalla, tenían las dos un aspecto inquietante, extraño; las caras difuminadas en rasgos suaves, los ojos superbrillantes. Alex examinó esa versión desconocida de sí misma. Era raramente fascinante, ese nuevo avatar. Parecía renovada, como si esa última etapa de su vida no hubiese tenido lugar, como si uno pudiese borrar las cosas y empezar de cero así sin más. ¿Había tenido alguna vez, realmente, un aspecto tan limpio y saludable e inocente?

Pero cuando el filtro se desactivó, fue peor. Ahí estaba su verdadera cara. Con demasiado detalle. Se le estaba formando un sutil pliegue entre las cejas que no había percibido antes. ¿Una arruga? Alex salió del campo de visión de la cámara.

Margaret estudió la foto, la amplió con desánimo.

–Sales bien. –Margaret sacó la lengua–. Yo estoy horrorosa.

–No es verdad. Sales genial. Me gusta ese jersey.

Margaret bajó la vista.

–Te lo puedes quedar si quieres.

Alex sonrió.

–Lo digo en serio. –Margaret recogió los brazos para sacárselo–.

Toma. Ni siquiera me gusta.

–No me voy a quedar tu jersey.

–En serio, yo no lo quiero. Toma. –Margaret se lo lanzó, estaba caliente.

–Bueno –dijo Alex, dejando el jersey encima de su bolsa–. Gracias, supongo.

–¿Quieres que te pase la foto?

–No hace falta.

Margaret pareció dolida.

–O sea, sí. Pero mi móvil está básicamente muerto. –La explicación pareció bastar. Alex vio como Margaret colgaba la foto mientras ella se probaba distintos pintalabios en el dorso de la mano.

Margaret actualizó la página, esperando un like que no llegaba. La actualizó de nuevo.

Qué triste, de pronto, Margaret con su móvil, los polvos de las mejillas instalándose en ese aire deprimido que cubría su cara. La depresión era un efecto secundario del hambre, como sabía Alex después de vivir con aquellas anoréxicas profesionales de Europa del Este, con su dieta de palomitas y pimientos baby.

Margaret estaba otra vez ampliando la foto.

–Eres, o sea, guapa de verdad –dijo, con ojos huidizos y lanzando en dirección a Alex una sonrisa torcida.

¿Estaba flirteando, a su torpe manera? En ese caso, no era algo que contemplara a ningún nivel consciente. Seguramente, la posibilidad era algo demasiado ajeno como para identificarlo. ¿Qué haría si Alex se sentara a su lado en la cama?

Alex lo pensó, y al momento estaba haciéndolo: sentándose en la cama, arrimándose a Margaret. La examinó desde esta nueva

proximidad. Margaret siguió sonriendo. Era incómodo imaginar cuán lejos la dejaría llegar.

¿Qué estaba haciendo? Alex se detuvo. Se levantó.

–¿Tienes rizador de pestañas?

Otro vaso de vino y Margaret se quedó dormida, con una expresión plácida, el vestido subido, los ojos oscuros de maquillaje y el pintalabios corrido más allá de la boca. Igual manchaba la funda de la almohada. ¿Debería Alex tratar de evitarlo? Aunque lo más seguro es que hubiese veinte fundas de almohada en el armario de la ropa blanca, qué más daba.

Alex se sentó en la silla del escritorio. Echó un ojo a un anuario que había en el estante. De entre las hojas cayó una retícula de fotos escolares: Margaret con doce o trece años, de uniforme, el pelo atrás, recogido con una diadema de terciopelo, la mirada fija en algún punto a un lado del objetivo. La foto la deprimió, todas aquellas preguntas visibles en el rostro de la niña, el último momento antes de descubrir

lo cruel que podía llegar a ser el mundo. Pero, a ver, ¿por qué debería compadecerse de ella? De Margaret, en su casa, con su familia, con alguien que le lavaba la ropa. Iría tirando poco a poco hacia su futuro.

En el último cajón del escritorio había una vela sin estrenar metida en una caja y, detrás, una bolsita de terciopelo apretujada. Dentro de la bolsita, vio un revoltijo de pendientes. Todos de botón. La mayoría eran diamantes, aunque pequeños. Como los que Margaret llevaba puestos; dos puntitos de luz. ¿Falsos? Imposible saberlo ahí mismo.

Pensó en llevarse un par, pero descartó la idea.

Margaret soltó un suspiro abreviado y se acurrucó en la almohada, dormida.

En el último momento, Alex afanó un pendiente de rubí solitario que no tenía pareja. En cierto modo, le estaba haciendo un favor, librándola de él. ¿Qué había más irritante que uno suelto de algo,

que ese recordatorio de que el mundo no era un lugar de fiar, de que hasta las cosas valiosas se perdían?

Refrescaba tanto, con el aire acondicionado, que Alex le echó una manta encima a Margaret; le tapó las piernas flacas, las uñas de los pies, impecablemente pintadas. Por la ventana se veía una

estructura de juego, con una torre de madera y un tobogán, y más allá la piscina, medio oculta tras un árbol.

–Eh –le susurró a Margaret.

Nada.

–¿Estás despierta?

Margaret resopló suavemente y luego se dio la vuelta.

El biquini de Alex estaba en la bolsa, todavía húmedo del baño en el club, y no había nadie en casa, además, así que ¿qué más daba el bañador?

El agua de la piscina estaba fresca pero no fría. Si hiciera sol, se estaría mejor, pero seguía tapado, el aire pesado y gris. Alex se sentó en el escalón, encorvada sobre sus pechos. Sostuvo el pecho izquierdo en la mano, examinando el pezón, y luego deslizó el dedo por el contorno del muslo. Otra vez le estaba creciendo el vello del pubis. El

pelo encarnado no había llegado a curarse, tenía un halo rosado, como una moneda de diez centavos. No te lo toques, pensó, al tiempo que hurgaba con la uña. Solo paró cuando empezó a sangrar.

Estuvo un rato flotando en el agua. Tenía una rosa de caramelo en la boca, se la iba pasando de una mejilla a la otra. No tenía ganas de nadar. Se estaba haciendo el muerto sin más, sentir la mitad del

cuerpo expuesta al aire, la otra mitad en el agua. Estaba lo bastante fría para que Alex fuese consciente de cada rincón de su cuerpo.

Quedaban tres días para la fiesta de Simon.

Siguió flotando en silencio. Nada más que árboles alrededor.

Qué tarde tan extraña, aquí, con esta pobre chica infeliz, y ahora sola en esa piscina que, Alex estaba segura, no usaba nunca nadie. Eran la clase de gente que daba por sentado que había unas reglas, que estaba convencida de que, si las seguían, algún día serían recompensados. Y aquí estaba Alex, desnuda en su piscina.

La piscina estaba rodeada de árboles. Al más mínimo golpe de brisa, llovían en el agua unos pétalos blancos casi traslúcidos. Eran unos pétalos venosos y simétricos. Como alas de insecto. Alex buceó hasta el fondo de la parte honda, soltando el aire a medida que se sumergía. Abajo hacía más frío, frío de verdad. Presión en las sienes. Cuando abrió los ojos, solo había sombra, el rumor resonante de la nada, de un vacío. Era agradable estar sola. Miró arriba y vio puntitos rizando el agua. ¿Estaba lloviendo?

Cuando subió, la recibió una llovizna en la cara. Las nubes se habían dispersado al fin. No estuvo mal, al principio, gotas finas que golpeaban el agua alrededor, casi tan finas como bruma, pero luego vio como llegaba, en una cortina grande y visible, la lluvia de verdad, goterones que salpicaban en la superficie y caían fríos sobre sus hombros. Se impulsó hacia el borde de la piscina. Buscó a tientas la toalla, con la rosa de caramelo todavía en la boca, y de pronto percibió movimiento en la casa. Se llevó tal sobresaltó que partió el caramelo limpiamente en dos con los dientes.

Ahí estaba Karen, con sus zapatillas de lona de un blanco cegador, y la niña cogida de la mano, las dos mirando a Alex, desnuda, tiritando.

No se la veía escandalizada, ni enfadada. Se la veía solo

avergonzada.

¿Cómo podía ser que esa mirada que Karen le lanzó pareciera contenerlo todo? ¿Saber exactamente qué clase de persona era Alex?

Karen giró sobre sus talones y metió a la niña en casa. Antes de desaparecer al otro lado de la puerta, la niña se volvió y miró boquiabierta a Alex mientras ella se cubría con la toalla húmeda.

Margaret estaba recostada en la cama, con el maquillaje corrido.

Moratones de sombra de ojos. Alcanzó a ver sus bragas bajo el vestido, un triángulo de algodón blanco.

–¿Me he quedado dormida? –Margaret se alisó distraída el vestido.

Arrugó la nariz–. ¿Por qué estás toda mojada?

–He ido a darme un baño.

–¿En la piscina? –Margaret miró por la ventana–. Pero si está lloviendo.

Alex se puso las bragas envuelta todavía en la toalla. Y luego una camiseta negra y unos shorts cortados que Simon detestaba.

–Perdona –dijo Alex, mientras se abrochaba los pantalones a toda prisa–. ¿Puedo mirar si ha respondido mi amigo?

Margaret había dormido con el móvil al lado. Oírlo mencionar la espabiló. Se sentó y tecleó la contraseña.

–¿Ha contestado? –Alex estaba meneando la pierna; se obligó a parar.

Cuando Margaret le tendió el teléfono, el fondo de pantalla, vio Alex, había pasado a ser la foto de las dos. Se arrepintió de haberse dejado fotografiar. ¿Por qué la idea de existir en el móvil de esta chica le despertaba tanto miedo?

Un mensaje de Jack:

A qué hora va bien luego?

Alex sabía perfectamente que Margaret la estaba observando.

Tecleó rápido.

M puedes recoger?

O sea ya. Perdón no tengo coche ahora mismo.

Alex esperó. Aparecieron tres puntitos.

Ahora mismo?

He qdado con mi padre n q cenaría con él. Igual + tarde. Las 9 o así.

O 10 no sé

Las horas que faltaban para que dieran las nueve parecían interminables.

D vdd q no puedes venir antes?

¿Se la notaba demasiado desesperada?

M puedo saltar la cena

En serio?

Sí tampoco quiero ir

Antes de que pudiera responder, llegaron más mensajes de Jack.

No pasa nada Dd t recojo?

–¿Qué dirección es? –pregunto Alex.

–¿Vas a invitar a alguien? –Margaret se levantó sobre las rodillas–.

Puedes invitar a alguien sin problema.

–Viene un amigo a recogerme.

–¿Te vas? –Margaret pareció de pronto desolada–. Karen puede hacer cena. Para tu amigo también. ¿O quieres salir? Podemos salir.

¿Había alguna posible coyuntura en la que Alex se quedara aquí a pasar la noche, o incluso varias noches, haciendo tiempo hasta que pasara ese último fin de semana antes de la fiesta de Simon, compartiendo cama con Margaret, yendo al club de tenis y al club de la playa y comiendo lonchas de pavo bajo toldos blancos? La

infelicidad de los demás, sin embargo, se te podía contagiar rápidamente.

–Lo siento. –Alex intentó sonreír–. Ya había hecho estos planes.

–Puedes invitar a tu amigo –dijo Margaret–. Seguro que no hay problema. Podemos quedar todos juntos.

Alex apenas la escuchó. Le mandó la dirección a Jack. Él respondió con un pulgar hacia arriba.

Llego en veinte.

–Lo siento –volvió a decir Alex.

Ojalá Jack llegase antes. No quería pasar más tiempo del necesario en esa casa; no quería interactuar con Karen, ni seguir marinándose en el ambiente mortecino del cuarto de Margaret. Le devolvió el móvil. Fingió no darse cuenta, mientras desenchufaba su propio teléfono y

enrollaba el cable, de que Margaret la miraba con el ceño fruncido y pringado de pintalabios.

Alex se metió en el baño de Margaret y cerró la puerta.

Al menos la luz ahí dentro era rosa y favorecedora; aun así, se vio desaliñada, la piel quemada. Se peinó con los dedos el pelo y se lo recogió con el pasador plateado de la bolsa de la mujer. Tenía ya la sensación de que aquel pasador le pertenecía desde hacía mucho tiempo.

Se dio crema hidratante en las mejillas y disimuló la rojez de la nariz, no había tiempo para la rutina completa. Sacó todo de la bolsa de rodillas en el suelo, extendió la ropa y la dobló bien doblada. Envolvió

el animalillo negro en el jersey lila de Margaret. Sopesó el reloj de Simon en la palma de la mano y lo enterró bajo una pila de ropa.

Ya se encontraba mejor. Se marcharía enseguida. De un momento a otro. De un momento a otro, llegaría Jack y ella estaría sentada y a salvo en el asiento del pasajero de su cochazo. Margaret se escondería en su cuarto. E incluso si Karen se apostaba frente a una de las ventanas de la planta baja para verla marchar, Alex se quitaría de encima esa mirada de vergüenza, pasaría a ser un sentimiento que vería de lejos, y la casa se iría haciendo más pequeña, la verja se abriría para dejar pasar el coche de Jack, y cuando Jack saliera del camino de entrada y enfilara la calle, la casa y sus ocupantes desaparecerían por completo detrás de un seto.

8

Jack parecía más joven de lo que recordaba Alex –¡un crío!–, pero tal vez se debía a la enormidad del coche. O a la ropa que llevaba.

Zapatillas de borreguito con unos pantalones brillantes de baloncesto y una camiseta que le quedaba grande.

–Cuidado con la cabeza –dijo Jack cuando Alex subió al asiento del pasajero. Solo sentarse, abrocharse el cinturón, Alex sintió la emoción de la huida, el alivio de dejar atrás esa tristeza.

El aire acondicionado estaba a tope. Lanzó la bolsa al asiento de atrás, lleno de arena, junto a una toalla de playa de rayas y un ejemplar azul cobalto de Siddharta.

Jack bajó marcha atrás por el camino de entrada.

–¿Es tu casa? –preguntó.

–No, solo me he quedado unos días. Es la casa de una amiga. –Alex contuvo el impulso de echar un vistazo a las ventanas para ver si había alguien mirando–. Perdona –dijo, y se forzó a sonreír, volvió la cara hacia él–. Estoy un poco ida.

Él se encogió de hombros.

–No pasa nada. –El vello de sus antebrazos destacaba, rubio, sobre la piel bronceada.

–Gracias por recogerme. No tengo coche ahora mismo.

–Tranqui. Estaba cerca, además.

Jack, descubrió Alex, era más hablador cuando bebía, pero ahora se mostraba casi caballeroso. Se frotó la nuca con nerviosismo, dio unas palmaditas al móvil, en el bolsillo de los pantalones cortos.

Apenas la miraba a los ojos al hablar. El momento en el que pareció más animado fue cuando subió la música y se puso a botar en el asiento con el volumen al máximo y todas las ventanillas bajadas.

–Este tío es, como, mi favorito –dijo, por encima de la canción–. Hice que mi padre comprara este coche porque es el mismo que lleva él.

–Mhm. –Alex escuchó solo a medias lo que decía el chico; estaba intentando identificar su acento. ¿Lo tenía, o se lo estaba imaginando, un tonillo casi europeo, sutilísimo, en las frases?

–¿Quieres ver una cosa rara?

Jack empezó a trastear con el móvil, solo un ojo en la carretera. Puso un video, orientando la pantalla hacia Alex. Eran imágenes de una cámara de seguridad, con ese verde mórbido de la visión nocturna, un patio vasto y ajardinado. Y de pronto un animal, un gato grande, dando vueltas a la piscina, ¿un puma? Alex nunca había visto ninguno.

–Madre mía.

Parecía la muerte, rondando sinuosamente la piscina. Le subió una náusea por el cuerpo. Aunque igual era solo por lo que había bebido, por el azúcar y la cerveza.

Jack volvió a poner el vídeo. Los ojos del puma relucían de un verde

chisporroteante, todo en las imágenes tonos de verde y negro.

–Es de la casa de mi padre en Los Ángeles –dijo, con los ojos saltando entre el móvil y la carretera–. Un puma en el patio. Qué cosa, ¿eh?

El padre, le contó Jack, era productor. Alex no sabía decir, francamente, qué hacía un productor. Solo cuando Jack mencionó el nombre completo de su padre por tercera vez comprendió que debía de ser muy importante. Lo supo porque Jack lo pronunció cada vez como una metralleta.

Tenía lógica, explicaba esa mezcla de timidez y seguridad. La gente siempre le prestaba atención a Jack, seguramente, pero solo de segundas. Un interés eternamente reflejado en otro, eternamente mediado por otro objetivo. Había conocido a gente como él, hijos de los ricos y famosos, con la personalidad distorsionada por una falsa realidad. Nadie les hablaba nunca sinceramente, nadie les daba nunca una respuesta social productiva, por lo que no llegaban a cultivar una identidad propiamente dicha. Soltaban anécdotas flojas e interminables sin pensar que tal vez fuesen aburridas. ¿Cómo iban a imaginar que fuesen aburridas? ¿Acaso la gente no parecía siempre cautivada, ansiosa de oír cualquier cosa que tuvieran que decir?

El móvil de Jack vibró. Se le nubló la cara al instante.

–Me llama mi padre –dijo–, mierda, espera.

Alex miró por la ventanilla e intentó hacer como si no estuviera escuchando.

–Dios –decía Jack–. Lo siento.

Un sonido amortiguado por el altavoz.

–He dicho que lo siento. –Una pausa–. Bueno, me ha salido un imprevisto. ¿Vale?

–Perdón –le dijo moviendo los labios a Alex.

Jack se pegó el móvil al pecho. Alex oía la voz al otro lado de la línea, que continuó hablando.

–Lo siento –dijo Jack–. Tengo que cenar con él. ¿Quieres venir conmigo? A cenar.

–Ah. ¿En serio?

–Por favor.

El padre seguía hablando.

–Claro –respondió Alex–. Sí. Claro.

–He dicho que vale –dijo Jack al teléfono–. Ostras, que sí. Hasta ahora.

Soltó el móvil en la consola central.

–Lo siento –dijo, y volvió a subir la música.

El restaurante estaba a pie de autopista. Jack aparcó de cualquier manera, ocupando dos plazas; no pareció darse cuenta. El aire bullía de insectos, una música de viernes noche se escapaba del bar de al lado.

–¿Seguro que quieres que venga? –Alex podía encontrar algo que hacer durante unas horas. Aunque no le apetecía, especialmente, y puede que él lo captara.

Jack asintió, enérgicamente.

–Vente –dijo–. En serio.

La sala estaba oscura, había velas en la barra y en las mesas.

Manteles blancos, madera cálida. No llevaba la ropa apropiada, pero tampoco Jack. La suya era tan inapropiada que se le veía

perfectamente a gusto; sus andares despreocupados eran el signo definitivo de pertenencia.

–Las patatas fritas están buenas –dijo, y luego se le ensombreció la cara–. Oj, ya está aquí.

El padre estaba sentado a una mesa con una camisa rosa de vestir.

Estaba en buena forma, al estilo de los ricos de la Costa Oeste; seguramente jugaba a tenis y corría, al menos hasta que empezaron a fallarle las rodillas. Pero sin duda hacía ejercicio varias veces a la semana. Levantó la mano hacia Jack, y entornó los ojos cuando vio que Alex venía detrás. La mesa, se fijó ella, estaba puesta para dos.

El padre se puso de pie.

–Hola –saludó–. ¿Quién es tu amiga?

Como vio que Jack no hacía ningún gesto de presentarla, Alex tendió la mano.

–Hola, soy Alex. –Un apretón firme, cortés contacto visual.

–Robert.

Alex dibujó una disculpa en la cara, tratando de sugerir, por sutilmente que fuera, que se ponía en el lugar del padre, aunque debía evitar que Jack lo notara.

–Perdón –dijo–. Creo que soy una incorporación de última hora.

–Podemos hacer sitio, ningún problema –dijo Robert, y le hizo una seña al camarero.

Se mostraría afable, vio Alex, rectificaría suavemente el rumbo de modo que cualquier signo de irritación fuera apenas perceptible, si bien Alex detectó como tensaba la mandíbula. Debía de ser siempre así, furibundamente flexible, alguien que se adaptaba a todo lo que le echaran. Podía ser una forma de agresividad en sí.

Jack se dejó caer en el asiento. Agarró un palito de pan del cesto.

Alex vio como el padre reparaba en la boca abierta de Jack al masticar, y vio como seguía sonriendo con toda la intención.

–¿Y de qué os conocéis?

Alex espero a ver qué respondía Jack. Él se encogió de hombros, sin dejar de masticar.

–De por ahí.

–Estábamos en la playa –añadió Alex, en tono amable, mientras el camarero colocaba un plato delante de ella, cubiertos, una gruesa servilleta.

–Yo no he ido tanto como me gustaría –dijo el padre–. Antes hacía surf. En verano, íbamos casi todos los días, ¿eh?

Jack soltó un gruñidito. Su grosería era tan teatral... ¿Lo estaría haciendo en su honor? El padre se lo tomó con filosofía, siguió tirando con la conversación.

–Pero de eso hace tiempo –dijo.

Alex debía esforzarse por mantener el tono correcto con él: era demasiado fácil caer accidentalmente en el flirteo. Sonrisa de joven exploradora, se recordó.

–¿Y vives en Los Ángeles? –preguntó.

–Durante el año, sí. Casi siempre. Supongo que también podría hacer surf allí, pero se pone bastante frío.

–Claro –respondió ella, y compartieron una sonrisa discreta. Era casi como si el padre y ella estuviesen en una cita, con Jack tan ausente, tan obcecadamente infantil.

El camarero llegó con otro cóctel para el padre.

–¿Algo de beber?

–¿Puedo tomar una cerveza? –preguntó Jack.

El padre se aclaró la garganta.

–Creo que con agua ya va bien.

–A mí también me va bien –dijo Alex con voz cantarina. Como una buena chica.

–La madre de Jack y yo nos casamos en este restaurante, de hecho

–explicó el padre–. Fue divertido. Muy relajado, una bonita noche. Un montón de amigos. Hace un millón de años.

Jack puso una sonrisa de suficiencia. Su grosería había cruzado la línea de lo verdaderamente ridículo, lo que la volvía inofensiva; los ojos del padre saltaron sin descanso por la cara de su hijo. Como si Alex y él se hubiesen visto interrumpidos por un anuncio publicitario, un pequeño estorbo que tenían que aguantar antes de poder

proseguir con la conversación real.

Alex siguió sonriendo, asintiendo de vez en cuando mientras el padre hablaba, pero su atención iba dando vueltas por el restaurante. Unas aves del paraíso y otras flores de tallo robusto asomaban altas de un jarrón gigantesco. Menús en fundas de piel, como maletines en miniatura, la gente sentada hombro con hombro en la barra.

¿Venía Simon a este sitio alguna vez? ¿Conocía el padre de Jack a Simon? No era imposible.

En el restaurante había sobre todo parejas, parejas mayores, pero reparó en unas piernas al aire, unas piernas jóvenes. Una mujer con una cortina de brillante pelo castaño y un vestido un poco demasiado ostentoso, sentada enfrente de un hombre de pelo blanco. Alex, por costumbre, apartó la vista.

–Al final acabamos rodando gran parte en Long Island City –estaba diciendo el padre–. Ahí salen sets como setas. Sets como setas, ja.

Alex sonrió.

Algo la llevó a mirar de nuevo a la mujer del vestido, una especie de energía que atraía su atención. La mujer tenía los labios rojos en el borde de la copa de vino.

Un vistazo al plato vacío, otro vistazo a ella, y sí, pensó Alex, era Dana. Tenía que ser ella.

Le sorprendió la rapidez con la que se enfocó su imagen. Dana miraba al hombre asintiendo, y sonreía, una sonrisa tímida. ¿Habría reconocido a Alex ella también?

Dana tenía buen aspecto. Alex dio por hecho que el hombre del pelo blanco no era su novio, aunque a saber por dónde la habría llevado la vida. Le hizo gracia imaginar qué pensaría Dana de ella, qué conclusión sacaría de esa mesa de tres. Seguramente creería que Alex estaba con el padre de Jack.

Alex lanzó otra mirada a la mesa de Dana. Estaba compartiendo una porción de pastel de chocolate con el hombre; tomó un bocadito remilgado. ¿Se saludarían? A veces, Alex deseaba tener a alguien con quien intercambiar impresiones. Ver si recordaba las cosas como eran, hablar con una persona que pudiese rellenar los espacios en blanco. Cuando vio que Dana se excusaba, cuando vio que se daba encantadora e innecesariamente unos toquecitos en los labios con la servilleta, también ella se levantó.

En aquella época, tenían las dos veinte años. Alex acababa de llegar a la ciudad. Aunque, ahora caía en la cuenta de que posiblemente Dana se hubiese quitado algunos años, debía de ser mayor.

Dana le había enseñado a identificar a las otras en público: pintalabios intenso y pigmentado. Por lo general, rojo, aun cuando otro color sería más favorecedor. Tacones altos que, lo más seguro, se habría puesto en la misma puerta del restaurante. Vestido corto demasiado formal, bien en tonos joya, bien en un negro desvaído.

Vestidos con algo de esa triste aspiración de elegancia que tenían los vestidos del baile de fin de curso. Chicas que cogían el bolso con las dos manos. Chicas disfrazadas de chicas.

Alex recordaba una noche en concreto. Dana y ella bailando en un club con los ojos cerrados y las manos en un puño. Alex llevaba un vestido que le había prestado Dana y que le apretaba demasiado debajo de los brazos. Estaban sentadas en unos bancos de

terciopelo falso, en un rincón retirado del local, haciendo durar las copas mientras una mujer vestida de dorado limpiaba la mesa. Había sido el cumpleaños de algún hombre, unos globos de aluminio con las letras JASON vibraban con los bajos. La J ya se estaba empezando a deshinchar, había perdido altura.

Alex fue viendo como la J se plegaba por completo sobre sí misma y luego se quedaba flácida.

Un hombre se sentó en su mesa. Le dijo a Alex que creía en Dios, pero después de decirlo se echó a reír como una niña. Se inclinó adelante para añadir algo. Alex sonrió, por reflejo, pensando que contaría alguna clase de chiste. Cuando comprendió que el hombre estaba haciendo un comentario sobre sus pezones, siguió sonriendo; los labios se le torcieron apenas un segundo.

La chica del vestido dorado se acercó con la cuenta.

–Necesitamos una tarjeta de crédito –anunció Dana, con los brazos en jarras. Esperó un momento, hasta que el hombre lo entendió; rebuscó en los bolsillos y sacó una tarjeta de crédito.

Ninguna de las dos le dio las gracias. Al hombre no pareció importarle.

La noche terminó en una limusina. Dana convenció a alguien para que pidiese una, puta horterada. Se repantingaron las dos en el asiento de cuero negro, y Dana despachó rápidamente una botella de champán barato que había en una cubitera. Los hombres del coche –otros hombreshablaban principalmente entre ellos. Uno, un tipo calvo que respiraba por la boca con esfuerzo audible y alarmante; el otro, con una mirada vidriosa que no dejaba de asentir a la nada.

Una tira de luces LED serpenteaba por la tapicería. Cada pocos segundos, el color se fundía en otro distinto, púrpura tropical y turquesa oscuro y azul.

–Dile al conductor que cambie la música –dijo Dana–. Esta es una mierda.

El hombre apenas la miró.

–Eh –gritó Dana–, eh, conductor, cambia la música, ¿vale?

Queremos bailar.

El conductor no pareció incomodarse. Si acaso, pareció encantado con la presencia de las chicas, mirando y sonriendo en el retrovisor.

–¿Qué tal la temperatura, señoras?

–Hace frío –respondió Dana, con tono lastimero–. Quiero escuchar mi música –dijo, y avanzó dando trompicones entre los asientos para

pasarle el móvil al conductor. Se le levantó tanto el vestido que Alex vio el tanga beige incrustado entre las nalgas.

Cuando la música invadió el coche, Dana se recolocó el vestido y respiró hondo, como si por fin pudiera relajarse, como si la música le ofreciera algún sustento necesario.

En un momento dado, Dana y el hombre calvo desaparecieron, se habían bajado en alguna parte, y Alex se quedó sola con el otro tipo.

Algo salió mal, Alex hizo o dijo algo; el hombre mandó parar al conductor y la dejó en el puente «Eres una zorra», le dijo, y Alex se quedó completamente en blanco, no sabía lo que había hecho, por qué estaba tan furioso el hombre. «Perdón señorita, perdón señorita, perdón señorita.» El conductor se había sentido mal por ella, al menos.

Muchísimas de las noches las recordaba solo como un sentimiento amargo, la mirada hostil de un camarero, desconocidos intentando no mirar cómo un hombre le apretaba la rodilla. Los hombres querían siempre que la gente viera que estaban con Alex, que las miradas los siguiesen mientras se encaminaban a los ascensores. ¿Imaginaban acaso que parecían algo distinto a lo que eran? Como si alguien echase cuentas y diese con otra explicación.

A una fiesta, la llevó Dana, una fiesta en una terraza, con muebles hinchables de plástico azul, sofás y sillones enormes. Era ridículo, como el mobiliario de una adolescente. Había mesas atiborradas de fruta, uva y plátanos medio verdes y fresas descomunales; toda la fruta de un color liso y artificial. Acabaría en la basura, estaba segura Alex; no la tocaba nadie. Había mujeres jóvenes bebiendo flautas de champán con seria decisión y subiéndose el vestido con una mano para aplanarse los pechos. Habían abandonado una parte

importante de sí mismas, dispuestas a dejarse llevar en cualquier dirección que les propusieran; daba igual, en el fondo, quién se les acercara. Dentro, estaban engatusando a un hombre menudo para que tocara el piano. La gente no dejaba de subir y bajar por la escalera de cristal. Un hombre que iba hacia arriba detuvo a Alex para preguntarle si sabía qué eran las obras de arte de la pared.

–Vaginas –dijo él–, son moldes de vaginas.

Se la quedó mirando para ver su reacción.

Como en otros momentos, Alex se descubrió sonriendo sin motivo.

Los servicios del restaurante eran cálidos, también de esa madera de grano fino, y la luz ámbar y temblorosa de los apliques creaba una especie de efecto marítimo. Solo había una cabina ocupada: Dana.

Las puertas eran de esas del suelo al techo. Práctico, en los viejos tiempos, para meterse droga; Dana apretujada dentro con Alex, sentada en la tapa del váter con el vestido lencero subido por las caderas, el aliento caliente y animal de Dana dándole en la cara y una esnifada brusca del dorso de la mano. Las habían pillado alguna que otra vez, un empleado o un guarda de seguridad que las estaba esperando al salir, pero nunca habían pasado miedo. Era divertido.

Alex abrió el grifo, y luego se lavó las manos de verdad. Se hizo un examen rápido en el espejo, enseñó los dientes; todo bien. Una tosecilla en la cabina, Dana aclarándose la garganta. Luego, el sonido amortiguado de la cisterna. Alex se quedó frente al lavamanos.

La última vez que vio a Dana, estaba viviendo en aquel edificio recién construido, en un apartamento en el que las ventanas no se podían abrir. Un hombre de Houston había pagado la fianza a cambio de susurrantes conversaciones telefónicas sobre a quién se había follado Dana ese día y cómo de grande tenía la polla. Había un neón con la palabra AMOR en la pared, y un póster de Audrey Hepburn pegado con celo encima del sofá. Un letrero metálico en la puerta del baño con Les Toilettes en una cursiva llena de florituras.

¿Por qué había dejado de hablarle Dana?

Los detalles eran difusos.

Ahí estaba. Dana abrió la puerta de la cabina, fue hacia el otro lavamanos. Dana en persona. Con un movimiento resuelto, se apartó el pelo atrás y dejó que le cayera suelto por la espalda. Estudio su

reflejo al hacerlo. Pareció satisfecha con lo que fuera que viese.

Empezó a lavarse las manos.

Alex miró a Dana de reojo. El vestido era un punto demasiado revelador, el escote demasiado forzado. ¿Es que no se daba cuenta?

¿No había pillado siempre esas cosas?

Dana se había colgado una leve sonrisa de no-me-hables en la cara, y apenas miró a Alex de pasada en el espejo antes de concentrarse de nuevo en sus manos. Al momento, volvió a mirar.

–Dios.

–Hey –saludó Alex.

–Ja –dijo Dana, más como una exhalación que como una verdadera risa, y siguió lavándose las manos.

–¿Qué tal? –La pregunta sonó especialmente pobre.

Dana cerró el grifo con el antebrazo y luego, con las manos goteando, cogió una toalla doblada.

–Me preguntaba si te vería –dijo Dana–. ¿Recuerdas, que siempre sabía que iba a pasar algo antes de que pasara?

–¿Verme?

–Por aquí. –Dana soltó la toalla de mano en un cesto de mimbre. Se pasó un dedo por debajo de cada ojo, sin apartar la vista de su reflejo–. Llevaba una eternidad sin hablar con el tío ese. Dom. Me dijo que andabas por aquí.

Alex intentó mostrarse tranquila.

–Está como loco, ¿lo sabes? Va persiguiendo a todo el mundo –Dana se estudió las puntas de los dedos–, preguntando por ti.

–Bueno, ya sabes cómo es Dom.

–No, la verdad. –Dana la miró directamente a los ojos–. No lo conozco.

Alex trató de sonreír. Cariñosamente, pensó, una sonrisa cariñosa que tal vez le recordara a Dana que habían estado unidas en sus tiempos. Bastante unidas.

–Igual si te vuelve a llamar… –dijo Alex–, ¿igual podrías no comentarle que me has visto? Vuelvo pronto a la ciudad.

–Yo no quiero meterme, Alex. –Dana la miró de nuevo a los ojos.

¿Qué veía en su rostro? Se ablandó levemente–. Además, de todas maneras, me dijo que venía para acá. No me dio más detalles.

Alex se forzó a respirar. Procuró responder con voz serena.

–¿Qué dijo exactamente?

–Nada más, ¿vale? No dijo nada más. Paso completamente de

verme otra vez metida en tus mierdas.

Estaba ya cansada de Alex, cansada de esa conversación. Abrió el broche del bolso, una cosa diminuta apenas capaz de contener el teléfono móvil. Revisó la pantalla, soltó un murmullo.

–En fin. –Una falsa y radiante sonrisa más o menos en dirección a Alex–. Nos vamos ya. Que lo pases bien.

La puerta se cerró detrás de ella. La música del comedor se filtró adentro, luego se fue desvaneciendo.

Alex sintió el impulso de seguirla. Insistir para que volviera a contarle la conversación con Dom, para que le contase a Alex exactamente lo que había dicho.

No se movió.

Se humedeció los labios. Intentó sobreponerse a la paranoia, atajarla antes de se le fuese de las manos, si no, sería insoportable, no aguantaría toda la cena. Intentó no mirar si le temblaban las manos.

Tal vez Dom ni siquiera estaba ahí, tal vez fuese un farol. Eso era más probable, ¿o no? ¿Cómo iba a estar intentando encontrarla?

Un sobresalto, la puerta del baño abriéndose: era una mujer mayor, con pantalones de vestir y una blusa anticuada, que parecía tan sorprendida como Alex y se llevó la mano al cuello.

Alex llevaba ya demasiado rato fuera. Se obligó a regresar a la mesa con paso seguro y normal. Un pie y luego el otro. Hizo un barrido rápido de la gente sentada a la barra, de las caras del comedor. Por descontado, ninguno de ellos era Dom; por descontado que no estaba ahí. La mesa de Dana ya estaba vacía. Un camarero recogió las migas del mantel con rápidas pasadas.

Hablar con Dana había sido mala idea. Alex erraba el tiro muy a menudo, últimamente. Estaba todo fuera de sitio, o igual el problema era ella. Quizás debería tomar una pastilla para tranquilizarse. Se decía que intentaría ser mejor, y sabía en el mismo momento que no sería así.

Alex se moría por una copa. ¿Tal vez podía pedir algo en el bar y terminárselo rápido antes de que nadie se diese cuenta?

Pero el padre ya la había visto, y Alex se sentó con una sonrisa.

Se esforzó por sintonizar de nuevo con la frecuencia de la cena: el padre de Jack, Jack sentado a su lado. ¿Notaban que algo no iba bien? Se removió en el asiento mientras el camarero recitaba de carrerilla los platos del día. Intentó parecer atenta, aun sin quitar el ojo de la puerta.

Jack pidió pasta con verduras, patatas fritas y palitos de mozzarella.

Alex, el salmón. Una leve mueca por parte de Jack; Alex recordó su fase Siddhartha, su sermón vegetariano. Lo cambió por la pasta.

–El salmón pinta bien –dijo el padre–. Sano. Me lo tendría que pedir yo.

Pero, después de hacerle al camarero una serie de preguntas con respecto al salmón, terminó pidiendo el bistec. Como tenía pensando desde el primer momento, seguramente.

–Lo mío es la carne roja –dijo–. Me esfuerzo por cambiar, pero soy del Medio Oeste, eso se lleva dentro.

–Tus padres se mudaron a Bel-Air cuando tú tenías, como, dos años

–replicó Jack.

Robert hizo como si no lo hubiera oído.

Cuando llegó la comida, Jack se quedó mirando con toda la intención cómo su padre atacaba el filete. Tan pronto dio un bocado, Jack hizo un mohín.

–Se dedican básicamente a torturar vacas –dijo–. Están tan apretujadas que acaban todas deformadas. Hay un millón de vídeos.

–Por desgracia, este bistec está muy bueno –respondió Robert. Le lanzó a Alex una sonrisa afable. Ella dio por hecho que no era la primera vez que aguantaba esos razonamientos.

–¿Y tú de dónde eres, Alex?

–Del interior. –Otro gesto difuso con las manos.

–Teníamos una casa ahí, cuando Jack era pequeño –respondió el padre–. Unos siete, ocho años. No te debes de acordar mucho –dijo a Jack–. Cerca de Millbrook. Una zona muy bonita.

–Lo detestabas –soltó su hijo–. Decías que era un pueblo de mala muerte.

–No es verdad. –Tuvo que hacer un esfuerzo por relajarse, dio la impresión. Jack parecía triunfante, había obligado a su padre a soltar, ni que fuese un momento, la fachada de afabilidad, esa eterna jovialidad de Los Ángeles.

¿Le generaba aversión su hijo? ¿Se tensaron sus rasgos un

minimísimo segundo?

Podía ser. O podía ser que Alex viese odio por todas partes, se lo imaginara donde no lo había, y eso era problema suyo, no de Jack y Robert.

Cuando su padre fue al baño, Jack agarró su cóctel del otro lado de la mesa. Se lo acabó casi todo de un trago, y luego le pasó a Alex lo que quedaba.

Ella dio el último sorbo. Un vodka soda. Tenía un sabor ascético, como a agua pasada. Era lo que pedían todas las chicas en aquel entonces, la bebida de las mártires.

–A mamá le da igual que tome algo en la cena –dijo Jack–. Es un plasta con ese tema. En realidad no le importa, lo que le importa es aparentar que le importa. Lo cual es mucho más hipócrita.

–No es tan horrible –respondió Alex–. Podría ser peor.

–Perdona. Te está lamiendo el culo. Lo hace con todo el mundo.

–No pasa nada. En serio. No me molesta.

–Me tuve que tirar básicamente un siglo viviendo con él –dijo Jack–.

Yo ya paso.

Á

–¿En Los Ángeles?

–O sea, estaba ya harto de todo el rollo de los estudios. –Jack la miró a través de sus espesas pestañas despuntadas–. ¿Sabes?

Le explicó que el año anterior se había tomado un descanso.

–Parecía buena idea –dijo, frotándose la nuca–. Un año sabático, ya sabes. Antes de ir a la universidad.

Alex se preguntó, por la forma en que sacó el tema, por la forma en que fue engullendo las patatas fritas mientras hablaba, si tal vez no había sido idea de Jack tomarse ese descanso. ¿Le habrían pedido que abandonara el centro? ¿Una expulsión temporal, o cualquier otro eufemismo que usaran?

¿Qué podría significar eso? Aún no lo sabía, pero era otro dato interesante, almacenado para más adelante.

Jack tendría que haberla sacado de quicio; esos ramalazos de chulería, lo que fuera que hubiese hecho o no hecho para que lo mandasen un año a casa. Pero no era así. El esfuerzo que estaba haciendo era demasiado evidente, revertía a la mínima a su yo joven y ansioso, la voz buscando el elogio. No le costaba ser amable con él.

Jack agarró otro puñado de patatas fritas, regando la mesa de sal.

–Prueba una –dijo–. Buenas, ¿no?

La cena fue cuesta abajo de ahí en adelante. Robert se levantó de la mesa al menos dos veces para responder al teléfono. Tan pronto se sentó la última vez, el móvil se iluminó de nuevo.

–Un segundo –dijo al auricular–. Lo siento –les explicó a Alex y Jack–. Estamos en preproducción y hay un millón de fuegos que apagar.

–Un montón de cosas importantes –dijo Jack, con una sonrisa de suficiencia–. Qué puta sorpresa.

El padre se estaba poniendo de pie. Se detuvo.

–Basta –le dijo a Jack–. Basta. –Le cambió la voz–. Ahora te llamo –

dijo en una voz casi cantarina al teléfono–. Tú –dirigiéndose de nuevo a Jack y señalándolo con el dedo–. Vamos un momento fuera.

Jack le lanzó una mirada a Alex.

–Venga –dijo el padre–. Vamos a hablar. –Miró a Alex con una sonrisa deslumbrante–. Alex nos disculpa, ¿verdad que sí?

–Por supuesto. –No levantó la vista. Estaba acostumbrada a eso, a la cortesía de fingir que lo que estaba ocurriendo no estaba, en efecto, ocurriendo.

Alex vio a Jack agitar los brazos por las ventanas del restaurante, y luego cruzarlos contra el pecho. El padre tenía una expresión dura.

Ahora que se había quedado sola, Alex le dedicó a su plato más interés. Tomó otro trozo de pan para hacer bajar la pasta, sin pausa entre bocado y bocado. El padre apenas había tocado el bistec.

Cortó un pedazo con el tenedor. Y luego otro. Todo difuso en la pureza de la saciedad, de recibir alimento. Siguió comiendo. Una leve náusea que no era en el fondo desagradable. La hacía sentirse más sólida.

Era imposible que Dom se hubiese pegado el viaje hasta aquí, un disparate. Se lo dijo a sí misma y pareció cierto.

–¿Postre? –preguntó el camarero.

–Creo que ya está todo. –Alex se limpió la boca con unos toquecitos de la servilleta, se pasó la uña entre los dientes.

Solo volvió Jack. Apartó la silla bruscamente para sentarse, soltó el móvil en la mesa.

–¿Todo bien?

–Sí, perfecto. No es nada –dijo–, gilipolleces.

–¿Y tú padre?

–Al teléfono. –Se apartó los rizos de los ojos–. Bueno, ¿cuál es el plan? –Le botaba la pierna–. ¿Quieres que nos vayamos?

La fiesta era a otra media hora de camino por la autopista, hacia la punta de la isla. Alex no había ido nunca tan lejos. Simon no dejaba de decir que quería llevarla al faro, pero nunca la había llevado. O no de momento, se dijo.

El móvil de Jack vibró; ignoró la llamada.

–¿Cómo es la fiesta? –preguntó Alex.

–Es en casa de un colega. Habrá un montón de gente, supongo. No sé si conocerás a alguien. Le he mandado un mensaje a Max para quedar ahí con él.

–¿De qué los conoces?

–Del colegio, no sé –respondió Jack–. Y, a algunos, de por aquí.

–¿Amigos del instituto?

–Y de la primaria.

A Alex, esa continuidad le parecía casi inconcebible. Imagínate que el hilo fuera siempre el mismo, que el mundo permaneciera estático.

¿Sería agobiante, agotador, o el motivo por el que toda esa gente

sabía con particular certeza quiénes eran, tenía la confianza de que su identidad poseía un contexto? En el lugar del que venía ella había un contexto, pero era un contexto negativo, un vórtice. El arco de tu vida estaba ya determinado, los límites eran ya visibles. Esto era otra cosa.

Alex no se dio cuenta, hasta que estuvieron mirando afuera desde dentro, de que la casa estaba en lo alto de un acantilado, con el océano justo abajo. Aquí estaba más encrespado, la costa era más rocosa.

–¿Jack?

El chico que se acercó era alto, de aspecto germánico, con unos rasgos que parecían una aproximación, como dibujados de memoria.

Hablaba muy rápido, sin quitar ojo de la puerta. Un anfitrión cuidadoso. Le estrechó la mano a Alex. Se presentó con el nombre completo. Como todos ellos, el chico sabía ser instantánea e impecablemente educado. Le dio un abrazo a Jack.

–Hacía una puta eternidad, tío –dijo–. ¿Va todo bien? –Le dio una palmada en el hombro a Jack–. Me alegro de verte otra vez haciendo cosas, tío.

Alex captó un atisbo de vergüenza en la expresión de Jack; curioso.

–¿Puedes ir caminando a la playa desde aquí? –preguntó Alex.

–No –respondió el chico–. Ni de coña. Hay, como, un precipicio a plomo. Y, además, es todo rocas. Nada de arena.

Había otras veintipico personas en la casa. Alex reconoció al chico cararrata de la playa, con una sudadera desteñida de tonos pastel, y pantalones de chándal. Vio chicas, también, chicas con pendientes de aro plateados y la raya en medio, chicas con camiseta, vaqueros

estadounidenses de tela buena y mocasines. Habían incorporado ya toda información existente sobre la forma en que debían

desenvolverse en el mundo, sobre lo que era correcto. Se las veía tan cómodas, tan despreocupadamente guapas. ¿Tenían tan buen cutis por naturaleza, o por intervención médica? Por madres que las llevaban a la consulta del dermatólogo al menor signo de

imperfección? Suponía que rondaban la edad de Jack, pero ¿cómo era posible que pareciesen tan mayores, tan seguras de sí mismas?

Estaban en un estrato distinto al de Margaret, varios grados más cerca del poder cultural.

Se sirvió vino tinto de la nevera. Cuando dio un sorbo, descubrió para su sorpresa que era espumoso.

–Va bien con la pizza, ¿eh? –dijo Jack.

Había cajas de pizza en la encimera de la cocina. Unos cuantos envases sin abrir con ensaladas con pinta de aguadas y el queso feta aplastado contra el plástico. Alex se sentó en un taburete para picotear una porción de pizza.

–¿Qué pasa con él? –preguntó–. Con el tío que vive aquí.

–¿Noah? –dijo Jack–. No sé, nos conocemos de toda la vida. Antes hacíamos motocross por aquí.

–Mhm. ¿Y hace tiempo que no quedáis?

Jack se encogió de hombros. ¿Se había terminado ya el vino?

–Sí. No sé. He estado liado. Ellos estaban todos estudiando, el año pasado.

Se lo veía tan incómodo que Alex dejó el tema. Se bebió el último trago.

–¿El baño?

El baño entero estaba embaldosado, suelo, techo y paredes con los mismos azulejos hexagonales negros. En los cajones no había nada salvo papel higiénico. ¿Era el anfitrión lo bastante listo para vaciar preventivamente la casa de objetos que alguien pudiera robar?

Aunque ¿qué podía necesitar cualquiera de aquellos chicos que no

tuviese ya? Era relajante, esa plácida burbuja de nada. Alex giró la manija de la ventana y empujó; quedó libre una rendija de aire.

Suficiente para sacar la mano. La camisa se le había humedecido por las axilas, la costura se estaba poniendo oscura. Despegó la tela de la piel. Demasiado tarde, dejaría mancha.

Quería echar un vistazo al móvil, pero sabía que no serviría de nada.

Seguía estropeado y, además, hacía años que no tenía el número de Dana.

¿Se le veía el ojo izquierdo un poco rosado en el espejo? ¿Podía ser que le estuviese saliendo otra vez el orzuelo? Se dijo a sí misma que se lo estaba imaginando. Pero no se estaba imaginando esa leve arruga entre las cejas, esa ranura de monedas fantasmal. Presionó fuerte con el dedo. Volvió a examinar el espejo. La arruga saltaba a la vista, inevitable, así que dejó la mirada borrosa y la arruga desapareció.

Cuando regresó al salón, una chica con camiseta de rayas y shorts vaqueros estaba hablando con Jack. Llevaba la oreja derecha perforada de arriba abajo.

–No te cortes el pelo –dijo la chica, revolviéndole los rizos–. En serio.

Alex no entendió la respuesta de Jack. ¿Se estaba ruborizando?

Fue a sentarse al sofá. No reparó en el chico cararrata hasta que este se sentó a su lado.

–¿Qué tal? ¿Todo bien? ¿Necesitas algo?

Estaba siendo atento, pero su energía era agresiva.

–Estoy bien –respondió ella–. Gracias.

Se la quedó mirando a la cara. Con demasiada atención.

–¿Cómo... te llamabas?

–Alex.

–Eso. Yo, Max. –Sonrió con el brazo apoyado en el respaldo–. ¿De qué conoces a Jack?

–De la playa. El mismo día en que te conocí a ti.

–Ah, joder, ¿en serio? Pensaba que os conocíais de antes.

–No. Solo de por aquí. –Alex había cruzado los brazos sin darse cuenta; los descruzó.

–Pero tú no eres de la ciudad, ¿verdad? Se nota. –Sonrió. No muy amablemente.

Alex no respondió, pero eso no lo hizo aflojar.

–Yo tampoco. Soy de aquí. De hecho, yo sí que vivo aquí, no como ellos –dijo, señalando con la cabeza al enjambre de gente de la cocina–. Se han criado todos básicamente en un radio de cinco manzanas.

Con este nuevo dato, Max pasó a estar algo más enfocado. Parecía en efecto distinto a los demás; su presencia, tensa y precaria. Era curioso que la hubiese identificado como a otra intrusa. A Alex no le gustó.

Antes de que pudiera responder, Jack se les unió, con las grietas de los labios ya rojas de vino.

–Amigo mío –dijo Max–. Estaba aquí escuchando vuestra historia de amor.

–Anda ya –replicó Jack con una mueca.

–Es broma. Podrías haberme escrito antes, me habría venido contigo. Pensaba que te tenían encerrado.

–No sabía todavía qué haríamos.

–¿A tu padre no le importa que hayas salido? –preguntó Max–. ¿Está conforme, papá Robert?

Jack se lo quitó de encima.

–No pasa nada.

Max se encogió de hombros con aire divertido, miró a uno y a otro.

Había un perrito correteando por la casa, las uñas repiqueteaban en el suelo de tarima. Una chica se agachó para auparlo y lo achuchó contra la mejilla. Lanzó unos besos al aire y el perro le lamió los labios. A la chica no pareció importarle.

–Voy a fumar un cigarro –dijo Alex.

Jack y Max estaban absortos en su conversación. Ninguno de los dos respondió.

Alex abrió las puertas correderas. Al rodear la casa, encontró la piscina. Era más pequeña de lo que había imaginado, asomada a la negrura, al filo escarpado del acantilado y el cielo atiborrado de estrellas. Tardó un segundo en darse cuenta de que la piscina estaba ocupada: una chica en bragas sentada en el borde, y un chico flotando de espaldas y bebiendo una copa de vino.

Alex dio media vuelta.

Una pendiente de hierba, una verja de madera, el océano al otro lado, que solo se veía cuando te acercabas a la verja. Algunos chicos la habían cruzado y estaban sentados en el suelo con las piernas colgando. Los oyó hablar, sus risas salpicaban la oscuridad. Uno de ellos le dijo algo a Alex, algo que no entendió.

–¿Cómo?

–Que si necesitas ayuda para saltar la verja.

–Estoy bien aquí –respondió ella–. ¿Os puedo gorrear uno?

Se mareó solo de acercarse lo justo para coger el cigarrillo y una caja de cerillas. La caída en picado, las formas silenciosas de las rocas más abajo. Dejaba muchas puertas abiertas a la mala suerte.

A un desgraciado final. Nadie más parecía tener miedo, apenas daban impresión de computar el peligro. Agitaban las piernas en el aire, y el talón de las zapatillas rascaba contra la pared del acantilado.

Ni siquiera le apetecía el cigarrillo, pero ahora se alegraba de tenerlo, de tener algo concreto que hacer con las manos. Una forma de matar el tiempo, perfectamente delimitada. Cuando exhalaba, la brisa se llevaba el humo y, si no miraba abajo, se sentía mejor.

Una broma corría entre el grupo. Alex solo oyó el final.

–¿Y por qué nos caía bien Max? –estaba diciendo el chico.

Alex le devolvió las cerillas y él las cogió sin mirarla.

Hubo un estallido de risas, rápidamente contenidas.

–De verdad. –El chico miró alrededor, serio–. A ver, que alguien me lo diga. Solo quiero que me lo recordéis.

–Venga, ya está –dijo una chica–. No seas malo.

–Era una broma. Hostia puta –respondió el chico con tono tranquilo.

Encendió una cerilla y la lanzó por el borde del acantilado; se apagó casi al momento.

–Para –dijo una chica, pero con voz lánguida.

El chico lo hizo otra vez, un fogonazo sumiéndose bruscamente en la oscuridad. Y otra vez. Alex tuvo la sensación de que lo seguiría haciendo toda la noche.

Cuando volvió dentro, una de las chicas estaba tumbada en el suelo del salón con el perrito sobre la tripa. Lo tomó de una de las patas, como si estuviesen bailando, mientras con la otra mano fumaba de un vapeador. Después de una de las caladas, se apoyó sobre los codos y le echó el humo en la cara al animal.

Otra chica lo estaba grabando todo con el móvil.

–Espera, espera –dijo–, hazlo otra vez.

La otra chica accedió y una nueva vaharada de humo envolvió la cabeza diminuta del animal.

–¿Dónde estabas? –preguntó Jack. La rodeó por los hombros, solo un segundo. Sorprendente, el gesto, pero tenía pinta de estar ya borracho, los ojos desenfocados, la sonrisa un minuto por detrás–. Te he echado de menos.

–Solo he salido a fumar –respondió Alex.

La fiesta era ahora el doble de grande. Un chico con una gorra de capitán estaba llenando una hilera de vasos. El chico alto y germánico apuntó con un mando a distancia a la pantalla del

televisor y fue pasando de un título de película a otro. Probó a teclear manualmente desde el mando, pero luego presionó un botón y dijo:

–Scarface.

Aparecieron unas letras en pantalla; el chico no pareció contento con el resultado.

–¡SCAR-FACE! –le gritó al mando–. SCAR-FACE. –Lanzó el aparato al sofá–. Menuda porquería.

El chico cararrata, Max, estaba en la otra punta del salón hablando con una chica rubia, pero cuando vio a Alex y a Jack dio la impresión de ir hacia ellos.

–Tu amigo viene para acá –dijo Alex.

A Jack se le nubló la cara.

–Ahora mismo no puedo con él. Hoy está insoportable. Tiene ya a un montón de gente mosqueada.

–¿No hay otro sitio más tranquilo? –preguntó Alex–. ¿Quieres ir arriba o algo?

Jack arqueó las cejas. Empezó a sonreír, pero se contuvo.

–Claro. Sí, hay mucho ruido. –Apuró su vaso. ¿Cuántos iban ya?–.

¿Te apetece más vino o algo?

–Yo estoy bien.

Y estaba bien; un cigarrillo, un vino, la casa llena de gente. El interludio con Dana parecía ya una alucinación. Jack se estaba mordisqueando los labios mojados de vino. Era un chico majo. Majo, no, no era esa la palabra. Pero no había ninguna mala intención en él.

Se sentaron en una cama del cuarto de arriba en el que la gente había dejado sus cosas. Unas cuantas mochilas en un montón en el suelo, un par de bermudas secándose colgadas de la silla del escritorio. De haber estado sola, Alex habría inspeccionado los bolsos. Pero el impulso perdió de pronto la fuerza; no tenía sentido ahí, porque todo iba bien. Estar cerca de Jack calmaba ciertas urgencias, o las mitigaba, al menos. ¿Qué mal podría acontecerle jamás, a aquel vástago rubio?

–¿Te lo estás pasando bien? –A Jack le pesaban los párpados. A Alex le llegó, al acercarse, el olor a bicarbonato de su desodorante.

–Sí –dijo Alex–. Mucho.

Seguramente podían pasar la noche ahí, en alguna cama de la casa.

Seguramente se encontrarían el desayuno preparado cuando

despertaran. Uno daba por hecho que estos chicos, chicos como el anfitrión de la fiesta, no sabían cocinar, pero, curiosamente, acostumbraban a manejarse bien, enseñados por unos padres que

fetichizaban el estilo de vida europeo. Alex se tumbó, consciente de que Jack reparaba en la forma en que la camisa se le subía por la cintura. Cruzó los brazos por detrás de la cabeza, lo que dejó más piel expuesta.

–Ven aquí. –Dio unas palmaditas en la cama.

Jack se tumbó torpemente. Parecía que no sabía qué hacer con las manos, y al final las entrelazó sobre el pecho.

–Hola –dijo Alex.

Jack se quedó quieto, solo sus ojos se volvieron hacia ella.

–Hola –dijo.

Sonrió, involuntariamente. En los dientes de abajo asomó un destello de los aparatos, pero enseguida se tapó la boca con la mano.

–¿Por qué haces eso? –preguntó Alex–. Lo de taparte la boca cuando sonríes.

–Por los aparatos.

–Casi no se ven. Solo llevas abajo.

Alex le rozó los labios con el dedo; él se quedó rígido.

–Si haces eso, tapar algo, la gente se fija más. Se nota que estás escondiendo algo. No tendrías que preocuparte. Eres mono.

Jack volvió a sonreír. Esta vez no se tapó la boca.

–Eres muy maja.

–Maja –repitió ella con una sonrisita burlona.

–En serio. Me gustas.

–A mí también me gustas.

–¿En serio?

–Claro –dijo Alex–. ¿Crees que quedaría contigo si no me gustaras?

Se le entreabrió la boca y dejó escapar un aliento cuando Alex lo tomó de la barbilla para volverlo hacia ella.

–Te voy a besar –dijo Alex–. ¿Vale?

Él parpadeó, asintiendo, y Alex sintió un cierto subidón: el chico tumbado debajo, esperando a que ella actuara.

Cuando lo besó, encontró sus labios flácidos. Pero luego notó la lengua, un pajarillo diminuto lanzándose tras la suya, y el metal de los aparatos detrás. Alex se puso encima. La boca de Jack sabía a vino; la suya, se dio cuenta, a tabaco. A él no pareció importarle.

Cuando Alex se apartó, Jack respiraba agitadamente.

Ella sonrió, pero tuvo la sensación de que la sonrisa no conseguía llegarle a los ojos.

Jack la tomó de la mano. Tenía la palma sudorosa, resbaladiza.

Cerró los ojos y se movió buscando el cuerpo de Alex, que lo besó de nuevo, sin pensar. Él tensó las caderas arriba. Alex distinguió la forma de su polla marcándose en los pantalones de baloncesto.

Acercó la mano, sin aplicar apenas ninguna presión, pero a Jack se le abrieron los ojos de golpe aun así. Soltó un ruidito gutural. Miraba al techo. Alex había empezado a bajarle la cinturilla del pantalón; se sentó de rodillas para continuar bajando, pero la música del salón se cortó de pronto, y en su repentina ausencia se oyeron unas voces exaltadas. Alex y Jack se quedaron quietos.

Las voces siguieron, cada vez más altas.

–Qué cojones –murmuró Jack, pero solo dejó de besarla cuando llamaron a la puerta.

Una chica se plantó dudosa en la entrada del cuarto, la mirada revoloteando entre Jack y Alex antes de concentrarse atentamente en el ventilador del techo.

–Eeeh, ¿Jack? –dijo la chica–. Tu amigo ese... Se le está, como, yendo. ¿Bajas, mejor?

Le echó otro vistazo a Alex, y luego su atención corrió de vuelta al ventilador.

Abajo, en la cocina, la gente se había reunido en una masa confusa; la energía fracturada e inquieta. El único sentado en el suelo era Max, con la cabeza apoyada en la isla de cocina.

–¿Qué ha pasado?

El chico, Noah, decían, le había pegado un puñetazo a Max, pero

¿por qué? Algo con la hermana. Alex supuso que la hermana sería la que lloraba en ese momento en el ancho sofá blanco, consolada por un corro de chicas.

–¿Por qué has llamado a la policía? –repetía la chica como un ensalmo–. ¿Por qué has llamado a la policía?

–¿Han llamado a la policía? –preguntó Alex.

–No la ha llamado nadie ni de coña –respondió Jack.

Alex estaba segura de que no. Esos chicos eran demasiado listos para hacer algo así. Sin duda. No debían de creer en ninguna autoridad más allá de sus propias familias, no sentían alianza alguna con un poder superior, y seguramente hacían bien.

Noah se paseaba de un lado para otro, con los puños cerrados, lanzándole a Max una diatriba ininteligible. Nadie se molestó en intervenir. ¿Estaban esperando a que lo hiciese Jack?

–Esto me está dando un poco de mal rollo –dijo Alex. Jack no respondió–. ¿Quieres echarle un ojo a tu amigo?

Jack parecía reacio, pero fue para allá y se agachó al lado de Max.

Le puso la mano en el hombro y le murmuró al oído. Max lo ignoró, dio la impresión, pero luego le pasó a Jack algo que tenía guardado en el puño; él se lo metió en el bolsillo de la sudadera. Al final, Max levantó la vista y miró a Jack a los ojos un segundo. Lo que quiera que le dijese, hizo que Jack se sobresaltara visiblemente. Volvió junto a Alex con gesto duro.

–Dejémoslo –dijo–. Vamos.

–¿Qué ha pasado?

–Yo ni siquiera lo he invitado –dijo Noah. Ahora su invectiva se dirigía a Jack–. ¿Cómo coño lo iba a invitar yo a ninguna parte?

Jack levantó las manos.

–Lo siento –dijo–. Lo siento.

–No pensaba ni que fueses a venir tú –continuó diciendo Noah–. Y

que te trajeras a este gilipollas. ¿No se supone que no puedes beber y no sé qué mierdas?

–No pasa nada –dijo Jack.

–Los cojones, no pasa nada. El tío este es un puto psicópata. Lily tiene catorce años.

–No era su intención.

–Es mala gente. Todo el mundo lo odia menos tú.

–Noah –dijo la chica–. Para.

–¡Joder! –siguió Noah–. Es que no lo pilla. ¿A que no lo pillas? –le dijo a Jack–. Estás zumbadísimo de verdad, ¿no?

El resto de los invitados contemplaban la escena como desde una distancia lejana.

Jack parecía un niño ofuscado.

–Vámonos –dijo Alex, tirándole del brazo.

Alex tardó un momento en entender cómo salir de la finca y volver adonde habían aparcado. La verja era automática; se abría al paso de los coches, pero no al de Alex y Jack. Se paró a considerar el problema. ¿Podían treparla, colarse por un lado? Tal vez alguien los estaba observando desde la casa. La verja se abrió de pronto de par en par.

Jack tenía la cara contraída en una mueca, caminaba con paso vacilante.

–¿A qué ha venido eso? –preguntó Alex.

–Nada. La gente no soporta a Max. No sé. Le ha pasado droga a Lily, pero se lo ha pedido ella, así que no es culpa suya. Noah se ha portado como un capullo.

Alex lo siguió hasta el coche. Había dado por hecho que dormirían ahí, en esa fiesta.

–¿Podemos ir a algún otro lado? ¿Dormir en tu casa, a lo mejor?

La sugerencia pareció angustiarlo de verdad, desorientarlo de verdad.

–Mi padre está en casa. Mi padre y mi madrastra. No quiero ir ahí.

–Vale. Pues. ¿Y que no sea a casa de tu padre? O sea, ¿hay algún otro sitio?

Jack tuvo que apoyarse en el coche.

–¿Qué tal la casa de tu amiga? Donde te he recogido antes.

–No puedo quedarme ahí –respondió Alex–. Estamos medio

peleadas. Mi amiga y yo.

Él estaba demasiado borracho para hacer más preguntas.

–Déjame que piense –dijo–. No sé, ¿habrá, como, algún hotel?

–¿Hay algún hotel por aquí?

En aquella zona no se encontraban muchos hoteles; no era lugar para visitantes, como había quedado sobradamente claro.

–No pienso ir a la puta casa de mi padre –dijo Jack, de pronto enfurecido.

–Calma –dijo Alex–, calma. No he dicho que tengamos que ir. ¿Por qué no conduzco yo? Voy tirando en esa dirección y ya está.

Tuvo que ajustar el asiento del conductor. Era como conducir un tanque, a esa altura. Cuando dio el contacto, la música sonó tan alta que pegó un bote, pero Jack no se inmutó; estaba hundido en el asiento del pasajero, con la capucha de la sudadera puesta. Abrió un frasco de pastillas y metió dentro una bolsita de plástico –las drogas de Max–, y luego apoyó los pies en el salpicadero y se puso a juguetear con el envase, a arrancar la etiqueta con la uña.

–Igual conozco un sitio –dijo al cabo.

–Yo voy conduciendo, ¿vale? Tú me indicas.

Alex tuvo que dar dos veces media vuelta, porque Jack no se sabía los nombres de las calles y olvidó avisarla de un giro a la izquierda.

–Cuando lo vea, lo reconoceré. Hay una casa en la esquina, antes de girar.

Alex metió la marcha atrás, y la cámara trasera cobró vida; la señal de vídeo le mostró imágenes del asfalto. Era desorientador.

Regresó por donde habían venido.

–¿Cómo es que no me cuentas nada? –preguntó Jack de pronto.

Alex se centró en la carretera.

–¿Como qué?

–Cualquier cosa. O sea, no sé de dónde eres. Es raro, ¿no?

–No sé. Es aburrido.

Ya habían pasado antes por este tramo de carretera. Aguzó la vista para ver si la gasolinera le sonaba o no, un puesto de verduras con la persiana bajada, un campo sembrado en hileras, cubiertas con malla de plástico.

–No raro en plan mal –dijo Jack–. Es solo que me interesa. De dónde eres.

–Ah. Del interior. –Era lo que había dicho en la cena, ¿verdad? Lo miró de reojo: ¿iría demasiado borracho para recordar esa

conversación por la mañana?

–Y ahora... vives en la ciudad. Y fuiste a la universidad...

–En la ciudad, también. Soy muy aburrida.

–No. –Jack se incorporó en el asiento del pasajero–. No eres aburrida. –Eructó suavemente, se lo tragó.

Podían aparcar en la playa, pensó Alex, si no quedaba más remedio, y dormir en el asiento trasero. No era mala opción, y ya se había resignado a ello cuando Jack, de pronto, dio unos golpecitos en la ventanilla.

–Aquí es –dijo–, a la derecha. Gira por ahí.

Se deslizaron por una calle residencial.

–¿Adónde vamos?

–Esta es –dijo Jack, al llegar a una verja negra con setos a los

costados–. Sí, métete.

–Hay una verja.

–Ya, pero sé el código.

Alex bajó la ventanilla.

–Almohadilla, uno, nueve, siete, uno.

El interfono soltó un pitido atonal acompañado de una luz roja.

–Prueba otra vez.

Siguió sin funcionar.

–¿Y sin la almohadilla?

Nada.

–Supongo que lo habrán cambiado –dijo Jack–. Espera.

Se bajó del coche y dejó la puerta del pasajero abierta; la campanita de la alarma empezó a sonar a intervalos regulares. En el resplandor LED de los faros, Alex vio como se agazapaba y como escurría el brazo y el hombro en el hueco entre el seto y la verja. Cuando esta empezó a abrirse con un chirrido, Jack se levantó de un salto y se metió otra vez en el coche.

–Hay un botón –dijo sonriendo– por detrás. Listo.

9

No había una sola luz encendida en la finca, ni una sola luz en ninguna parte, solo el haz de los faros sobre el camino de entrada. Y

luego el contorno borroso de una casa, más oscura que el cielo.

Cuando aparcaron, Alex vio que había dos casas, en realidad: una pequeña, de tejas grises, como un bloque perfectamente rectangular que hubiesen soltado en el suelo, y otra más grande, cubierta a medias con una lona que restallaba ruidosamente por el viento.

–¿Bien? –preguntó Jack, volviéndose a ella.

Alex sonrió, pero no dijo nada, y notó que eso, esa reserva, lo espabilaba.

Salió con él del coche, pero dejó la bolsa dentro a la espera de ver qué camino tomaba aquello.

La casa, le explicó Jack, era de la familia de su novia del instituto.

–Son majísimos –dijo–. Toda la familia.

Alex dedujo que habían tenido una relación estrecha, y que la familia se había portado bien con Jack. Aun así, solo mencionó a los padres, lo fantásticos que eran, y no dijo nada concreto acerca de la novia.

¿Era raro? Los padres se llevaban a Jack en los viajes familiares.

Hablaron con su padre cuando las cosas se pusieron feas. Dieron la cara por él, dijo Jack.

–¿Y dónde están? –preguntó Alex.

–Acostumbran a pasar aquí todo el verano, pero ahora andan reformando la casa. –Señaló la lona–. ¿Ves todo ese rollo?

–Entonces ¿mañana por la mañana habrá gente? ¿Albañiles?

–Qué va. Es, en plan, un edificio histórico, así que el ayuntamiento les hizo parar las obras. Van a poner una demanda o algo. Mi padre dice que es una locura comprar una casa antigua. No trae más que problemas. La casa de la piscina –dijo, señalando el bloque más pequeño.

–¿Y por qué no se quedan ahí?

Jack se encogió de hombros. Tal vez el verano era para ellos un bien muy escaso, uno que no toleraba interrupción ni reducción alguna.

Rodearon dos veces la casa de la piscina, Alex detrás de Jack.

Todas las puertas estaban cerradas con llave. Jack probó a abrir sin éxito las correderas de cristal. Parecía aturdido.

–Mierda. –Le pegó una patada al suelo–. Joder. –Se sentó con las piernas cruzadas en el camino de entrada–. Lo siento.

Alex dio una vuelta más, en busca de cualquier ventana que pudiera haber quedado abierta. Nada.

Jack seguía sentado en el suelo, con esas zapatillas de borreguito suyas. Tenía la cabeza apoyada entre las manos, la capucha puesta.

–¿No dejan ninguna llave en algún lado?

–Ni idea. Siempre me lo encontraba abierto cuando venía.

Alex levantó unas cuantas piedras que había cerca de la puerta.

Luego fue a la parte de atrás y hundió los dedos en la tierra de varias macetas con árboles hasta que dio con ellas: un juego de llaves, con un portaetiquetas de plástico rojo colgando de la anilla.

–Hostia –dijo Jack, cuando Alex le llevó las llaves–. ¿Cómo lo sabías?

–No sé –respondió ella–. Toda la gente es más o menos igual, ¿no?

Si piensas ¿dónde escondería yo una llave?, es probable que otro haya pensado lo mismo.

La puerta principal estaba un poco atascada; Jack tuvo que empujar con todo su peso para que se abriera. Un salón a oscuras, el aire estancado y las cortinas corridas. Cuando Jack le dio al interruptor de la luz, apareció una cocina en dos frentes al otro lado de una puerta. También un pasillo con una escalera enmoquetada que llevaba, supuso Alex, a los dormitorios.

Echó un vistazo al baño, lo primero: nada de medicamentos, solo aspirina sin abrir y algo de dentífrico natural. Se puso un poco en el dedo y aplastó la pasta granulada entre el paladar y la lengua.

Revisó el móvil mientras meaba. Se encendió, un minuto, lo bastante para ver un fragmento de un mensaje nuevo de Dom –QUIERES

QUE VAYA PARA ALLÁ–, y luego la pantalla se cubrió de ondas grises.

Examinó la lámina de la pared, la foto en blanco y negro de una ola gigantesca justo antes de romper.

Jack estaba tumbado en el sofá del salón. Iba todavía calzado y con la capucha de la sudadera puesta.

–¿Estás bien?

–Me duele la cabeza.

Vació el bolsillo de la sudadera. Ahí estaba, el frasco de pastillas, al lado del móvil en la mesa de centro.

–¿Quieres un poco de agua?

Él no se movió.

El suelo de la cocina era de baldosas cuadradas blancas y negras.

En la despensa, había un montón de variedades distintas de galletas saladas sin abrir. Sidra espumosa (sin alcohol), un tubo de plástico enorme lleno de lustrosas almendras bañadas en chocolate. Picoteo para fiestas. La nevera estaba vacía, salvo por un paquete naranja de bicarbonato. En el congelador, unas bolsas de piña cubiertas de escarcha y una pizza de microondas, una botella de tequila empañada. Abrió uno de los envases de galletas saladas y se comió un puñado de discos finos, salpicados de pimienta negra, hasta que la sequedad le hizo sentir náuseas. Llenó un vaso de agua del grifo y lo llevó al salón.

Jack estaba roncando hecho un ovillo, con el cuerpo medio encajado entre los cojines del sofá. Alex dejó el vaso en la mesa de centro.

Echó un vistazo al frasco. Dentro, pastillas y la bolsita de Max. La etiqueta de la farmacia iba a nombre de Jack. No conocía el nombre de la medicación. Sabía que no lo googlearía. ¿Intuía ya que solo serviría para confirmar algo que no quería confirmar, exactamente?

Alex se paseó por el resto de las habitaciones. Era fácil hacerse una idea de la familia ausente. De cómo convertían los detritus de la existencia en algo organizado, descifrable, incluso en estos no lugares. Incluso en la casa de la piscina había un impulso hacia el orden. Los manuales de los aparatos eléctricos en un cajón, clasificados y etiquetados. Todos los protocolos implantados, todas las incertidumbres contempladas.

¿Cómo sería la antigua novia? Alex se imaginaba una chica tranquila que escribía un diario, se había clasificado en el ranking nacional de tenis e hincaba los codos para todos los exámenes. ¿Habían estado enamorados, Jack y la chica?

Encontró ropa en el armario del pasillo, pero no era bonita; tenía pinta de ser ropa extra, jerséis y un chubasquero, botas de agua, un cesto con chanclas. Nada de dinero en los bolsillos de ningún abrigo, tampoco en ningún cajón. Alguna que otra moneda de veinticinco, un billete de veinte en un armario del cuarto de la colada, con pinta de haber pasado por la lavadora, se le había escurrido todo color.

Estaba casi roto por la mitad; se lo guardó doblado en el bolsillo. Por la ventana, vio que la luz del coche seguía encendida. Despedía un extraño brillo acuático, como si el coche estuviese lleno de agua. Fue a buscar la bolsa. Cerró las puertas de un golpe para que la luz se

apagara.

Jack seguía dormido.

–Buenas noches –dijo Alex, y descansó la mano en su hombro un segundo.

Él se volvió, con la cara aplastada por los cojines, la piel rosa y sudada.

–Te quiero –murmuró, por acto reflejo. Chasqueó los labios, estiró las piernas. Seguía con las zapatillas de borreguito puestas.

–¿Quieres venir a la cama?

–Quédate aquí conmigo –dijo, arrimándose a un lado para hacerle sitio, sin abrir los ojos, y aunque Alex había visto el dormitorio, el cuarto limpio con sábanas limpias en la cama, se descalzó, se quitó los shorts cortados y se tumbó junto a él en el sofá.

Bien, pensó, bien. Y así sin más, la presión que llevaba sintiendo toda la noche se fundió en un zumbido uniforme de nada. Casi había terminado otro día. Quedaban pocos para la fiesta. Básicamente dos.

Y aunque Dom sabía que estaba en el este, no sabía dónde

exactamente. ¿Qué iba a hacer, deambular por las calles

buscándola? No debía tener miedo. Aquí no, al menos. No ahora mismo.

–Mmm –balbuceó Jack, y alargó la mano hacia ella–. Guapa –dijo, y la atrajo hacia sí.

Se quedaría solo un momento, pensó Alex, eso se dijo, pero cuando volvió a abrir los ojos, daba el sol en el salón, y Jack seguía durmiendo profundamente a su lado, el vaso de agua intacto sobre la mesa de centro, llenándose de luz.

Alex abrió las puertas correderas para salir a la piscina, cuya superficie estaba cubierta por una funda de plástico gris bien tensada. Ya empezaba a calentar. Alex iba descalza y en bragas, con una camiseta que se ciñó con un nudo para dejar la tripa al aire. Dos calmantes y medio, esa mañana; parecía un gesto mesurado,

responsable, pero si había tomado menos era principalmente porque cada vez le quedaban menos pastillas. Faltaban dos días para la fiesta

de Simon. Se tomaría la otra mitad después de comer, y una entera por la tarde, aunque sería mejor que pudiera aguantar hasta el día siguiente y, si resistía el impulso de doblar la dosis, le alcanzarían hasta la fiesta.

No quería pensar qué haría cuando se quedara sin pastillas.

Además, para entonces ya estaría otra vez con Simon. Sería un problema solucionable.

El estado de la piscina, a través de las gafas de sol robadas, le pareció prometedor. Había un jacuzzi cubierto a ras de suelo. Unas cuantas sillas de jardín con cojines, con la estructura de simple varilla de hierro negro. Fue rodeando la piscina y agachándose a intervalos regulares para desenganchar la cubierta. Su optimismo flaqueó cuando la terminó de retirar. El agua estaba sucia. Una espuma color galleta flotaba en la superficie, y había arenilla aposentada en el fondo. Se puso en cuclillas. El agua, helada.

El cobertizo estaba cerrado con candado, pero la contraseña era obvia, viendo lo desgastados que estaban algunos números. Solo

tuvo que hacer pruebas con la última rosca, primero con el número siguiente y luego con el número anterior. El candado se abrió. Dentro había un limpiafondos automático, con la manguera enroscada cuidadosamente y colgada de un tablero de pared, pero no sabía cómo iba. Más fácil usar la red azul.

Era relajante, sumergirla en el agua, ir recogiendo el desorden, juntando los posos húmedos de hojas. Las pastillas obraron el efecto deseado, le produjeron una placentera opresión en el pecho. Podía rendirse a un ritmo agradable, deslizar la red por toda la superficie, con cuidado de no perturbar los reductos de porquería. Pero después de una tanda de trabajo ininterrumpido, la piscina seguía igual de sucia, el agua tenía un aire turbio. Demasiado asquerosa para bañarse. Y demasiado fría, además. En fin. En fin.

Soltó la red. Se tumbó al sol.

No hacía ni una semana que se había marchado de casa de Simon.

¿Era posible eso? ¿Era capaz de contar los días que habían pasado?

No sin esfuerzo. El día que se fue de casa de Simon era martes. Hoy era sábado. El tiempo había empezado a parecerle un poco difuso, un poco irreal.

Era insoportable, en cierto modo. Inaguantable. Aunque, por otra parte, sí que había sido soportable, ¿no? Porque ahí estaba ella. Una sensación familiar, una débil sensación que podía ahuyentar con toda facilidad. Esos momentos en los que se percataba, con toda certeza, de que no existía. Había sido aterrador, al principio. Aquellos días en la ciudad que pasaban sin dejarle la más mínima huella.

Aquellas intensas tormentas de verano ahí fuera. Alex

toqueteándose las piernas hasta que le sangraban, comiendo bolsas de zanahoria hasta que le entraban ganas de vomitar, pero seguía comiendo de todos modos. La náusea terminaba compactándose sobre sí misma. Aquellas horas de la noche en las que la muerte tenía una lógica terrible, en las que parecía el único final posible.

Ahora no daba tanto miedo sentir eso. Ahí, al lado de esa piscina helada. Tal vez se había convertido en el fantasma que siempre había imaginado ser. Tal vez era un alivio.

Se dio una ducha rápida, y luego se secó con una de aquellas toallas de playa tan grandes. Se peinó y se hizo la raya justo en medio.

Hacía demasiado calor para ponerse nada más que las bragas y otra camiseta. Jack seguía dormido. En su ausencia, se había

repantingado como una estrella de mar en el sofá, con las piernas y los brazos doblados en lo que parecía un ángulo incómodo. Era casi mediodía.

Había una cafetera en la cocina, pero no café. Hirvió agua para el té, las bolsitas estaban secas y crujientes. Pero el té sabía bien, seguía estando lo bastante fuerte para reportarle un chute de cafeína.

Alex se puso los zapatos para ir a inspeccionar la casa principal. Las dimensiones eran desmesuradas, casi institucionales. Cuántas casas señoriales, por aquí, palacetes veraniegos. Dentro, daba por hecho, encontraría cosas mejores: prendas mejores, medicamentos mejores. Pero las puertas, por descontado, estaban cerradas con llave, y la lona cubría perfectamente hasta medio tejado; un intenso azul eléctrico, todo lo demás gris, beige y verde. Dio una vuelta por el exterior. Las cortinas y las persianas estaban echadas, pero vio por una rendija lo que parecía ser el salón; las paredes, peladas. Así que habían llevado las cosas bonitas a un trastero, supuso. Había algunos muebles voluminosos tapados con sábanas, cartones

pegados al suelo para crear un pasillo. Por lo que podía ver, habían

llegado a derribar medio tejado antes de que pararan las obras. Y

ahí, por la rendija, vio el parpadeo regular de una luz roja que salía de un panel junto a la puerta. La casa principal, naturalmente, tenía sistema de seguridad.

Jack se despertaría pronto, y seguramente empezaría a dar pasos para ponerse en marcha, volver a casa de sus padres. Le

preguntaría a Alex dónde quería que la dejase. ¿Qué iba a hacer entonces?

Le cayó de pronto encima, todo lo que tendría que bregar de ahí a la fiesta. Se permitió imaginar que se rendía. Imaginó que le pedía a Jack que la dejase en la estación, imaginó que volvía a la ciudad.

Fingió que era una opción. Sabía que no lo era.

¿Por qué no podía quedarse ahí, en esa finca vacía, en esa casa de la piscina que no usaba nadie? Solo hasta la fiesta. Dos días, no era nada. A los dueños ni siquiera les importaba tanto la casa de la piscina como para tener instalado un sistema de seguridad. ¿No sería un uso más eficiente de los recursos, la materia corriendo a llenar un hueco?

Así pues, pensar algún lugar provisional en el que Jack pudiese dejarla y luego volverse para acá. Tomó nota mental de fijarse en la dirección antes de que se marcharan. Debía asegurarse de entender cómo abrir la verja. La logística empezaba ya a agolparse, a agotarla.

De eso se libraba la gente como Simon, de ese chorreo constante de preocupaciones agobiantemente urgentes y agobiantemente

aburridas al mismo tiempo.

Jack no estaba en el salón. Tampoco en la cocina. Alex lo encontró fuera, junto a la piscina, sentado en una de esas sillas de jardín con cojines. Llevaba las zapatillas de borreguito.

–Pensaba que igual te habías ido –dijo Jack.

–Nop –respondió Alex–. Aquí sigo.

Él sonrió. Le pidió con gesto tímido que se acercara.

Otra posibilidad: Jack podía quedarse ahí, con ella. ¿No sería el plan más seguro? O tal vez podía marcharse con él y quedarse en casa

de su padre.

Se acercó lo bastante para ver las legañas en sus ojos.

–¿Qué tienes hoy? –preguntó Alex–. ¿Te puedes quedar un ratito?

Antes de que pudiera responder, Alex se sentó en su regazo, todavía en bragas y camiseta. Su aliento, al besarlo, era activamente desagradable, pero su juventud lo neutralizaba de algún modo, así que no le molestó tanto. Su boca estaba ansiosa, pero tenía las manos muertas a lado y lado del cuerpo. Alex tuvo que agarrarle una y colocársela físicamente en el pecho.

–Dios –dijo Jack, y sus rasgos se aflojaron.

El chico tenía una marca de nacimiento en el hombro. Alex notó, por la forma en que Jack siguió el recorrido de sus ojos cuando le quitó la camiseta, que era algo que le acomplejaba. Para su sorpresa, no estaba circuncidado. Su polla lucía el mismo bronceado uniforme que el resto del cuerpo –¿cómo?–, el vello rubio y ensortijado le bajaba por los muslos, por las pantorrillas delgadas. Se sostuvo la polla entre las manos y miró a Alex. Tenía vergüenza, se notaba, pero era fácil conseguir que no la tuviera, era fácil sonreír, mostrarle que nada, absolutamente nada la perturbaría de ningún modo.

Eso era lo que querían todos, ¿o no? Ver, en el rostro del otro, pura aceptación. Era simple, en realidad, pero tan inusual que la gente no lo recibía de su familia, no lo recibía de su pareja, tenía que buscarlo en alguien como ella.

Jack se mostró agradecido, excesivamente agradecido, cuando Alex se arrodilló delante de él y se quitó la camiseta.

–Uf, dios –dijo.

Le sudaba la frente. El poder que sentía Alex era casi angustiante, una conciencia de cada mínima oscilación en las inseguridades de Jack, en sus necesidades. Como cuando se mudó a la ciudad, y la humanidad de los hombres le resultaba abrumadora, físicamente extenuante. Hasta que se corrió un velo, o Alex se adaptó. Los hombres dejaron de ser concretos. Eso facilitó las cosas.

Jack parecía no salir de su asombro por lo que estaba ocurriendo, por la forma en que lo arrastraba su cuerpo.

–¿Te gusta? –preguntó.

Él asintió.

–Ven –dijo Alex, y extendió la camiseta abandonada de Jack en el patio. El hormigón estaba caliente por el sol.

–¿Vamos dentro?

–Ná. –Dio unas palmaditas en el suelo a su lado–. Ven aquí.

Él apenas decía nada. Cada vez que Alex hablaba, daba la

impresión de encenderse más, por banales que fuesen las frases, por trilladas.

–Qué bueno –le dijo al oído. Él se estremeció.

Alex tuvo que usar la mano para guiarlo; no dejaba de chocar con ella de un modo que la llevó a pensar que no tenía mucha

experiencia. Solo puso en práctica las acciones más obvias, los movimientos básicos. Aun así. Alex estaba mojaba, tanto que lo notaba en los muslos, en la camiseta extendida de Jack.

–Dios –no dejaba de repetir él. Tenía la cara encendida–. Dios.

Cuando terminó, parecía en shock, enfermo.

–Gracias –dijo, con la mirada desenfocada, resollando de cara al cielo–. Joder.

Vieron una peli en un canal por cable. A un policía le reemplazaban quirúrgicamente la cara por la de un famoso criminal, pero luego el criminal se quedaba con la cara del poli, y de alguna manera, aquello tenía lógica en el universo de la película, donde las caras se podían separar del cuerpo como si tal cosa y se dejaban flotando en una placa de Petri hasta que hicieran falta.

–Los efectos son cutrísimos –dijo Jack–. Mira, ni siquiera parece él, está claro que es un especialista.

Jack tenía el pelo húmedo; Jack, con sus boxers y su camiseta, dando caladas periódicas al vapeador. Alex en bragas y nada más, con la cabeza apoyada en el hombro de Jack. Comieron almendras bañadas en chocolate del tubo de plástico; Alex no podía parar, un puñado tras otro, sumida en un trance de azúcar, con el chocolate barato derritiéndosele en la palma de la mano.

Jack tenía, en algunos aspectos, una seguridad desconcertante. Iba soltando risitas con la peli sin ninguna inhibición.

–Cara a cara –se dijo a sí mismo. Riendo–. Cara. A. Cara.

Daba por sentada la atención de Alex cuando hablaba. Tenía sus inseguridades, sus miedos, pero por debajo de todo eso latía la certeza de que el mundo se mostraría generoso en su disposición hacia él.

–¿Cómo es que no le mandas ningún mensaje a nadie? –preguntó Jack, mientras echaban un anuncio–. Tú, no sé, no miras el móvil para nada.

–Lo tengo medio roto.

–¿No tienes que avisar a nadie de dónde estás?

Alex se rió, y respondió con tono despreocupado.

–La verdad es que no.

–Qué raro.

–¿Raro?

–No sé, entonces ¿haces lo que te da la gana?

Jack hizo que sonara bien. Ella se encogió de hombros.

–En general, sí. Y, bueno, estamos en verano, ¿no? –Era ya septiembre; Alex intentó no pensarlo.

–Tienes suerte. –Se metió más almendras chocolateadas en la boca con una mano, el otro brazo lo tenía sobre los hombros de Alex–.

Ojalá yo viviera solo.

–Volverás a clase muy pronto, ¿no?

–Sí –respondió Jack, y le echó una mirada de reojo–. Sí, fijo. Pero me refiero a ahora. Ojalá viviese solo ahora mismo. En plan, ojalá pudiéramos quedarnos aquí y no tener que volver nunca a casa.

Ella no apartó los ojos de la tele. Mejor así, más natural.

–¿Y no puedes? –Alex se inspeccionó las uñas.

–¿Quedarme aquí?

–Aunque supongo que tus padres...

–Mi padre estaría encantado de que me fuera. A ellos les da igual.

–Estoy segura de que no es así. Estoy segura de que no les da igual

–dijo Alex, pero no creía, mientras lo decía, que fuese cierto. Ni siquiera para la gente como Jack, con padres como el suyo. O para los chicos de la fiesta de la noche anterior. Siglos atrás, sus padres tal vez habrían abandonado a sus hijos en el bosque siendo bebés.

Ahora, ese desamparo se dosificaba a lo largo de muchos años, un marchitamiento a cámara lenta. Los chicos seguían estando

abandonados, desamparados en la espesura, pero el bosque era precioso.

Además, la mayoría de la gente no sentía lo que se suponía que debía sentir. El amor era una especie de término comodín cuya mera invocación bastaba, una forma de no tener que reconocer lo que uno sentía en realidad. Para Jack sería más fácil si no esperase tanto, si comprendiera que esas palabras no eran más que alusiones a un significado, no el significado en sí.

–Es por mi padre, básicamente –dijo Jack–. Es un chalado. Tendría que quedarme aquí. A la mierda.

Alex rió como si fuese una broma. Tenía que parecer idea suya, tenía que dar la impresión de que era obra de Jack. Él cambió de canal.

Vieron anuncios, y luego un trozo de un programa en el que dos hombres engullían caviar a puñados mientras sonaban risas

enlatadas. Tenían las manos arenosas de huevas, la barbilla toda embadurnada, el caviar reluciendo como diminutos diamantes negros.

Poner una lavadora resultó gratamente doméstico. Como si aquella fuese su casa, y no la de unos desconocidos.

–¿Por qué llevas todo esto encima? –preguntó Jack–. Toda esta ropa.

Se sentó encima de la secadora con un paquete de galletas saladas.

Masticó con la boca abierta; ese lapsus recurrente en sus modales.

–Por si acaso. –Alex pulsó el botón de inicio, el agua entró en tromba. Cerró la tapa.

–¿Nos bañamos? –propuso Jack.

–El agua está asquerosa –respondió Alex–. ¿Y la playa? ¿Queda cerca?

–Vamos en bici –dijo él, activándose de pronto.

Había una flota de bicicletas en el garaje, bicicletas y sillas plegables y un soporte con flamantes tablas de surf, y también todos los cojines que faltaban en el patio, apilados y cubiertos con una lona. Pese a que llevó cierto trabajo, y las telarañas se le pegaban al pelo, sacaron un par de bicis a la gravilla del camino de entrada. Jack hinchó las ruedas con una bomba polvorienta. Las arañas habían instalado su hogar en los pedales, en el manillar. Alex recogió las telarañas con un palo, enroscándolas hasta que la punta quedó algodonosa. Una araña fue correteando hacia ella; arrojó el palo entre las hortensias.

Metieron en una tote vieja que encontraron en el armario las toallas, el libro de Alex, el vapeador de Jack. Otro paquete de galletas saladas. Un termo que Alex llenó con tequila, agua de Seltz y un puñado de piña congelada, por qué no. Lo de la piña a Jack le pareció un tremendo golpe de inventiva. Dio un sorbo antes de que ella enroscara el tapón.

–Qué rico –exclamó. Llevaba un gorro de pescador blanco, que también habían desenterrado del armario, y unas gafas de sol que tenían pinta de ser de mujer.

Eran diez minutos de bici hasta la playa. Alex pedaleaba tan fuerte que se le levantaba el pelo. Los jardines y los setos pasaban a buen

ritmo, pero no tan rápido como para dejar de distinguirlos en detalle.

Jack empezó a pedalear muy rápido, de pronto, como un niño pequeño, y luego se puso de pie sobre los pedales y se dejó llevar, mirando por encima del hombro para ver si ella lo seguía.

–Vas muy lenta –dijo, rodeándola con círculos grandes y

parsimoniosos.

Se sabía bien el camino. Enfiló una calle a la sombra y luego siguió la curva que bordeaba un pastizal. Cuando aparecía algún coche detrás, no corría a apartarse.

Simon solo había ido a la playa con Alex aquella primera vez. Se había acostumbrado a pasar los días sola allí. Era más divertido con otra persona.

Jack era buen nadador, juguetón como un cachorrillo en el agua. La hundió bajo una ola y salieron los dos escupiendo. Alex le rodeó el cuello con los brazos, enroscó las piernas en su cintura. Le daba vergüenza besarla, al principio, pero Alex notó que quería hacerlo.

Cuando se decidió, sus labios le supieron fríos y salados.

No salieron del agua hasta que se les empezaron a arrugar los dedos, cosa que dejó en evidencia que Jack se mordía las uñas. La piel ahí estaba blanca como el papel, carcomida; dolía verla.

El sol pegaba fuerte, a Alex se le secó la piel casi al instante. La toalla era lo bastante grande para tumbarse uno al lado del otro. Se fueron pasando el termo, con los cubitos golpeteando de aquí para allá, los dos con gafas de sol. Alex era vagamente consciente de que estaba todo el tiempo alerta por si aparecía Dom, pero al cabo de un rato dejó de estarlo. Era absurdo. Pasó por delante una mujer, trasteando con el móvil en la mano, y miró de refilón a Alex y Jack.

Ella se tensó, por acto reflejo. Pero estaba desvariando. La mirada

de la mujer no ocultaba nada, no escondía ninguna sospecha. Alex y Jack tenían sentido.

Jack estaba haciendo bodysurf, lanzándose animosamente con las olas una y otra vez. Se le daba bastante bien, de hecho. Alex cerró los ojos, solo un momento. Tanto sol hacía que le entrara sueño. Algo húmedo le rozó la pierna; dio un brinco. Un perro, negro y peludo, le estaba olisqueando los tobillos. Alex se apartó y se puso la tote en la falda.

–Tira –dijo Alex. Miró alrededor, esperando al dueño del perro.

Nada.

Para entonces, la playa se había llenado de gente y había otros perros correteando por ahí, aunque se suponía que no debían ir sueltos. Sin embargo, no parecía que hubiese nadie buscando a ese; nadie silbando, nadie escudriñando las hileras de toallas.

Alex le dio unas palmaditas en la cabeza. Llevaba un número de teléfono impreso en la etiqueta del collar. Así que había un dueño, y aparecería de un momento a otro. Oteó la playa. No apareció nadie.

Nada más que pudiera hacer, no era problema suyo. El perro terminaría volviendo con quien quiera que fuese su dueño. De momento, estaba de lo más tranquilo, encantado de acurrucarse en la punta de la toalla, con la cola descansando, pesada, sobre los pies de Alex. Se tumbó de nuevo, se tapó los ojos con la mano y se sumió en una duermevela salpicada de manchas de sol.

Los gritos irrumpieron en su sueño. Tardó un momento en

comprender que iban dirigidos a ella.

–Oye –estaba diciendo la voz–, oye, la de la toalla de rayas.

Alex parpadeó y se incorporó. Los gritos procedían de la mujer de una toalla gigante cercana, que tenía al perro negro agarrado por el collar. El hombre que había a su lado estaba intentando proteger los contenidos de un cesto de mimbre. Por lo que parecía, el perro había hurgado ya en la comida y había dejado un reguero de ensalada de lentejas.

–Tu perro –dijo la mujer, erguida sobre las rodillas–. ¿Puedes llamar a tu perro?

Alex miró alrededor.

–No es mío.

–¿Qué?

–No sé de quién es ese perro.

La mujer soltó una áspera risotada.

–Lo hemos visto contigo.

–Yo no... No es mío.

La mujer estaba exasperada, su campechanía impostada empezaba a agotarse.

–¿Puedes hacer el favor de controlar a tu perro?

Alex notó que había gente atenta a la conversación. Intentó adoptar una expresión que transmitiera tranquilidad.

–A ver, yo ayudo, pero...

Alex se levantó y fue hasta la toalla gigante. La mujer tiró del perro hacia ella por el collar.

–De verdad que no es mío –dijo Alex. Por una vez, no mentía.

Parecía importante.

La mujer se limpió el trasero de los shorts blancos, se recogió el pelo detrás de las orejas.

–Vale –respondió, cruzando una mirada con el hombre–. Estupendo.

Jack estaba chorreando. Le relucía la nariz, quemada por el sol.

–¿De quién es este perro?

–Mío, se ve. Ha aparecido de pronto.

Jack se agachó a rascarle las orejas.

–Hola –dijo–. Ahí, muy bien.

Miró la etiqueta del collar.

–¿Llamamos? –preguntó Alex.

Jack se encogió de hombros.

–Yo aquí no tengo cobertura. Y estoy seguro de que llegará alguien buscándolo. –Se envolvió en una toalla, y luego se sentó y atrajo el perro hacia sí–. Es solo un bebé, ¿verdad? Eres un bebito.

Jack dejó que el perro le lamiera la boca.

–Le caigo bien –dijo, y lo estrujó con los brazos todavía goteando.

Otra hora en la arena, con el termo vacío desde hacía rato, el sol poniéndose, y ninguno de los dos volvió a sacar el tema de llamar al número que llevaba el perro en la correa. Nadie se acercó a su toalla, nadie lo reclamó. Y de pronto, empezó a oscurecer, el aire salpicado

de unos mosquitos casi invisibles, y Jack bostezó. Se echó a la boca las últimas migas del paquete de galletas saladas y luego hizo una bola con el plástico.

–Quiero comida de verdad –dijo.

–¿Y qué hacemos con el perro?

Él se encogió de hombros.

–Si los dueños lo cuidasen como es debido, ¿no habría alguien buscando? Nos lo quedamos.

Alex arqueó las cejas.

–Esta noche. Y por la mañana, llamamos. Será divertido.

Alex contempló al perro, la playa casi desierta. ¿A ella qué más le daba una cosa que otra? Estaría en casa de Simon cuando llegase el momento de tomar cualquier decisión real.

Volvieron a pie, llevando las bicicletas del manillar, los dos un poco achispados, el perro detrás. El sol estaba ya tan bajo que no les hacían falta las gafas de sol. La bruma débil de mosquitos zumbaba a lo largo de la hilera de árboles. Las luces de los porches se encendieron, los faros de los coches también, pese a que el sol seguía azul.

–Esto lo conozco –dijo Alex de pronto.

No estaban muy lejos de casa de Simon. La finca tapiada, el camino alfombrado de lisa piedra gris. Simon escondido en alguna parte, las habitaciones de la casa, frescas y vacías. Se alegraría de verla. En la fiesta. ¿A que sí?

–Un amigo mío vive por aquí.

–¿Quién?

Jack la observaba atento. ¿Por qué había mencionado a Simon?

Alex le esquivó la mirada.

–Una persona que conocí, hace tiempo. Mucho tiempo.

El perro no apartaba los ojos de ambos.

–Necesita agua –dijo Alex–. ¿Qué le vamos a dar de comer?

–Yo me encargo. –El perro olisqueó la mano tendida de Jack, la acarició con el hocico–. Le caemos bien. Podría irse corriendo si quisiera, pero no se va.

Jack se subió a la bici y echó a pedalear con el perro trotando a su

lado.

–¿Ves? –le dijo a Alex, gritando por encima del hombro.

Alex montó en la suya y trató de alcanzarlo. Jack resollaba, casi riendo. Alex lo sintió también. Como, cuánto más se alejaban de la playa, más divertida parecía, la presencia repentina del perro, aquel animal trotando a su lado como un emisario llegado de un mundo distinto, mejor.

–Este es tu nuevo hogar –dijo Jack, mientras el perro inspeccionaba hasta el último rincón de la casa de la piscina. El sofá. El cubo de basura de la cocina–. Le gusta. Se nota –afirmó–. Siddharta dice que meditar te lleva a tu estado animal. Decía que él era un chacal. En el libro. Eso es una especie de perro, ¿no?

–Vamos a darle agua.

Alex llenó un cuenco de cereales. Tan pronto lo dejó en el suelo, el perro chocó contra él y volcó toda el agua fuera. Alex puso papel de cocina encima del charco. Volvió a llenar el cuenco.

Jack revisó el armario de la cocina.

–¿Qué querrá comer? Mmm, ¿perrete? ¿Qué quieres de cena? –

Pizza congelada, decidió Jack–. Los perros pueden comer pizza,

¿verdad?

Mientras Alex encendía el horno y desenterraba una bandeja con una costra de comida quemada, Jack sirvió dos vasos de tequila y echó un puñado de hielo en cada uno.

–Treinta minutos –leyó de la caja de la pizza.

Le pasó un vaso a Alex. El perro los siguió con la mirada desde el suelo, apoyado sobre las patas delanteras como una esfinge. Jack había insistido en intentar arreglar el móvil de Alex. En ese momento descansaba en un paquete de arroz que olía a pasado.

Jack bebió y se secó los labios.

–Yo, la verdad, no quiero volver a la ciudad –dijo.

–¿No empiezan pronto las clases? –Alex dio un sorbo–. Igual es divertido. Después de este tiempo fuera.

No supo decir, por su cara, si ese parón en los estudios era un tema sensible.

–Sí, puede ser.

–Debió de ser raro. No estar. Con todos los demás ahí. Todos tus amigos.

–Digamos que tuve que tomarme un año sabático. Lo mandó él. Mi padre. Y supongo que el colegio también.

–¿Por qué?

–No lo sé. Estaba pasando un mal momento. –Jack empezó a mirar al techo–. No tenía intención de hacer nada, pero se puso todo el mundo histérico. Me quedé bastante tocado con lo de esta chica.

–¿Tu novia?

–Sí. No sé, discutíamos mucho. Y ella no me cogía el teléfono ni para dejar que me disculpase. Se me fue, supongo. Annie estaba

histérica. Pero fueron sobre todo sus padres los que se pusieron como locos.

Él la miró de reojo.

–Pero no puedes decir, en plan: «No iba en serio, yo no quería». No te creen. Aunque no fue para tanto.

Alex trató de mantener una expresión imperturbable.

–¿Te estás asustando? –dijo Jack, con voz triste.

–No –respondió ella, sin saber si era verdad o no.

Pero sí que la inquietó. La idea de Jack inestable, vulnerable. ¿Qué le había hecho a la chica? O a sí mismo. Jack, con su cochazo enorme y sus zapatillas de borreguito. Algo no del todo bueno. Se le daba fatal calar a las personas, últimamente. Puede que hubiese sido una equivocación quedarse ahí con él. Otro error de cálculo.

Se dio una ducha, y se frotó la cabeza bien fuerte, con los ojos cerrados debajo del agua. Tenía que volver con Simon, ahí estaba el tema, y este rollo con el chico no había sido más que un

desafortunado error.

–¿Alex?

Abrió los ojos de golpe. Vio sobresaltada que Jack estaba en el baño, envuelto ya en una toalla.

–Perdona. ¿Puedo entrar contigo?

Una triste súplica en la cara. Alex quería estar sola, pero era más fácil sonreír, sostener la cortina a un lado para dejarlo entrar. Le enjabonó el cuerpo, la fina capa de vello que le cubría el pecho, y los pezones rosados, y el culo plano, con granitos pero atractivo aun así.

Jack la besó con los ojos cerrados y el agua cayéndole en la cara. Si Alex cerraba también los ojos podía imaginar que era Simon. Un salto temporal al momento en el que todo eso habría acabado, Alex de vuelta al lugar que le correspondía.

Cuando el dedo de Alex empezó a rondarle el agujero del culo, como le gustaba a Simon, Jack abrió los ojos y se apartó de la trayectoria de la ducha.

–¿Qué haces? –dijo, en parte riendo, pero también, vio Alex, en parte asustado.

–¿No te gusta?

Él reconoció que no estaba mal.

–Es un poco raro.

–Tú relájate.

Aquello podía ponerle mucho, se dio cuenta, el momento en que supo que Jack no quería que lo hiciese, y el hecho, contenido en ese mismo momento, de que iba a hacerlo de todas formas. Su dedo estaba dentro ya; los ojos de Jack, cerrados.

–Alex –dijo.

Cuando se corrió, apoyado en la pared de la ducha y jadeante, también ella sintió una liberación, como si ahora pudiera ser más amable con él. Como si eso les pusiera las cosas más fáciles a ambos, dejara los límites mejor marcados. Se marcharía muy pronto.

Ya estaba oscuro cuando Alex terminó de vestirse. Jack no estaba en el dormitorio, no estaba en la cocina, no estaba en el salón. Y el perro tampoco. Jack había apagado el horno, al menos, la pizza se estaba

enfriando en la encimera.

Tal vez aquello había sido demasiado para él y Alex había cruzado una línea que no debía. Desde luego que la había cruzado. Otra cosa a la que le había prendido fuego. Costaba decir qué sentía exactamente, si deseaba que Jack no se hubiese ido o si se alegraba de estar sola.

Tanto daba lo que fuese, porque cuando miró por la ventana vio que el coche seguía en el camino de entrada.

Alex estaba doblando la ropa de la secadora cuando oyó que arañaban la puerta principal. ¿Jack no podía abrir? Pero era el perro; el perro, que le saltó a las piernas en cuanto abrió la puerta.

Escudriñó la oscuridad con los ojos entornados. Jack venía algo por detrás, con paso tenso y serpenteante. Dijo algo por el móvil antes de colgar.

–Hemos salido a dar un paseo –dijo.

Una vez dentro, se puso a caminar en un círculo cerrado.

–Joder –dijo, más bien para sí.

–¿Pasa algo?

Cabía la posibilidad de que ni siquiera se hubiese dado cuando de que Alex estaba allí, de tan absorto que estaba en sus pasos.

–Mi padre –dijo– es un cabronazo.

Sin previo aviso, Jack le arreó un puñetazo a la pared, fuerte. El yeso se hundió, un triángulo negro que se abría hacia dentro. El perro se

encogió asustado, y Alex trató de retenerlo a su lado.

–Eh –dijo–, eh. Vamos a sentarnos.

Jack parecía a punto de llorar, tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados, pero dejó que Alex lo llevase hasta el sofá.

El padre de Jack, por lo visto, había escrito a todos los amigos de Jack exigiendo saber, según Max, dónde había dormido Jack esa noche, y él estaba harto de que su padre lo controlara de esa manera, como si fuera un crío. A su padre nadie había ido a preguntarle dónde dormía todas aquellas noches que pasaba fuera por, supuestamente, trabajo, ¿o qué?

–Es asfixiante –dijo Jack–. Me hace sentir asfixiado.

–No pasa nada –dijo Alex–. Tal vez los dos necesitáis un poco de espacio.

Jack asintió.

–Sí –respondió–, sí, eso es. No pienso volver a casa. Quedémonos aquí, qué más da.

–¿Y a él le parece bien que te tomes unos días? ¿Se lo has dicho?

Asintió.

–Dios –exclamó, sobrepasado, y se hundió de espaldas en los cojines.

Había hecho bien en sentarlo, que la adrenalina se fuese quemando sola. Le dio unas palmaditas en la espalda, suaves, solo para señalarle su presencia, pero no sirvió de nada. No parecía reparar en ella.

Solo el perro, cuando le saltó sobre las rodillas, lo sacó del trance.

La cara de Jack se desplegó en una súbita sonrisa.

–Perrete –dijo–. Qué buen chico eres, ¿eh? ¿A que sí?

Alex cortó la pizza en cuadrados irregulares con un cuchillo del pan.

Jack pasó uno de los cuadrados a un papel de cocina. Dio algún bocadito.

Se había calmado. Otra copa, otro cuadrado de pizza. Se disculpó por el arrebato de antes, al menos. Así que era muy consciente de que había actuado mal.

–Arreglaré la pared –dijo, una posibilidad del todo improbable, pero en la que daba la impresión de creer. Los dos desviaron la mirada de la cavidad de la pared.

Jack cogió los trocitos extraviados de queso que habían quedado en el papel, y los juntó en una bola para llevárselos a la boca. Arrancó otro pedazo de pizza para el perro, que se irguió con expectación.

Aunque Jack parecía calmado, su discurso se aceleró de nuevo. Una conversación consigo mismo.

–Tú lo has conocido. A mi padre. Ya lo ves. ¿No te diste cuenta

enseguida?

Hablaba tan rápido que Alex apenas podía seguirlo.

Se puso casi a llorar mientras explicaba la historia de una cachorrita que su madrastra le había hecho comprar a su padre. La perrita se meaba en todas partes, mordía los muebles y todo el mundo, dijo Jack, se enfadaba con ella.

Lo peor, contó, es que podrían haberla llevado a alguna parte, había sitios donde mandabas a los cachorros y te los devolvían al cabo de un mes o así, perfectamente educados, perfectamente adiestrados.

Podrían haberlo solucionado a base de talonario. ¿Por qué no

reconocía su padre que detestaba a los perros y punto, que le daba igual lo que pasara con ellos? Serían todos más felices.

–Le grita a la perrita –explicó Jack–, y la perrita no tiene ni idea de por qué cojones le está gritando.

Jack creía que la gente debía ser totalmente transparente, que todo el mundo debía decir la verdad y evitar sufrimiento.

–Ahora se está poniendo gorda –dijo Jack–. Mi madrastra. Un problema de tiroides, dice ella; viene un médico a pincharle dos veces por semana. Pero se está poniendo gorda. Perdón. –Lo dijo como si le estuviesen arrancando las palabras de la boca–. Perdón.

Ya lo dejo. Estás harta de mí, ¿verdad?

Alex negó con la cabeza.

–Estoy bien.

–Bueno. Pero dímelo si me pongo pesado, ¿vale?

La observó con visible nerviosismo. ¿Notaba que ella se había distanciado? ¿La hacía sentir poderosa eso, calcular la ansiedad que era capaz de generar en él, lo alerta que estaba Jack a cualquier cambio en su atención?

Alex hizo una bola con su papel de cocina.

–Si es mucho problema –dijo–, si tu padre está realmente tan enfadado, igual tendrías que volver a casa.

–No pasa nada –respondió él, con la voz subiendo una octava–. De verdad, lo siento, ¿vale?

–No sé, tal vez es mejor volver.

–¿En serio?

Ella se lavó las manos en el fregadero, sin responder. La energía había dado un vuelco, se había agriado. El desasosiego de Jack era palpable.

–Bueno, ¿por qué no te vuelves tú a casa? –dijo él, con un tono que rozaba lo estridente. Eso era nuevo.

Cuando vio que Alex no respondía, pareció comprender que la había disgustado. Normalmente se le daba mejor disimular esas cosas.

Se quedaron los dos mirando a puntos distintos de la sala. Un ruido en el camino de entrada le hizo buscar los ojos de Jack. No se le veía preocupado.

Llamaron a la puerta. Alguien abrió sin esperar respuesta.

¿Los dueños? Alex se levantó, preparada instantáneamente para lo peor, pero Jack no se inmutó apenas.

–Eh –llamó–. Estamos en la cocina.

Ahí, entrando tranquilamente en la cocina, estaba Max. Iba bebiendo un batido de frutas de una pajita, un batido morado y pastoso. Sorbió ruidosamente y se apoyó en los fogones con las caderas delgadas sobresaliendo.

–Hey, Alex.

–Hey. –No sonrió, pero sabía que debería sonreír, que sonreír sería lo normal.

Max los miró a uno y otro con una expresión inescrutable.

–¿Dónde está el lavabo, tío? –preguntó.

–Ahí al fondo.

Cuando Max salió, Alex se enderezó, pero no subió la voz.

–¿Has invitado a tu amigo aquí?

–¿Sí? ¿Y qué? –dijo Jack–. ¿Te molesta?

–A ver. No sé. Estamos en casa de otra gente. No es exactamente ideal empezar a invitar a nadie.

–Es Max.

Alex oyó la cadena del váter; negó con la cabeza.

Cuando Max volvió, agarró un pedazo de pizza, lo olió y lo dejó de nuevo en la bandeja.

–Solo quería ver al prófugo. A nuestro pequeño fugitivo. Y al perro nuevo. –Lo acarició con indiferencia.

Alex le echó un vistazo a Jack: no parecía importarle el tono de Max.

¿Era orgullo, eso que había en su cara?

–¿Te ha dicho que me ha llamado Robert? –le dijo Max a Alex–.

Están histéricos. –Max sorbió con más fuerza, y luego agitó el vaso de plástico, intentando despegar algo–. Le dije que estaba convencido de que estabas bien.

Jack se encogió de hombros. Alex notó que la mención a su padre lo alteraba.

–Y estás bien –siguió diciendo Max–. Tenías el móvil apagado y están mosqueadísimos.

–Me quedé sin batería –respondió Jack–. No sé.

–¿Pero no hablaste con ellos? –preguntó Alex–. ¿Con tu padre?

Jack se encogió de hombros.

–Tú conoces a Robert, supongo –dijo Max, dirigiéndose a Alex.

–Sí. Lo he visto una vez. –Jack, se dio cuenta, evitó mirarla.

–Un tío majo. Pero no está muy contento con nuestro amigo aquí presente. –Le dio unas palmaditas a Jack en la espalda.

–No tan majo –respondió este.

–Yo no digo nada. Mi amigo eres tú, no ellos. Les dije que no sabía

dónde estabas. Que es la verdad, básicamente, ¿no? Hasta hace, en fin, media hora.

–Pero, un momento –dijo Alex–, solo ha sido ¿qué, una noche?

De nuevo Jack se encogió de hombros.

–¿No le dijiste que te quedabas con un amigo o algo?

Jack no respondió.

–Tú no sabes cómo es Robert, ¿verdad? –dijo Max.

–Es protector, nada más –murmuró Jack.

–Sí, bueno. Me dijo que te habías dejado la medicación en casa.

Jack se ruborizó.

–Yo no digo nada. –Max desistió de la pajita. Retiró la tapa del vaso de plástico y se echó lo que quedaba a la boca.

Alex miró a uno y a otro. Jack puso una mueca, apartó la mirada.

Se hizo un silencio cargado de implicaciones. Max debió de tomar nota, seguro, de que Alex y Jack se habían quedado los dos callados.

–Mierda –dijo Jack, cuando el perro se colocó en posición de mear.

Lo ahuyentó en dirección a la puerta–. Voy a sacarlo. Un segundo.

Alex se ocupó abriendo un rollo nuevo de papel de cocina. Colocó un trozo en el charco de orina. ¿Qué suponía exactamente para ella eso, que los padres de Jack lo estuviesen buscando? Jack y su medicación, la medicación que estaba o no estaba tomando. Desde luego, no debería estar ahí, en la casa de la familia de esa chica. Al menos no sabía el nombre completo de Alex. Eso era tranquilizador.

Notó que Max la observaba.

–Parece que vas muy en serio, ¿eh? –dijo–. Con nuestro amigo.

–¿Cómo?

–Nada. –Max apuró el vaso. Se secó los labios–. Es solo que... no tengo muy claro qué saca él de todo esto. O sea, lo sé, pero como si no lo supiera, ¿vale? –Soltó una risita.

Era mejor no responder. Se agachó a recoger el papel mojado haciendo pinza con los dedos y lo tiró al cubo de basura. Se lavó las manos, a fondo, mucho más a fondo de lo que era necesario.

–No me hace gracia –continuó diciendo– si creo que alguien se está aprovechando de él.

Alex se secó las manos mojadas en los shorts.

–Ajá.

–O sea, ¿qué hacéis aquí? No se puede acercar a Annie en la puta vida, y mucho menos colarse en su puta casa. ¿Por qué no vais a la tuya?

No estaba centrada; se quedó en blanco, ninguna respuesta le vino a la mente, como solía pasar. Decidió encogerse de hombros.

–¿Tienes coche, al menos? Sabes que tiene diecisiete años, ¿no? –

Alex calló, inmóvil. Max levantó las cejas–. Ah, hostia –murmuró, sonriendo.

Antes de que Alex pudiera responder, Jack entró en la cocina.

–Hey –dijo. Se acercó con intención de tocarla. Alex sintió la mirada de Max.

–Estoy cansada –se oyó decir a sí misma. Su voz sonó débil–. Voy a ir a acostarme.

Max la observó mientras se ponía de pie. Jack también parecía nervioso, todos sus sentimientos a flor de piel, y Alex no quería verlo.

–Que duermas bien –dijo Max, meneando los dedos.

Habían pasado otros quince minutos cuando Alex oyó el coche de Max en el camino de entrada. Jack apareció en la puerta del dormitorio. El cuarto estaba oscuro. El perro respiraba audiblemente, hecho un ovillo en la alfombra.

–Ya se ha ido –dijo Jack–. ¿Estás enfadada o algo?

¿Qué era ese sentimiento? Era, ¿qué, sentirse idiota?

Sus ojos tardaron un momento en ajustarse a la cara de Jack. Tuvo que apartar la vista; parecía especialmente joven, en ese momento, esa redondez infantil en las mejillas.

–¿Estás enfadada?

–Estoy… –se detuvo. No lo sabía. Diecisiete años. Pero mejor no saberlo, no preguntar. Cuanta menos información, más fáciles serían las cosas. Seguramente debería convencerlo de que tenía que volver a casa. Porque por muchas vueltas que le diese en la cabeza,

seguramente no deberían quedarse ahí. Desde luego, no los dos juntos, y puede que ni siquiera ella sola; no ahora que Max la había visto en la casa, ahora que Jack tendría que dar cuentas de ese día desaparecido. ¿O días? Ya era sábado, pensó, ¿cómo podía ser?

–Por favor, no te enfades –dijo Jack, con las palabras fundiéndose la una en la otra.

–Seguro que está preocupado. Tu padre. –Lo dijo en un tono distante–. No deberíamos estar aquí.

Jack abrió la boca, la volvió a cerrar.

–Lo siento –dijo al fin–. No sabía que se enfadaría tanto. ¿Podemos quedarnos una noche más? Ahora ya está enfadado, no puede

enfadarse mucho más.

Alex debería insistir. Ya estaba implicada.

¿Adivinaba Jack lo que estaba a punto de decir? Escogió ese momento para sacarse el móvil de Alex del bolsillo. Se lo tendió, como una ofrenda.

–Creo que funciona.

–¿En serio?

Cuando Alex lo encendió, no hubo ningún titubeo, ninguna

fluctuación. La pantalla de inició apareció, nítida y brillante, y fue como si nada hubiera pasado.

–¿Va bien? –preguntó Jack, pero sabía por la expresión de Alex que sí; estaba a todas luces satisfecho.

Alex clicó aquí y allá, comprobó el explorador. Estaba todo perfecto.

–Ostras.

–Te lo dije –respondió él, pero con cariño.

Sujetó el móvil en la palma de la mano. Intentó imaginar la noche que la aguardaba. Era más fácil no insistir, más fácil quedarse ahí.

¿Adónde iba a ir, además? Ya lo pensaría mañana.

10

Alex detuvo la bicicleta en el aparcamiento de la misma playa, rodeado por las mismas dunas. La dejó apoyada en la valla de madera, el perro iba a su lado. Jack seguía dormido cuando salió.

Era tan temprano, incluso para ser puente, que la playa estaba prácticamente vacía. Unos cuantos surfistas arrastrando las tablas por la arena, un viejo con traje y capucha de neopreno nadando unos feroces largos. Ningún socorrista en su puesto aún, ninguna familia marcando territorio con cubos y tiendas de playa. El perro corrió hacia el agua, y luego volvió a su lado, con el pelo mojado y particular. Cuando le rascó debajo del morro, la lengua asomó disparada y dejó expuestas las crestas negras y onduladas de la boca.

El mar estaba encrespado. Las olas eran tan altas que se asustó.

Pero había hecho todo el camino hasta ahí. Esperó a que pasara una tanda, y luego se obligó zambullirse de carrerilla. Sin embargo, no calculó bien; cuando salió a la superficie, una ola se estrelló contra ella, y la golpeó con tanta fuerza que la dejó clavada al suelo. Estuvo gorgoteando debajo del agua hasta que vio disiparse la espuma blanca sobre su cabeza.

–¿Estás bien?

El hombre del traje de neopreno estaba cerca, balanceándose en el agua, con la capucha bajada y una pinza de plástico en la nariz.

Alex asintió, mientras recuperaba el aliento. Tenía arena por todas partes; la notaba en el cuero cabelludo, en la braga del biquini.

–Esa última se te ha llevado por delante, ¿eh?

Alex sonrió, tensa, asintió.

–Estoy bien –dijo–, gracias.

Él se quedó parado, como si fuese a añadir algo más, tal vez. A brindarle algún consejo. Pero se subió de nuevo la capucha y

desapareció bajo el agua.

Alex se obligó a permanecer en el agua un rato más, a prepararse una y otra vez para la ola siguiente. Mentalizándose para esperar a que se fuera el miedo. Para agotarse. Y cuando la arrastraron de nuevo, resultó aun así emocionante; la mente lúcida, el mundo reducido a ese momento inmediato.

El agua estaba más caliente de lo que había estado en todo el verano. ¿Qué significaba que las olas tuviesen un tono lechoso?

Intentó recordar si era una señal de algo, algún indicio de condiciones favorables o desfavorables. No lo sabía, fuera como fuese, así que tanto daba.

Batió las piernas para aguantar en el sitio.

Tenía que librarse del chico. Eso era lo primero. Ya la había jodido pasando tanto tiempo con él. Y había cosas que debía pensar antes de mañana. Ciertas cosas que debía decidir cómo le explicaría a Simon, detalles que tal vez convendría minimizar. Aún tenía que resolver lo de Dom. No quiso fustigarse pensando si había causado más problemas en el ínterin. El cuadro en casa de George. Si ese asunto con Jack acabaría limpiamente; cómo decirle al chico que se iba, que su mundo pasajero había llegado a su fin. Ella vería cómo llegar a casa de Simon, y Jack cuidaría de sí mismo. Volvería a su hogar, a su familia.

Se zambulló. Cuando salió de nuevo, se había alejado. Su cuerpo la empujaba adelante. La empujaba adelante como había hecho

siempre. Le entró agua en los ojos, se le taponaron los oídos. Se enjugó la nariz.

En algún momento, lo sabía, terminaría exhausta. ¿Cuánto más podía alejarse antes de que sucediera? ¿Mil metros? ¿Dos mil?

¿Más? No se lo podía ni imaginar, sin embargo, en ese momento, no parecía imposible que fuese capaz de nadar eternamente, que no se cansara nunca.

No había pasado nada terrible, se dijo, nada insalvable. No había sido más que un breve sueño, una brecha en el orden normal, y ahora ya estaba explicada, justificada. Alex había proseguido, perseverado, porque, en algún rincón de sí misma, sabía que todo esto podía volver a ser como antes, y que solo tenía que aguantar hasta el final.

Cuando salió al fin y caminó hacia la orilla, vio la sangre. Un corte en la rodilla que resplandecía de blanco cuando lo enjuagaba y que rebosaba de sangre inmediatamente después. El rojo era demasiado brillante, como los efectos especiales cutres de aquella película que habían visto. El corte no dolía, solo notaba un burbujeo por el agua salada. Se sentó y presionó la rodilla con la toalla. Al final, dejó de sangrar.

Se comió una porción fría de pizza que llevaba envuelta en papel de aluminio, y luego otra. Era la última. La cena de esa noche, ya pensarían algo. Solo quedaba una noche más, no era nada. El móvil estaba arreglado. La fiesta era al día siguiente. Ya veía el fin.

En ese estado –con la cabeza runruneando–, Alex tardó un rato en darse cuenta de que el perro no estaba. No era posible. Se puso de pie, barrió la playa con la vista. Su mirada iba saltando, pero nunca aterrizaba en lo que deseaba ver. Fue hacia un lado. Luego hacia el otro. Llamó al perro. Se encaramó a una duna, hizo visera con las manos. Corrió de vuelta a la toalla. Creyendo que encontraría al perro esperándola. Pero el perro no estaba ahí.

La búsqueda era claramente inútil. Aun así, volvió a alejarse en otra dirección, llamándolo con silbidos. No podía volver sin el perro. La ausencia del perro hacía de su inminente deserción algo peor. Si conseguía llevarle el perro a Jack, podría volver a casa de Simon y todo iría bien. El intercambio parecía justo. Las cosas quedaban en cierto modo en paz.

Las gaviotas bombardearon un cubo de basura. Luego se

dispersaron con la misma rapidez.

Otro barrido infructuoso de la playa.

Nada. El perro había desaparecido.

Se había esfumado, de verdad. La tristeza fue instantánea, punzante. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero entonces, casi tan rápido, la ausencia del perro le pareció de pronto un hecho, otra cosa que no podía cambiar, que no podía evitar.

–Joder –dijo Jack, cuando Alex entró en la casa–. ¿Estás bien?

A ella le llevó un segundo comprender: la rodilla.

–Parece peor de lo que es. –Pasó la mano por encima del corte sin

llegar a tocarlo. Una pausa–. El perro se ha escapado.

Jack no respondió. Como si, esperando, ella fuese a decir otra cosa en lugar de esa.

–Ha sido culpa mía. No lo estaba vigilando.

–No lo entiendo –dijo él–. ¿Has ido a buscarlo? ¿Has buscado?

–Sí –respondió ella–. Pero llegado cierto punto era..., no sé. No había nada que hacer. He buscado. Mucho. Ha desaparecido.

La hizo sentir aún peor, la forma en la que Jack trató de calmarla.

–Estoy seguro de que no ha sido culpa tuya –dijo.

Pero ¿acaso no lo era?

–Podemos buscar mañana –propuso Alex. Aunque ella ya no estaría ahí–. Pero, no sé, igual se ha vuelto a su casa, ¿no? Con sus dueños de verdad.

Esa posibilidad pareció consolar a Jack.

–Lo siento –decía él una y otra vez–, lo siento.

–¿Por qué te disculpas tú? Ha sido culpa mía, no tuya.

Lo dijo en un tono demasiado brusco. ¿No era evidente cuán poca energía le quedaba ya para él? Hasta una sola noche le parecía interminable. Estaba demasiado impaciente por que comenzase su nueva vida.

¿Cuándo alargó los brazos para abrazarla, notó como ella se ponía rígida? No merecía esa frialdad repentina, no era culpa suya.

–Eh, tengo una idea. –Intentó mostrar entusiasmo, ganársela de nuevo. Acortar la distancia entre ellos–. ¿Quieres que tomemos eme?

–¿Ahora?

A él se le iluminó la cara al ver su interés.

–Tengo un poco –dijo, contento de tener algo que ofrecer–. Me lo pasó Max.

–¿De verdad te quieres meter hoy?

–¿Tú no? Será divertido.

Alex sentía la urgencia detrás de su sonrisa. Pánico bullendo a fuego lento. No era un sentimiento desconocido, solo que Alex sabía cómo ocultarlo.

Podía darle otra noche. Se lo debía. La última. Ahora que no tenía ni el perro. Esperaría a la mañana para decirle que se marchaba.

Luego buscaría la manera de llegar a la fiesta de Simon. Todo iba avanzando.

Cuando empezó a caer la noche, Jack agitó el frasco de pastillas.

–¿Lista?

Dentro había unas cuantas píldoras que no reconoció –¿su

medicación?– y un sobrecito de papel glassine con estrellas estampadas. Estaba lleno de un polvo parduzco, unos cristales tirando a grandes que Jack partió golpeando la bolsa con el culo de un vaso.

–Tendremos que hacerlo a ojo, supongo –dijo.

Jack dividió el polvo en dos pilas: la gente nunca se veía tan centrada y profesional como cuando repartía droga, todos se volvían de pronto meticulosos. Se lamió el dedo, hundió la punta en la pila y chupó el polvo. Ella hizo lo mismo. El polvo era amargo, se le pegó a la boca y la garganta. Bebió agua, pero no sirvió de nada.

–Uf. –Se limpió la lengua en el dorso de la mano.

–¿Cuánto hay que esperar? –preguntó Jack.

–¿Media hora? ¿Menos? Ni idea.

–Vamos al jacuzzi.

–Hace frío. El calentador está apagado.

–Pues lo encendemos.

Se metieron en la cama mientras esperaban a que el jacuzzi se calentase. Alex dejó que Jack la besara. Se entregó a la pura sensación física. Que no era desagradable. ¿A quién le importaba, llegados a este punto? ¿Para qué resistirse, por qué darle tanta importancia? Ya casi había terminado.

Jack estaba tumbado bocabajo en la cama. Alex le toqueteó los bultos de la espalda, esos granos chillones que le sobresalían de la piel.

–No los mires –dijo Jack, girando el cuerpo.

–Anda.

Se dio la vuelta del todo.

–No, dios, esto es muy raro.

–Por favor.

–Es raro.

–Yo quiero.

–¿Por qué?

–Es divertido. Déjame.

Volvió a tumbarse bocabajo. Ella se sentó a horcajadas en su culo.

Fue rápido, igualmente, Alex buscando los puntos duros,

presionando la piel hasta que estallaba repentinamente. Se limpió los

dedos en las sábanas.

–Doy asco. –Jack enterró la cara en el colchón.

Ella rodó sobre la cama y quedaron tumbados uno al lado del otro.

–Uf –dijo él, y apretó con fuerza los párpados.

El subidón llegó de pronto. Alex tenía la mandíbula agarrotada, se obligó a relajarse. Jack flexionó las manos, y los dedos de los pies, también.

–Ojalá estuviese aquí el perro –dijo–. Estaría bien, ¿verdad?

Ninguno de los dos se movió.

Cuando Alex fue al baño, su cara, en el espejo, se veía sonrojada.

No le gustaba mirarse los ojos; no había apenas color, solo negro puro. Como si no hubiese rastro de humanidad en ella.

Toda esa adrenalina podía tomar un camino u otro, bueno o malo.

Intentó que no se apartara del bueno. Se repitió a sí misma la historia: las cosas pintaban bien, pronto estaría con Simon. Solo tenía que aguantar una noche, nada más. Y todo terminaría.

–Mira lo que he encontrado –dijo cuando volvió al dormitorio. Era un camisón que había colgado en el baño, anticuado, blanco con una cinta rosa en el escote–. Me lo voy a poner.

Se sacó la camiseta para deslizar el camisón por la cabeza.

–Estás guapa.

–Es una broma. –Se miró en el espejo del tocador. Ahí estaban, los agujeros negros de los ojos. Rehuyó su reflejo–. Qué roja –dijo, volviendo a la cama–. La cara. Parezco una loca.

–Estás guapa –repitió Jack, mirándola–. Eres guapísima.

Notó una calidez en el pecho. Echó un ojo alrededor. ¿Dónde estaba el móvil? ¿Se lo había dejado en el baño?

–Me sudan un montón las manos –dijo Jack.

–No pasa nada.

A ella también le sudaban las manos. Y se estaba mordiendo las mejillas por dentro.

–Me pareciste guapa la primera vez que te vi –dijo Jack, casi en un susurro–. Y me puso muy contento que hablases conmigo.

–Qué bien. –Siguió repitiéndoselo a sí misma, que todo estaba bien.

Jack tenía los ojos llorosos.

–¿Sabes cómo empieza Siddhartha? ¿Lo has leído? ¿Te lo leo?

–Si quieres.

–Vale, quédate aquí. Voy a buscarlo. Tardo un segundo. ¿No te irás?

¿Sabía Jack que esa era su última noche juntos? Algo en su tono apremiante la llevo a pensar que lo intuía, que notaba que ella ya no estaba ahí.

A la sombra de la casa y bajo el sol, a la orilla del río y junto a las barcas, a la sombra del bosque de sauces y el huerto de higueras.

Alex desconectó; siguió escuchando la voz de Jack sin atender conscientemente a las palabras. Tenía los ojos cerrados. Los momentos se disolvieron en uno solo, la voz siguió fluyendo.

Y el amor agitaba el joven corazón de las hijas de los brahmanes cuando Siddhartha, el joven de luminosa frente, mirada real y gráciles caderas, se paseaba por las callejas de la ciudad.

La calmaba, que le leyeran. Le proporcionaba a su cerebro el marco perfecto para relajarse, como si las palabras de Jack cortocircuitaran sus propios pensamientos. No era capaz de retener ningún detalle.

Solo la noción de movimiento, un viaje. Un hombre en busca de algo.

Siddhartha había empezado a acumular descontento en su interior. Comenzó a sentir que el cariño de su padre, el amor de su madre y el aprecio de su amigo Govinda no lo harían feliz toda la vida ni lo calmarían ni satisfarían sus aspiraciones.

¿El perro estaba en el cuarto? Alex percibía su presencia. Pero no, el perro se había ido. ¿Adónde? Jack siguió leyendo. Su voz alcanzó un ritmo constante, un rumor invocador.

El vaso no estaba colmado, ni el espíritu satisfecho, ni el alma tranquila, ni el corazón sosegado. Las abluciones eran buenas, pero no eran sino agua; no lavaban el pecado, ni saciaban la sed del espíritu, ni suprimían la angustia del corazón. Excelentes eran asimismo los sacrificios y la innovación de los dioses..., pero ¿lo eran todo? ¿Aportaban felicidad los sacrificios?

Alex no sabía decir cuánto rato llevaba leyendo Jack cuando se detuvo. El cuarto parecía transformado. En el silencio. Como si

hubiese mudado el ambiente.

–Mola, ¿verdad? –dijo Jack.

–Mhm.

–¿Alex?

Ella no quería abrir los ojos. Temía trastocar ese nuevo equilibrio.

Pero sabía que tenía que hacerlo. Cuando al fin los abrió, vio que Jack había dejado el libro.

–Me parece una locura decirte esto, pero siento que te quiero. ¿Es una locura?

–Un poco. Sí. Solo hace unos días que nos conocemos.

–Pero es lo que siento.

–¿Estás llorando? –Alargó la mano para tocarle la cara, mojada–. Yo creo que eso es llorar. –Pretendía hacer una broma, pero terminó sonando serio.

Jack acurrucó la cabeza en su pecho. Alex deslizó los dedos entre el pelo, la piel caliente y húmeda. También había hecho eso por Simon, rascarle la cabeza con las uñas.

Simon. Simon no la había querido. Parecía evidente. Pero había estado muy cerca. Y muy cerca bastaba.

–Me siento muy unido a ti –dijo Jack–. Mucho.

–Es la droga –dijo, pero en un hilo de voz: Jack no la oyó, o fingió no oírla.

Alex se echó atrás para no verle la cara.

–¿Dónde estás? –dijo Jack. Su voz tembló en el cuarto–. ¿Cómo es que estoy solo?

Alex pensó que era el móvil de Jack. Dieron un bote los dos cuando empezó a sonar de pronto. No entendieron, por un momento, dónde estaba el teléfono, porque el timbre venía de debajo, de entre las sábanas.

Jack buscó a tientas hasta que encontró el aparato. Y respondió

decidido, pese a que tan pronto se acercó el teléfono a la cara, Alex comprendió que era el suyo. Hasta su propia urgencia le pareció lejana, amortiguada en algodón.

–Hola –saludó, medio riendo.

–Para –dijo Alex, recuperando el móvil–. Dame.

Ella también estaba riendo, pero cuando vio el nombre en la pantalla se quedó súbita y terriblemente seria.

Dom. En el cronómetro de la pantalla, los números iban pasando.

14 segundos.

19 segundos.

¿Y si colgaba? Debería colgar.

24 segundos.

Pero no colgó. Intentó armarse de valor. Concentrarse en la situación. Era una lucha aferrarse a lo que estaba sucediendo.

Colgar, ¿por qué no?

Entonces otro sentimiento, abriéndose paso hacia la luz: tal vez podía explicárselo todo, a Dom, decirle la verdad.

Alex se llevó el móvil al oído.

–¿Hola?

Un silencio. Y lo que pareció el universo silbando por el teléfono, aunque solo eran interferencias.

–¿Quién es? –preguntó Jack–. ¿Quién llama?

Alex se levantó de la cama sin mirarlo y se metió en el baño. Cerró la puerta.

–Hola. –¿Sonaba normal su voz? La cuadrícula de baldosas a sus pies resaltaba especialmente. ¿Dónde estaba Dom? ¿En la ciudad?

¿O por ahí, en alguna otra parte? No quería preguntar.

–Bueno –dijo él–. Te he llamado cien putas veces.

–Tenía el móvil estropeado.

Alex se sentó en el borde de la bañera. Tenía el móvil estropeado, estaba diciendo la verdad. ¿Por qué no había probado nunca antes, a decir sencillamente la verdad?

–Oye –continuó Alex–. No te lo puedo devolver.

Dom no dijo nada. Peor aún.

Otra pausa.

–¿Alex?

–No puedo. Pensaba que sí, y de verdad que intenté buscar la manera. Como, de arreglarlo. Pero no puedo. –Era un alivio decirlo.

Silencio. Siguió hablando.

–Tendría que habértelo dicho. Antes.

–Alex.

¿Por qué seguía diciendo su nombre de ese modo?

Una ráfaga de aire cruzó el teléfono.

–Te estás quedando conmigo –dijo, sin inmutarse.

–Ya no lo tengo –dijo Alex–. No queda nada.

Y deseó que no fuese cierto, lo deseó de verdad. ¿Es que eso no contaba?

–Alex –volvió a decir Dom. ¿No tendría que estar más enfadado?

Había un inquietante deje triunfal en su voz. Como si esa información no fuese nueva.

Alex parpadeó. El teléfono le calentaba la mejilla.

La verdad no había servido de nada. ¿Por qué había pensado que serviría?

–¿Tú te crees que la gente hace estas mierdas y se va por la cara? –

murmuró Dom. Algo parecido a una sonrisa en sus palabras–. Sé que estás en casa de un tío. El Simon ese.

Se le cortó la respiración.

Dom pareció tomarse su silencio como una victoria.

–¿Lo ves? –dijo. Estaba calmadísimo–. Te lo dije. Que no podías borrar esto y listo.

¿La había seguido? ¿O se había infiltrado en su cerebro no sabía cómo y se había instalado ahí? ¿Adivinaba lo que Alex pensaba antes de que lo pensara? Nada parecía del todo imposible, nada quedaba fuera de su alcance.

–Parece buen tío –siguió diciendo Dom–. Me da a mí que

seguramente no sabe mucho de ti, ¿verdad?

Ella se quedó callada.

–¿Tengo razón, Alex? –Daba la impresión de que se lo estaba pasando bien–. ¿Tengo razón cuando digo que igual le

sorprenderían un par de cosas?

Una solución. Se le ocurriría una solución. Algo que decir. Ganaría un poco de tiempo. Pero estaba en blanco.

Miró la pantalla. Los números avanzaban a toda prisa, segundo tras segundo. Dom tampoco había colgado.

Pulsó el botón rojo y los números se detuvieron, apareció la pantalla de inicio.

Dom ya no estaba ahí, el portal se había cerrado.

–¿Quién llamaba? –preguntó Jack. Le estrechó el muslo a Alex–.

¿Quién era?

No le costaba nada coger a Jack de la mano. Ignorar esa pregunta.

–Vamos fuera –dijo Alex. Necesitaba salir inmediatamente–. Venga.

–No sé. Se está bien aquí.

–Vamos a remojar los pies en la piscina. –Alex le tenía la mano agarrada demasiado fuerte, con una sonrisa demasiado exagerada–.

¿Vale?

El jacuzzi seguía frío. El calentador no funcionaba; habían pasado horas y el agua continuaba estando a la misma temperatura. Otra cosa rota. Alex se sentó en el patio con las piernas recogidas bajo el camisón.

Había cosas que no se podían arreglar.

Aun así. Ha de llegar un momento en el que esto desaparezca, se dijo. Un momento en el que el miedo agote todo el combustible mental que lo alimenta, y entonces, por pura extenuación, se desvanezca.

Pero no pararía nunca. Lo sabía. Notaba una sensación hueca y extraña en las sienes. No había escapatoria. No había manera de corregir ese error. Nunca podría estar tranquila, no totalmente. Había perdido el hilo.

Jack volvió a salir con una botella de sidra espumosa a temperatura ambiente. Hicieron turnos para beber a morro. Esas dulces burbujas baratas. Era incapaz de sentarse y quedarse quieta. No se le habían pasado aún los efectos de la droga, pero sabía que pronto lo harían; los contornos de sus pensamientos se iban deshilachando.

Tanto esfuerzo. Tanto esfuerzo para nada.

Jack tendió la mano hacia ella. No llegó a tocar del todo el hombro de Alex.

–¿Qué pasa?

–El tío del teléfono. –Se encogió de hombros con una energía extraordinaria.

–¿Ha pasado algo?

Ella no respondió. Era consciente de que su silencio estaba estallando en forma de todo tipo de crisis. Y no andaba del todo equivocado.

–¿Cómo se llama?

–No lo conocerás. Da igual. –No decidió conscientemente contarle ninguna verdad a Jack, pero ¿ya que más daba?–. Le debo dinero.

En plan, un montón de dinero.

Jack se sentó recto.

–¿Quién es?

É

–Un tío. Éramos amigos. O algo. Está mal de la cabeza. No sé qué hacer. –Hizo un breve intento de reír–. Tengo miedo, o sea, miedo de verdad.

Era la verdad. Otra verdad.

Jack frunció el ceño.

–¿Cuánto dinero exactamente?

La caja fuerte estaba en el armario de su padre. La contraseña era la fecha del aniversario de bodas de su primer matrimonio. Había efectivo dentro, no sabía cuánto, exactamente, pero lo bastante. Jack la había visto abierta una vez, cuando su padre le enseñó dónde estaba. Le enseñó cómo iba todo. Por si había una emergencia. Una pistola. Antibióticos. Algunas monedas de oro, porque era la única inversión fiable. Si el mundo se iba a la mierda.

Jack le transmitió la información como si fuese una solución perfectamente razonable. Como si no hubiese existido nunca nada más obvio.

–Anda –dijo Alex–. Para.

Pero Jack no lo dejó. Cuanto más seguía hablando, más se

entusiasmaba, llevado por el drama. Tal vez esa situación era algo que él podía entender: Alex necesitaba dinero; Jack tenía dinero.

¿Dónde estaba la complicación?

Sonaba tan ridículo, al principio, que parecía un chiste. Una artimaña absurda, la fantasía de un adolescente. Jack quería fingir que lo habían secuestrado y luego pedirle a su padre el rescate.

–Como el chico aquel, el de la oreja. Se secuestró a sí mismo.

–Pero ¿tú crees que eso funcionaría?

–Seguro que se me ocurriría cómo.

–Es de locos.

A Jack le entusiasmaba la posibilidad de obligar a su padre a demostrar exactamente cuánto lo quería. Los cálculos emocionales puros y duros que habría de hacer. Pero entonces, por un momento, le preocupó que no saliera bien.

–O sea, ¿y si no paga? –Frunció el ceño–. No, pagaría. Le daría demasiada vergüenza que la gente descubriera que no quiere pagar.

–Anda ya. –Seguía pareciendo una farsa. Un juego de Jack–. Y

luego ¿qué, recogerías el dinero en buzón?

–Sí, supongo que, no sé, llamaría a la policía o a quien fuese.

Además, ¿no siguen el rastro del dinero o algo?

–No te preocupes por eso –dijo Alex–. Ya me apañaré.

Pero se dio cuenta, mientras lo decía, de que su voz no sonaba muy convincente. De que una parte de ella seguía dejando espacio para que otra persona le solucionara el problema.

Y en ese momento Jack propuso que entraran en la casa y cogiesen el dinero directamente.

La opción más sencilla.

Su padre ni siquiera se daría cuenta de que faltaba algo. ¿Por qué iba a revisarlo? Y, cuando lo hiciera, ya no importaría.

–Pero eso es una locura –dijo Alex–. ¿No estará en casa? ¿No estará tu madrastra o alguien?

Él se encogió de hombros.

–Sí, pero mañana no. Es el Día del Trabajo. Salen en barco. Todos los años. Entramos y listo. Es mi casa, además. Y me lo debe.

La última noche.

Alex estaba especialmente cariñosa con el chico. Atenta. Le estrechó la mano. Lo besó con los ojos cerrados, plenamente centrada. Él parecía drogado de felicidad, receptivo a la más mínima señal de afecto.

Todos los problemas habían desaparecido. Todas las

preocupaciones se iban esfumando.

Su inminente partida la ayudaba a ser amable. A acariciarle el pelo sin parar. A responderle, cuando él le decía te quiero, «Yo también te quiero», y dejar que la abrazase más fuerte. Y sí que lo quería, en cierto modo; lo había solucionado todo.

Le devolvería el dinero a Dom.

Y volvería con Simon.

Todos los errores reparados.

Alex andaba ya despidiéndose mentalmente. Adiós al chico. Adiós a la cama. Adiós a la casita.

Jack le hablaba de sitios a los que quería llevarla en la ciudad. De un futuro que los incluía a ambos. Ella lo dejó seguir hablando. Lo dejó sumirse en un sopor, las palabras pegadas unas a otras. Sus ojos destellaron en la oscuridad. Podían pillar un piso juntos, dijo. Buscar la manera de que aquello funcionase.

–Claro –iba diciendo ella–. Sí. Suena bien.

Deslizó las uñas de punta a punta de su cabeza. Como le gustaba a Simon. Jack soltó un gemido de placer.

Protestó cuando Alex se puso de pie.

–No te vayas.

–Solo voy a buscar un jersey.

Cuando desenrolló el jersey lila que llevaba en la bolsa, el animalillo de ónix cayó al suelo.

–Mierda.

–Lo cojo. –Jack se colgó por un lado de la cama y pasó un brazo por debajo. Se sentó, desplegó los dedos y mostró al animal en la palma de la mano–. Me gusta –dijo.

Se lo tendió a Alex. El peso del animalillo la sorprendió. La piedra estaba fría, electrizada. Antes de que pudiera pensar demasiado en ello, se lo devolvió a Jack.

–Quédatelo. Para ti.

–En serio.

Sintió una punzada al ver cómo se cerraban sus dedos en torno al objeto. Pero luego, como todos los sentimientos, pasó.

–Te quiero –dijo Jack, borracho de solemnidad. Seguramente pensaba que siempre sentiría la vida así. Tan exaltada, tan intensa.

Un estado constante de embriaguez emocional.

Alex lo dijo también.

Te.

Quiero.

De manera convincente, lo dijo de manera convincente. Aunque sintió en la cara esa pulsación familiar del ceño al fruncirse. Jack apoyó la yema del dedo en el pliegue entre ceja y ceja.

–Frunces mucho el ceño –dijo–. Hasta dormida.

–Sí –respondió ella, apartándose de un respingo. Se frotó la zona como si pudiese borrar la arruga.

Jack se quedó dormido antes que ella. Aplastado en la almohada, la boca abierta. Le llegaba su aliento. Tenía los labios cortados. Parecía el adolescente que era.

Lo echaría de menos, se dijo. Era un encanto. Al fin y al cabo.

¿Verdad? Y era mejor así. Para los dos.

11

El Día del Trabajo. Por fin.

Sueños feos, angustiados, una burbuja de miedo en el pecho cuando despertó. Pero no recordaba casi los detalles de los sueños, solo una sensación latente de urgencia, la certeza de que había una tarea en la que estaba fracasando, en la que siempre fracasaría. Cuando se levantó de la cama, la sensación había desaparecido. Ni un recuerdo.

La mañana estaba encapotada, los arbustos de fuera parecían retener la humedad, un aliento frío emanaba de las ventanas. Nubes dispersas. ¿Llovería para la fiesta? El jardín de Simon mojado y fangoso y los invitados arremolinados en una carpa húmeda y goteante. Alex había imaginado un día perfecto, una reunión bajo el cielo azul. Aunque seguramente la lluvia se habría despejado a la hora a la que empezaba

la fiesta. Simon acostumbraba a conseguir lo que quería.

Jack no estaba en la cama. Más fácil así, algo de tiempo a solas.

Cada pensamiento que asomaba en su cerebro terminaba pulido con un lustre psicótico. Repasaba los pasos siguientes y luego los volvía a repasar.

Pararían en casa de Jack. Jack cogería el dinero. Alex quedaría con Dom, solucionaría ese problema. Luego iría a la fiesta.

Dom había aceptado encontrarse con ella en la estación de tren. Un lugar público, un lugar bastante tranquilizador. Ella llevaría el dinero.

Nada de chorradas, le había escrito Dom. Y le había mandado una captura de pantalla de la web de la empresa de Simon.

Alex se pasó un buen rato delante del espejo del baño de arriba. Se cepilló los dientes tan fuerte que le sangraron las encías, se restregó la lengua también. Quería estar limpia, inmaculada. Se peinó y se hizo la raya dos veces hasta que quedó a la vista una línea blanca de piel. Se delineó los ojos con minuciosos toquecitos del perfilador. La labor parecía toda ella imbuida de importancia, significativa. Era como una meditación, una prueba de su piedad, de sus buenas intenciones.

Las últimas tres pastillas.

Se las tomó, una detrás de otra, con un traguito de agua del grifo. La hizo tensarse, la visión del frasco vacío. Despachó la sensación.

Porque pronto volvería a estar en casa de Simon. Ese mismo día. Al cabo de unas horas. Se acabó ir birlando, se acabó ir rebuscando.

Se movía despacio. Recogió sus cosas. Dobló la ropa con cuidado antes de meterla en la bolsa. Se preparó para su salida. Esta vez se portaría como nunca. No volvería a fastidiarla, ni un segundo.

Valoraría lo que tenía.

Jack estuvo de acuerdo en que tenía lógica que se separaran, que él volviera a casa después y actuase como si nada. Ella le hizo creer que se encontrarían de nuevo al cabo de unos días. Y ¿qué haría Jack cuando viese que no ocurría? ¿Cuando comprendiera que Alex había desaparecido? Se las arreglaría. Estaría otra vez en su casa, con sus amorosos padres. O con sus aceptables padres. Jack no sabía su nombre completo. Así que ¿qué iba a hacerle, cómo iba a encontrarla?

Pronto estaría con Simon. Dom dejaría de existir. Todo esto le parecería gracioso, cuando lo recordara. Lo vería como un

entretenido paréntesis en el orden correcto, una incursión en tierra salvaje que nunca había sido más que eso, un desvío, algo

provisional.

Cuando Alex bajó los escalones, encontró a Jack tumbado en el sofá, con los pantalones brillantes de baloncesto y esa camiseta enorme suya. Tenía la frente rociada de sudor. Cuando se volvió para mirarla, parecía preocupado. ¿Qué percibió en su cara?

Alex tenía la expresión contraída. Se obligó a sonreír.

–Te lo has perdido –dijo él–. Estaba lloviendo. –Miró parpadeando por la ventana–. Pero despejará. ¿No te parece?

–Seguro.

Se volvió de nuevo a ella. Una sonrisa torcida.

–Saldrán a coger el barco en una hora o así.

La espera la impacientó. Se volvió a maquillar los ojos. Bebía medio vaso de agua y luego olvidaba dónde lo había dejado.

Los preparativos para la fiesta de Simon debían de estar

comenzando. Los del catering estarían metiendo los camiones marcha atrás por la entrada de servicio. Saldrían con camisas blancas y pantalones oscuros bien planchados, instalarían los quemadores y largas mesas plegables. Cables eléctricos cruzando la hierba, parasoles brotando en el jardín.

¿Qué estaría haciendo Lori? Afanarse por ahí, llevando la batuta, procurando que el perro no se acercase a los camareros.

¿Y Simon? Costaba más imaginar qué estaría haciendo él. Lo imaginó en la piscina, surcando el agua. Unos largos siempre lo relajaban.

Se sentó a cagar, rápido y poca cosa, en el baño de arriba. Se puso los pendientes, los pendientes que Simon le había regalado.

Temblequearon en los lóbulos de sus orejas.

Había sido idea de Jack, ¿o no? Alex no se lo había pedido, no lo

había forzado. Él quería hacerlo. ¿Y qué pasaba si salía mal?

¿Tendría que rendir cuentas, justificarse? Lo más importante que debía quedar claro es que el chico se había ofrecido. Y,

sinceramente, si había un aspecto relevante ahí era que, por un tiempo, en ese breve espacio de días, todo había ido bien. ¿Verdad que sí? El chico había dormido hasta tarde. El chico estaba feliz, se habían bañado en la playa y habían vuelto con el pelo lleno de sal.

Los dos habían sacado algo de todo eso. Un intercambio justo, a fin de cuentas.

Subieron al coche en silencio. Jack ajustó los retrovisores. Tomó una gran y rasposa bocanada de aire.

–¿Preparada?

–Solo si estás seguro –respondió Alex. Como si le diera igual una cosa que otra, como si Jack pudiese cambiar de idea.

Condujo con una atención poco característica de él: sin toquetear el móvil, sin parlotear, sin poner música.

Todo iba bien, se dijo Alex. Como si hubiese una inercia que le permitía relajarse. Y no estaba lloviendo. Solo una fina bruma en el aire, el sol colándose ya entre las nubes.

Todas las señales eran buenas.

Puede que estuviesen llegando los primeros invitados a casa de Simon. Parejas mayores y familias con hijos, los extranjeros que se presentaban puntualmente a la hora indicada. Habría comida caliente en las bandejas del bufé y salsas haciendo chup-chup en los fogones y gambas salteadas relampagueando en las sartenes.

Botellas transpirando en cubiteras.

Mejor aparecer cuando las cosas ya estuviesen en pleno apogeo.

Cuando la fiesta tuviera su propia lógica, su propio e inevitable desarrollo. El problema con Dom estaría arreglado y enterrado. Dejó vagar la mirada por el mundo verde que desfilaba borroso por las ventanillas, abstraída en un agradable trance. Ahí estaba, pronto le sería devuelto.

En un semáforo, Jack la besó con una atención acuciante. Alex sintió

el tacto de sus labios, de su lengua. La miraba a los ojos con intensidad. Una intensidad perturbadora. Un desconocido, pensó, esta persona es un desconocido. Pero antes de que la idea pudiese llegar a intranquilizarla demasiado, el semáforo se puso en verde. El coche de atrás tocó la bocina y luego los rodeó y se alejó acelerando.

Alex le estrechó la rodilla.

–Gracias.

¿Lo quería, en ese momento? Algo parecido.

Lo que pasó después:

Jack se escabulló en su casoplón blanco y salió con el dinero tranquilo y relajado, como si hubiese parado a por un vaso de leche.

Alex le llevó el dinero a Dom. Él desapareció de su vida.

Alex fue a la fiesta.

Simon se alegró de verla. Simon cruzó la hierba para ir a su encuentro, la tomó de las manos. La besó.

Todo estaba bien.

O eso era lo que Alex habría deseado. Le era tan fácil visualizarlo, cada clic del fotograma al avanzar, que le parecía ya real. Por supuesto que había resuelto todos sus problemas. Por supuesto que todo había salido bien.

Lo que pasó en realidad: Jack se aclaró la garganta. Alex tenía la impresión de que circulaban por una calle por la que habían pasado antes.

¿Lo sabía ya, entonces? ¿Era evidente en la voz de Jack?

–Oye –dijo él.

Al abrirse el silencio entre ellos, ahí fue cuando lo entendió.

–No hay ninguna caja fuerte –dijo el chico. No apartó los ojos de la carretera–. No sé por qué lo dije.

Alex se quedó callada.

Así que ya estaba. No la iban a salvar.

Ja. Ja. Ja.

La miró de reojo. Tenía las mejillas encendidas.

–Lo siento, ¿vale? Lo siento.

Bien. Bien. Una arcada de furia asomó y se esfumó. La cabeza le iba a mil por hora. Una urgencia maniaca se estaba apoderando ya de ella, una hilaridad que rayaba en el pánico. No estaba todo perdido.

Imposible. Aún podía hacer algo. Haría algo. ¿Haría qué? No podía encontrarse con Dom. Pero sí podía ir a la fiesta. Iría a la fiesta y Simon y ella harían las paces. Y entonces se lo explicaría. Se lo expondría todo. Y él la ayudaría. Seguiría saliendo bien.

Forzó una expresión neutral.

–¿Me puedes llevar?

Un titubeo, una nube cruzando la cara de Jack.

–¿Llevarte? ¿Adónde?

–A casa de un amigo.

–¿Qué amigo? –La voz crispada. Jack había esperado alguna

reacción, desde luego, pero no esta.

–Un amigo. Pero podemos volver a quedar.

Era evidente que mentía. Sus palabras sonaron poco creíbles, su actuación, desganada. Tendría que haber sonado más segura.

Actuar como si no le importase su mentira, como si no le importase el dinero. Prolongar una visión del futuro con la que calmarlo, un juego al que sabía jugar. Pero no lo hizo. No fue capaz de reunir la energía necesaria para maquillar la situación.

–¿Ahora?

–De hecho, ¿puedes dejarme en el cruce que hay antes de llegar al pueblo? Donde el mercado.

–Pero, o sea, ¿ahora mismo? ¿En este mismo instante? –Jack parecía joven y asustado. Dolía lo joven que era. Una criatura, un niño. Le suplicó, en silencio, que lo guiara. La cogió de la mano.

Ella contuvo el impulso de apartarla, pero Jack se dio cuenta aun así.

–Venga, Alex, te he dicho que lo siento. Iba puesto. Me pareció verdad cuando lo dije. Soy un idiota. Lo siento.

–No pasa nada. En serio. Lo hablamos luego, ¿vale?

–Yo quiero ayudarte. Podemos pensar algo. Te quiero –dijo, ¿y no había sido suficiente advertencia, cómo corrió a decir eso, cómo se debatían sus sentimientos en busca de cualquier sitio en el que posarse?

–Eres un cielo, ¿vale?

–Joder –murmuró–, joder. –Se volvió hacia Alex con la cara desgarrada, desquiciada–. ¿Te puedes esperar? ¿Por qué tienes que marcharte ya mismo?

Fue repentina y sorprendente la forma en que se desplomó.

–Lo siento –dijo, con los hombros agitados, y se secó la nariz con el antebrazo–. Vale, lo siento de verdad. No te vayas, por favor. Por favor.

Alex debería consolarlo, pero estaba paralizada.

–No estoy pasando un buen momento –dijo con voz nasal–. No estoy bien, ¿vale?

–Lo siento. –Y sí que se sentía mal, sí que lo lamentaba, pero cuando lo dijo sonó seco, flojo y apático.

–Alex. Por favor. Venga. –Jack seguía llorando. Increíble, ese torrente de lágrimas. ¿De qué se sorprendía, en realidad? Era un crío.

Jack cambió de táctica.

–¿Adónde vas? Dímelo, ¿vale? Tienes que decírmelo.

A ella le retumbaba la cabeza. Ya estaba reuniendo fuerzas para una serie de logísticas agobiantes. Habló muy claro y muy despacio.

–Tienes que volver a casa –dijo–. Déjame en la playa, ¿vale?

Agradeció que Jack siguiera conduciendo, que estuviesen poniendo distancia entre la casa y ellos, pero, pensó, aquella carretera no le sonaba de nada, las casas cada vez más espaciadas, las dunas cada vez

más cubiertas de bosque y de maleza, el coche cada vez más rápido.

–Tenemos que hablar –dijo Jack, con las manos aferrando

agarrotadas el volante–. No te puedes ir y ya está, no es justo.

Alex abrazó fuerte la bolsa, que llevaba en el regazo.

Seguro que había algo que podía decir, algún modo de convencerlo de quitarse aquello de la cabeza –siempre se le había dado bien gestionar el desengaño–, solo necesitaba un momento para pensar, y ¿cómo podía pensar con él llorando de esa manera?

–Respóndeme, por favor –dijo Jack–. Te quiero.

Tenía una expresión angustiada, bullendo de puro desconsuelo.

Lloraba y se restregaba los ojos. No dejaba de repetir el nombre de Alex.

–Jack. –Intentó hablar en tono sereno. Tenía la voz rasposa, como si hubiese estado gritando; ¿había estado gritando?

–Lo siento –dijo Jack, con los hombros agitados–. Vale, lo siento mucho. No te vayas, por favor. Por favor. –Las palabras agolpadas–.

No sé lo que puedo hacer. Soy capaz de hacer algo malo. Si te marchas.

¿Era cierto eso?

–¿Me oyes? ¿Es que no te importa?

Alex se dijo que el chico no haría nada a la hora de la verdad. Que se repondría.

–Jack. –¿Qué pensaba decir a continuación? No lo sabía.

Iba mirando la cara del chico, no la carretera, y de pronto vio como él se encogía bruscamente, el gesto helado, y al volverse lo vio también.

Un ciervo en la carretera. Vacilando sobre sus patas, las orejas, suaves y ahuecadas, en máxima alerta. Justo en mitad de su camino.

¿Por qué no se movía el animal, pensó Alex, por qué no tenía miedo?

Los árboles precipitándose contra el parabrisas.

Luego, un ruido atroz.

Alex, por un momento, no pudo moverse. Curioso, fue su primer pensamiento, curioso. El chico. El asunto del chico asomó en su cerebro. Le nació un hormigueo en la columna.

¿Había agarrado ella el volante? No. Él había pegado un volantazo,

¿verdad? Como haría cualquiera.

Muévete, pensó, con los ojos rodando en sus órbitas. Muévete.

Jack tosió. Parpadeó de un modo extraño, soñoliento. Giró la cabeza lentamente hacia ella.

–Dios –dijo. Con una voz atontada, temblorosa–. ¿Estás bien?

–Sí. ¿Y tú?

–¿Hemos chocado?

La puerta de Alex estaba atrancada, luego se abrió. Tardó un momento en comprender que la ventanilla no estaba bajada: había cristales por toda la carretera. Se quedó ahí plantada, junto al coche, con las rodillas trabadas.

El chico también había salido. Estaba de pie junto a la puerta del conductor. Parecía estar bien.

–Yo te veo bien –dijo Alex.

No habían chocado contra el ciervo. Pero sí contra el guardarraíl. El parachoques estaba aplastado, pero el capó no. No quedaba ningún cristal en las ventanillas de su lado. El parabrisas estaba intacto.

–Joder –dijo con un hilo de voz–. Joder. Mi padre se va a poner como loco.

Jack miró el coche, miró al suelo. Se dio un puñetazo en la frente.

–Joder –dijo de nuevo, más calmado–. ¿Llamamos a alguien?

Estaba esperando a que Alex dijese algo. Esperando que ella tuviese la respuesta.

Pero ella estaba pensando lo mismo: ¿cuánto falta para que otra persona se haga cargo de esto?

Había contenido la respiración; se dio cuenta cuando empezó a darle vueltas la cabeza.

–Sí –dijo–. Sí. Vamos a llamar. Ya voy.

El móvil estaba en la bolsa, que había migrado, no sabía cómo, al asiento trasero. Cuando lo encontró, la pantalla parecía nítida, excepcionalmente definida, las palabras y los mensajes flotaban ahí con un detalle increíble. Dom había escrito, Dom había llamado.

¿Dónde estaba?, quería saber Dom. La estaba esperando. Lo ignoró todo.

Marcó el número.

Dijo que había habido un accidente. Sin importancia.

Dijo que el conductor estaba bien. En ese momento, no recordaba su nombre.

Dijo que no sabía dónde estaban.

La dirección, dijo el hombre del teléfono, mire alrededor, pero solo había árboles.

–¿Dónde estamos? –le preguntó a Jack.

–Detrick Road. Di que en Detrick Road, cerca de la autopista.

¿Está usted herida?, preguntó el hombre.

¿Estaba herida? No respondió.

–Gracias –dijo, y colgó.

Debería quedarse con el chico, esperar con él ahí en el arcén hasta que llegara alguien. Eso era lo que debía hacer. Pero ¿qué más daba? Que se quedara o no. No iba a cambiar lo que ya había sucedido. Solo serviría para empeorar las cosas. Para ella. Tal vez para ambos.

–Voy a ver si hay alguna casa o algo –dijo, sin mirarlo exactamente del todo–. Volveré a buscarte, ¿vale?

Adiós, dijo en su mente.

–¿Te acompaño?

Ella se encogió de hombros.

–Quédate aquí.

¿Sabía el chico que estaba mintiendo? Debió de ver que se llevaba la bolsa. Aun así, sonrió. Igual a él también se le daba bien fingir.

Alex nunca había contemplado esa posibilidad.

Llegar a casa de Simon. Eso era lo que tenía que hacer.

No te pares, sigue andando, aunque notaba que algo no estaba bien, el cuello demasiado rígido, un deje extraño en los andares. Pero no pasaba nada si mantenía la vista al frente, si no se paraba ni frenaba el paso.

Alex veía las cosas sin verlas en realidad: los ciclistas que pasaban en fila con las luces rojas de señalización destellando, la bifurcación cuando la autopista se ramificó en dos.

Todo iba bien.

Todo era perfecto.

Bonito, incluso.

Mira las hortensias. Esas flores blancas con un levísimo toque de amarillo. Las hojas brillantes, con sus bordes serrados, como los dientecillos de un animal. Mira las casas, con sus tejas en escala de grises, una bandera colgando sobre la puerta, hinchándose y languideciendo con la brisa.

Alex torció por la primera calle que vio. Pasó por delante de más casas con sus verjas y sus vallas, coches aparcados en sus caminos de entrada, y la vista de aquellas cosas la reconfortó, la evidencia de otras vidas que existían y que continuarían existiendo. Un perro a lo lejos empezó a ladrar desacompasadamente.

Le llegaba el olor del océano. ¿No le resultaban familiares esas calles? Ese prado, esa cerca de madera. ¿No las habían recorrido

una vez Simon y ella? Todo tenía los contornos acentuados y parecía flotar un poco en su campo visual.

Le temblaban las manos. Temía estar volviéndose loca. Y, al mismo tiempo, sabía que jamás se volvería loca.

Sonó el móvil. Era Jack. Ignoró la llamada.

Un mensaje:

Cuándo vuelves?

Empezó a palpitarle el ojo izquierdo. Quería rascárselo. Pero el dolor solo estaba en su imaginación, se dijo. Deseó que fuese verdad. Y la sensación desapareció.

Solo tenía que llegar a la fiesta. Eso era lo único que quedaba por hacer. Después de tantos esfuerzos. Podía conseguirlo.

Alex siguió caminando hasta que encontró un aparcamiento. El aire de la playa era borroso, difuso. Había un socorrista subido a la torre, la barbilla hundida en la palma de la mano. La cara oculta bajo la sombra del sombrero. Unas cuantas familias estaban en la arena, y una pareja mayor, vestida de blanco, deambulaba por la orilla. La mujer miró de reojo a Alex al pasar. Parecía que hubiese estado llorando. ¿Se ensombreció la expresión del hombre cuando vio a Alex?

¿Había comenzado a emerger todo de ese lugar en el que Alex lo creía oculto?

No, se dijo, no. Todo iba bien.

Buscó las señas en el móvil. La casa de Simon quedaba a cierta distancia. Pero daba igual. Con toda esa energía que la invadía.

Podría andar eternamente.

Se acercaba a su fin. Ese lío. Todo volvería a ser como era.

Se cambió en los baños de la playa. Un vestido de fiesta color cobre con los tirantes finos: otro de los vestidos que le había regalado Simon. Se quitó la ropa interior para que no se viese ninguna marca.

La tela estaba arrugada. La seda no perdonaba, en ese aspecto. No se notaría, se dijo. El espejo del baño era un metal combado, no había cristal. De modo que no pudo ver su reflejo. Se sacó una foto a sí misma con el móvil. Examinó la imagen. Se la veía bien. No tenía el ojo rojo, se dijo. Eran solo imaginaciones suyas. Parpadeó con fuerza.

Otro sonidito:

Dd stas?

Vas a volver? Alex?

Alex?

Jack se repondría. Seguro. Seguro que ya estaba dando tragos de agua y viendo como hacer para que una grúa se llevara el coche de su padre y pronto estaría de vuelta en casa. Sano y salvo.

Puede que todos salieran indemnes de aquello.

¿Y Simon?

Se lo imaginaba. Simon de pie en la fiesta con su camisa blanca recién lavada. La cara de Simon estallando en una sonrisa cuando la

viera llegar. Levantaría la mano para saludarla, Simon, y le haría una señal para que se acercara.

Sus simples formas ya serían reconfortantes. Eran las formas de la vida de Alex.

Lo único que tenía que hacer era llegar hasta ahí.

Nada más.

Listo. Un paseo rápido.

Era una chica afortunada. ¿Verdad?

Jack volvió a llamar.

No lo cogió.

Más mensajes de su parte:

Alex.

Soy capaz de hacer algo malo. No es broma.

Se olvidaría del chico. Se olvidaría de Dom, que la esperaba en la estación de tren. Se olvidaría de todo, con un pequeño esfuerzo.

Pero tal vez otras cosas no había manera de borrarlas. Cosas que tal vez teñían algún nivel celular de nuestra experiencia y que, aun si rascabas lo que quiera que hubiese en la superficie, la podredumbre ya se había filtrado abajo.

El arañazo del cuadro, el picor en el ojo.

Si eso era cierto, si eso contaba.

Pero quizás no.

El teléfono volvió a sonar. Dom, ahora.

La siguiente parte era fácil:

Alex miró fijamente el móvil. El móvil seguía sonando.

Alex apagó el móvil.

Alex dejó caer el móvil limpiamente en la papelera del baño.

El aire estaba cargado cuando llegó a casa de Simon. Pero había un cielo azul, la lluvia matutina era solo un recuerdo. Simon había conseguido su día perfecto. Como sabía Alex desde el principio. Se alegraba por él.

Un sinfín de coches aparcados en la gravilla del camino de entrada.

Un sinfín de invitados, ya ahí. Todo estaba sucediendo.

Alex se abrió paso hasta la entrada de la finca tapiada. Su cuerpo la llevaba con la cualidad fluida de un sueño.

¿Esperaba encontrar cierta resistencia? No la hubo. El portón de madera estaba abierto de par en par. Como si todo obrase al unísono para permitir la llegada de Alex. Para impulsarla adelante.

Ya ni recordaba la caminata hasta ahí; no sabía decir cuánto había tardado, las calles por las que había pasado. Borrón y cuenta nueva.

Ahí estaba. El mundo. Tal como lo había dejado.

Alex cruzó el umbral.

Al instante le tendieron una copa de rosado.

No le sonaba nadie. Ninguno de aquellos desconocidos

arremolinados en nebulosas parlanchinas en el jardín, que se iban formando y disgregando. Pero ¿por qué iba a conocer a esa gente?

Simon tenía todo tipo de amigos. Evidentemente que no los conocía a

todos. Todavía.

Alex cruzó el césped. Un grupo de mujeres dio la impresión de quedarse en silencio cuando pasó por su lado. Se lo estaba imaginando, seguro. Alzó la copa en dirección a ellas.

Un sorbo de vino. La mano le sudaba en torno al tallo.

Se volvió hacia un parloteo que llegaba del porche, una risotada vociferante que sonó especialmente alta. ¿Es que había dejado de sonar la música, había sonado música en algún momento?

Se quedó ahí plantada. Con una sonrisa en la cara. La hierba estaba húmeda, notaba como se le iban mojando las sandalias. Las rosas habían estallado en la última semana. ¿Era posible eso, que florecieran todas a la vez de esa manera, tan a finales de verano?

Una multitud de suaves tonos rojizos trepaban por la pared. Era una casa preciosa. La invadió una sensación de calidez. Un sentimiento expansivo, generoso, y cuando el perro de Simon se acercó dando tumbos hacia ella, estuvo feliz de verlo. Alex extendió los dedos, el perro olisqueó. Luego dio un giro curioso, encorvado, y se alejó al trote por donde había venido. Bruscamente, se marchó muy

bruscamente. Pero daba igual. Porque ahí estaba Lori, corriendo de aquí para allá a su manera de siempre. Lori, encargándose de que todo marchara. Alex sintió cierto cariño por Lori. Por todo eso.

La saludó con la mano. Lori arrugó la nariz, casi imperceptiblemente.

Alex la saludó de nuevo, fue hacia ella.

–Hola.

¿Qué esperaba Alex? Alguna reacción. Negativa, incluso. Pero Lori apenas le prestó atención. Su rostro era una máscara.

–Me alegro de que hayas podido venir –dijo Lori. Fríamente. Igual estaba sorprendida de ver a Alex. O intranquila, por si montaba un número. Pero no tenía de qué preocuparse. Alex se portaría bien esta vez. No supondría el más mínimo problema.

Alex sonrió aún más.

–El jardín –dijo–. Está estupendo. Habéis tapado los agujeros.

–¿Cómo?

–La hierba. Se ve muy bonita.

Se hizo un silencio. Lori no terminó de devolverle la sonrisa. Alex parpadeó. El sudor comenzó a cosquillearle en el nacimiento del pelo.

–Bueno. –Lori se frotó las manos en los pantalones–. Bueno, con permiso.

Lori desapareció. Dejó a Alex ahí sola.

En fin. Ningún problema. Nada podía perturbarla. Ahora no.

Alex hizo una cola para la comida. Medallones de ternera marinados en sangre y vinagre, una bandeja metálica con judía verde y cebolla morada, una ensalada de pasta que no tocó. Un filete de salmón que parecía demasiado hecho, con rodajas de limón chamuscadas y pegadas a la superficie. Un tipo cortando el lomo de cerdo en acordeón bajo el resplandor rojo y matador de la lámpara de calor.

Alex se sirvió un plato lleno de sandía con menta. La comió con los dedos; los cubos húmedos y rosados se ablandaban, se le

deshacían en la lengua. Cuánta dulzura en el mundo. Dejó el plato

un momento para volver a por una servilleta. Cuando regresó, el plato ya no estaba.

Alex se peinó el pelo con los dedos para apartarlo de los ojos.

Contempló la escena. La superficie de la piscina se veía un poco picada por la brisa, el agua de un turbio plomizo. ¿No había un remate antes, bordeando el agua? ¿Era segura una piscina que se hundía tan abruptamente en el suelo? ¿No era fácil caerse dentro?

Alex tenía que llegar hasta la casa y dejar la bolsa dentro. Mejor estar libre de estorbos cuando encontrara al fin a Simon.

–Disculpe –dijo Alex, intentando escurrirse por detrás de un hombre.

No se movió, absorto en la conversación con una pareja–. Disculpe –

repitió ella.

El hombre la miró y se apartó, con el ancho bloque de sus espaldas enfundado en una camisa azul y vuelto hacia ella. ¿Por qué le sonaba tanto esa pareja con la que estaba charlando? La mujer delgada, el hombre bajito con cara triste.

George. El nombre borboteó en su cerebro. George y su mujer delgada y el cuadro que Alex había estropeado.

¿Sabía George lo del cuadro estropeado?

No, se dijo Alex, no.

Y puede que no fuera George.

No había manera de asegurarlo.

Seguramente no. Por supuesto que no.

Todo iba bien. Siguió sonriendo.

Se obligó a apartar la vista de la pareja, a seguir caminando. El cuerpo tenía su propio impulso. La llevaba.

Simon estaba ahí, seguro. Solo tenía que encontrarlo.

No estaba junto a la barra. No estaba en el césped, no estaba en el bufet.

No se preocupó. No había prisa. Estaba yendo todo

estupendamente.

Dentro de la casa el ambiente era tranquilo. Familiar. La entrada tal como Alex la había dejado. El espejo cerniéndose sobre ella desde la pared, el jarrón de flores del jardín recién cortadas. Esquivó su reflejo. El frescor del suelo de hormigón atravesó la suela de las sandalias mientras recorría el pasillo. Ahí estaba la cocina. Igual que siempre. Abrió la puerta de un armario: ahí estaban, los vasos verde claro, todos en una hilera, tal como los recordaba.

–¿La puedo ayudar? –dijo un camarero. Su tono era poco amistoso–.

Si necesita una copa, se la puedo servir fuera con mucho gusto.

¿Iba a quedarse ahí parado hasta que ella se marchara? Eso parecía. Alex puso una sonrisa tensa. No era culpa del hombre. Él no sabía que su lugar estaba ahí. El vestido se le estaba pegando a la piel. ¿Había manchado de sudor la seda? Solo un poco. Le ardía el ojo: no hizo caso. Tuvo el impulso de revisar el móvil, pero llevaba las manos vacías. Lo había tirado. Ya no estaba.

Si la estaba llamando Jack, no lo sabía. Si la estaba llamando Dom, no

lo sabía. Así que era lo mismo que si no la estuviesen llamando.

Alex deambuló por el resto de los reinos de la fiesta. Pasó entre las conversaciones de los demás, una brevísima ráfaga de sus charlas, de sus vidas, bañándola, como la luz de una puerta al abrirse. Qué raro ver de pronto el patio austero lleno de gente. Muchísima gente,

con las bocas abiertas, rechinantes, y copas en la mano, sus lunas privadas de alcohol. La luna iba a oscilar pronto. El dato llegó de la nada y luego se esfumó. Había un hombre con unas gafas

fotocromáticas que hacían imposible averiguar adónde estaba mirando, aunque daba la impresión de que directamente a Alex. ¿No se parecía un poco a Dom? ¿Y no le resultaba también familiar esa mujer que se estaba echando un jersey fino sobre los hombros, no afloraba un recuerdo y se disipaba después?

Un niño cruzó disparado, esquivándola por un pelo, y cuando Alex apenas se había recuperado, otro pasó por su lado, persiguiendo al primero y, este sí, le golpeó en la cadera. Alex se tambaleó un poco.

Pero no se cayó, no se cayó. Sonrió por si alguien la estaba mirando.

Tragó saliva. El vino se le pegó molestamente a la garganta.

Alex parpadeó. El sol como una lámpara de sodio.

Y entonces lo vio.

Simon.

Alex supo que iba a suceder antes de que sucediese. Ver a Simon.

Todo empezó a parecer inevitable. Impulsado por una fuerza superior.

Simon.

Estaba de pie en el porche, enfrente de la cocina. Charlando con una pareja sentada en la mesa de hierro forjado. ¿Eran George y su mujer? Ahogó la pregunta antes de responderla. Además, no

importaba, porque ahí estaba él.

Simon.

Tenía el pie apoyado en una silla y la espalda ligeramente inclinada adelante, con el peso descansando en la rodilla. Gesticulaba con la

copa en la mano. Había algo en la languidez con la que se movía su

mano que resultaba muy íntimo, como si le estuviese mandando un mensaje a Alex. Dibujando una señal en el aire.

Quizás estaban los dos pensando lo mismo, él y ella. Sus mentes sincronizadas. Quizás él también lo percibía. El modo en que corrían los segundos. Lo cerca que estaba de terminar aquello.

Qué inocentes le parecían a Alex sus errores pasados. El mundo era de pronto benévolo, absorbía al instante sus errores y le mostraba lo bien que estaba todo en realidad, cuán perfectamente bien.

Ahí, estaba justo ahí. Simon, por fin. Igual que siempre. Como si no hubiese cambiado nada. Como si esa semana hubiese quedado

borrada.

Solo los separaba un tramo de césped.

Una disrupción, una intermitencia, un murmullo de la pareja, y Simon empezó a volverse hacia ella.

Simon.

La brisa le agitó la camisa. El cuerpo de Simon frente al suyo.

Alex sonrió de nuevo. Todo había salido bien. Sintió que le sonreía al universo, el sol se reflejaba deslumbrante en el agua de la piscina y bailaba en el rabillo de su ojo.

Pero no encajaba nada. ¿Por qué ponía esa cara Simon? ¿Por qué sus ojos parecían mirar algo más allá de ella?

¿Era posible que Simon no la reconociera?

Alex levantó la mano en un saludo. Un levísimo saludo.

Oía su respiración en los oídos, el latido incesante de su corazón, pulsación tras pulsación.

¿Vendría a ella?

Simon no se movió.

Vale. Alex ensanchó la sonrisa.

Vale. Simon la había estado esperando. Iría hacia él. La estaba esperando, lo único que tenía que hacer era llegar hasta ahí.

Ahora, se dijo, llamando a sus piernas a andar. No se movió.

Ahora.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Bill Clegg y a todos los que forman la Clegg Agency, así como a Kate Medina y el equipo de Random House.

Por su ayuda en los primeros pasos, mi agradecimiento para Willing Davidson, Hilary Cline, David Gilbert, Alexander Benaim, Sara Freeman, Lexi Freiman y Megan, Elsie y Mayme Cline.

Document Outline

- Portada
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- Agradecimientos